



Luzmila

LUZMILA

RECUERDOS DE LA COLOMBIA DE BOLIVAR

NOVELA PATRIOTICA

POR

Manuel E. Rengel

Cuenca-Ecuador-S.A.



BIBLIOTECA NACIONAL

Ecuador

CLASIFICACION GENERAL

Nº. 7072 CO. 1991

PRECIO DONACION.....

0002364

Impreso en la Tipografia Salesiana

1939

ES PROPIEDAD DEL AUTOR, REGISTRADA
CONFORME A LA LEY

LUZMILA

Talento de claridad meridiana; ilustración de amplia raigambre; patriotismo de indeclinable virilidad; constituyen el triple, heráldico blasón, del bien conocido escritor lojano, Don Manuel E. Rengel, que acaba de acrecentar el glorioso acervo literario del Ecuador, con la refundición de su original y hermosa novela "Luzmila", trazada a base del paisaje macareño, con elementos de pasión humana y de historia heroica, arrancados a las auténticas palpitaciones del corazón y a los soberbios episodios de la Colombia de Bolívar.

No voy, en estas breves líneas de emoción y sinceridad, a emitir un juicio crítico sobre la obra, porque, para ello, carezco de la autoridad y magisterio que tales estudios demandan; quiero simplemente, dejar sumaria constancia de las corrientes de interés patriótico y simpatía literaria, que, en mi espíritu de lector, ha suscitado, tan pintoresca narración, que, por cierto, pertenece más bien, a la antigua era romántica, que no a los modernos procedimientos, con que se elabora la novela contemporánea, sin que por ello falten vagos anhelos de nivelación humana, en consonancia con los tópicos y pensamientos que caracterizan el arte trascendental de nuestros días.

Novela patriótica, llama el señor Rengel a la suya, justificando esa curiosa denominación, ya por las constantes interpolaciones de hechos de nuestra gesta libertadora, ya por el ataque indirecto, pero violento y fundado, contra nuestros hombres o instituciones políticas de hoy, roña y orín de la gloriosa nacionalidad ecuatoriana, tan rica de recuerdos y esperanzas, y tan pobre de beneficios y realidades.

Bellos ejemplos del género, hemos tenido aún entre nosotros, como la "Narración de un veterano de la independencia", del ilustre académico, Don Carlos Rafael Tobar. Ni por las proporciones, ni por el objetivo histórico, se deja ver, en las obras ecuatorianas, claro está, el alarde de fuerza épica, con que Pérez Galdós, en sus Episodios Nacionales, resucita, grande, palpitante y vencedora, el alma de la España legendaria.

De bien ideado, aunque de no poco complejo plan, la novela del señor Rengel, tiene incidentes de potente emotividad, que acaban por enfermar de emoción el alma del lector, sacudiéndola con el divino calofrío de las grandes sensaciones estéticas; sin que para ello, eche mano el autor, de recursos vedados o monstruosos, propios, no del arte, sino de esas novelas de folletín, con que antaño, solía atiborrarse la prensa política y social, aun de los países más ilustrados del mundo.

Capítulos hay en Luzmila, que, con poderoso impulso, se llevan la admiración del lector, así por la fuerza de la acción humana, como por las soberbias descripciones del escenario cósmico en que el drama se desarrolla: tal la escena penetrante y alucinadora de la fuga de Enrique Albán y su amada, por el desierto; que recuerda el capítulo de "Sola y fugitiva en las selvas" de Cumandá,

de Mera. Nada más hondo, intenso y realista, se ha escrito sobre el tema entre nosotros. El oro llameante, con que la canícula del sol tropical devora el aliento, las fuerzas, la vida de los viajeros; la engañosa blandura con que el mar de arena sin límites, postra el vigor de los músculos humanos, haciendo de los pies del caminante, inutilizados apéndices de inercia y de dolor; la sed, la terrible sed, que secando la frescura vital de las entrañas, hace chispear en ellas las abrasadoras cenizas de la fiebre; el anhelo infinito, por una suspirada, y no encontrada gota de agua; las dulces y amargas falacias del espejismo; el heroísmo del amor varonil, del amor que lucha y se sacrifica por abrogar las inelemencias de la naturaleza; la delicadeza femenina, que, vencida por la angustia y la desesperación, se entrega a los ensayos de la muerte; la tragedia, en fin, que encuadra tan soberano episodio de martirio y dolor, hacen de este capítulo de la novela, el más bello, vigoroso y acabado de todos, recordando la grandeza y poesía, sin imitación ninguna, de ciertos pasajes de la ya mentada Cumandá y de la Atala. Quién tales páginas ha escrito, bien prueba que en el acero de su pluma, hay algo de la zarpa del león, para cavar en la grandiosidad salvaje del desierto americano.....

Entre los capítulos de carácter histórico, ninguno como el dedicado a Ayacucho; no recuerdo haber leído algo más completo y emocionante, sobre la gran batalla, en que se selló para siempre la liberación de un mundo. Sucre, Córdova y otros grandes soldados de la libertad, aparecen allí, no como ejemplares sagrados, pero muertos, de un museo histórico o de un panteón nacional, sino como seres vivos y palpitantes, que tornan a rea-

nimar, a través del tiempo, con su aliento y con su acción, con su sangre y con sus hazañas, el glorioso pero inerte cadáver, de la Colombia de Bolívar. La disposición militar del campo; el polícromo hormiguar de los dos ejércitos; la sabiduría del plan estratégico de Sucre; la decisión y el valor de los guerreros; están allí presentados de mano maestra, como para que se graben para siempre, en la memoria de las generaciones; como para que adquieran la persistencia del bronce, en las galerías de la gloria. La novela, parece, en ciertas páginas, adquirir la exactitud de la historia y el aliento de la epopeya.

De lo más típico e interesante de la obra, son las dos figuras semibárbaras y semiheróicas de Otamendi y el Pajarito, nombre por cierto demasiado inadecuado y dulce, para un gavilán de tan alto vuelo y de tan desvestidora garra. Hombres ignorantes y feroces; histórico el uno, fantástico el otro; (*) a quiénes el novelista presenta adornados de instintivas cualidades y generosas, virtudes, que, francamente, parecen incompatibles y antitéticas, con el grado máximo de perversidad humana que les caracteriza. En verdad, no han faltado entre nosotros connotados tipos de hombres semejantes: especie de tiranos primitivos; tigrescos legisladores de aldea; bandidos contradictorios que, entre robos y asesinatos, entre concupiscencias y salvajismos de todo jaez, a lo mejor y sin causa externa ninguna, toman por el camino de moralizadores, estableciendo la tortura y el patíbulo, por propio imperio, para hacer de sus

(*) Pajarito es personaje real; su carácter y hechos son netamente históricos—Rengel.

mismos discípulos y camaradas de vicio y crimen, sumiso rebaño de gentes de disciplina y honradez; es decir carniceros, convertidos en redentores; lobos, que quieren hacer del propio cubil, escuela de moralidad colectiva y cívica. Muy curiosos resultan, pues, los datos y hechos referentes a Otamendi y el Pajarito, que recuerdan mucho de lo ocurrido en nuestras Islas Misteriosas, y que de ser ciertos, servirían no poco, para el estudio de las anormalidades y la psicosis humanas, entallando la contradictoria personalidad de tales tipos de guerra y desierto, en esas galerías científicas del crimen, donde la bestia sanguinaria y rapaz, aparece en veces, amansada y civilizadora, no sé si por gracia del Cielo, o por repentina sugestión de su propia depravada naturaleza.

Entre asuntos doctrinarios, cabría observar que, cierto no bien disimulado deísmo, parece negar la necesidad de los templos, para el culto externo de la Divinidad y para el piadoso retiro del alma cristiana, cosa que no se aviene con el criterio del autor de estos renglones, ni tal vez con el sentimiento íntimo del mismo autor de la novela; quién echa también por el atajo, cuando quiere hacer pasar por matrimonio ante Dios, la velada unión de Enrique y Luzmila, preconizando así el amor libre, que tan maravillosos frutos de moralidad y civismo, viene dando entre nosotros, por obra nefanda de ese Liberalismo, tan continua y duramente zarandeado por la acerada pluma de Rengel.

Hechas estas ligeras observaciones, vaya para el literato y amigo nuestra más sincera felicitación, por su bella obra, en que, a más de las galas del estilo, campea un hondo sentimiento del paisaje y un alto anhelo de vindicación y concor-

dia humanas, que honran la cabeza y el corazón
de tan destacado exponente de las Letras patrias.

Gualaceo, Noviembre de 1939

LUIS CORDERO DÁVILA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

Para la Biblioteca Nacional, de Quito
Manuel Rangel

Cuenca, Dic. de 1.939

Venid Conmigo

LOS que lleváis en el alma un grano de poesía y gustáis de los soles de fuego, de los largos y encendidos crepúsculos y de las noches de oro centelleante, sobre horizontes sin montañas y bajo cielos sin nubes, venid conmigo, a pasear, a través de estas páginas, por la vega macarena y a cruzar el desierto, que más allá tiende su alfombra de arenas, desde los Andes hasta el mar.

Los que sentís alzarse, dentro del pecho, la llama del patriotismo y percibís un soplo de renovación y vida, como el aleteo de un polen de grandeza, en el recuerdo de las hazañas de los héroes libertadores, venid conmigo a los sagrados campos de Junín y de Ayacucho, donde Colombia la invicta selló con su sangre generosa la libertad de América.

Los que no habéis cegado bajo las tinieblas que cierran los horizontes de la Patria y creéis que puede todavía brillar el sol tras esa noche, subid conmigo a la soberbia cumbre del Pichincha, y contemplad, más allá de los nevados conos de los Andes, las ondulantes superficies del Pacífico y el Amazonas. . . Volved después la vista al norte, y por las cimas del Cumbal y el Chiles, deslizadla sobre las

linfas del Magdalena y el Orinoco hasta el lejano Atlántico. . . y pensad en que todo ese inmenso territorio, bello y magnífico, fué la Colombia de Bolívar, la Patria excelsa, que aun puede volver a la vida, si somos capaces de injertar en la cepa de las viejas glorias la savia nueva de una altiva aspiración de grandeza, para el mañana incierto y nebuloso.

Colombia fué la creación del Genio al beso de la Gloria: ¿por qué no amar y glorificar eternamente esa creación sublime?

Colombia fué el amor de los amores de Bolívar: ¿por qué no encendernos en la pasión de esa alma volcánica, para prenderla en el corazón de las generaciones nuevas, como llama de elevados ideales?

Oh! los que amáis lo grande, venid conmigo a refrescar los laureles de la epopeya colombiana, para que rompan en nuevas floraciones de heroísmo y de grandeza.

. Después. . . ah! si pudiéramos después ir a los campos benditos de Pichincha y Bomboná, de Boyacá y Carabobo, a limpiarnos de la ceguera de la incomprensión y de las miserias del egoísmo, y a recibir inspiraciones de unión y de grandeza, al vaho inmortal de la sangre de los libertadores. . . Ah! si pudiéramos después avanzar hasta las riberas del rumoroso Atlántico, a besar el suelo donde el Héroe dobló la frente fatigada, en la noche de la ingratitud y la tristeza..... talvéz, así purificados y ennoblecidos, tendríamos alientos para comprender la necesidad premiosa de volver a la vida su creación sublime.

MANUEL E. RENGEL

Cuenca - Ecuador—a 9 de Octubre de 1939.

INDICE

Págs.

<i>Venid conmigo</i>	I
A Orillas del Macará..... ⁵	1
Memorias del tiempo heroico—Junín.....	11
Ayacucho	23
Después de la campaña.....	49
El pueblo de Macará.....	58
El Cura Isauro Juvenal.....	64
Fiestas del pueblo nuevo.....	70
Un incidente extraño—Sangre española.....	81
El horizonte se cierra.....	94
Soñé que huíamos.....	109
Lo inesperado.....	126
Fuerte como la muerte es el amor.....	145
Sol y arena.....	154
Tras el violento, el pacificador.....	169
Pajarito.....	173
Ai-Lema	195
A orillas del Chira.....	203
Sombra y luz.....	226
Las justicias de Otamendi.....	241
Olas y dicha.....	250
Almas bravías—Almas nobles.....	257
En Reyes y en Junín.....	263
En el campo de Ayacucho.....	275

Precio del Ejemplar: cinco sucres

Dirección.—MANUEL E. RENGEL

Cuenca—Ecuador—S. A.

CAPITULO I

A ORILLAS DEL MACARÁ

Una tarde, tarde encantadora como todas las de esa tierra mía, tibia y de encendidos arboles, y embalsamada con el perfume de los almendros y saúcos en flor, atravesaba lentamente un joven, en dirección a la loma del Castillo, la llanura que separa esta colina del pueblo de Macará. El sol acababa de ocultarse, mas, por entre la ancha cañada que dejan entre sí los cerros de la Cruz y de la Puerta, se alzaban todavía sus últimos destellos, como las llamas de una fragua misteriosa. Las brisas del océano, entibiadas por el cálido aliento del desierto, agitaban suavemente el ramaje de los aromos y oberales, cuyas flores de amarillos pétalos caían al suelo, para formar, con las hojas secas, la blanda alfombra con que los árboles cubren cariñosamente la tierra que los sustenta.

Llegado el joven al pie de la colina, empezó a subirla con la misma lentitud, llevando en la mente no se qué profundo pensamiento que lo embebecia por entero. Ni la espléndida quietud de la naturaleza, ni los saludos de los labradores que encontraba al paso, ni los gritos de los cabreros que encerraban el balador ganado en los corrales, le sacaban de su abstracción.

Coronó al fin la cima de la loma, y paso entre paso, se dirigió a la eminencia que élla forma

antes de confundirse en suave declive con las vegas del río.¹

Se detuvo allí: a sus pies se dibujaba el anchuroso y bello Macará, corriendo mansamente por entre la arboleda de higueroes, mangos y tamarindos, poblada a esa hora de melancólicos rumores y velada por las tonues sombras del crepúsculo vespertino.

El joven tendió sus miradas hacia la orilla opuesta. Allí sobre una roca bañada por las aguas, se alzaba una casa, que a la parte que mira al Macará no tenía más que un balcón elevadísimo, y debajo de éste una pequeña puerta que daba salida al estrecho espacio que media entre la pared y el borde de la roca. Era la morada de un chapetón acaudalado, que vivía ajeno al trato de las gentes, pues, según noticias de sus familiares, no gustaba de tener amigos. Los habitantes de Macará apenas sabían de él que vino de lejanas tierras y vivió errante en desierto, hasta que construyó su casa en aquella escarpada roca.

La noche se acercaba. El joven, arrimado a las verdes bambas(*) de un añoso ceiba, de intenso color verde, no desprendía la vista del balcón de la misteriosa casa. Como si algo esperara, su corazón latía violentamente, y cuando la contrariedad empezaba ya a pintarse en su semblante, la puerta del balcón se abrió rápida, y un pañuelo blanco se agitó al aire, cual movido por una mano invisible. Los ojos del joven irradiaron de alegría, e inmediatamente echóse cuesta abajo, en dirección al río.

Entre tanto, la noche había cerrado por completo, no fría y obscura como las noches de las

(*) Bamba: americ. llámanse así las anchas raíces adventicias de los ceibas.

montañas, antes tibia y serena, como son generalmente en los trópicos las de los climas cálidos.

El joven se internó en la vega, bastante obscura a esa hora, porque las ramas de los árboles entrelazándose sobre la senda, sólo de trecho en trecho dejaban penetrar algún rayo de la lejana, débil claridad de las estrellas. Los aromos y guandós floridos exhalaban delicado perfume, que la brisa traía en blandas oleadas, interrumpidas de vez en cuando por el pungente olor de la algarroba. A uno y otro lado de la vía, en las cercas de madera o los setos vivos, en los troncos de los árboles y entre las altas yerbas brillaban las luciérnagas y gusanillos de luz, o talvez los ojos de carbunclo de alguna serpiente que se desperezaba al amparo de las sombras.

Llegó el joven a la orilla del río, a cuyo frente se alzaba la adusta morada del español, adusta y sombría, pero que encorraba las esperanzas o ilusiones todas de su vida. Un canto heroico y triste salía de aquella casa, acompañado con el piano, en notas tenues de un delicado y quejumbroso timbre femenino.

—Es la canción de Chancay, murmuró el joven, recuerdos del tiempo heroico. Pero ¿cómo se atreverá ella a cantar este aire patriótico en la casa de su padre?

Luego dió un silbido como el de la perdiz en la espesura del monte, y se estuvo a esperar, sentado en el tronco de suave corteza de un matapalo. El tranquilo remanso, de azulada superficie durante el día, había tomado el tinte de la noche. Sus pequeñas olas golpeaban suavemente contra la ribera y mecían, en blando vaivén, una balsa amarrada a la raíz de un higuérón.

Momentos después destacóse en el borde de

la roca la esbelta figura de una mujer. El joven desató la balsa, y remando hacia la orilla opuesta, se halló luego al pie de la abrupta peña. El remador era diestro: cruzó el río como la gaviota de los mares, sin hacer el más ligero ruido; luego, acróbata admirable, sostenido por una escala de cuerda, trepó la peligrosa pendiente y cayó a los pies de su amada.

—¡Luzmila!

—¡Enrique!

—Tengo una queja contra tí, Luzmila. Nunca me has hecho padecer lo que hoy: junto al coiba, testigo de mis suspiros, allá en la loma del Castillo, aguardaba con impaciencia que se agitara en el balcón tu pañuelo blanco, pero cuánto tardó en aparecer!

—Discúlpame, Enrique; mi padre partía en esos momentos a la hacienda vecina, de donde volverá mañana.

—Ah! no está aquí tu padre?—Podemos entonces conversar largamente, mi adorada Luzmila. Con razón has podido estar cantando ese olvidado romance que glorifica el heroísmo de los bravos del Numancia.

—De tí lo aprendí, y siempre que lo canto ¿qué será? lo canto con orgullo, y sin embargo lloro.

—Tienen eso los grandes hechos, las nobles historias trágicas sobre el sensible corazón de la mujer: lo enorgullecen y al mismo tiempo lo enternecen.

Los amantes se sentaron sobre la roca, y Enrique aproximándose a Luzmila envolvióla en una mirada de pasión, mas su rostro demudóse de súbito y exclamó:

—¿Qué tienes, Luzmila? Te hallo muy páli-

da y triste....

—Triste? ¿Cómo no estarlo, si tengo tantas cosas que contarte? El dolor ha retorcido mi corazón como el trapiche retuerce la débil caña.

—¿Qué: ha vuelto acaso con su demanda D. Francisco...?

—No; es otra cosa peor.

—¿Qué puede ser? ¿Ha llegado por desgracia otro español y quiere tu padre casarte con él?

—Nada de eso, Enrique. ¿Te acuerdas del General?

—¿De Otamendi?

—Sí, él es precisamente la causa de mis sufrimientos.

—Y ¿qué quiere Otamendi?

—Oh! su pretensión es horrible: quiere que le ame....

Enrique palideció y mirando a Luzmila con espanto exclamó:

—¡Que oigo, Luzmila! ¿Es cierto lo que me dices?

—Muy cierto.

—Pero yo no he sabido nada. ¿Te ha hablado alguna vez, después de la fiesta?

Luzmila aproximó su rostro al de Enrique, y, dando a su voz un tono de íntima confianza, dijole:

—Mira, no he querido decírtelo antes, esperando que Otamendi se convenciera de su locura y me olvidara; pero ha resultado lo contrario, y ahora debes saberlo todo. Desde que me conocí en la fiesta, quedó tan perdidamente enamorado de mí, que aun sintiendo mi glacial indiferencia, no ha dejado de perseguirme, siguiendo mis pasos y enviándome repetidas cartas, que yo he arrojado al fuego sin leer.

Enrique la escuchaba sin desprender sus ojos de los de ella y recordando las palabras que confidencialmente le había dicho Otamendi en la noche de la fiesta: el que mira una vez a esta mujer queda herido para siempre y no la olvidará jamás....

—Ayer consiguió encontrarme sola, continuó Luzmila, y me reconvino porque no le había contestado, y me habló de su pasión con audacia tal, que se atrevió a tomarme de la mano... Yo lo rechacé indignada, dí voces, acudieron los criados, y él se retiró escarnecido. No ha olvidado ese desprecio, y hoy por la mañana recibí una esquila espantosa, en la que a mi padre y a mi nos amenaza con la muerte si no le correspondo.

—¿Tienes la carta?

—No, la rompió papá.

—¿Y qué dijo él?

—Ya te imaginarás lo que haya dicho, él que ha jurado no permitir que ni aun legítimamente su sangre española se mezcle con sangre americana.

—Pero, ¿qué dijo al fin?

—Cuando hubo leído la carta de Otamendi, la arrojó en pedazos, y en tono terrible me dijo: Es necesario poner remedio a esto: mañana mismo serás la esposa de mi amigo Francisco, y si el zambo pretende algo por la fuerza, lo mataré o me matará primero.

—¿Esa fué la resolución que tomó?

Ya lo oyes. Oh, Enrique, mi situación es espantosa. A D. Francisco no le amo ni le amaré jamás, puesto que sólo tú eres el dueño de mi alma. Casarme con él sería ir contra el torrente de mis sentimientos, para pasar la vida entera sepultada en un infierno de desesperación. Mas, sé que

Otamendi no se resignará a perderme y que apelaré a la violencia, y en tal caso ni el matrimonio con D. Francisco podría salvarme, sirviendo sólo para volver más terrible mi desventura. El momento del desonlace se aproxima. Mi padre fué a decir a D. Francisco que su propuesta de otro tiempo está aceptada, y que es necesario me haga su esposa sin demora. Yo no quiero verme en el duro trance de contrariar a mi padre, desmintiéndole; y es preciso que te resuelvas a pedirme a él. Yo lo diré que sólo a tí te amo; que he jurado ser tu esposa y que no podré ser de ningún otro hombre....

—Luzmila, eres inocente como la paloma. ¿Te supones que pueda jamás tu padre darme otra respuesta que el desprecio? Me has dicho que aborrece todo cuanto lleva el nombre de americano, ¿cómo quieres que le pida lo que no ha de concederme jamás? Mándame que me arroje al abismo que está aquí a nuestros pies, y al punto serás obedecida; pero no me expongas a ser escupido en la cara, porque no lo haré, y no lo haré por nuestro propio bien. Tu padre ignora en lo absoluto nuestros amores: pedirle tu mano sería delatarnos y acaso perderte para siempre, porque entonces te ocultaría al momento, te llevaría muy lejos y no volveríamos a juntarnos en la tierra. Otro es el corte que debemos dar a la desgracia que nos amaga.

—¿Cuál, Enrique?

—¿Has visto, Luzmila, a la avecilla asaltada repentinamente por el gavián? ¿Has observado lo que hace para escapar de su terrible enemigo?

—Huir, Enrique. Ah! ya te comprendo.

Aun no lo he dicho todo; escúchame, Luzmila. Has adivinado mi pensamiento, pero es nece-

sario que conozcas todo su alcance. Antes de prometerme nada, conviene que preveamos las consecuencias que podrán sobrevenirnos. Ante todo, nada tienes que temer de mí: me conoces bastante, y mi corazón ha sido para tí libro siempre abierto, en que has leído todos los sentimientos de mi alma. Sabes mi origen; sabes que la fortuna no me ha negado sus favores; conoces la energía de mi alma, y pruebas tienes de que te amo con pasión inextinguible. Si así me amas, Luzmila, huye conmigo de las desdichas que nos aguardan; partamos lejos de esta tierra donde la desventura se cierne sobre nuestras cabezas. El mundo es grande, y no falta en él, para los enamorados corazones, un rinconcito donde ocultar el tesoro de felicidad con que la suerte compensa, a veces, la falta de mayores bienes.

Luzmila le escuchaba absorta: las palabras de su amante le llegaban como el rumor de una armonía sin nombre, pero cada frase la hería en el corazón como espada de dos filos. Entre ella y Enrique se interponía una sombra, airada primero, luego triste y suplicante: era su anciano padre, su padre abandonado, llorando inconsolable la pérdida de su hija única; paseando su dolor por las riberas del Macará, que tantas veces los habían visto juntos; muriendo en fin en solitario lecho, agobiado por el dolor y la tristeza. Pero también pensaba en que su padre era el único responsable de su desgracia, al obligarla como un tirano a casarse con D. Francisco; en que la sumisión filial tiene sus límites, y que no debe ir tan lejos que origine irremediables desventuras.

Luchando con estos encontrados pensamientos, murmuró:

—Pero, Enrique, ¿con quién quedaría mi padre?

—¡Cuán buena y generosa eres, Luzmila! Vos el abismo abierto a nuestras plantas, comprendes la inminencia del peligro que nos amenaza, y aun te acuerdas de quién, con su terquedad está a punto de volverte desdichada para siempre. Oyeme, amiga mía. El padre que llevado de una intransigencia temeraria, labra la infelicidad de los mismos a quienes diera el ser, bien merecida se tiene la triste suerte de quedar abandonado. Y el que desconociendo su misión, traspasa las leyes de la naturaleza, para convertirse en tirano y verdugo de sus hijos, y aun se opone con férrea, autoritaria voluntad a los legítimos impulsos del cariño, bien merece que por medios violentos se lo haga entrar en el camino de la razón.

Luzmila puso su blanca mano en los labios de Enrique, pero éste, apartándola suavemente continuó.

—Si tu padre fuera hombre avenible, mucho tiempo ha que le hubiera pedido tu mano, pero sabemos que su respuesta sería el desprecio y que sobre tí descargaría sus iras.... ¿No estamos viendo como llevado del odio de raza que le consume, quiero entregarte al sandío de D. Francisco, por solo ser godo como él? ¿Qué fuera de tí con D. Francisco, amada mía? Alma fina, delicada y sensible como la tuya, ¿podría nunca fundirse en la bronca e insonora de ese avaro, sin más prestigio ni valer que su riqueza? ¿Lloras, Luzmila? Perdona si mis palabras arrancan de tus ojos una lágrima, pero es necesario que huyamos, si no quieres que nuestra dicha se desvanezca como la nota de una cuerda que se rompe. Tu padre quedará solo pocos días: yo volveré por él cuando te hubiere dejado segura en otra parte, lejos del peligro que aquí nos amenaza. Medítalo, Luzmila, pero pronto; las ho-

ras que nos quedan son contadas.

—¿Y a dónde iremos Enrique?

—No te preocupe cosa tan sencilla, amada de mi alma. Huiremos a las serranías ecuatorianas, o nos internaremos en el desierto, como más convenga, y no ha de faltarnos un pueblo hospitalario, donde vivir sin zozobras. Piénsalo, y mañana me comunicarás tu resolución en este mismo sitio, a esta misma hora. Te dejo ya, porque debo ir a preparar lo necesario para la lucha que empezará en breve. Adiós, Luzmila.

—Enrique, hasta mañana.

El joven descendió de la roca, cruzó el río, amarró su balsa y tomó el camino del pueblo, sintiendo en su frente abrasada el fresco aleteo de las auras nocturnas.

CAPITULO II

MEMORIAS DEL TIEMPO HEROICO.—JUNÍN

Para tramar esta historia *de bandidaje y amor, de pasión y de muerte*, como la llama el inspirado Gerardo Gallegos en su exótico y bello libro intitulado "Erranzas", echemos una mirada retrospectiva a los sucesos que la precedieron.

Antonio Lemus se llamaba el padre de Luzmila: era español y había peleado valientemente en Junín y en Ayacucho, por la causa del Rey y el despotismo. Esto y lo que se dirá más adelante explican la intransigencia de Lemus con los criollos.

Enrique Albán había combatido allí también, pero en el bando opuesto, por la causa de la República y la libertad.

Los hechos de la guerra eran recientes, constituían las glorias de la emancipación americana. Justo y oportuno es recordarlos hoy, para estímulo de las olvidadizas generaciones nuevas, beneficiadas gratuitamente por los sacrificios de los héroes.

El Congreso de Filadelfia proclamó el 4 de Julio de 1776 la Independencia de las trece colonias inglesas de América, unidas en confederación. Auxiliadas en la lucha por España y Francia, la sostuvieron con vigor, hasta que su Generalísimo Jorge Washington y los Generales franceses Rochambeau y la Fayette alcanzaron, el 11 de Octubre de 1781, la capitulación de York Town, de-

cisiva para la independencia de aquellas colonias, que habían de ser más tarde los poderosos Estados Unidos de América.

Este hecho glorioso era un alto ejemplo para los pueblos de habla española, habitantes del inmenso territorio que se dilata desde el golfo de California hasta el cabo de Hornos, en los mares del sur. Si las colonias inglesas se habían emancipado, ¿por qué no habían de emanciparse también las colonias españolas?—Era una inducción perfectamente lógica. Por otra parte, la solemne declaración de los derechos del hombre, lanzada al mundo por la Asamblea Constituyente de Francia en 1789, abría horizontes desconocidos en la organización y funcionamiento político de las agrupaciones humanas. Se proclamaba que los pueblos no son propiedad de las dinastías; que los pueblos y los individuos tienen derechos inalienables, y se consagraba la legitimidad de la insurrección contra los abusos del poder o ante la ineptitud de los soberanos.

Estas ideas y aquel ejemplo recibidos, con gozo y entusiasmo, levantaron del uno al otro extremo de la América hispana, una racha de ideas o intentonas libertarias, que a poco había de convertirse en el huracán de la guerra emancipadora.

En 1797 Picornell y Campomanes, presos en la bóvedas de la Guaira, convierten la cárcel en escuela, y enseñan a los jóvenes que les visitan los principios republicanos. Evadidos de la prisión con el auxilio de sus amigos, inspiran poco después la conspiración de Manuel Gual, José María España y otros más, para establecer la república en Venezuela: noble, pero vana tentativa que España, Serrano, del Valle, Pino, Rusiñol y Moreno pagan con su vida en la horca. Estos patriotas, ve-

nenezolanos todos son los protomártires de la libertad americana.

En 1.804 D. Francisco Miranda, el General de ambos mundos, que por la libertad había combatido al lado de Washington en América, y de Dumouriez en Europa, conversa con Pitt acerca de la emancipación de las colonias españolas; y en 1.806 prepara una expedición en New York, logra acercarse a las costas de Ocumare, pero es derrotado, y diez de sus compañeros dejan la cabeza en la horca.

El 10 de Agosto de 1.809 se pronuncian los patriotas quiteños: Quito es la primera de las capitales que proclama su independencia, estableciendo un gobierno propio: por eso es luz de América. Y es también la primera en el sacrificio colectivo, pues al año siguiente el 2 de Agosto de 1.810, sus próceres prisioneros son asesinados en masa, la ciudad es saqueada, y sus hijos matados en las calles por los soldados del despotismo.

Pero el fuego de la santa libertad ha prendido en todo el ámbito de América, y en 1810 se pronuncia la mayor parte de las colonias y se enciende la lucha, desde Méjico hasta el Plata, con suerte varia y más encarnizada y cruel en unas partes que en otras. Lucha desigual y generosa de las ideas libertarias, que son luz, contra las sombras del despotismo; y que las generaciones de hoy están obligadas a glorificar y a imitar, como el más noble ejemplo de amor y desinterés humanos, sublimados hasta el sacrificio y la muerte.

Hidalgo y Morelos, los curas guerreros y mártires, Miranda, Bolívar, Ribas, Bermúdez, Arismendi, Anzoátegui, Páez, Aramendi, Girardot, Ricaurte, Cedeño, Córdova, Sucre, Rangel, León Torres, Santander, Montúfar, Lamar, Abdón Calderón, Rook,

O'Leary, Belgrano, San Martín, Artigas, O'Higgins, Cochrane, Las Heras, Lavalle, Santa Cruz y mil guerreros más, y una falange innumerable de héroes desconocidos, son los que amasaron con sus sacrificios y su sangre los fundamentos de las nuevas nacionalidades americanas.

Del Istmo hacia el sur, después de mil combates y mil hazañas dignas del mármol y del bronce, las gloriosas batallas de Boyacá el 7 de Agosto de 1819, de Carabobo el 24 de Junio de 1821 y de Pichincha el 24 de Mayo de 1822, libertaron para siempre, los pueblos de la gran Colombia, la hija del genio de Bolívar, que tan pronto había de morir, despedazada en hora infausta, por la ambición insensata de algunos caudillos militares. Entre tanto, al otro extremo de la América las batallas de Salta y Tucumán ganadas por Manuel Belgrano y por la Generala de su ejército, la Virgen de las Mercedes, crean la República Argentina, y las de Chacabuco y Maipú ganadas por José de San Martín y por la Patrona de su ejército, la Virgen del Carmelo, fundan la República Chilena.

Sólo en el Perú se mantiene pujante la dominación española, aunque el ideal de libertad alienta poderoso en el corazón de los patriotas peruanos. En 1814 el caudillo indio Mateo Pumacahua se levanta en el Cuzco, mas, vencido, paga en la horca su tentativa generosa. Y era que el opulento virreinato constituía el centro de las más poderosas fuerzas españolas, lo que volvía por todo extremo difícil e ineficaz todo levantamiento emancipador.

Entonces los representantes más autorizados de la revolución, Bolívar desde el norte, y San Martín desde el sur, vuelven la vista allá, pene-

trando que la libertad de América peligra en tanto los españoles no hayan sido arrojados del Perú. Y los Gobiernos de Colombia, Chile y Buenos Aires se aprestan a secundar las vastas miras de sus libertadores.

En 1819 Lord Cochranne, inglés benemérito de la libertad americana, como Daniel Florencio O' Leary y los bravos de la Legión Británica, zarpa de Chile conduciendo una escuadrilla a las aguas peruanas, si pequeña por sus unidades de combate, grande por los heroicos marinos que la tripulan.

En Septiembre de 1820 San Martín levanta el rezador ejército de los Andes, y volviendo espaldas a la anarquía de su patria, avanza al Perú y desembarca en Pisco, capitaneando cuato mil veteranos de ese ejército, cubierto ya con los laureles de Maipo y Chacabuco. Los peruanos le reciben alborozados, y el reprimido anhelo de libertad estalla delirante en el pronunciamiento de sus pueblos y en su generosa adhesión a sus libertadores.

En la noche del 5 de Noviembre Cochranne el marino sin miedo como Nelson, aborda, vence y captura a la Esmeralda, la mejor fragata de la escuadra española anclada en el Callao.

El 2 de Diciembre el Numancia, batallón de colombianos, formado años atrás para el servicio del Rey, proclama la independencia, prende a los oficiales iberos y se une al General San Martín, quién comunica lo sucedido a Bolívar, y éste ordena que ese valiente cuerpo continúe sirviendo a la libertad del Perú.

Por fin, en Julio de 1821 San Martín y Cochranne entran en la ciudad de los Reyes, la opulenta y voluptuosa Lima, y en Septiembre ocu-

pan el Callao, por capitulación del General colombiano José de Lamar, que de las armas del Rey pasa al servicio de la República.

Entre tanto, el Virrey José de Laserna y el General Canterac se retiran al interior del país, con sus fuerzas no vencidas todavía, a las cuales la revolución tendrá que acometer y vencer para consolidar la independencia del Perú.

Al año siguiente, el 26 de Julio de 1822, arriba San Martín a Guayaquil, donde, en generoso, fraternal abrazo con Bolívar, conferencian acerca de la pronta terminación de la guerra en el Perú y de las formas de gobierno más convenientes a las naciones recién emancipadas, para librarlas del disociador flagelo de la amargura y del azote del depotismo militar. A su regreso a Lima, resigna San Martín el mando supremo, ante la Asamblea Constituyente convocada por él mismo, y conforme se lo anticipara a Bolívar, en carta del 29 de Agosto de 1822, se aleja de la vida pública, marchándose a Europa, en donde mora hasta su muerte, que ocurre en Boulogne-sur-Mer el 17 de Agosto de 1850.

A poco la reacción realista cobra vigor, y empiezan los grandes reveses para el Perú; por lo cual su Gobierno, como lo había previsto San Martín, insiste en demandar auxilio a Colombia y llamar a Bolívar; y Colombia y Bolívar acuden con sus fuerzas y su genio en auxilio de la vacilante nación hermana.

Empresa por todo extremo ardua era la que aceptaba el genial Libertador de Colombia: dominar la amargura y confusión en que había caído el Perú después del retiro de San Martín y vencer las poderosas fuerzas que allí mantenían enhiesta la bandera de Castilla.

Bolívar tenía el íntimo convencimiento de que su destino era libertar al Perú, como había libertado a Colombia, para coronar de esa manera la independencia de todo el continente americano. Así que, desde fines de 1822 había cuidado de que existiera en Lima una División colombiana, a la cual se agregó el Batallón Numancia, pero la mala voluntad del Gobierno para con estos auxiliares, les obligó a volver a su patria, y arribaron a Guayaquil en Febrero de 1823.

El Libertador, que esperaba licencia del Congreso de Colombia, para marchar al Perú, anticipa al General Antonio José de Sucre, enviándolo a Lima con el carácter de Ministro Plenipotenciario, y luego organiza y despacha al Callao la 1ª. División del Ejército Auxiliar, en que sirve de base el Batallón Voltijeros, nombre nuevo con que designa al ya célebre Numancia. Con estas fuerzas y las allegadas por el Presidente del Perú, Riva Agüero y el General Andrés de Santacruz, Lima puede presentar como 5.000 hombres contra los 8.000, con que los Generales José Canterac y Jerónimo Valdez han bajado de Jauja, para reconquistarla. El Gobierno nombra para General en Jefe del Ejército al General Sucre, quién se retira al Callao, con todo el personal de Gobierno, para defender las fortificaciones y los valiosos elementos de guerra que esa plaza encerraba. Los españoles ocupan Lima el 18 de Junio de 1823, mientras en el Callao el Presidente Riva Agüero, en desacuerdo con el Congreso, es depuesto por ésto, pero despreciando la deposición continúa ejerciendo el mando y traslada el asiento de su gobierno a la ciudad de Trujillo.

Entre tanto Santacruz ha marchado a Arica con una División bien equipada, pero el 30 de Ju-

nio Valdez sale de Lima en su persecución. Canterac acomete al Callao, mas sin poder tomarlo se retira de nuevo a la sierra con numerosas fuerzas. Sucre parte a Arequipa, en pos de Santacruz, para unírsele, pero no lo consigue, y cuando por fin se encuentran en Moquegua, ya Santacruz ha visto disolverse sus fuerzas, en una retirada desastrosa, perseguido por Valdez y Olañeta al mando de 7.000 soldados. Y para colmo de males, las disenciones intestinas recrudecen: Riva Agüero disuelve el Congreso en Trujillo, pero éste se reúne en Lima; vuelve a deponer a Riva Agüero y nombra para Presidente a don José Bernardo Tagle, mientras Valdez y Olañeta se encarnizan en perseguir a Sucre, para destruir su ejército, como habían destruido sin combatir el de Santacruz.

En tan triste estado de cosas, el 1.º de Agosto de 1823 recibe Bolívar en Guayaquil el permiso del Congreso colombiano para trasladarse al Perú; zarpa el día 6, arriba al Callao el 1.º de Septiembre y pasa inmediatamente a Lima, en donde el Congreso le inviste de la suprema autoridad militar en toda la República.

Pero el mal cariz de la causa libertadora aumenta: mientras Bolívar marcha al norte, con el intento de reducir a Riva Agüero, que desde Trujillo continuaba dividiendo al país y al ejército, los batallones auxiliares de Buenos Aires, que guarnecían el Callao, reclaman con altanería sus haberes atrasados, que el Presidente Tagle no puede pagarles. Entonces esta tropa se insurrecciona, enarbola en las fortalezas la bandera española y ofrece la plaza al Virrey Laserna, que la ocupa en Febrero de 1824, por medio de los Generales Rodil y Monet.

Bolívar, desprovisto de todo y convaleciente

en Pativilca de una gravísima enfermedad que lo puso al borde del sepulcro, recibía estas infaustas noticias como flechas enherboladas, pero que se embotaban en el escudo de su alma excelsa, fortalecida por una fe inquebrantable en el triunfo definitivo de la causa americana. Y cuando su noble amigo, el Sr. Joaquín Mosquera, le pregunta compadecido de su triste situación: "Señor, ¿qué pensáis hacer?"—"Triunfar", contesta el sublime visionario.

El Congreso le inviste entonces del poder dictatorial, que él acepta con sobrehumano espíritu de sacrificio, exclamando: "Vamos a salvar este país de la anarquía, de la opresión y la ignominia"... Pero la avalancha de los males crece. La defección del Callao, unida a la prepotencia de las fuerzas realistas sobre las ínpes, dispersas fuerzas republicanas, infunde la confusión, la desconfianza, el apocamiento de ánimo y la indisciplina, generadores de la perfidia y la traición. Corre una ráfaga de desmoralización y terror, y oficiales, soldados, empleados, y por último el mismo Presidente Marqués de Torretagle y uno de sus Ministros, Berindonga, se pasan a Rodil, que les recibe con aplauso y ocupa en seguida la capital peruana. ✓

¡Qué cuadro tan negro y pavoroso! Pero Bolívar era la roca de la libertad americana: combatido por todas las borrascas, anegado por el oleaje de la ingratitude y la perfidia, mantiene siempre la frente enhiesta, y la mirada luminosa siempre fija en la visión del triunfo definitivo y de la gloria.

Indignado en presencia de tanta cobardía y perfidia tanta, lanza desde Pativilca la siguiente proclama: "Peruanos! en menos de seis meses habéis experimentado cinco facciones o defecciones, causadas por vuestros mismos jefes. Las tropas del Río de

la Plata han enarbolado el estandarte español en las fortalezas del Callao; se pasan por partidas a las filas del Ejército español las tropas del Ejército peruano; pero quedan en el departamento de Trujillo algunos restos de las tropas de Colombia, y diez mil más bravos de la patria, de los héroes surcan los mares para venir a libertaros. ¿Queréis más esperanzas?"—Y aunque no tiene sino un punto del territorio en que apoyarse, su fe, que mueve las montañas, convierte su cuartel general en foco radiante de inteligencia, actividad y patriotismo, y realiza el milagro de parar en seco a los enemigos, mientras reanima las desfallecidas esperanzas y crea en ciento veinte días el ejército con que el 27 de Junio puede abrir campaña contra las fuerzas del Virrey.

¡Qué grandeza de alma la de este predestinado de la libertad y de la gloria!

Trepan los Andes los patriotas, en busca de los realistas, y Bolívar, al pasar revista al Ejército, el 1º de Agosto, en la llanura de Sacramento, lanza esta enardecedora proclama:

"Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud. Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla, con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? No! No! No! Vosotros sois invencibles. ¡Viva el Perú, viva Colombia, viva la Libertad!"

El mismo día primero de Agosto el General

Canterac deja su acantonamiento de Jauja y mueve su ejército sobre Tarma, al encuentro del ejército unido del Perú y Colombia. Bolívar levanta el campo de los llanos de Sacramento el día cuatro y avanza hacia Reyes y Tarma. Estos dos Generales no se temen, antes se buscan, porque sus ejércitos quieren la pelea: el uno enorgullecido por su fuerte superioridad numérica y su brillante presentación, el otro, por su valor acrisolado en los campos de Boyacá y Carabobo, de Bomboná y Pichincha.

El seis de Agosto de 1824, como a las cuatro de la tarde, la caballería patriota alcanza a divisar, por sobre la laguna de Junín al anemigo que saliendo del pueblo de Reyes tomaba el camino de Tarma. Acorta entonces la distancia, enderezando por la orilla occidental de la laguna, temeroso de que el enemigo se le escape. Pero Canterac no huye, antes quiere el combate, seguro de que sus 1.200 soberbios jinetes aplastarán a los 800 de Bolívar, y forma sus escuadrones en la pampa que demora al sur de la laguna.

¡Y fué Junín!

Junín es el preludio del himno triunfal de Ayacucho. No forman sus notas los silbidos de las balas, sino el chis chás de los aceros. Junín no es combate en que la pólvora y las balas, inventos modernos, cumplen su trágica misión. Es choque al arma blanca, que rememora los de otros siglos, entre los caballeros sin tacha y sin temor. Cuéntase que solo un disparo de pistola se oyó en Junín, como señal de arremetida. Rasgan el aire los clarines y al punto los soberbios escuadrones, los dos mil centauros de uno y otro bando, se alínean fieros y terribles y se lanzan al encuentro, la lanza en ristre y en alto los sables de ancha y

afilada hoja. Al choque furibundo las largas lanzas atraviesan los cuerpos o saltan en astillas, los corceles encabritados manotean y gruñen y se estrellan unos contra otros; los combatientes, con los ojos centellantes se parten a sablazos y aun caídos se revuelven furiosos y se buscan y estrechan para hundirse los puñales en las carnes destrozadas. Cabezas, troncos, extremidades, vísceras: todo ese sangrante picadillo humano rueda pisoteado por el suelo, mientras los roncós gritos del odio y la venganza atruenan el espacio. ¡Choque espantoso! Allí Laurencio Silva, a la cabeza de los Húsares de Colombia, revolviéndose como un león, tinta en sangre la esclavina roja que era su divisa. Allí Isidoro Suárez con los Coraceros del Perú. Allí Felipe Brown con los Granaderos de Colombia. Allí Lucas Carvajal, Manuel Jiménez, Juan Camacaro, Guillermo Corser, y cien más, haciendo prodigios de valor. Allí herido en siete partes, el argentino Necochea, Jefe de la caballería republicana. Y Bolívar, el Padre de Colombia, rodeado de sus Generales, como un sol encendiendo el furor de la pelea.

Tres cuartos de hora, no duró más el torneo sangriento de Junín, y la caballería española fué vencida: lección terrible que preparó la victoria de Ayacucho, haciendo entrar por fin en las duras cabezas de los peninsulares el convencimiento de que los guerreros de la joven América eran muy dignos de medirse con los más bravos de la vieja Europa.

CAPITULO III

AYACUCHO

Larga y precipitada fué la carrera de Canterac, huyendo del campo de Junín. Traspuso las escarpadas riboras del caudaloso Apurímac y llegó al Cuzco, en donde lo esperaba el Virrey Laserna, que al punto asumió el mando, y, para reforzar su ejército, llamó del Alto-Perú al General Jerónimo Valdez, el más valiente y ojeutivo de los generales españoles.

El ejército republicano avanzó también hasta el Apurímac, donde, enterado Bolívar de la actividad con que el Virrey engrosaba sus huestes, juzgó necesario regresar a la costa, para evitar su completa defección y allegar refuerzos. Y dejando el mando al General Antonio José de Sucre, el vencedor de Pichincha, por excusa del General José de Lamar, que ora el de más graduación, partió acompañado del General Andrés de Santa-cruz, nativo del Alto-Perú, que también había combatido en Pichincha, al frente de dos batallones peruanos y un escuadrón de granaderos montados de Buenos Aires.

El 28 de Octubre de 1824 movió el Virrey su ejército, que no bajaba de catorce mil hombres, contra el ejército unido del Perú y Colombia, que apenas si contaba siete mil escasos.

Sucre, cumpliendo las instrucciones de Bolí-

var y en espera de sus auxilios, emprendió la retirada al norte. Comenzó entonces una serie de marchas y contramarchas de los dos ejércitos: La-serna, por cortar la retirada y sorprender a los republicanos; Sucre, por ganar tiempo y buscar para el combate un momento favorable, que compensara su inferioridad numérica. Juego fatigoso en que ambos jefes lucieron maravillosa habilidad, y los ejércitos una resistencia insuperable, mas también la desertión y las enfermedades un desplazamiento destructor.

Treinta y cinco días llevaba Sucre de esquivar o provocar el combate, según las circunstancias del momento, en una retirada como de ochenta leguas, cuando en la quebrada de Acocro, el comandante Medina le entregó pliegos del Libertador, en que éste le decía: que no pudiendo enviarle refuerzos inmediatos, era preciso aventurar la batalla, cualquiera que fuese su posición y la del enemigo, sin reparar en el mayor número, ni en atrincheramientos o fortificaciones. Ante esta orden, Sucre y sus generales ya no pensaron sino en buscar al enemigo, para atacarlo y destruirlo.

Al día siguiente, seis de Diciembre acampó el ejército unido en una sabaneta situada al occidente del pueblo de Quinua. El siete ocupó el enemigo las alturas del Pacaicasa, al norte del campamento de los patriotas, creyendo que con esa operación los cortaba, sin permitirles recibir refuerzos de la costa. Entonces Sucre, juzgando inminente el choque, acompañado de Lamar, eligió para éllo la sabana de Ayacucho, entre Quinua y el camino de Huamanga por el occidente; el cerro de Cundurcunca—cuello del cóndor—por el oriente; el Pacaicasa, y más lejos el pueblo de Huanta por el norte; y un escarpe del mismo Cundurcunca, el

camino del Cuzco y más allá el pueblo de Cangallo por el sur. Campo sabiamente elegido, que el mismo día siete ocupó nuestro ejército, como provocando a combate al realista, al invitarlo mañeramente a ocupar la posición de las faldas occidentales del Cundureunca, que dominaban por completo nuestros reales.

El ocho, por la mañana, comenzó el enemigo a bajar por el camino de Huanta, acercándose a los nuestros, pero temeroso de entrar en una cañada profunda y de difícil paso que, desde el Cundureunca, descende de este a oeste, ejecutó por la tarde un movimiento por el flanco izquierdo y trepó el cerro hasta perderse de vista tras de su cima. Entonces el General Lamar que, con Sucre y otros jefes, observaba sus movimientos, dijo: "El Virrey ha tenido miedo de comprometer su ejército en el paso de la cañada, y, por no atravesarla a nuestra vista, se ha subido a la cumbre, para descafezarla en su nacimiento y descender sobre nosotros por aquí (señalándonos con el dedo el punto del cerro más inmediato a nuestro campo), porque su táctica se ha fundado siempre en atacar a sus adversarios desde alguna altura, y rara vez se ha presentado en campo raso".

En efecto, a las cinco de la tarde todo el ejército enemigo empezó a descender de las alturas del Cundureunca, por el lugar que indicara Lamar, y llegado a la falda ocupó la posición ya prevista, que dominaba la llanura del campo republicano. De seguida abrió contra los nuestros fuego de cañón, que duró como media hora, pero felizmente inofensivo. Los artilleros patriotas contestaron con la única pieza que tenían, poniendo la primera bala en el centro de una columna enemiga: certero disparo, que se tuvo como feliz augurio de triunfo.

Cerrada la noche, los dos campamentos se cubrieron con sendas líneas de cazadores, tan cercanas que podían hablarse, como en efecto hablaron y largamente los Generales Juan Antonio Monet y José María Córdova, que respectivamente las mandaban.

Y amaneció el 9 de Diciembre de 1824. Y fué Ayacucho... la coronación de la libertad de un mundo.

Espléndido amanecer el de aquella mañana sobre la meseta andina. Mañana fría, pero tónica, de aire purísimo y auras leves y retozonas. Brillante el cielo, con dispersos girones de nubes sonrosadas, limpidas las cumbres de los montes, transparente la atmósfera, y sobre los objetos bañados de luz, reducidas las distancias, y clara y precisa la visión. Magnífico escenario, como preparado por un Poder misterioso para la tragedia que iba a representarse, de cuyos estragos de muerte había de surgir la belleza de la vida y la libertad, en la creación de nuevas y poderosas nacionalidades.

La sinfonia de las bandas marciales despertó los dormidos campamentos, alegrando las almas, y el sol se asomó por la cima del Cundureunca, envolviendo en cálido abrazo los cuerpos entumecidos por la humedad nocturna.

Al resplandor matinal podía verse claramente el cercano Cundureunca—donde se movían ya los 9.300 hombres del ejército realista—con su vegetación achaparrada y pajiza: más alto a la parte del norte y presentando en la falda largas arrugas horizontales y muchos montecillos diseminados, a modo de túmulos: más bajo a la parte del sur, y de vertientes suaves en el centro, a cuya falda, entre un áspero escarpe por la derecha y el nacimiento de un arroyuelo por la izquierda, forma un seno parejo, como de trescientas varas

de ancho, por donde la caballería republicana podía subir y acometer sin dificultad a la realista. Al pie, en la pequeña sabana de Ayacucho, de unas mil varas de norte a sur, por quinientas de este a oeste, cortada al norte por la impenetrable cañada ya aludida y cruzada de izquierda a derecha por el arroyo que baja del Cundureunca, se desperzaban los 5.780 soldados patriotas, como leones que avizoran su presa, y al suroeste y al oeste los caminos del Cuzco, Huamanga y Quinua, sobre los cuales se quiebra el plano de la sabana, ofreciendo resguardo a nuestra reserva.

El ejército republicano, de frente al Cundureunca, estaba dispuesto así, según la relación de un testigo presencial. De ala derecha y parte del centro—orillando a cien varas, con su línea de tiradores, la falda del Cundureunca, (espacio calculado por Suero para cargar con ímpetu a la infantería española, a medio bajar de lo alto)—la primera División, mandada por el General de vanguardia José María Córdova, constante de los batallones Bogotá, Voltijeros (antiguo Numancia) Pichincha y Caracas, cuyos Jefes eran respectivamente el Coronel León Galindo, los Tenientes Coroneles Pedro Guás y Manuel León y el Coronel José Leal, y sumaban unos dos mil trescientos colombianos; y detrás, o a su costado, en el declive sur, el regimiento de Granaderos, de doscientas plazas, colombiano también, regido por el Coronel Lucas Carvajal, y dividido en dos escuadrones que tenían por Comandantes a los Tenientes Coroneles José de la Cruz Paredes y Mariano Acero. Al resto del centro y de ala izquierda, a unas treinta varas al sur del arroyo, pero siguiendo con la línea de tiradores el curso de su orilla, la segunda División, a órdenes del Mariscal D. José

de Lamar, formada de los batallones 1º, 2º y 3º y la Legión Peruana, y detrás el regimiento Húsares de Junín, compuesto de los escuadrones 1º 2º y 3º, cuerpos todos peruanos, mandados en dicho orden por el Coronel Francisco de Paula Otero, los Tenientes Coroneles Ramón González y Miguel Benavides y el Coronel José María Plaza, y los Húsares, por los Tenientes Coroneles N. Bruix, Pedro Blanco y José Olavarria, con todo el regimiento a órdenes del Teniente Coronel Isidoro Suárez: División que sumaba 1.280 hombres. De reserva, al extremo occidental, la tercera División, colombiana, mandada por el General Jacinto Lara y compuesta de los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, de unas 1.800 plazas por junto, cuyos Jefes eran los Coroneles Arturo Sándes o Ignacio Luque y el Teniente Coronel Trinidad Morán, respaldada por el regimiento Húsares de Colombia, de doscientos ginetes en dos escuadrones, de uno de los cuales era Comandante el Teniente Coronel Pedro Alcántara Herrán, y de ambos el Coronel Laurencio Silva; caballería que, ya se ha dicho, se resguardaba, lo mismo que la peruana, en la caída occidental del terreno. Y en fin, nuestra minúscula pero certera artillería, de una sola pieza de montaña de a cuatro, se asentó a la diestra de la reserva, en el vértice sudoeste del campo, y contiguo, el parque del Ejército, de treinta cargas de a dos mil tiros, amparado tras de la ruina de una choza de indios, que no conservaba en pie sino tres paredillas de bahareque, ya sin techo y abierta al occidente. Era Comandante General de las caballerías del Ejército Unido el General Guillermo Miller, y Jefe del Estado Mayor general del mismo, el General Agustín Gamarra.

Las fuerzas realistas formaban también tres

divisiones, distribuídas como sigue, según la relación del mismo testigo presencial. El General D. Jerónimo Valdez, Jefe de vanguardia, mandaba el ala derecha, o sea la 3ª División, fuerte de los batallones Cantabria, Centro, Castro y 1º Imperial, dos escuadrones de Húsares y una batería de seis piezas. Regía el centro el General Monet con la 1ª División, compuesta de los batallones 1º de Burgos, Infante, Victoria, Guías del General y 2º del primer Regimiento, y tres escuadrones de la Unión. Y formaba el ala izquierda la 2ª División, bajo el mando del General González Villalobos, con los batallones 2º de Burgos, 2º del Imperial, 1º del primer Regimiento y Fernandinos, con cuatro escuadrones de Granaderos de la Guardia. Tocando al último, en la altura de nuestra derecha, se situó el Virrey Laserna con su guardia, que era el escuadrón de Alabarderos, más una compañía del regimiento Guías del General y cinco piezas de artillería; y en una depresión de la altura, a retaguardia de la División de Villalobos, la reserva, mandada por el General Dn. José Carratalá y compuesta de los batallones Fernando VII, 1º y 2º de Jerona y el regimiento de San Carlos. Entre la reserva y Villalobos, en la depresión mencionada, se situó el abundante parque, de 100 o 140 cargas. Era Comandante general de las caballerías el Brigadier D. Valentín Ferraz; disponían de 16 piezas de artillería, mandadas por el Brigadier Cacho, y en fin era Jefe del Estado Mayor General Dn. José Canterac, el General vencido en Junín.

En pie ambos ejércitos, fueron inspeccionados por sus jefes y formaron pabellones para preparar el desayuno.

A las ocho bajó a la línea patriota el Gene-

ral Monet, el de la barba acanelada, y llamando al General Córdova le pidió que alcanzara permiso del General Sucre, para que los jefes y oficiales de uno y otro ejército, vinculados por parentesco o amistad, pudieran pasar a la línea y verse y hallarse antes del combate. Sucre, el perfecto caballero, el guerrero humano y cortés, accedió complacido a la gentil propuesta, y de ambos bandos acudieron muchos parientes y amigos al campo neutral, a darse acaso la despedida eterna. En la media hora que duró la entrevista, no faltaron reconvencciones y lágrimas, de las que afectaba reirse el Mayor Rafael Cuervo, a la sazón Jefe de día: risa con que ese popular tronera velaba su emoción, pues Cuervo, bravo y generoso como un león en el combate, era un alma tierna, y tanto que una ocasión, oyendo el lastimero arrullo de unas cuculies, pregunta al compañero: ¿qué ruido es ese?—“Unas palomas”, contesta aquel.—“Eso no puede aguantarse”, murmuró Cuervo, mientras dos gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Entre tanto, Córdova y Monet se entretenían en grave conversación. Decía Monet que quizá fuera posible hallar un medio de ahorrar la sangre que iba a derramarse. A lo que Córdova contestó que el medio era posible, racional y fácil, y sencillamente consistía en que los Generales españoles reconocieran la independencia de América y disolvieran sus fuerzas. Monet repuso que ésto no era admisible, por no ser la expresión de la voluntad popular, y que debía considerarse que teniendo los españoles fuerzas mucho mayores en posición dominante, no había posibilidad de que resistiesen los republicanos. Córdova cerró la conversación con estas palabras: “La opinión del Perú, General, es la de todo el mundo, en que cada cual quiere

mandar en su casa; y en cuanto a la decisión por las armas, ciertamente ustedes tienen más tropas y mejor posición que nosotros, pero no soldados iguales a los nuestros, como lo verá usted a la hora del combate”.

Despachado el frugal almuerzo, los veintisiete cuerpos realistas procedieron a engalanarse con sus uniformes de parada. “Aquella eminencia—narra uno de los principales actores de ese drama—parecíanos altar de Corpus campesino, que todo era allí colorines y refulgentes visos de oro y plata, contrastando con nuestro campo, como el persa con el griego, como el boato monárquico en frente de la sobriedad de una república no degenerada. Los veintisiete cuerpos de los realistas ostentaban muchos uniformes diferentes, como lo exigían su distinción y manejo; y un pintor habría gozado viendo sobre el fondo verde-pajizo del Cundureunca aquellas largas líneas de matices móviles, que rayaban la cuesta, alternando con gracia el blanco, el azul, el verde, el gris, el amarillo, el barroso, el encarnado y otros tintos, en las piezas de aquel vestuario de parada, en sus vueltas y divisas, en tantas ricas banderas y estandartes y en aquellos millares de airozas banderolas, que se agitaban como impacientes de entrar en combate. La vista herida con los reflejos del acero y más metales, descansaba en las telas y pieles; y los ordenados movimientos de esas líneas de colores nos amenazaban desde lejos, como preciosas víboras, mostrándonos la perfecta disciplina rigurosamente enseñada por los instructores castellanos. Por el pantalón blanco y dormán verde, con vueltas de piel color de azabache, distinguíamos a nuestra derecha el escuadrón de Alabarderos del Virrey, cuerpo de alta distinción fundado desde el año de 1557,

por don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y cuarto Virrey del Perú. Cerca de él atraía la vista, alborotando a Silva, Carvajal y demás llaneros, el regimiento Guías del General, vestidos como de vermellón con vueltas blancas. Los jefes y oficiales, sombrero apuntado como los nuestros, pero, a diferencia de nosotros, profusión de penachos, pieles, guantes, botas altas, charreteras, bordados, bandas, cintas, cruces y demás distinciones de ordenanza”.

No así la llanura del severo campo republicano, donde el burdo, oscuro capote de nuestros soldados les daba a la distancia apariencia de frailes con forniture, y la indefectible muceta roja de Laurencio Silva, le prestaba aspecto de obispo a este llanero formidable, *la lanza de Junín*, como glorificando su valor y hazañas, le llamaban sus compañeros. Los jefes y oficiales sin más distinción que las presillas, sin bandas, bordadas, ni penachos; y los Generales, con sobrias charreteras y sencillo sombrero con orla o cresta de pluma blanca.

A la vista del viviente cuadro kaleidoscópico que ofrecía el Curdureunca y oyendo hablar de Virreyes y Brigadieres, de Fernandinos y Alabarderos, el jocoso payanés Rafael Delgado—alias Pasitos—exclamó: “A Belén, muchachos, a coger a los tres reyes con toda su comitiva”. A esta profética agudeza, el cartagenero Vicente Gutiérrez de Piñérez, el panameño José Antonio Vallejo y el maracaibero Escolástico Andrade respondieron con una catarata de chistosas ocurrencias, que distraiendo de la realidad a los nuestros, les hacían mirar como un juego el próximo peligro.

Cada hombre y cada batallón estaban ya en su puesto: ambos ejércitos aperecidos para la pelea.

Como a las diez y media el General Monet, de espléndido uniforme, presentóse de nuevo en la línea, y con la gentileza de los antiguos caballeros, llamando al General Córdova le dijo: "Vamos a dar la batalla"—"Vamos", le contestó Córdova. Y se separaron gallardos y serenos, bajo las miradas de los dos ejércitos, prontos para la hora trágica.

A este aviso el General Sucre, que vestía de pantalón azul y levita cerrada, azul también, de botones dorados y charreteras de oro, espada al cinto, sin bordados ni medallas, acompañado de sus edecanes, recorre en su castaño-oscuro los cuerpos republicanos, dirigiendo a cada uno breve y apropiada arenga.

Empezando por la derecha, dice al regimiento de Granaderos:

"¡Compatriotas Llaneros! Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apuro, las de Mantecal, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín. ¿Que podré temer? ¿Quién supo nunca resistirles?—Desde Junín ya sabéis que allí no hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos, con que pronto remudareis los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. Lanza al que ose afrontaros! Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! ¡Viva el llanero invencible! ¡Viva la libertad!"

Luego al Bogotá:

"¡Heroico Bogotá! Vuestro nombre tiene que llevaros siempre a la cabeza de la redentora Colombia: el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros, y hoy no solo el Perú, sino

toda la América os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles Cazadores de vanguardia de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres, para devolvérosela asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía (señalando el campo español) no tiene derecho a estar más alta que vosotros. Pronto ocupareis su puesto al grito de ¡Viva el Bogotá! ¡Viva la América redimida!"

En seguida al Voltijeros:

"¡Voltijeros!—Harto sabe el Perú que nadie aborrece tanto como vosotros el despotismo y que nadie tiene tanto que cobrarle. No contento con hacernos esclavos a todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la Patria y de la Libertad. Pero el mismo honró vuestro valor con el nombre de Numancia, el más heroico que España ha conocido. He aquí el día de vuestra noble venganza. Cinco años de sonrojo estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles. ¡Sucumba el despotismo! ¡Viva la Libertad!"

De allí al Pichincha:

"¡Noble Pichincha!—Esta tarde podréis llamarnos Ayacucho. Quito os debe su libertad, y vuestro General su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuanto realizó nuestro valor, y aun se rien de nosotros. Pronto les haremos creer, echándoles encima el peso del Pichincha, del Chimborazo, del Cotopaxi, de toda esa cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente enemiga de la tiranía, que hoy por última vez osan profanar con sus plantas el suelo de la América ¡Viva la América libre!"

Al Caracas:

"¡Caracas! Guirnalda de reliquias beneméritas, que recordais tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos! Ayer asombrasteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes: es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el Libertador! ¡Viva la cuna de la libertad!"

A la División peruana:

"¡Peruanos! Luchasteis por Colombia en el campo de Pichincha; luchasteis por vuestra Patria en la pampa de Junín, junto con los invencibles escuadrones colombianos. Unidos en santa hermandad, y a las órdenes de los ilustres veteranos Lamar, Miller y Suárez, vais a librar el último combate por vuestra independencia. El gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo irresistible, y la santa Libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos dejemos arrancar un laurel. El número de sus hombres nada importa: somos infinitamente más que ellos, porque cada uno de nosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia, y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí lo hemos traído peruanos y colombianos, a sepultarlo juntos para siempre. Este campo es su sepulcro y sobre él nos abrazaremos hoy mismo, anunciando al universo: ¡Viva el Perú libre! ¡Viva toda la América redimida!"

Pasando a la reserva, arengó al batallón Rifles:

"¡Rifles! Nadie más afortunado que vosotros, porque donde vosotros estais ya está presente la

victoria. Acudisteis a Boyacá y quedó libre la Nueva Granada; concurristeis a Carabobo, y Venezuela quedó libre también. Firmes en Corpahuaico, fuisteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador, y no satisfecha todavía vuestra ambición de gloria, estais en Ayacucho, y pronto me ayudareis a gritar: ¡Viva el Perú libre! ¡Viva la América independiente!

Acercándose al Vargas, dijo:

“¡Bravos del Vargas! Vuestro nombre significa disciplina y heroismo, y del Cauca a Corpahuaico tantas veces habeis probado que lo mereceis. No tuve la dicha de admiraros en Bomboná, pero aquí está el Perú y la América entera para aplaudiros en el mayor de los triunfos. Acordaos de Colombia. Acordaos del Libertador, y dadme una nueva palma que ofrecerles a ambos en la punta de vuestras bayonetas. ¡Viva Colombia! ¡Viva el Libertador!”

Luego al Vencedor:

“¡Vencedores! Desde las orillas del Apuro hasta las del Apurímac habeis marchado siempre en triunfo. El brillo de vuestras bayonetas ha conducido la Libertad a todas partes, y el ángel de la victoria está tejiendo en este instante las coronas de laurel con que serán ceñidas vuestras sienes en este día de gloria para la patria y la América. ¡Viva la Libertad!

No bien había acabado el General en Jefe de arengar al Vencedor, y mientras se acercaba a los Húsares de Colombia, que completaban nuestra reserva, observó que de la falda del Cundurcunca bajaba velozmente la División del General Valdez, con la precisión y rapidez características de las operaciones de este brillante Jefe, a ocupar para el combate, su puesto de ala derecha, frente

a la izquierda republicana mandada por el General Lamar. Avanzó hasta el arroyo su línea de cazadores, a tiro de pistola de la nuestra; detrás colocó una batería de cuatro piezas, para proteger sus cuatro cuerpos de infantería en masa, y a cada lado de éstos un numeroso escuadrón de caballería.

Sucre sonrió entonces, viendo cómo el enemigo coadyuvaba a la ejecución de su plan, y rápidamente fué a ocupar su puesto, casi al centro de nuestro campo, al alcance del fuego contrario como el último soldado.

Eran las once de la mañana, y el sol continuaba subiendo radiante y bello, en la diafanidad de ese límpido cielo de intenso color azul. Ante la solemnidad del momento, el General Sucre esforzando la voz clamó: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur: otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia". A lo que el Ejército respondió con estrepitosas vivas, como rugidos de irritados leones.

El fuego empezó a un mismo tiempo en toda la línea de tiradores, y lo abrieron también la batería de Valdez, la del centro y la del ala izquierda española, contrapuestas estas dos últimas a nuestra División de la derecha, al mando del General Córdova. Y mientras Lamar, sereno y arrogante, recorría el frente de su línea, rompió también sus fuegos la infantería de Valdez; y los cazadores Guías del General, provistos de excelentes rifles y parapetados en una ceja de la cuesta, los rompieron sobre nuestra derecha. A este fuego, que duró por espacio de una hora, sólo contestó parca pero certeramente nuestra línea de cazadores, pues entraba en el plan del General en Jefe ahorrar cartuchos, porque no teníamos sino la irrisoria do-

tación de cuarenta por plaza. Valdez fusilaba y ametrallaba a la División peruana; el Virrey y Villalobos a la División colombiana, especialmente al mártir batallón Bogotá, al cual tocó sacrificarse también esta vez, en aras de la disciplina, como se había sacrificado con el Vargas, el Vencedor y el Rifles en el porfiado y sangriento combate de Cariaco o Bomboná, el 7 de Abril de 1822, en las faldas del volcán de Pasto.

El fuego español era mortífero y nuestras tropas lo recibían sin contestarlo—que esta era la consigna—con una firmeza y heroicidad de disciplina, sin igual: *admirablemente inmóviles*, como en exacta expresión narra el Brigadier español García Camba, que luchó en este combate.

¿Qué se proponía el insigne cuanto humano General Sucre, dejando diezmar sus tropas a mansalva?—Sucre se proponía triunfar a toda costa, pues se jugaba la libertad de un mundo. En serena, profunda meditación se había forjado un plan de combate, que juzgaba infalible, y para realizarlo era necesario este sacrificio sobrehumano.

El plan de esta batalla es tan admirablemente concebido y tan perfectamente ejecutado, que todo es en él de sorprendente provisión y de matemática exactitud. Desde la intuición del plan de los jefes españoles hasta la elección del campo y la paciente, sublime espera del preciso instante del ataque, bajo los fuegos enemigos, todo parece obra de inspiración divina. Sucre y sus grandes generales habían conseguido hacer creer a los españoles que, por su propia habilidad y pericia, habían cortado a los patriotas y los tenían encerrados en la sabana de Ayacucho, sin comunicación con Bolívar y sin esperanza de refuerzos ni posible retirada. Habían podido hacerles convencer de

que ocupada por ellos la falda dominante del Cundurcunca, no podían los republicanos rehuir el combate ni resistir el alud de sus poderosas, aplastantes fuerzas superiores. Y habían logrado ocultarles el pensamiento íntimo, el secreto designio esencial del maravilloso plan: impedir, por la estrechez del campo, el desdoble de la magnitud de las fuerzas españolas y anular su eficacia ofensiva, obligándoles a atacar en masas; facilitar el ascenso de la caballería patriota por el espacio intermedio entre el escarpe de la derecha y el arroyo de la izquierda, para dividir las fuerzas contrarias; y mediante la inmovilidad de las patriotas, provocar al ejército realista a descender de la altura, para atacarlo y repelerlo en el momento preciso en que sus fuerzas no fueran en tanto número que nos aplastasen, ni tan pocas que en su rota y retroceso no dejaran de empujar y arrollar a sus mismos compañeros.

Mientras tardaba en llegar este precioso y decisivo instante, Sucre, a pesar de su imperturbable impassibilidad británica, se mordía los labios de impaciencia, al recorrer, bajo los cruzados fuegos, nuestra línea de cazadores, al frente de la División de Córdova. El tiempo corría, y los peninsulares continuaban fusilando a los impávidos patriotas. "Echenle el capote encima y cubrir claros", ordenaba uno de los Jefes del Bogotá, a la caída de cada soldado suyo. Y el Comandante Leal, del Pichincha, viendo caer a su Sargento Vargas, decía: "Saldremos algunos menos, pero la victoria es nuestra".

En el ala izquierda era tan mortífero el fuego de los artilleros y los infantes de Valdez, que aunque los cazadores peruanos lo resistían contándose impertérritos, juzgó prudente el General

en Jefe reforzar su línea con el batallón colombiano Vencedor, que avanzó al punto desplegado en batalla a ocupar su puesto. Observado lo cual por Valdez, adelantó un poco sus columnas en masa, haciéndonos descargas cerradas, que abrían claros en toda la extensión de nuestras filas. Y luego destacó, sesgando a su izquierda, dos batallones contra la Legión peruana, como para encerrar la División de Lamar, interponiéndose entre ésta y la División de Córdova, y de seguida cargó en persona al Vencedor, y por detrás de sus infantes hizo avanzar al escuadrón de su derecha, a unirse con el de su izquierda, aprestándose así para el ataque fulminante.

Al mismo tiempo se movieron y empezaron a descender las enormes masas de las divisiones del centro y de la izquierda españolas. La del General Monet se detuvo en las sinuosidades del terreno. La División de Villalobos se venía oblicuando a nuestra derecha, para proteger el descenso de la artillería, y por las ásperas sendas del Cundurcunca bajaba el famoso escuadrón de San Carlos, a pie los ginetes, guiando los caballos de la brida; y otros escuadrones no menos brillantes avanzaban por los espacios de los cuerpos de infantería. ¡Magnífica maniobra, de rapidez y precisión admirable, dirigida en persona por los Generales Laserna y Villalobos! ¡Soberbio espectáculo el que ofrecían esas masas ondulantes, bellas y terribles, cuyas armas despedían visos cegadores al sol del mediodía!

Los primeros batallones pisaban ya la sabana y descendían montando a prisa los ginetes, mientras dispuesta aceleradamente la batería del centro, comenzó a vomitar metralla contra los nuestros, especialmente contra el Caracas, más

próximo a su frente.

Había llegado por fin el momento previsto y esperado. El General en Jefe, que se hallaba en ese instante junto a nuestra línea de cazadores, ordenó a éstos forzar la posición de la artillería enemiga, y al General Córdova lanzarse al ataque, con los foguados batallones Boyacá, Voltijeros y Pichincha, de su División, dejando al Caracas en expectativa de los sucesos. Recibida la electrizadora, orden, Córdova recorrió a galope sus batallones, haciendo a cada uno enérgica y breve arenga. Al Pichincha, señalándole los escuadrones realistas que bajaban, díjole: "Contra infantería disciplinada no hay caballería que valga"; y poniéndose al centro y delante de sus columnas, vuelto a ellas, dióles en arrogante acento aquella desconocida voz de mando, puesta en los labios del héroe por el coraje que lo impelía al peligro, embriagándole con la seguridad del triunfo: "División, armas a discreción, de frente, paso de vencedores".

"Imagínese—dijo en inspirada frase el Coronel Manuel Antonio López—la belleza de aquel General de veinticinco años, en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de Jipijapa y rigiendo con la izquierda el favorito castaño—claro, habituado por él a cabriolar y saltar, su rostro encendido como el de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraron como rayos por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos. Repetida por cada Jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del Voltijeros rompió el bambuco, aire nacional colombiano, con que hacemos fiesta de la misma muer-

te: los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles, y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó rectamente esa cuádruple legión de enconados leones, reprimida hacia casi dos horas por la diestra mano de su amo".

Al avance simultáneo de los tres batallones destacados de la División de Córdoba, arrecian sus fuegos los cazadores españoles, y el intrépido Coronel Rubín de Celis se lanza contra el Bogotá en impetuosa acometida, el General Villalobos contra el Voltijeros, y el escuadrón San Carlos arremete contra el Pichincha. Pero nuestra falange avanza en irrupción incontenible, y el Bogotá y el Voltijeros rechazan el choque, y a bala y bayoneta dejan fuera de combate a los batallones reales Guías del General, al 1º del Primer Regimiento y al 2º del Imperial Alejandro, con muchos de sus valientes Jefes, mientras el Pichincha formando por sí mismo el cuadro y sin cejar un punto, resiste el aplastante choque y recibe en las bayonetas a los primeros ginetes del San Carlos. Pero los de atrás, variando a su izquierda, siguen en pos de otros dos escuadrones que, con fragor de catarata, pasan por entre el Pichincha y el Voltijeros, al encuentro de los Húsares de Colombia. Por el mismo espacio avanzan éstos como una tromba, regidos por los formidables Laurencio Silva y Pedro Alcántara Herrán; retroceden un tanto a usanza llanera y vuelven sobre los contrarios con furia tal, que "el valiente escuadrón San Carlos quedó casi todo en el campo de batalla", según refiere el mismo historiador español, Brigadier García Camba. Los fugitivos repasan por el mismo claro, acosados por sus perseguidores, que, a unar den de Silva, se detienen para no emba-

razar la acción de los infantes, que suben como incontenible incendio. Pero el mismo Silva, embriagado por el furor de la matanza, olvida su propia orden y seguido de Diego Zurbaran y unos cinco soldados más, con una rrojo y pujanza digno de Ajax, éntrase por el campo realista, a aleanzar un escuadrón, que alelado se mantenía inmóvil contra la falda de la montaña, mientras el Pichincha arrolla la artillería mandada por Fernando Cacho, y un Sargento del Voltijeros, el bogotano Manuel Pontón, salta y se monta sobre uno de los cañones, gritando a sus compañeros: "Este es mío, sirvanme de testigos".

Entre tantos en nuestra ala izquierda, la División peruana a las órdenes de Lamar, con los Húsares de Junín mandados por el General Miller, y auxiliada por el Vencedor y el Vargas, sostenía gallardamente, aunque inferior en número, las terribles acometidas de la División del General Valdez, y cuando recibió la orden de avanzar, su ataque fué simultáneo con el de la División de Córdova, y cruzado el arroyo, tan formidable el choque, tan recia y feroz la acometida de los dos bandos, que de nuestros jefes y oficiales quedaron fuera de combate Luque, Dorronsoro, Gil Espina, Miro, Ariscún, Granados, Castilla, Miranda, Montoya y otros muchos más.

En nuestra derecha, el Caracas no había entrado todavía en acción. Mientras peleaban los demás, sus soldados sentados en el suelo, para aminsonar el peligro de las balas que llegaban hasta ellos, se entretenían en un juego de campamento, que solía dirigir Salvador Córdova, hermano del General, y Capitán de la 1ª compañía. Maravillados de que el General en Jefe se olvidara de ellos, creían que el ímpetu de los otros cuerpos había

ya decidido la jornada, pero detrás de la División de Villalobos y los escuadrones destruidos, aun se mantenían intactos los cinco batallones del General Monet, los dos Geronas, el Fernando VII, los Granaderos de la Guardia. Con éstos intentaron Laserna y Canterac restablecer el combate y disputar el triunfo. Entonces Caracas recibió la orden de atacar, y levantándose al punto y trepando la cuesta por entre montones de cadáveres, se enfrentó con el Infante y el Burgos, que, a las órdenes del pundonoroso Monet, le opusieron porfiada resistencia hasta quedar destruidos en sangrienta hecatombe, mientras el irresistible Córdova, que había abandonado su caballo, para trepar a pie el rugoso Cundureunca, continuaba dirigiendo la inflexible carga contra los batallones de la reserva realista.

Entonces una ráfaga de terror cruzó toda la línea contraria. Las tropas de Valdez cayeron en rota incontenible, apesar de los rabiosos clamores de su Jefe. El Virrey suplicaba, amenazaba, se desgañitaba en vano, y ni sus tropas escogidas como el Fernando VII y el Victoria, ni sus mimados Alabarderos, presas del pánico, podían contenerse en su fuga. Oficiales y soldados, caballeros y peones, nivelada la gerarquía por el común, inesperado desastre, huían atropellándose en confuso tumulto, dando por muertos a sus Generales, y anunciando su muerte al Virrey mismo, que a pie, exhausto de fuerzas, se había resguardado en la oquedad de una peña. Largo, erecto, de capote negro y gorro oscuro de seda bajo el sombrero de anchas alas, a su grave aspecto le tomaron nuestros soldados por el capellán, y le saludaban diciendo: "Padre Capellán, échenos la bendición". En eso un oficial de genio duro paróse a pregun-

tarle: “¿Y Ud. quién es?—Y respondiéndole él: “Soy el Virrey, Señor”, el Oficial alzó el sable y le causo una leve herida en la cabeza y en la mano, pero interviniendo en ese instante Manuel Pontón y Rafael Cuervo, le salvaron la vida, haciéndole prisionero.

Más allá Valdez, como atónito en presencia de la implacable fatalidad, parecía buscar intencionalmente la muerte, sentado sobre una piedra, ladeado en la cabeza el sombrero de vicuña color de canela, esperando que los vencedores lo acabaran. Y dirigiéndose al Mayor Mediavilla le dice: “Mediavilla, dígame Ud. al Virrey que esta comedia se la llevó el demonio”.

—¿Qué piensa Ud. hacer? le pregunta el oficial.

—No lo sé, responde Valdez.

—Todavía podemos hacer una capitulación honrosa, murmura aquél.

—Dice Ud. bien, contesta el General, y montando a caballo se dirige a la cumbre, por entre la granizada de balas con que los patriotas cazaban cuesta arriba a los fugitivos.

A la una de la tarde había ya terminado esta batalla, en que lo más corto de ella fué la batalla misma. Mil ochocientos muertos y setecientos heridos de los realistas; quinientos muertos y seiscientos heridos de los republicanos: tales fueron los trofeos del dolor en este rudo encuentro, en que la bayoneta y la lanza obraron con más eficacia que las balas de los *chopos y canillones*, fusiles incipientes de chispa, de trescientas varas de alcance, propios de la época. Todos los Generales españoles, muchos Jefes y oficiales y más de dos mil soldados cayeron prisioneros. Enorme cantidad de armas y municiones y cuan-

to elemento bélico encerraba el campo enemigo, todo fué capturado. Estos fueron los frutos de esta gran batalla, y sobre todo, como preciada flor del triunfo, la libertad del Perú y la consolidación de la independencia de toda la América hispana.

Y a batalla tan sangrienta, que retumbó como un trueno por los ámbitos de América y de Europa, pudo llamar comedia el General Valdez? —Calificativo del orgullo en derrota, ironía del despecho ante el inesperado, adverso desenlace de ese juego formidable, que, sobre el tapete de la sabana de Ayacucho, se aventuró al azar de las espadas. —No! Ayacucho no es una comedia, porque es la tempestad. En Ayacucho todo es grande: teatro y hombres, idea y finalidad; preparación, ejecución y resultados. Ayacucho no es, pues, una comedia, antes una tragedia verdadera, real: el último acto de aquella tragedia grandiosa, cuyo argumento es la redención de un mundo, cuyos actores son los bárbaros soldados del despotismo por una parte, y los generosos héroes de la libertad por otra; y de la cual el trágico invisible, que tiene los hilos de la acción en la mano y urde como le place la trama de la liberación y la victoria, es DIOS.

La sombra de los monarcas españoles era tan grande, que había cruzado los mares y tendido el manto fúnebre del despotismo sobre los inmensos territorios del mundo de Colón. Cada idea liberatriz era un relámpago que cruzaba aquella noche. Cada batalla ganada por los soldados de la libertad, un rayo de luz que paulatinamente iba desalojando aquella sombra. Ayacucho fué el sol que la forzó a repasar los mares y replegarse a Europa, no dejando más que una penumbra leve en las islas del Caribe, que después había de ser

borrada para siempre.

Al evocar el sagrado recuerdo de esta gran batalla, en la que todos los países de América se hallaron más o menos representados por sus héroes, quisiera tener el mágico poder de infundir en la mente y el corazón de las presentes olvidadizas generaciones, la fraternal unidad de ideales y sentimientos que aquel día inspiró y sublimó hasta el sacrificio a los heroicos defensores del derecho americano. Quisiera manifestar a los pueblos libertados por Bolívar, la necesidad de acercarse y comprenderse, de amarse y unirse, para la más rápida y segura conquista de su común destino. Y sobre todo, a los pueblos de Colombia, de la gran Colombia hija del Genio y de la Gloria, de la madre fecunda del heroísmo, del arte y de la ciencia, quisiera decirles: ¿Por qué no volveis el pensamiento y el corazón a los días aquellos, en que el pabellón de Colombia unida—el tricolor de Miranda—se paseaba ufano del Orinoco al Potosí? ¿Por qué, olvidados de esa aurora y ese sol, no pensais en reconstituir aquella nación gloriosa, para que sus hijos, cobijados por la bandera de una patria grande, puedan mirarse orgullosos en los espejos de los dos océanos y, bajo la inmensidad de su propio cielo, puedan sus aviones volar desde el mar salado de las Antillas hasta el mar dulce del Amazonas...?—Día llegará—no muy lejano acaso—en que el mundo entero sienta, como condición de vida, la presionante necesidad de los grandes conglomerados de naciones, y entonces los Estados tendrán como los soles: a mayor volumen, mayor brillantez y fuerza de atracción. ¿Por qué no anticiparnos al porvenir que nos prepara esa nueva gravitación política e internacional, organizando desde luego la Federación Colombiana, que restituyéndo-

nos al antiguo esplendor y poderío, nos permita ocupar en el rol de las naciones, el puesto que a tal grandeza corresponda?—Bolívar el excelso tuvo la previsión de lo futuro, la constante, atormentadora idea de lo grande: por eso creó a Colombia, la inmensa, la magnífica y sublime. ¡Ah si quisiéramos--que muy posible es--hacer la apo-teosis del Héroe, resucitando a Colombia, para decirle en un arranque de veneración y amor: he aquí tu Colombia, la hija de tu espada, de tu corazón y de tu genio: muerta era y ha revivido; habíase perdido y es hallada...!

CAPITULO IV

DESPUES DE LA CAMPAÑA

Don Antonio Lemus había venido muy joven de España al Perú, y ejerciendo el comercio había levantado un apreciable capital. De carácter serio e insinuante, culto y simpático, agradó a una hermosa limeña, hija de español, y casó con élla poco tiempo antes de la llegada del Libertador a la ciudad de los Reyes. Como todos los españoles, abrigaba profundo desprecio a la raza americana, pero preocupado siempre con sus negocios y no queriendo exponerse a los azares de la guerra, contentábase con pregonar a voz en cuello los triunfos de los suyos, sin tomar parte en la lucha.

Por aquellos días, el Gobierno republicano, en represalia de las exacciones del enemigo, había impuesto una fuerte contribución de guerra a todos los españoles residentes en el país. Tocóle su parte a Lemus, y como se resistiese al pago, fué reducido a prisión, en junta de otros muchos hasta que satisficieran los cupos que les habían caído. Rendido al fin, ordenó la venta de sus bienes, pagó y salió de la cárcel. Cambió entonces de ideas: vendió el resto de su hacienda, condujo a su esposa a la ciudad de Piura, y dejándola en el seno de una familia amiga, lleno de venganza partió a incorporarse en el ejército realista, sin que lograran detenerle las lágrimas de su joven y bo-

lla compañera, ni los ruegos y reflexiones de sus amigos y conocidos.

De este modo fué cómo pudo hallarse en los campos de Junín y de Ayacucho.

Después de la capitulación, aunque Sucre, el vencedor magnánimo, había concedido a los vencidos la más amplia libertad para su regreso a la península, Lemus no quiso separarse de la tierra en que de nuevo esperaba enriquecerse. Salvó en pocos días la distancia que le separaba de su esposa, y sin prestar oído a las observaciones de la amistad, tomó con élla el camino del desierto, y fué a habitar a orillas del Chira, jurando venganza eterna a la raza americana.

He aquí la relación que de esta parto de su vida hacía él mismo, años más tarde, a su hija.

—“Allí planté mi tienda—le decía—en los arenales del desierto, a la margen del río. El aire de las ciudades me asfixiaba después de Ayacucho, la vista de los vencedores me era insoportable. Preferí la soledad. Un pequeño huerto sembrado de yuca y plátano, mis ganados y el río abundante en pesca, suministrábanme lo necesario para la vida. Tu madre, mi adorada Julia, resignada y bondadosa, distraía con sus gracias las monótonas horas del aislamiento. El idilio de nuestro amor, interrumpido por la guerra, continuó en el desierto; y allí, solos, como en el Edén los progenitores del linaje humano, mirábamos correr los días en plácida quietud, relativamente tranquilos y felices. Julia me acompañaba a todas partes: con élla vagaba por la orilla del río, persiguiendo a los caimanes que salían a la playa; con élla me sentaba a reposar, a la sombra de los corpulentos, frondoso algarrobos, y si entonaba alguno de los cantares que había aprendido en otro tiempo, adormía-

me en su falda, soñando en nuestra casita de las márgenes del Rímac, o en los días de mi infancia corridos allá en la bella Andalucía, al abrigo del hogar inolvidable. A la caída de la tarde, cuando el sol enviaba en largos rayos horizontales sus destellos apacibles, entrábamos en una pequeña balsa construída por mí, y nos abandonábamos a la corriente, o cruzábamos el río para contemplar desde la orilla opuesta, nuestra humilde choza cubierta de bálago y el aleteo de las brisas en las anchas, verdes hojas de los bananos de nuestra heredad. En las noches serenas, bajo ese cielo tapizado de estrellas, sentados sobre la arena tibia, le contaba yo cosas de mi país o alguna leyenda heroica o amorosa, le hablaba de las tierras que había recorrido en mi agitada juventud, y élla me escuchaba embelesada, como el niño escucha las historias con que le aduerme su nodriza".

"Antes de un año de vida como ésta, vino a visitarnos un ángel: eras tú, hija mía, el primero y único fruto de nuestro amor. Contigo las horas se nos tornaron cada vez más placenteras: la inocente sonrisa de tus labios, el armonioso gorjeo de tu garganta, la luz serena y cándida de tus miradas nos llenaban de alegría. Recuerdo con delicia cuando Julia tomándote entre sus manos, te hacía bailar al son de esos cantos sin nombre, que la madre únicamente inventa en su ternura: tú agitabas las manecitas, levantabas el blanco, diminuto pie, y tus graciosos gestos y tus sonrisas y los débiles gritos de tu entusiasmo nos inebriaban de inocente felicidad".

"Felices en medio de la soledad, sólo pensábamos en tí, y casi habíamos resuelto salir a habitar en el seno de la sociedad civilizada. Tu buena madre solía decirme con frecuencia: oye, Antonio

cuando Luzmila crezca un poco más, hemos de irnos a vivir en Lima, para educarla bien. Aquí se criará como salvaje, y cuando deje de ser niña y vea otras gentes, les tendrá miedo. No debes sacrificar el porvenir de nuestra hija al bárbaro capricho que te impelió al desierto. Yo le contestaba accediendo siempre a sus deseos, pero ay! que tan bellos proyectos no habían de realizarse nunca en su amable compañía, porque un destino aciago me tenía condenado al más horrible de los infortunios”.

“¡Cómo seguir contándote esta historia, hija de mi alma, si aun sangra el corazón a su recuerdo!”

“Triste había sido aquella tarde, la noche cerró pronto y un fuerte viento hacía crugir las ramas de los árboles y arremolinaba las polvorientas arenas: cosas muy naturales en los meses de Noviembre y Diciembre próximos al invierno. Recogidos en nuestra choza, procuraba yo distraer a Julia de las ideas melancólicas que, hacia algunos días, la dominaban. Hablábale de nuestro próximo viaje a Lima, cuando una ráfaga apagó la vela, y en el mismo instante el *yaacabó*, pájaro que nunca había asomado por nuestra vecindad, dejó oír su canto lúgubre, como el son de una campana que tocase a muerto.—¿Lo oiste? me interrogó Julia: dicen que ésta es el ave de los presagios funestos: alguno de nosotros va a morir, acaso yo....—Desecha esa idea supersticiosa, le contesté, sólo Dios conoce el destino de sus criaturas. Y luego empecé a hablarle de cosas alegres, de aventuras risueñas que me habían sucedido en otros tiempos, pero sin lograr desvanecer la sombra de tristeza que invadía su alma y me alcanzaba a mí también”.

“Hermoso amanecer el del siguiente día: la

frescura de la mañana, la limpidez del cielo, la música de las aves en las vegas del río, fueron parte sin duda para que Julia echase a un lado sus tristes pensamientos. Levantóse alegre. ¿Quién hubiera creído jamás que ese día de mañana tan espléndida, iba a ser el más espantoso de mi vida? —Acostumbraba tu madre ir a pasar largas horas contigo, a orillas de un remanso que se había formado en un recodo de la ribera. Este día, apenas hubimos almorzado nos dirigimos juntos a aquel paraje, en el cual quedóse ella divertida viendo agolparse los pececillos, tentados por el cebo de los pedacitos de plátano que les arrojaba; mientras yo saltando la cerca del huerto, me entregaba a mis labores ordinarias. Tan corta la distancia que nos separaba, que las risas de ella y tus vocécitas infantiles me llegaban claras y sonoras. ¡Ay!, hija de mi alma, ¿cómo referirte lo que pasó en seguida? El viento de los años casi ha borrado la huella del dolor, ¿a qué buscarla, si en hallándola volverá de nuevo a manar sangre? Pero es necesario que lo sepas; escúchame, que sigo. De repente un grito horrible de espanto y desesperación, vino a herirme como el rayo: las piernas me flaquearon, la sangre se me holó en las venas e inconsciente me lancé a la playa. En ella, sólo tú, llorando y temblando: tu manecita me señalaba la laguna. ¿Un caiman? Pero si los que había eran mansos..... Desatentado y loco me echo al agua. Zambullo, escudriñando en todas direcciones. ¡Visión horrible!: el voraz animal se cebaba en el cuerpo de mi idolatrada Julia.... ¿Sin ella para qué la vida? Me arrojo sobre el monstruo, lucho como desesperado y le hundo mi puñal en el codillo repetidas veces. Cuando saqué a la playa el cadáver, horriblemente mutilado, sen-

tí como si un dogal me apretara la garganta; faltóme el aire y caí desvanecido. Cuando volví en mí, tú, prendida del tronco inanimado de tu madre, la llamabas en medio de sollozos desgarrados y clavabas en los míos tus ojuelos azorados y enrojecidos por las lágrimas. Yo no podía llorar bramaba como toro herido, rugía como bestia salvaje, me revolcaba en la arena poseído de dolor inmenso, y la llamaba a gritos, abrazando su cadáver, y no lo dejaba sino para volver a llamarla y tirarme al suelo en la obsesión de un martirio infinito. ¡Qué momentos aquellos, hija mía! A modo de relámpago siniestro cruzó por mi mente una idea salvaje: matarte, y en seguida matarme yo también, para que todo acabase de una vez; pero la inocencia de tu rostro, la angustia con que me mirabas, el eco desgarrador de tus sollozos, penetraron en mi alma y desvanecieron ese rayo de locura. Mi destino, hija mía, ¡cuán negro mi destino! ¿Por qué busqué el desierto llevado de un capricho temerario? ¿Por qué no vedé a Julia que se llegase a las orillas del remanso? Fué como debía haber sido: decretado había estado, tenía que cumplirse sin remedio”.

“Al día siguiente sepulté el cadáver, puse sobre su tumba una grande y tosca cruz, rodeándola de una fuerte cerca de madera; prendí fuego a la choza y me alejé contigo, sin saber a donde iría”.

“Estábamos en pleno desierto. nuestra marcha en él lenta y penosa; al tercer día de viaje llegamos al pie del Ereo, petrea montaña que se levanta en medio de la vasta llanura, como gigante aprisionado por la línea circular del horizonte. Nos hallábamos a orillas del Yuscay, riecito de aguas dormidas y cenagosas, cubiertas de lama

verde amarillenta. Allí hice alto: había agua para no perecer de sed, y paja y algarroba para nuestros ganados. Construí una choza, hice una pequeña chacra, y dejé que el tiempo fuese cicatrizando la herida de mi corazón. Paulatinamente fui saliendo del idiotismo en que el dolor me había sumido, y cuando el recuerdo de Julia flotaba en mi memoria como sombra triste y lejana, pero adorada todavía, habían ya transcurrido seis años: tú frisabas en los diez. Pensé entonces que no podía, sin rebelarme contra la naturaleza, continuar esa vida salvaje, y que era necesario proveer a tu educación. Con la firmeza que revisten todas mis resoluciones, abandoné el desierto y salí a Piura. Lo demás..... bien lo sabes tú, hija mía: los años que pasaste de colegiala, mi incesante trabajo para sostenerte y asegurar tu porvenir, mi continuo afán por el cultivo de tu inteligencia y el pulimiento de tu corazón. Saliste del Colegio y vinimos a estas playas macareñas, hermosas sí, pero incapaces de borrar de mi mente el recuerdo del nativo suelo, ni amenguar el odio que profeso a los americanos, y que sólo morirá conmigo."

Tal era Dn. Antonio Lemus, el padre de Luzmila: huraño, selvático, indomesticable, como pájaro del monte. Diez y siete años habían transcurrido desde la jornada de Ayacucho, y sin embargo, allí en el fondo de su alma, vivos aún, el rencor y la venganza, echándose afuera en forma de hurañería y desprecio. Pero, honrado e inteligente, laborioso y activo, no se daba punto de reposo en el acrecentamiento de sus bienes. En las dehesas de la hacienda que había formado, pastaba gran cantidad de ganado vacuno y caballar. La casa, construída, como hemos dicho, sobre una roca del río, era cómoda y espaciosa, si bien su

dueño había sabido imprimirle ese aire de hosquedad sombría que en él predominaba. Sin relaciones de parentesco ni de amistad, Dn. Antonio vivía casi aislado: las muy estrechas que lo unían con Dn. Francisco Arcenales obedecían a razones de paisanaje, y acaso a la probabilidad de que al fin sería éste el esposo de su hija, a la cual si le ofreciesen el oro y el moro, no entregara a ningún criollo. Si a hablar con uno de éstos le llevaba la realización de algún negocio, lo hacía en términos breves, y después..... como si nunca se hubiesen conocido.....

Luzmila, a causa de este caprichoso y excepcional carácter de su padre, estaba condenada a la misma vida de aislamiento. Aquella vida, monótona y triste, sin esa escuela de cultura que se llama trato social, no se conformaba con el temperamento de Luzmila, ardiente como el sol que había alumbrado su cuna, menos aún con su edad, en la cual el corazón pide con imperio otro corazón, para verter en él el mundo de amor y poesía que está bullendo en su seno. ¡A los diez y seis años, vida de anacoreta! ¡Vida de angustias y tristeza, de lágrimas furtivas y amargo desconsuelo; vida de pajarillo prisionero; vida imposible, de ansias infinitas y sombrías desesperaciones! De ahí el aire melancólico, visible a todas horas en el semblante de Luzmila. Mas, tan resignada y sumisa, que no osaba manifestar a su padre cómo se iba marchitando y consumiendo en fuerza de esa vida de pesares. Ni la tímida queja ni la protesta alzada subieron a sus labios: devoraba en secreto su amargura, y en las calladas horas de la noche, sentada en su balcón, daba escape a su pena, llorando largamente sin más testigos que la luna o las estrellas en el cielo y el rumoroso río

y sus vegas sombrías en la tierra. Cuando a la mañana siguiente, la encontraba Dn. Antonio pálida y desmejorada, y sus bellos ojos negros cercados de grandes ojeras, fatigábala con una larga serie de preguntas, concluyendo por decirle que muy pronto la llevaría a Lima, para que allí olvidase sus pesares sin nombre, sus vagos y románticos anhelos. Hombre de mundo, aunque fingía no ver el motivo del sufrimiento de Luzmila, le conocía a fondo; y temiendo que de prolongarse aquella situación violenta, fuese funesta para la salud de su hija, tenía resuelto darla por esposa a Dn. Francisco, y después llevarla efectivamente de paseo por las grandes ciudades americanas. Pero, deseando terminar antes los negocios que tenía pendientes, no daba prisa a este asunto.

Por aquellos días, el General Juan Otamendi, que andaba preocupado con la fundación del pueblo de Macará, invitó a todos los vecinos de los contornos, a la fiesta de la inauguración del nuevo pueblo. Dn. Antonio tuvo que concurrir por cortesía y seguridad personal, pues no lo convenía disgustar a enemigo tan temible. Fué en esa ocasión que Otamendi conoció a Luzmila y quedó prendado de su hermosura.

¿Quién era el temido General Juan Otamendi? ¿Qué vientos le habían traído de las tierras de los conos nevados a las arenas que abrása el sol, y donde gime la tierna cuculí...?

CAPITULO V

EL PUEBLO DE MACARÁ

El viajero que haya tomado la vía de Cariamanga, en viaje de la ciudad de Loja al Perú, habrá sentido un movimiento de agradable sorpresa, a la vez que una sensación como de alivio, al terminar el descenso de la montaña de Gualguama.

El camino que cruza esta montaña es como para emboscada, angosto, sinuoso y profundo: de sus altos bordes musgosos están brotando a la continua las lágrimas tristes de la humedad sin sol; las altas ramas que se entrelazan en el espacio lo vuelven sombrío, y en medio de la temerosa soledad sólo se escucha el silencio de la selva, interrumpido de cuando en cuando por el *tililic* de los sapillos o el canto de algún pájaro sin nombre. Pero al llegar al sitio denominado los Pozos, la vista se dilata, y el corazón, como sintiéndose libre de una pesada angustia, se abre para aspirar las ráfagas de aire tibio que suben del ardiente valle, abierto hacia la izquierda al pie de la montaña.

No hay viajero, a quien el panorama encantador de los verdes cañaverales de Sabiango, no haya hecho templar involuntariamente la brida a su caballo y detenerse extasiado ante la perspectiva de ese risueño vallo, cruzado, como por una cinta de plata, por el río que le presta su nombre. Si por una feliz casualidad se toca en ese sitio a la caída de la tarde, el espectáculo crece en me-

lancólica belleza. El sol ha trasmontado las lejanas cumbres de occidente, y aun lanza desde allí rayos de una luz rojiza, que suben colorando las nubes y como solidificándolas, hasta la mitad del cielo, en una decoración inmensa de irisados tonos. La tarde muere, la llanura se cubre de sombra y de tristeza, y la noche baja desde las obscuras montañas del oriente, convidando al reposo a la naturaleza entera.

Desciéndese al valle por un mal camino que se precipita culebreando por la ríscosa pendiente del Achiral, y después de una hora de fatigador bajar, empieza a oírse el quejido del trapiche al retorcer ontre sus mazas la jugosa, azucarada caña. Se prosigue el viaje por entre dos hileras de árboles y setos, cortadas a trechos por las viviendas de los campesinos, oyéndose las voces con que los moledores azuzan a los tardos bueyes; mirando perderse en el espacio las columnas de humo que arrojan las chimeneas de los hornos en que hierva el guarapo; aspirando una brisa cargada con todos los olores de la molienda.

Más allá el camino corre por entre bosques de suelo como barrido, formados por árboles sin parásitas ni maraña, de altos tallos cilíndricos, semejantes a las columnas de las arcadas de los templos. Son bosques de abillos, hermosos árboles de recto y limpio tronco, que entrelazan en lo alto las umbelas de su follaje, a través del cual se cierne una luz suave y discreta, y cuyos frutos de figura circular achatada, estallan ruidosamente al calor del sol, esparciendo al aire las numerosas, pequeñitas valvas que forman la dura cápsula que los cubre. Y así se continúa hasta encontrarse de improviso, en una dilatada playa, con el cristalino y perezoso Macará, por cuya ribera, y siguiendo el

capricho de sus vueltas, marcha el viajero, arrullado por el murmullo de las aguas, a tropezar con las cercas del Tamarindo, preciosa vega cultivada de janeira y chilena, plantas forrajeras que se alzan a dos metros de altura, cubriendo los ganados que allí pastan. Aquí comienza la ancha carretera natural que da entrada al pueblo, carretera hermosa sobre lecho de menuda arena, bajo la apacible sombra de los mangos y las acacias, que así recrean la vista como perfuman y purifican el ambiente con sus exhalaciones saludables. Luego se toma a la derecha, por una rampa de escasa inclinación y se entra en una árida pampa de forma triangular, cuyo vértice arranca del pié del Tajapanga y se abre, en ángulo inmenso, por los flancos de la misma montaña, que son sus lados, hasta morir con éstos en la playa del río, en la frontera meridional de la patria. Ahí está Macará.

A esta tierra vino confinado el General Otamendi, después de los sangrientos sucesos de Riobamba. Le precedía su fama de valiente y el prestigio de su estrecha amistad con el General Juan José Flores, personaje dominante en la política de aquella época. De modo que el desterrado se convirtió luego en señor de esa comarca, sin fronteras que limitasen la amplia jurisdicción civil, militar y judicial que empezó a ejercer, como a veinte leguas a la redonda.

Otamendi halló a los habitantes de Macará dispersos y aislados, y quiso acercarlos y unirlos, para que formasen pueblo. Hombre de clara inteligencia, fuerte brazo y férrea voluntad, muy diestro en el manejo de las armas y con el influjo que le prestaba su alta posición militar, no encontró oposición a sus propósitos; antes la gente moza, atraída por su fama y gallardía, y por la llaneza y

afabilidad de su trato, se le acercó y se prestó entusiasta a secundar sus planes y hacerlo guardia, para disciplinarse y militarizarse bajo la dirección de tan buen maestro. Querer y hacer, todo fué uno para él. Trazado, sobre las suaves colinas que se alzan en el centro de la sabana, el plano para una población extensa, todos comenzaron a construir allí sus nuevas viviendas. Levantar una casa era lo más sencillo, pues anticipadamente acumulados los materiales, ponía el pueblo entero manos a la obra, y lo que dejado al esfuerzo individual hubiera demorado largos meses, se resolvía en pocos días, mediante el esfuerzo colectivo.

Terminadas las construcciones, que resultaron higiénicas por bien soleadas y ventiladas, quiso Otamendi que todos pudieran manifestar un modo conocido de vida, y así ordenó que todo varón emancipado tuviese necesariamente casa propia, huerta bajo riego, caballo para montar, asno para la carga y los necesarios útiles de labranza. Y las huertas habian de estar perfectamente cultivadas, y todo esmeradamente tenido y conservado. Esto, para la subsistencia personal, que respecto del comercio exterior, dispuso que obligatoriamente todos habían de producir algo para la exportación y señaló para este objeto, como artículos principales, los siguientes: panela, cereales, algodón, lana de ceiba, tabaco, cundurango, cascarilla, cueros y ganado. El que no podía otra cosa, por lo menos había de recoger el algodón de ceiba en los bosques nacionales de uso público, que nada le costaba.

La propiedad privada estaba protegida por sanciones gravísimas contra los inclinados a lo ajeno: primero el látigo, y en caso de reincidencia, la muerte.

Quiso que las calles se mantuviesen en es-

merado aseo, y cada propietario cuidaba de la parte fronteriza a su casa. Se ensancharon, desmontaron, rectificaron y rasaron los caminos; pues, los buenos caminos, solía decir el General, son la señal más visible de la cultura de los pueblos.

En la administración de los fondos públicos no toleraba ni el derroche ni el desfaleo. Un día llamó al Teniente y le dijo: usted es quien ejerce la autoridad en esta región: yo no soy sino un auxiliar del poder público. He procurado inspirar el patriotismo, por lo que los fondos públicos han aumentado considerablemente. La Junta regional y usted manejan esos fondos: quiero que se administren con sabiduría, economía y honradez, aplicándolos a las verdaderas necesidades de los pueblos, sin derroche y sin que nadie sea tan malvado, que se atreva a tomar para sí ni un céntimo de esos fondos sagrados, que son el sudor, las privaciones y la sangre de los contribuyentes. Promulgue usted que al ladrón de los dineros públicos lo alejaré para siempre de todo empleo, lo degradaré o infamaré, haciéndole efectiva su responsabilidad. Y si los fondos defraudados fueren de importancia, lo fusilaré sin remedio.

A la vuelta de un año, una savia de nueva vida circulaba pujante en el organismo del pueblo macareño: había abundancia, y todos comían bien, pues la producción había aumentado y mejorado, y los negocios dejaban provecho. Centenares de niños concurrían a las escuelas, y se sentía correr una como aura de prosperidad, de bienestar y alegría generales.

Satisfecho estaba Otamendi de su obra, y cuando en las fiestas de la inauguración del pueblo conoció a Luzmila, acaricióle dulcemente el pensamiento de terminar sus días en esos bellos

sitios; pero ay ! estaba escrito que el fundador de Macará no dormiría el sueño de la tumba a la sombra de los almendros que con su mano había plantado. Aun le esperaban otras campañas y otras glorias, y nuevas horas trágicas en escenas de horror y de sangre.

CAPITULO VI

EL CURA ISAURO JUVENAL

Cuando avisaron al General Otamendi que el Cura del pueblo quería verle, sonrió, y, adelantándose a recibirle, saludólo cariñosamente.

—Bien venido seais, Curita. Venís a tiempo, pues deseaba hablaros.

—Buenas tardes, Señor General, contestó el Cura, inclinándose graciosamente.

—Sentaos aquí en la hamaca, junto a la ventana, para que recibáis el aire refrescado por la sombra de los árboles del huerto.

—¡Qué hermoso está vuestro huerto, General! Cómo han crecido y cargado tan pronto los papayos; abren ya sus cápsulas los algodoueros y muestran sus capullos blancos; los melones y sandías están en sazón...

—Si gustáis, Curita, tengo unas sandías de pulpa rosada, pura miel.

—Gracias, General, vengo de caminar largo, y tengo sed; preferiría una *viranga*.

—Como gustéis.

Y al punto el campechamo soldado vertió agua fresca, de una cantarilla de arcilla roja, en una copa, de color de ópalo, y tomando una botella en la mano dijo:

—Esta miel es de *bermejós*, de esas lindas abejas silvestres, qué sólo he visto aquí. Como en

este verano han florecido tanto los naranjos, los limoneros y las pomarosas, las mieles tienen un aroma delicioso.

Y endulzando el agua con un grueso chorro de la límpida, aromática miel, presentóla al distinguido visitante, diciéndole:

—Servíos, Curita, la *viranga*, que, en climas como éste, es una bebida que de veras refrigera y conforta.

—Gracias, General, murmuró el Cura devolviendo el vaso, después de apurar su contenido. Ahora sí podemos hablar, si no disponéis otra cosa.

En ese instante una pareja de *chiscas*, que bajo las tejas del alero se defendía del sol, rompió uno de esos trinos maravillosos, con que suelen deleitarnos estas avecillas. El macho comenzó con uno como gorgoriteo de notas graves, semejando los reproches de un corazón mordido por los celos. Contestó la hembra con una melodía tenue y quejumbrosa, como dando una explicación impregnada de gemidos. Y luego los dos unieron sus trinos, de notas rápidas y atropelladas, como voces de disputa, como recíprocas quejas de dos almas ressentidas, que, sin embargo, se aman.

—¡Qué gorjeo el de estas avecitas!, exclamó el Cura, buscándolas con la vista bajo las canales del tejado.

Y Otamendi, acercando una silla a la hama-ca del Cura, se sentó y radiante de alegría dijo:

—Se aproxima la fiesta de la inauguración del nuevo pueblo. Curita, me habéis ayudado bondadosamente en todo y os pido que sigáis ayudándome, porque sin cooperación nada puede hacerse.

—Ya sabéis, General, que estoy siempre listo para el bien. Recorramos uno por uno todos los

puntos de la grande obra civilizadora en que habéis emprendido, y veamos si algo falta. Ante todo, las escuelas: tenemos locales y maestros; se enseña a los niños todo lo mandado por la ley; y hemos agregado de nuestra cuenta un curso más, para enseñar a los niños la moral evangélica, la religión del divino Nazareno, con el objeto de formar ciudadanos virtuosos y patriotas. ¿No es así?

—Así es, y creo que hacemos bien. La educación atea, la enseñanza antirreligiosa me han parecido siempre una imbecilidad y una traición a la humanidad y a la Patria. Negar la evidencia de la Causa primera y necesaria es de necios, y tal negación es una traición, porque oculta la verdad para enseñar la mentira y sembrar la disolución social. Yo fusilaría sin escrúpulo a cuantos quieren la enseñanza atea, como a traidores que buscan la ruina de la Patria y de la humanidad.

—El patriotismo es virtud, porque es amor, amor a nuestros semejantes. No hay enseñanza como la evangélica para formar patriotas de verdad. El Cristo bendito fué un patriota excelso: murió por sus hermanos, por la humanidad entera. Los espíritus religiosos, los grandes místicos, han sido también grandes patriotas. El que no cree en Dios no puede amarle; el que no ama a Dios tampoco puede amar al hombre. El ateo se amará a sí mismo, y el egoísmo es el polo opuesto al de la abnegación y el patriotismo.

—Habéis nombrado a Jesús, que es Ser divino, y todo en él es perfección absoluta. Citemos puros hombres. He allí a Washington, Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano, Hidalgo, Morelos y todos los grandes que nos dieron patria. Creyentes de corazón, y patriotas y guerreros excelsos, ¿cuál de los ateos, fanfarrones de hoy, puedé llegarles

ni a la bota?—Quiero que en nuestras escuelas se lea el Evangelio y se enseñe la moral evangélica y la religión cristiana. Se me ha objetado que habiendo padres de familia que no son católicos, la enseñanza religiosa en las escuelas pudiera lastimar talvez sus creencias... Argumento de necios o bribones. Protestantes hay entre nosotros, pero como ellos creen también en el Evangelio, en nada puede ofenderles su enseñanza. Y si el Evangelio es sinónimo de grandeza, civilización y cultura: podrá esta excelsitud ofender a nadie...?

—No os parece, General, que debiéramos dictar a los mayores un curso de cosas útiles para la práctica de la vida?—Sucede que después de cinco o seis años de estudios, los niños salen llevando de las escuelas un pesado fardo de conocimientos, muy bellos ciertamente, pero muy poco útiles para la lucha por la vida.

—¡Qué bien lo habéis observado, Curita! Efectivamente, los niños salen de la escuela, hablando como loros de las cinco partes del mundo, de Tamerlán y Julio César, de las locomotoras y los aerostáticos, pero no saben cómo sembrar una planta, ni hacer un injerto, ni aliviar un dolor de muelas, ni curar al animal doméstico que enferma. Necesario es, pues, que se les dé el curso que tan acertadamente indicáis: nociones de agricultura, de medicina casera y de veterinaria, y todo cuanto les sea de utilidad en la vida práctica.

—Vamos ahora a la beneficencia.. Hemos acordado y resuelto con Vos, Señor General, en obediencia a la sublime doctrina de Jesús, que en nuestro pueblo no ha de haber hambre, ni desnudez, ni enfermedad ni desgracia alguna sin consuelo. Hemos acudido, pues, en auxilio de todos los necesitados, fundando los asilos de expósitos y

huérfanos, de ancianos e inválidos y un hospital para enfermos

—Y también una oficina de trabajo, para facilitar ocupación a todo desocupado, pues yo quiero que todos trabajen para vivir.

—Precepto divino es el trabajo, y la ociosidad pecado gravísimo. Justo es vuestro deseo de que todos se ganen el pan con su trabajo, y está en armonía con la advertencia de Pablo de Tarso: que el que no quiera trabajar, no coma.

—Muy bien dicho. Decidme ¿sabéis algo de Colambo Negro?

—Ah, del Cura de Chirinos?—Olvidadle más bien. Dejad a Dios que lo juzgue...

—Si las faltas de ese sacerdote no tuvieran proyecciones perjudiciales a la sociedad, no me acordara de él, mas por desgracia, éllas constituyen infracciones públicas, que requieren represión inmediata y ejemplar. Yo tomaré la defensa social, y créame, Curita: si logro echarle el guante a Colambo Negro, lo haré pagar las hechas y por hacer.

Las *chiscas* continuaban en gorjeo enloquecido su dúo de amor y celos, bajo las tejas del alero, mientras el Cura Isauro Juvenal, fijos los ojos en el cielo, sentía resbalar dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

—Ya os buscaré, Curita, para ultimar los arreglos de la fiesta, dijo Otamendi, respetando el dolor que al santo Cura Isauro Juvenal causaba el recuerdo de los desmanes del Cura de Chirinos.

El Sacerdote y el soldado se separaron en la más afectuosa cordialidad.

Otamendi siguió largo trecho con la vista al Cura, y exclamó: Yo soy muy malo; mucha sangre he derramado en mi agitada vida, y, sin em-

bargo, amo a este hombre bueno, y cuando hablo con él yo también me siento bueno. Creo que no hay alma tan pura como su alma, bajo el cielo macareño.

Capítulo VII

FIESTAS DEL PUEBLO NUEVO

Toda aquella noche del nueve de Agosto los pianos ambulantes, las guitarras y violines y el *golpe de arpa* habían metido un ruido descomunal, como para mantener en vela a la población entera. Y desde la madrugada, un morterete había tronado, cada media hora, sobre la loma del Castillo, frente al cuartel de "Pedro León Torres", denominado así en memoria del héroe de Bomboná.

Amaneció el 10 de Agosto, aniversario del grito de emancipación lanzado en 1809 por la heroica Quito. Este día glorioso había sido elegido por el General Otamendi para las fiestas de la inauguración del pueblo nuevo.

A la invitación de Macará se habían vaciado los lugares circunvecinos y las casas todas del pueblo rebosaban de huéspedes hasta en sus pórticos. Y bajo los árboles frondosos y bajo carpas enfiladas a lo largo de la sabana, dejando al medio una pista enarenada de cien varas de ancho por mil de largo, se extendía una abigarrada multitud, de la cual se levantaba un rumor de fuertes voces y sonoras risas, mezcladas con los alegres cantos de los gallos de pelea.

Sendas columnas de humo se alzaban de cada casa y de cada albergue, grato signo del fuego encendido para preparar el desayuno; y grupos

de efebos distribuían una copa del popular pisco o de la aristocrática locumba, una sola para entonar los cuerpos y alegrar las almas.

A las ocho comenzó la misa campal en la cima del Castillo. Asistían más de diez mil personas y oficiaba el Cura Isauro Juvenal, acompañado de los Curas de Sozoranga y de Suyo. El Cura de Chirinos no había contestado a la invitación, y aun se decía que había abandonado el curato. Terminada la misa, el Cura Isauro, en pocas pero concertadas frases—pues no tenía el don de los largos y floridos discursos—habló muy apropiadamente de la fiesta, y concluyó diciendo: "Pueblos de Macará, que habitáis a una y otra orilla del hermoso río, el Espíritu Creador os bendiga y engrandezca; os haga buenos y os dé la paz ahora y para siempre."

A la salida de la misa el General Otamendi, con los oficiales de su guardia y los principales del pueblo, se acercaron a Dn. Antonio Lemus y su hija Luzmila y a Dn. Francisco Arcentales, para prodigarles los más exquisitos cumplimientos. Y Otamendi les dijo amablemente: "Sois españoles, y por lo mismo os estamos más agradecidos de que nos hayáis honrado aceptando nuestra cordial invitación. Desde el idioma hasta la religión y las costumbres, todos en la América tenemos algo de castellano. Estáis, pues, aquí, señores, entre hermanos, es decir, en vuestra propia casa." Lemus y Arcentales agradecieron estas finas expresiones, y Luzmila fijó en Otamendi una mirada de reconocimiento tan expresiva y profunda, que le hizo estremecerse, al influjo de una emoción insólita, que nunca había sentido su corazón de soldado.

Luego, todos juntos pasaron a saludar a las

distinguidas familias Valdivieso, Burneo, Merino, Checa, González, Campoverde, Celi, Bustamante, Ceballos y muchas otras que habían acudido a la popular invitación.

A las diez un gentío inmenso, de alba indumentaria, cubría las orillas de la ancha pista arenada, y las familias principales ocupaban dos grandes palcos levantados en el punto medio de las dos alas de la pista. Iban a principiar las carreras hípicas, a que tan aficionados son los pueblos macareños. En el extremo sur aguardaban los ginetes. Dada la señal, la banda del "León Torres" rompió el bambuco, y al punto el General Otamendi se lanzó a la arena, tendido sobre el cuello de un espigado alazán, que manejado con la acostumbrada maestría del ginete, se bebió la distancia más veloz que el viento. Como una exhalación pasó Otamendi por delante de los palcos, y sin embargo levantó gallardamente la cabeza y saludó a las damas. Los apuntadores registraron el tiempo empleado, y Otamendi subió al palco en que estaba Lemus y presentando a Luzmila una linda flor y una banderilla roja, le dijo: "Niña, he entregado el campo: cuando veais allá, hacia el sur, agitarse una bandera blanca, conoceréis que hay otros campeones listos a correr; dadles entonces la señal de arranque agitando la banderita roja, a vuestro gusto".

Luego se lanzaron el Capitán Larenas y cuatro civiles. Después, en grupos de seis, de ocho, hasta de diez ginetes, la mayor parte de los militares y una muchedumbre de civiles, tan buenos corredores éstos como aquéllos.

Era la una de la tarde y aproximábase la hora de almorzar. A una insinuación de Otamendi las familias que ocupaban los palcos se levan-

taron preparándose a bajar, pero en ese mismo instante sonaron atropelladamente los clarines en el extremo sur y la banderita blanca se agitaba con afán. Luzmila comprendió que aun querían correr otros ginetes y dió la señal con la bandera roja.

Tres ginetes se disparan entonces sobre tres hermosos, arrogantes caballos, negro, blanco y rosado. Al pasar por delante de los palcos, no sólo levantan la cabeza y saludan, sino que se sientan de lado y continúan de ese modo el frenético galope, hasta llegar a la meta, seguidos por el clamor inmenso de la multitud que los aplaude ebria de entusiasmo. Vuelven después, a paso ordinario, por el centro de la pista. Visten de blanco y traen cruzada sobre el pecho una banda roja con ésta inscripción: "Vencedor en Junín y en Ayacucho". La muchedumbre, sorprendida y admirada, da por terminados los juegos, invade la pista y rodea a los ginetes y avanza con ellos, aclamándolos sin cesar.

—¿Quiénes son?, pregunta Luzmila a Otamendi.

—El del medio es Dn. Enrique Albán. No conozco a los otros. Albán es Coronel de Ejército, pero no gusta de títulos ni grados; ha peleado como voluntario y es uno de los más bravos soldados de la independencia americana.

Llegados al palco de Otamendi, éste se levantó al punto y abrazó a Dn. Enrique, diciéndole:

—¡Qué sorpresa la que nos habéis dado! La fiesta la hacéis vos. ¿Y quiénes son los señores?

—Os los presento, General. Ellos os dirán quiénes son y el cometido que traen.

—Sambambé..... Coronado..... dijeron éstos, cuadrándose militarmente. Soldados peruanos de Junín y de Ayacucho, por la libertad de América,

y hoy al servicio de Pajarito, el señor del desierto. El os saluda y pone en vuestras manos, para las obras de beneficencia de Macará, estas dos mil libras peruanas, que por su órgano os envía el Cura de Chirinos, *alias* Colambo Negro. Aceptad el presente, ilustre General.

Al oír esta inesperada, estupenda noticia, todos prorrumpieron en gritos de asombro y admiración. El palco se venía al suelo, invadido por el torrente de curiosos, y fué necesario que todos descendieran a la pista. La muchedumbre gritaba enloquecida: ¡Viva Macará! ¡Viva Otamendi! ¡Viva Dn. Enrique! ¡Viva Pajarito! ¡Viva Sambambé! ¡Viva Coronado! ¡Viva Colambo Negro! ¡Vivan las dos mil libras!

Al fin el General impuso silencio, y dirigiéndose a los enviados de Pajarito, les dijo:

—Decid a vuestro Jefe que correspondo muy cordialmente a su saludo, y que entre tanto tenga el agrado de estrechar su mano, le agradezco el envío que, por su órgano, hace el Cura de Chirinos, de dos mil libras peruanas para la beneficencia de Macará. Sambambé y Coronado, felices los que comb vosotros, pueden decir con orgullo: yo estuve en Junín; yo estuve en Ayacucho. Aquí estáis en vuestra casa; sois huéspedes de honor de Macará, donde tenéis un copartícipe de esa gloria, el Coronel Enrique Albán. Alegraos, divertíos en esta fiesta, que es de todos los amigos.

Durante el almuerzo, Otamendi preguntó al Cura Isauro Juvenal:

—¿Cómo os explicáis que Colambo Negro envíe, por intermedio de Pajarito, este dinero?

—Yo sabía, respondió el interrogado, que el Cura de Chirinos había partido, sin que se supiese a dónde, temeroso de Vos. Ahora tengo por sin duda que ha caído en manos de Pajarito..... Mo

lo dice ese dinero.....

Mas allá Dn. Antonio Lemus decía a Luzmila:

—Debemos retirarnos concluida la comida. Me siento contrariado en presencia de estos insurgentes, que han combatido contra el Rey en Junín y en Ayacucho. Esos recuerdos me enferman, y sobre todo me indigna el alarde que de éllo se hace. Desde que ví a Dn. Enrique me dije: yo he visto a este hombre alguna vez.....

Oyendo ésto Luzmila a su padre, ponía con insistencia sus hermosos ojos negros en Dn. Enrique, como para grabar en su memoria esa noble fisonomía.

A las ocho de la noche comenzó la audición musical preparada en la casa de Otamendi, con asistencia de las familias forasteras más distinguidas, a quienes se había pasado invitación especial. Lemus y los suyos estaban allí también, pues aunque repetidas veces habían intentado retirarse, el General no lo había consentido.

Después de varias piezas de música criolla ejecutadas por la orquesta "Tequendama", Albán dijo a Lemus:

—Si mi memoria y vuestro acento no me engañan, sois andaluz.... ¿verdad, Sr. Lemus?

—Sí que lo soy, contestó éste.

—¿Gustaríais entonces oír algo de vuestro conterráneo, el inspirado Cavestany?

—Si sois tan amable..... Nada tan grato como oír una voz, un algo que nos recuerde los encantos de la propia tierra.

—Niña Luzmila, dijo Enrique dirigiéndose a la bella española; vamos a cantaros la Reja de Cavestany; habéis de perdonar anticipadamente las malas voces y que no podamos ponernos a la altura del poeta.

—Cantad, contestó Luzmila, que el motivo de vuestro canto nos recordará que somos españoles y que no podemos olvidar a España.

Y Enrique, Sambambé y Coronado dieron al aire sus robustas voces, desgranando, una por una, las estrofas de la regia poesía.

Lemus, encantado, iba repitiendo mentalmente los dulces versos en que el poeta andaluz canta los amores callejeros, junto a la reja, y las delicias de la vida sevillana, y hace revivir la vieja ciudad moruna, por cuyas calles parece vagar todavía, en la nostalgia de lo ido, el alma ardiente y voluptuosa de los árabes.

¡La reja! Sus hierros que besa la luna
allá en la desierta calleja moruna,
encierran misterios y encantos sin fin.

.....

¡Benditas mil veces las rejas hermosas,
cubiertas de albahacas, claveles y rosas,
que aromas derraman y prestan calor!

.....

¡Oh reja que tienes de altar y de nido:
quien nunca a sus hierros llegó conmovido
detrás del encanto de un rostro de sol,
de un goce completo no guarda memoria,
ni quiso de veras, ni sabe que es gloria,
ni acaso ha debido nacer español!

Mujer andaluza, cubierta de flores,
sentada a la reja y hablando de amores
no es solo una moza garrida y gentil:
es símbolo hermoso que encarna y encierra
la gracia divina de toda la tierra
que el Betis fecunda, que borda el Genil.

En ella palpitan Sevilla y Granada,
la vega florida, la huerta soñada,
la blanda tibieza del aire andaluz;
la raza africana, la sangre caliente,
la risa en los labios, el fuego en la mente
y el cielo sin nubes, radiante de luz.

Cuando terminaron los cantores, una salva de aplausos llenó el salón, y Lemus entusiasmado dijo:

—Jóvenes; soy español y soy franco, y así os digo que me estaba mortificando el alarde que haciais de haber combatido contra el Rey en Jūnín y en Ayacucho, pero vuestro hermoso canto me tranquiliza, diciéndome que no aborrecéis a España. Por esto, y por los dulces recuerdos de la tierra nativa que habéis despertado en mi alma, os doy las gracias de corazón.

—¡Por España!, clamaron todos ¡Viva España! Una hora más tarde, Otamendi y los macareños acompañaban a Lemus y su familia, hasta dejarles al otro lado del río, peligroso siempre de vadear en la obscuridad de la noche.

A punto de despedirse dijo Enrique:

—Niña Luzmila: sois peruana, aunque hija de español, ¿Gustaríais oír, como despedida de vuestros admiradores, un olvidado romance que glorifica una hazaña realizada, en vuestra tierra, por los bravos colombianos del Numancia?

—Cantadlo, contestó Luzmila: creo que sí podré apreciar la heroica belleza de ese romance.

Se habían detenido en un altozano que domina la amplia vega macareña, totalmente cubierta a esa hora con el manto centellante de dorados resplandores, en que la envolvían millones de luciérnagas y cocuyos y otros insectos fosforescentes.

Corría un aire de blanda tibieza, como el aire andaluz.

Y fue en ese ambiente de cordialidad y confianza, que Enrique y sus compañeros entonaron la canción de Chancay.

Una mañana nos dijo
el Protector San Martín:
de los bravos del Numancia
veinticinco quiero aquí,

Que con el Teniente Arango
exploren hasta el Chancay;
pues la causa de los libres
puede talvez peligrar.

Partimos, y ya al regreso
por la ribera del mar,
cercónos un regimiento
de caballería real.

Seiscientos gallardos eran
los caballeros del Rey,
que nos gritaron: "rendíos,
o moriréis de una vez".

"Los libres nunca se rinden",
gritamos con altivez,
y, levantando las armas,
derribamos veintiséis.

Trábase lucha espantosa,
loca, sublime, feroz;
¡veintiséis contra seiscientos,
oh temerario valor!

Un poderoso grito de "Viva Colombia! lanzado por Otamendi, interrumpió un momento el canto, que luego continuó.

De los bravos del Numancia
han muerto catorce ya,
ocho heridos, y los cuatro
cansados tanto matar;

Y antes que rendirse, fieros,
en lucha tan desigual,
arrastran a los heridos
y se lanzan a la mar.

Y entonces, de entre las olas,
el noble Jefe español
manda sacar esos bravos,
pasmado de su valor.

Así culminó gloriosa
la expedición de Chancay,
que así prefieren morir
los que aman la libertad.

¡Qué canto tan hermoso, patriótico y sentido! exclamó Luzmila al extinguirse la última nota.

—Pero, parece que habéis llorado oyéndolo?... interrogó Albán.

—Sí he llorado. La tierna canción de Chancay vivirá en mi corazón, y creo que cada vez que la recuerdo volveré a llorar. ¡Qué valientes son los colombianos!

—Gracias, niña Luzmila.

El General y sus compañeros regresaron al pueblo.

Otamendi volvía pensativo y silencioso. Sólo al

despedirse dijo a D. Enrique:

—¡Qué ojos tan lindos de mujer! Es una niña sin artificio, y no obstante ejerce una fascinación perturbadora. Quien la vió una vez queda herido para siempre y no la olvidará jamás.

—Tenéis razón, contestó Albán. Los ojos de Luzmila son negros como la noche y bellos y ardientes como el sol. Así, fascinadores como éstos, ví otros ojos en Arequipa en un rostro de extrema belleza; fué una de las dos niñas que presentaron al egregio Bolívar dos bandejas de joyas y monedas de oro, para que las distribuyese entre los soldados libertadores. Se llamaba Argentina; yo daría la mitad de mis días, por volver a verla sólo una hora. Y aquella escena? Cuán grande y patética, como todo lo de Bolívar; yo os la referiré en la primera ocasión.

—Todo lo que toca a ese varón excelso me apasiona. Yo os buscaré, para que me contéis aquella historia. Ahora, a dormir, Coronel Albán, que mañana tenemos la pesca, con la concurrencia de todo el pueblo, en los remansos de La—Guar, y después las grandes lidias de gallos con fuertes y sostenidas apuestas.

CAPITULO VIII

UN INCIDENTE EXTRAÑO.—SANGRE ESPAÑOLA

Dos meses habían transcurrido desde las ruidosas fiestas de la inauguración del pueblo nuevo. Corrían los últimos días de Octubre, cuando vino a distraer a Otamendi, de sus ocupaciones habituales y de la inquietud de su pasión, una nota del Gobernador de Pichincha, en que le encargaba la más estricta vigilancia de la frontera, con el objeto de impedir la fuga de tres estafadores de fondos públicos. Otamendi, que odiaba a los delincuentes de esta clase y estaba dispuesto a fusilarlos sin misericordia, desplegó al punto sus soldados y los ciudadanos de la guardia cívica en toda la extensión de la frontera, envió expresos a las poblaciones fronterizas, para que vigilaran todos los caminos, y escribió a Pajarito en los términos siguientes:

"A Pajarito, el Jefe del Desierto.

Salud: sois colombiano, y según sé, hombre de elevados sentimientos; y creo que aborreceréis como yo a los criminales que, abusando de sus empleos, roban a mansalva los dineros públicos, que representan el sudor y la sangre de los pueblos y están destinados al fomento de su cultura y bienestar."

“Por comunicación del Gobernador de Pichincha, estoy informado de que tres bribones, cuyos nombres y filiación os acompaño, han estafado en la suma de cuarenta mil pesos las arcas fiscales, tomando en seguida el camino del sur, probablemente con el ánimo de escapar al Perú. Os suplico, pues, que empleéis toda vuestra diligencia, para echarles mano y recobrar esos dineros, devolviéndolos, como un trofeo glorioso, a sus propias cajas y a su natural destino; porque, no basta, para la plenitud de la justicia, el solo castigo del culpable, sino que es necesaria la restitución de las cosas a su estado anterior y la completa reparación del daño.”

“Tengo vigilada la frontera; vigilad vos el desierto, de tal manera que si ellos escapan de mis manos, caigan irremediabilmente en las vuestras. Si esto sucediere, avisádmelo por la posta, para ir yo en persona a recibir a los culpables, y a la vez rendiros gracias y daros el contento de estrechar nuestra mano”.

Affmo. compatriota

J. OTAMENDI”.

Pajarito contestó lo que sigue:

“Al Señor General D. J. Otamendi.

“Salud: estamos de acuerdo en todo, pues yo aborrezco tanto como vos a los ladrones de toda especie. El empleado público, lleno de rentas y de honores, inmerecidos las más veces, debe ser modelo de honradez y probidad; pero si roba los dineros del pueblo, o abusa de su poder de otras maneras, digno es de la última pena, por malvado, y por ingrato y traidor a la nación que le mantiene y honra”.

"Los estafadores de quienes me habláis caerán indefectiblemente en nuestras manos, y os daré aviso de éello, para que me déis el contento de presentaros mis respetos en las márgenes del Chira"

Affmo. compatriota

Pajarito.—E.-F.—Ai—LEMA".

—Este hombre es realmente raro, exclamó el General, cuando hubo terminado la lectura de esta carta. ¡El gran bandido del desierto, enemigo de los ladrones! Ojalá me llegue ocasión de conocer y tratar a este hombre, del cual se refieren tantas cosas.

Después de algunos días regresaron los soldados y los ciudadanos de la guardia cívica, sin haber hallado a los estafadores, pero sí recuperando para sus dueños algunos centenares de ganados, que los cuatreros del Ecuador llevaban a entregar a sus consocios del Perú.

Amaneció el día siete de Noviembre.

Este día, en el patio de la casa aquella que ya el lector conoce, construída sobre una roca en la margen peruana del Macará, desmontaba, sofocado por el sol de la tarde, un hombre entrado en años, con el blanco y encendido rostro semivelado por la ancha ala de un sombrero de mocora. Un paje tomó el caballo y descalzó las espuelas al recién llegado, el que cruzando el patio y siguiendo a lo largo el amplio corredor, empujó suavemente una puerta y se coló adentro, cerrándola tras de sí.

—Queda todo arreglado, hija mía, dijo a una hermosa joven, que, recostada en la hamaca, contemplaba en actitud melancólica las casas del pueblo de Macará, a través de las celosías de su ventana. Y como luego notase grandes ojeras en el

rostro de la bella, añadió:

—Luzmila, paréceme que has llorado..... No se trata ahora de llorar, sino de salvar la honra. Dn. Francisco Arcentales está resuelto a casarse contigo.

Al oír ésto la joven se levantó bruscamente, como herida por un pinchazo, y dijo:

—No me coge de nuevo; siempre ha deseadó casarse conmigo.

—Así es, pero después de tu primera negativa, había contraído compromiso con una piurana rica y hermosa, por lo que me parece un signo inequívoco de que te ama de veras, el romper aquel pacto para aceptar tu mano.

—Pero yo no acepto la de él.

Dn. Antonio fingió no oír estas palabras y continuó:

—Aquella piurana es heredera de grandes riquezas, y preciso me ha sido demostrarle, para que desistiera de ese enlace, que tú no eres menos y que aportarás como dote cuarenta mil duros, más cinco mil para un viaje de recreo.

—Mucho peor: quiere decir que no se casa conmigo, sino por el dinero.

—No hay tal: me ha dicho que siempre te ha querido, que te ama y te amará más que a su misma vida, y que sólo en previsión del porvenir de la familia, acepta tu dote. Y me lo ha dicho con tales muestras de veracidad, que he creído leer en sus palabras la genuina expresión de los sentimientos de su alma.

—Dn. Francisco es un avaro, lo conozco bien. En vano es que esté con esas previsiones, porque no me casaré con él.

—¿Qué dices, Luzmila?

—Que no me caso con Dn. Francisco.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque no le amo.

—Luego le amarás.....

—¡Imposible!

—Que mi palabra falte es lo imposible; y la tengo ya empeñada! Tú entregarás tu mano a Dn. Francisco, porque le he dicho que aceptas su propuesta de otro tiempo, y no puedo quedar de falso y mentiroso; porque urge que tu matrimonio se verifique sin demora, y es mi voluntad que sea con él.

Sintió Luzmila que había herido a su padre en la fibra más delicada, la del orgullo, y no queriendo provocar su cólera ni obrar resueltamente sino en último caso, murmuró tímidamente:

—Dn. Francisco podrá vanagloriarse de que le hemos rogado.....

—No lo dirá, y si lo dice no importa, porque nadie le dará crédito.

—Pues, entonces, ya que usted se empeña, papá, que se me conceda un plazo para meditarlo.

—¿Plazo?—Si lo urgente es que el matrimonio se verifique hoy mismo. No hay plazo posible: lo acordado y resuelto, eso se hará.

—Pero ¿por qué tanto apuro?

—¡Me extraña tu pregunta! Porque amo mi honra y la tuya más que la vida. El objeto de este casamiento precipitado es libertarte de la pasión de Otamendi. No es vano capricho mío que se haga hoy mismo, sino que la corriente de las circunstancias así lo exige. En cualquier otro caso, poco importaría que fuera dentro de un año, o cuando tú gustases; pero en el presente, debe hacerse de contado, a fin de que esta misma noche partas con Dn. Francisco a Piura, y de allí a Lima, hasta que Dios sea servido cambiar el

rumbo de estas cosas.

—Si el objeto es aquél, ¿por qué el empeño de sacrificarme sin necesidad? Tampoco es vano capricho mío el oponerme a un enlace en que ya el corazón me anuncia las desgracias que han de sobrevenirme. El viaje con Dn. Francisco, martirio que con sólo imaginarlo me extremece, no pudiera hacerlo con usted? Hoy, esta misma noche pudiéramos partir.

—Aquello equivaldría a la fuga. Sacarte yo de aquí es sustraerte a la violenta pasión en que Otamendi se consume. Herido en su orgullo y en su amor, meditaría venganzas espantosas y, al primer impulso de su ira, arruinaría la hacienda, saquearía y destruiría la casa, y nosotros, prófugos, quedaríamos sin hogar, en la miseria.

—Lo mismo sucederá yéndome con Dn. Francisco.

—No hay paridad, Luzmila mía: la ida conmigo sería verdadera fuga, y no habría quien la calificase de otro modo. La partida con Arcentales, después de un casamiento largo tiempo esperado, es un viaje de novios y aparecerá como la cosa más natural del mundo.

Y luego fijando sus miradas en Luzmila, a quién creía medio convencida, continuó.

—Ya lo ves: hemos escogitado entre cuantos medios nos ha sugerido la razón aguzada por el temor de la deshonra que nos amenaza, y ninguno más seguro y sencillo que el imaginado por mí. Ahora ¿cómo podrías llamarte digna hija de tu madre, sino por la obediencia? ¿cómo corresponder a los sacrificios que he hecho por tí, sino con la obediencia? Si buscas la felicidad, sigue hija mía, los consejos de tu padre. ¿Tiene acaso Dn. Francisco alguna mancha en su honra, alguna deformi-

dad en su cuerpo, que le hagan repugnante a tus ojos? Hombre de corazón excelente, honrado y laborioso, y que te ama ardientemente, será, no lo dudes, buen esposo y modelo de padres de familia. Tu inexperiencia te hace ver temores que no existen y presentir desgracias imaginarias: yo contemplo las cosas con más serenidad y mis consejos son los del padre que te ama. Buen ánimo, hija mía, y alistarse para dentro de dos horas en que nos pondremos en marcha. Voy yo, por mi parte, a preparar lo que me corresponde. No hay tiempo que perder.

Apenas Dn. Antonio hubo salido, Luzmila, que había estado conteniéndose, dió rienda suelta al inmenso dolor que la ahogaba, desatándose en llanto lastimero. El delicado corazón de la mujer no conoce otro idioma, para expresar sus penas, que las lágrimas, esas gotas diáfanas en que toma forma la amargura, que tiemblan un momento en las pestañas y se desuelgan en largos hilos por las pálidas mejillas. No así el hombre, en quien la fibra más dura y resistente, hace sin duda que el dolor se retuerza como víbora aprisionada, y dé colazos que salen afuera en forma de quejidos, como ayes de un gigante moribundo. Pero las lágrimas alivian, y en esto nos llevan ventaja esas dulces enemigas nuestras.

¡Luzmila Infeliz! La sumisión a que su padre la había acostumbrado desde niña; esa obediencia ciega con que por largos años la había mantenido en el aislamiento, la llevaba hoy al sacrificio, al espantoso sacrificio de aceptar el eterno juramento, que si es dulce cuando viene vibrando en las ondas de la voz amada, amarga y envenena el resto de la vida, si brota de labios donde nunca el ósculo de amor ha de formar el

nido. Joven, hermosa y rica, cuando parecía abrirse para élla un horizonte de bienestar y felicidad, al lado del elegido de su alma, la negra nube del infortunio borra los brillantes celajes y tiende el manto sombrío, debajo del cual no quedará, pasada la tempestad, sino el genio del dolor vagando en el cementerio de las muertas ilusiones.

Y entre tanto, ¿qué sería de Enrique? ¿Por qué medio maravilloso podría llegar a saber lo que estaba sucediendo? Indudablemente lo ignoraba todo: vendría, según lo convenido, como anochebiese; aguardaría en vano que se dibujara en lo alto de la roca la blanca figura de su amada; daría las señas convenidas; y triste y cansado de esperar regresaría a su casa con la contrariedad en el alma y un mundo de negras conjeturas en la mente. ¿Después.....? Una noche de insomnio, larga, lenta, pesada, interminable; o bien el sueño inquieto y febril, rodeado de fantasmas que se asoman, crecen, se achican y se esfuman; poblado de ruidos siniestros, como de árboles que crujen, de olas que se estrellan, de huracanes que pasan bramando con silbido temeroso. ¿Y después.....? Con el nuevo sol recibiría la fatal noticia de la deslealtad de su amada, y anonadado por el terrible golpe, caería desvanecido, y al despertar y ver en escombros el alcázar de la ilusión querida, no se levantaría, desesperado y loco, sino para llamarla perjura y despreciarla! Sí, despreciarla, porque no había tenido fortaleza para guardar incólume la fe jurada. Y el desprecio de Enrique, del hombre que la había adorado, creyéndola un ente sobrehumano por la alteza de miras, la elevación de sentimientos y la ternura exquisita; el desprecio de aquél en cuyos brazos exhalara el primer suspiro de amor y para quién ella había

sido su vida, su universo; ese desprecio y la muerte eran lo mismo!

Todas estas negras ideas se arremolinaban en el cerebro de Luzmila, como las arenas del desierto en obscuro, confuso torbellino. En su alma había anochecido: ni una ráfaga de luz arriba, ni una palabra de consuelo abajo: dentro de élla el desmayo de la lucha desigual, afuera la soledad indiferente y muda. ¡Cuánto bien presta en esos casos un corazón amigo; pero Luzmila no le tenía, y continuaba llorando, y llorando cavilaba!

¿Qué diría Enrique?—Volverían a encontrarse cuando menos lo pensara, y cómo resistir, entonces, la mirada iracunda y despectiva que partiría de esos ojos, donde antes no fulgurara sino la luz ardiente y serena del cariño? Rehuiría su encuentro, se iría a vivir muy lejos, no le vería jamás; pero la espina, la enherbolada espina del remordimiento clavada en su corazón, lo desangraría a cada hora, a cada instante, removida por el recuerdo inmortal de la felicidad pasada; y su imagen, la imagen del traicionado Enrique, convertida en sombra pálida y amenazante, la perseguiría sin tregua; y el eco de su voz, no dulce como en otros tiempos, sino terrible y solemne, estaría perpetuamente llamándola: perjura! perjura! perjura!.....!

¡Oh! nó, nó, exclamó Luzmila. ¡Esto es horrible! Siento en mi corazón como si retozaran tigres carniceros. ¿Yo perjura? Nunca, Enrique mío: he jurado ser tu esposa o de nadie, y cumpliré mi juramento. Pero me violentan: pretenden que entregue a D. Francisco el corazón que es tuyo. ¿Tengo yo la culpa? ¡Ah los caprichos de mi padre! Si te conociera, talvez se convendría con nuestro amor. ¡Pero eres americano! ¿Qué tienen de-

más los españoles?—Nada, nada: un americano vale tanto como ellos, y tú más que ninguno. Padezco horriblemente: ¿quién me libertará de este suplicio? ¡Y la hora se acerca! ¿Por qué no hui contigo anoche mismo? ¿Por qué no me dijiste: huyamos, amor mío, sin darme tiempo de meditarlo? ¡Ah! Enrique, me ahogo: esta situación me mata; ven, sálvame!!!

Los sollozos cortaron su voz: ya no era el llanto que brota silencioso y corre sin murmullo; era el estremecimiento del dolor que se agita frenético, sin esperanza de alivio ni consuelo, y se echa afuera como ola rebelde, y cae como catarata estruendosa, poblando el aire de ayes lastimeros.

Don Antonio apareció en la puerta.

—¿A quién llamas, desgraciada?

—Padre mío...!

—Has pronunciado un nombre ¿quién es él?

Luzmila quiso hablar, pero algo como un dogal le apretó la garganta y permaneció muda.

—¿Callas?—Acaso has deshonrado mis canas, infeliz?

—No, padre, nunca.

—Habla entonces, ¿quién es aquel Enrique?

Otra vez el silencio en los labios de Luzmila.

—¿Enmudeces de nuevo? Hablas o.....

La terrible conminación se apagó en sus labios; pero sus dientes rechinaron, apretó los puños y preguntó de nuevo.

—¿Quién es él?

—¡Perdón, padre mío: es el que yo amo!

—¿Americano?

—Sí.

Al oír esta confesión franca y terminante, quedóse D. Antonio en su sitio como petrificado: sus ojos lanzaron llamas sanguinolentas, una pa-

rálisis momentánea invadió todos sus miembros; luego dió algunos pasos como en ademán de lanzarse sobre Luzmila, pero se detuvo: al fin rompió a hablar con voz entrecortada y ronca. *

—¡Infeliz! ¡Mil veces infeliz! ¿Ignorabas, por ventura, que te estaba vedado amar a ningún americano? Sangre española corre por tus venas, y esa sangre no debe mezclarse sino con española. Conociendo mi voluntad, uno como extraño capricho te ha llevado a contrariarla; pero en vano, porque te estrellarás contra la roca de mi energía. ¡Has soñado al creer que podías burlarme impunemente! ¿Qué entiendes, dime, de lo que atañe a tu felicidad, para haberte elegido por tí misma un esposo?

—Papá, lo amo mucho, mucho!

—¡Silencio, desgraciada! Desconozco ese amor que ha nacido sin mi consentimiento. La hija de un soldado de Ayacucho, del que no dejó el campo sino después de hartarse de sangre de insurgentes, amar a un enemigo de su padre y de su raza! ¡Esto sólo faltaba para completar la historia de mis desventuras! Si le amas, corre, vuela, entrégate a él, pon en su mano el puñal con que ha de arrancarme el corazón, cuando yo lo busque para arrancarle el suyo. ¡Mas yo sabré detenerte en tu carrera! Ciega, con la inexperiencia de tus pocos años, has desoído mis consejos y caído en un abismo: de allí te arrancaré aunque llores lágrimas de sangre. En fin, el tiempo avanza, mi palabra está empeñada, y no es la voluntad de una mujer lo que puede hacer que la quobranste. Es la hora de emprender el viaje: D. Francisco nos aguarda. Reserve usted ese llanto para mejor tiempo, y a montar!

Luzmila conoció que estaba perdida; pero re-

suelta a luchar hasta donde la dignidad y su decoro de mujer lo permitiesen, dijo:

—Papá, no puedo: usted me sacrifica; usted me mata...

—¡Toda reflexión es vana! Se vuelve mi enemigo quien anda en tratos con mis enemigos. Ahora más que nunca, es imposible retroceder. ¡En marcha!

—No puedo, las fuerzas me abandonan... Yo amo a Enrique Albán, el que, en la noche de la fiesta, cantó la Reja de Cavestany...

El rostro de D. Antonio tomó entonces una expresión indefinible.

—¡Enrique Albán! murmuró. El que cantó la Reja... y también la canción de Chancay... Gallardo mozo, gran jinete, pero es americano y estuvo contra el Rey en los combates. Un rostro parecido al suyo es el del colombiano que, en la rota de Ayacucho, me gritó con desprecio: Godo, huye o te mato. Acaso sea él mismo....

A este recuerdo se avivó en sus ojos el fuego de la ira, y volviéndose a Luzmila, como si hablara consigo, dijo:

—En marcha! ¡Sombras de Junín y de Ayacucho, todavía os miro amenazantes y terribles! ¡Oh! no, no puedo amar a los que nos vencieron y humillaron...

Luzmila no replicó: los sollozos que se atropellaban en su garganta, le ahogaron la voz. ¡Ya no había remedio! Ni un acento amigo que intercediese por ella, ni una mirada que reanimase sus exhaustas fuerzas; nada había tenido: en el horizonte enlutado de su alma, sólo el pavoroso silencio que precede a las catástrofes irremediables. Por el respeto que debía a su padre, había hecho cuanto en su mano estaba para evitar el escándalo; pe-

ro resuelta, por otro lado, a no entregarse a quien no amaba, le era preciso resistirse hasta el fin. Esta fué su resolución suprema. Una idea cruel se retorció en su mente: Enrique lo ignoraba todo, ¿cómo acudiría a salvarla? ¿Qué sería de ella, abandonada y sola, en la hora del eterno juramento?—Indudablemente, aquella noche iba a ser terrible, y acaso el nuevo sol hallaría sus ojos velados para siempre. Pero antes que su consentimiento, la vida, para que su Enrique, supiese al menos, que le había sido fiel hasta la muerte.

D. Antonio, entre tanto, se paseaba en la galería con el semblante descompuesto. Acostumbrado a imponer su voluntad, no se imaginó que una débil mujer fuese bastante osada para oponerse a ella. Su orgullo estaba herido de muerte, pero antes que cejar, prefería sepultarse con todos los suyos, bajo las ruinas que iba a causar su temerario capricho. Detúvose de pronto y llamó a dos pajes:

—Ea, decid a esa niña que ya es hora.

Los pajes obedecieron.

—Señorita: el patrón le avisa que ya es hora.

Luzmila levantó la frente y los miró como asombrada.

—Llamad a Pilar, ordenóles.

Una negrita joven y agraciada compareció al momento y ayudó a vestirse a su señora, mientras ésta le decía algunas palabras al oído.

Cortos instantes después, Luzmila se presentó en la puerta, severamente vestida de negro, triste y digna como una reina en desgracia, y dijo:

—Estoy lista; vamos.

CAPITULO IX

EL HORIZONTE SE CIERRA

Allí estaba él, paseándose en el corredor de su casa, severo e imponente; en su rostro marcada la impaciencia, en sus ojos la huella del insomnio.

Deteníase de rato en rato, y su larga mirada se perdía en las lontananzas del río. ¡Esperaba!

De pronto un jinete apareció en la pampa, bebiéndose el espacio a su galope volador. Era el emisario que volvía.

Los fuertes cascos del caballo resonaron en el patio, y el jinete, jadeante y sudoroso, echó pié a tierra.

—¡Cuánto ha tardado usted, sargento Masa! Debía haber regresado en cuanto amaneciese, como se lo ordené.

El recién llegado, limpiándose con la mano el sudor que en gruesos chorros caía de su tostada frente, contestó:

—Quería traerle noticias exactas, mi General.

—¿Las trae?

—No tan completas como deseaba, pero bastan para formarse idea del campamento enemigo.

—¿Y son?

—Díjele ayer, que así como Luzmila hubo leído su carta, se la pasó a Dn. Antonio, y...

Y lo demás, hasta que el godo se encaminó

por la tarde a la hacienda de Dn. Francisco... Esto ya lo sé: omita repeticiones y déme cuenta de lo que haya visto y oído por la noche en Suranamá.

—Muy bien, mi General. Conforme a su orden, salí de aquí al anocheecer...

—¡Vamos! Pasó usted el río y después de una hora estuvo usted en la hacienda de D. Francisco Arcentales. ¿No es así?

—Así es, mi General.

—¿Y qué vió?

—D. Antonio había llegado ya y conversaba con D. Francisco...

—¡Sigal

—Conversaban sobre el matrimonio...

—De D. Francisco con Luzmila...

—No; de D. Francisco con una señorita de Piura, hermosa y rica.

—Cómo? ¿No me dijo usted ayer que Dn. Antonio había amenazado a Luzmila con el inmediato matrimonio con Arcentales?

—Así fué, mi General.

—¿Por qué y a qué asoma, entonces, aquella piurana?

La precipitación de las preguntas de Otamendi turbaba al Sargento, quién se limitó a contestar:

—No lo sé; pero D. Francisco la nombraba con frecuencia, y decía que estaba comprometido con ella.

—¿Cierto...?

—Muy cierto.

—¿De suerte que ya no se casa con Luzmila?

—Se casa, mi General!

—¡Canario! Habla usted de modo que no lo entiendo. ¡Explíquese por su vida!

—Si usted no me deja concluir, mi General...

Parecía, al principio de la conversación, que Don Francisco rehusaba casarse con Luzmila, por tener otro compromiso con una novia, dueña de cuarenta mil duros.

—¡Hola! y después?

—D. Antonio insistía en que Luzmila, su única heredera, también era rica.

—¿Y entonces?

—Fingía no querer acceder aún, hasta que habiéndole prometido D. Antonio que Luzmila aportaría una suma igual, se convino como quien se hace de rogar.

—¿Es decir que exigió dinero?

—Como usted lo oye, mi General.

—¿De modo que se casa por interés?

—Así lo creo.

Otamendi, arrugado el ceño más que de ordinario, se calló un instante, visiblemente impresionado. Luego preguntó:

—¿Qué más hubo?

—Le nombraron a Ud. muchas veces.

—¿Qué decían de mí?

—Le tienen miedo.

—Puedo ser...

—Así es, mi General; pero, no obstante ese temor, creen que podrán burlarlo.

—¿De qué modo?

—Haciendo que la niña se case inmediatamente.

—¡Que se case inmediatamente! repitió Otamendi, a tiempo que una sonrisa amarga contraía ligeramente sus labios. ¿Qué otra cosa dijeron?

—Nada más... Lo que ellos acostumbran.

—¿Y es?

—Injurias, mi General: lo que dicen de Ud. todos los que le quieren mal.

—Perfectamente ¿Para cuándo quedó el matrimonio?

—Para esta noche.

—¿Para esta misma noche? ¿Tan de prisa?

—Así, mi General. No le digo que el empeño es hacerlo cuanto antes, para evitar que Ud. se la robe talvez.....

—¡Cobardes!

Otamendi se quedó un momento en actitud meditabunda. No había duda: querían precipitar el matrimonio, como para ponerla a cubierto de cualquier violencia. Pero, estaban cogidos en sus mismos hilos, y caerían con ellos sin remedio.

Luego volviéndose al Sargento Masa, que permanecía de pié, continuó:

—¿Está Ud. seguro de todo lo que acaba de decirme?

—Absolutamente, mi General.

—¿En dónde es el matrimonio?

—En casa de D. Antonio.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche.

—¿Que Cura lo presenciara?

—El de Suyo. Esta mañana fué a verlo personalmente D. Antonio.

—¿Sabe algo de Luzmila?

—Presumo que ella no quiere casarse.

—¿Tiene algún dato?

—Ninguno seguro, pero ha pasado llorando toda la noche.

—¿Llorando...? ¿Cómo lo sabe?

—Me lo contó Pilar.

—¿La criada predilecta de Luzmila?

—La misma.

—¿No le contó algo más?

—Nada más; es muy reservada.

Otamendi calló de nuevo. El llanto de Luzmila tan largo, pues que toda la noche había llorado, encerraba un misterio; y por lo menos, infundía desde luego la sospecha de que el matrimonio no era muy de su agrado. Una aura de esperanza aleteó en el pecho del llanero, quien, como hablando consigo mismo, murmuró:

—Convienes averiguar esto punto: si Luzmila no quiere casarse con D. Francisco, tengo, en mi empresa, medio camino andado.

—También hay otros puntos que averiguar, mi General, agregó el Sargento, que había oído sus últimas palabras.

—¿Cuáles?

—Anoche, después que Lemus y Arcenales hubieron terminado su arreglo y retirándose a dormir, éste había permanecido aún largo tiempo en vela y entrado después al cuarto en que dormía su futuro suegro.

—¿Y qué?

—Que allí se estuvieron largo rato, hablando sin duda de muchas cosas todavía.

—No hagamos caudal de éllas: serían detalles del matrimonio, y nada más talvez...

—Así lo creía yo también; pero Damián me ha dicho que son cosas muy interesantes.

—¿Quién es Damián?

—Un paje de D. Francisco.

—Quiso engañarlo a Ud. probablemente.

—No lo creo, mi General: Damián vive muy aburrido con su amo y quiere salir de su servicio.

—Que se venga acá.

—Eso desea; pero no tiene cómo vivir.

—Aquí se le dará todo: sitio donde edificar su casa, tierras para que siembre y ropa y víveres mientras se acomode. Bien sabe Ud. que éste es

mi sistema para con todos los que quieran establecerse entre nosotros.

—Muy bien, mi General. Me ha dicho que él mismo desea contarle lo que ha oído. Pudiera ser que supiese algo interesante...

—¡Magnífico! Le oiremos.

—Pero le ruego que lo tome bajo su protección, pues teme la venganza de D. Francisco.

—Estando conmigo nada tiene que temer. ¿Dónde está Damián?

—Quedó en Suranamá.

—Acaso me interese lo que el sabe: urge verlo inmediatamente: que esté aquí antes de dos horas.

El Sargento saludó a su General, saltó sobre su caballo y arrancó al galope, envuelto en una nube de polvo.

Otamendi quedó solo en su habitación, con el pensamiento fijo en el arduo asunto que le tenía enbebecido. Urgía tomar una resolución inmediata: divagar era perderse. No cabía duda que D. Francisco no buscaba en Luzmila otra cosa que el dinero; y si D. Antonio la obligaba a casarse contra su gusto, mal caballero sería quien, en sus barbas, dejase cometer ese crimen, sin oponerse y salvar a la víctima. Si, por el contrario, ese enlace no le repugnaba a ella, por ignorar talvez los ruines ajetreos de su padre y la baja concupiscencia de su novio, era necesario evitarle un engaño fatal y ahorrarle las lágrimas con que más tarde lo lloraría sin remedio. Y luego, la razón final y perentoria! Él, Otamendi, enamorado estaba de ella hasta los huesos. ¿Cómo dejar pasar, entonces, tan codiciada flor, que podía llevar a Quito con orgullo, terminado su confinio? Las ocasiones propicias son como las linfas de los ríos: pasan y no

vuelven: ¡triste del que no las aprovecha!

Después de la relación del Sargento Masa, pensar en medios pacíficos, era tan inoficioso como estéril. No quedaba sino un medio único: la fuerza. Un golpe de mano, robarla, y... después el desarrollo de los sucesos iría mostrándole el camino para llegar al corazón de la niña.

Otamendi era hombre de pasiones violentas y de resoluciones rápidas.

Como impelido por un resorte, se asomó a la puerta y llamó a su ordenanza, quien se presentó al instante.

—Cabo Pino, vaya usted a casa del teniente Layedra y dígame que le aguardo aquí inmediatamente.

El ordenanza giró sobre sus talones y desapareció.

Otamendi, entre tanto, limpió cuidadosamente sus pistolas y las cargó. Allí, arrimada a la pared, descansaba la temida lanza, cuya moharra, larga y reluciente, hincaba en una asta de robusto guayacán: tomola y tendiendo el brazo, dejola resbalar, como para asegurarse de que siempre corría con la misma facilidad.

En ese momento llegaba un joven, como de veintiocho a treinta años de edad, moreno, gordo, pequeño, cari-redondo y de mirada alegre y reposada: era el Teniente Layedra. Saludó y entró.

—A sus órdenes, mi General.

—Venga, mi Teniente, siéntese.

—Muchas gracias.

—¿Está la gente lista?

—Como siempre, mi General.

—¡Me alegro! Esta noche haremos una rápida excursión por el otro lado del Macará, y talvez tengamos refriega.

—¡Muy bien! —¿Acaso algunos ladrones...?

—No; es cosa menos grave.

—Nada importaría que lo fuese más.

—Con hombres como usted todo se vuelve sencillo.

—Gracias, mi General.

Otamendí fijó en Layedra una mirada escudriñadora, y le dijo:

—Nada tengo que hablarle de lealtad ni de disciplina...

—Bien nos conoce Ud., mi General, contestó el interpelado sonriendo.

—Pero, sí quiero recomendarle una reserva absoluta.

—Nadie lo sabrá.

—Que en el pueblo ignoren nuestra salida.

—La ignorarán.

—Hoy, apenas me deje, notifique a ocho números de tropa, para que a las seis y media de la tarde se hallen en el vado de la Tina, todos armados y a caballo.

—Muy bien.

—Pero de la población deberán salir a pié, de uno en uno, y por diferentes caminos.

—Como Ud. lo ordene, mi General.

—Ahí, en el lugar designado, me aguardará Ud. con esa fuerza.

—Perfectamente.

—Otra cosa: es necesario que los soldados lleven sogas.

El Teniente inclinó la cabeza, más, al punto preguntó:

—¿Debemos ir uniformados?

—¡Ah! todos de paisanos.

—Está bien.

—Y nada más, por ahora, mi Teniente.

—Todo se hará como Ud. lo manda. Buenas tardes, mi General.

Apenas hubo despedido a su subalterno, llamó de nuevo al Cabo Pino y le dijo:

—Vaya al punto, y avise al Capitán Larenas que le aguardo.

El negocio marchaba viento en popa.

Le obedecían soldados tan leales y valientes, su estrella se presentaba tan propicia, que ya Otamendi sentía de cuando en cuando bañarse su alma en oleadas de felicidad.

No se requería para el buen éxito sino un poco de valor y audacia; y audacia y valor estaban rebosando en ese corazón desmedido, acostumbrado a mirar de frente el peligro y reírse de la muerte. El triunfo era seguro: Otamendi lo tocaba con la mano. ¿Y cuál no sería su gozo, cuando tuviese en su poder a la hermosa prisionera? —El ruido de las armas, los gritos de la lucha, la fuerte impresión del rapto, influirían probablemente en su ánimo y la mantendrían sumida en el dolor por varios días; pero, así como las tormentas del cielo, pasan también las del alma, y luego comenzaría a tranquilizarse y resignarse con su suerte. ¿Por qué modos suaves, con qué dulces palabras empezaría entonces a insinuársele?—De todo se sentía él capaz, con tal de agradar a la bella y ganar su voluntad.....¡No siempre el tigre es el animal feroz que siembra el espanto y marca con sangre sus huellas en el bosque: apaga a veces su mirada sanguinolenta, guarda sus afiladas garras y en mansos bramidos se queja de amor en alguna apartada cueva, escondida en la espesura de la montaña!

La imaginación sobreexcitada quería adelantarse a los sucesos y construir alcázares pomposos

sobre el frágil cimiento de sus quimeras. Los sueños de la fantasía enervan el vigor moral: dulce es soñar, peso es de perezosos. En las grandes empresas hay que dejar, en obsequio del éxito, el campo expedito a la razón serena.

Así lo comprendió Otamendi, y sacudiendo la cabeza como para desechar sus alucinaciones, se adelantó hasta la puerta a recibir al Capitán Larenas que llegaba.

—Buenas tardes, mi General, dijo aquél, inclinándose con respeto.

—Bienvenido, mi Capitán, respondió Otamendi, indicándole que se sentase.

—¿Ha visto al Teniente Layedra?

—Acabo de encontrarle.

—¿Y qué le ha dicho?

—¿Acerca de qué, mi General?

—Acerca de un asunto interesante, que, hace un momento, acabé de comunicarle.

—Nada me ha dicho.

—Bien. Tengo entre manos un negocio tan urgente como delicado, y necesito de su esfuerzo y su ayuda, mi Capitán. Voy a encomendarle una comisión importante, que Ud. desempeñará bajo el sigilo más estricto. Así como la noche cierre, tomará ocho de sus soldados, y a las siete en punto se situará con ellos, ordenada y silenciosamente, al pié de la roca donde se alza la casa de D. Antonio Lemus, el español. Como en el pueblo debe ignorarse en lo absoluto esta maniobra, los soldados no se encaminarán en grupos al lugar designado, sino de uno en uno. Todos deberán ir armados y a caballo, y Ud. permanecerá allí hasta segunda orden.

—Muy bien, mi General.

En este momento, el Sargento Masa desem-

bocaba en el patio, trayendo un hombre a la grupa.

—Estoy de vuelta, mi General: aquí tiene usted a Damián, habló el Sargento, a tiempo que echaba pié a tierra.

—Buenas tardes, señor General, dijo inclínándose respetuosamente el nuevo personaje, que era un zambito joven, cenceño y agraciado.

—Buenas tardes, contestóle Otamendi, fijando en él una mirada rápida pero profunda. Y Luego, dirigiéndose al Capitán Larenas, le indicó que estaba despachado, y en seguida mandó entrar a los recién llegados y continuó:

—¿Es Ud. Damián, paje de Dn. Francisco Arcentales?

—Sí, mi General, para servir a Ud.

—Sé que Ud. quiere vivir con nosotros. Ya le he indicado al Sargento Masa los auxilios que se le pueden prestar: tierras y víveres y el afecto de todos. Aquí encontrará Ud. un pueblo de hermanos, y vivirá libre y feliz.

—Muchas gracias, mi General. No ambiciono sino su protección; pues Dn. Francisco me perseguirá tenazmente.

—No tema usted: nadie puede molestar al que se pone bajo mi sombra.—Me ha dicho el Sargento Masa que tiene Ud. algo importante que comunicarme.

Damián se acomodó en su asiento, como para dar más fuerza e interés a lo que iba a referir, y contestó:

—¡Ojalá, señor!—Mi amigo Masa indicóme qué clase de servicios podía hacer en obsequio de Ud. y procuré escuchar la conversación entre D. Antonio y D. Francisco.

—¿Aun la que tuvieron después de haberso

retirado a reposar?

—Sí, mi General. De todo lo anterior ya tiene Ud. conocimiento, y no me resta decirle sino que D. Francisco le teme a Ud. más que al muerto, según se lo expresó a D. Antonio, cuando volvió al cuarto en que éste dormía, a comunicarle sus temores. Todo lo oí: dijo que no quería morir a manos de Ud. y que desistiría del matrimonio si no se le daban, sobre los cuarenta mil duros de la dote, cinco mil más para irse a Lima, mientras Ud. permaneciese en estas tierras. Tal bulla motivó, que D. Antonio se vió en la necesidad de ofrecérselos sin replicar. Acordaron, en seguida, que el casamiento se celebraría en SuYO y que a la madrugada se pondrían los novios en marcha para el sur.

Otamendi se había detenido frente a Damián y le escuchaba atentamente, sopesando cada una de sus palabras.

—¿Es cierto ésto, preguntó; está Ud. seguro de lo que dice?

—Respondo de éllo con mi cabeza.

—Muy bien; es preciso entonces modificar el plan. Sargento Masa, haga buscar inmediatamente al Capitán Larenas.

—¿Qué más sabe, amigo Damián?

—Otra noticia importante hay, mi General: que Luzmila no ama a D. Francisco. Prefiero morir, a casarse con él; ha llorado todo el día, y aun ha tenido un disgusto con D. Antonio.

—¡Excelente noticial

—Esto no me consta, señor, lo diré con franqueza; pero la persona que me lo ha referido, merece tanto crédito para mí, que no hay cómo revocarlo a duda.

—¿Quién se lo dijo?—¿Acaso Pilar?

—La misma, señor.

—¡Hola! Pero con el Sargento ha guardado élla mucha reserva.

—Con razón, mi General; Masa no es para élla lo que yo: conmigo no puede tener secreto.

Otamendi inclinó la cabeza como en señal de asentimiento.

—¿No ha dicho Luzmila algo de mí?

—Nada, señor.

—Si Luzmila se resiste, ¿cree usted que D. Antonio pueda llevarla a Suyo?

—La llevará, mi General, aunque para éllo le sea preciso arrastrarla. Es D. Antonio hombre de un capricho inapeable. Por capricho ha mantenido a esa niña aislada largos años; por capricho no la ha dejado casar con ningún americano; por capricho va a entregarla ahora al avariento de D. Francisco. Básteme decirle, mi General, que después de la jornada de Ayacucho, por puro capricho se metió al desierto, y que a no ser por la desgracia que le sucedió con su mujer, allí estuviera todavía.

—¿Qué desgracia fué aquella?

—La mayor que podía sucederle. Cierta día que la señora se estaba con Luzmila, niña aún, a la orilla de un remanso, entretenida en arrojar pedacitos de plátano a los peces, se abalanzó un caimán sobre élla, la arrastró a la laguna y la mató.

—¡Gran desgracia!

—Pues sólo élla pudo mover al bárbaro de D. Antonio a abandonar el desierto.

El General levantó la cabeza y empezó a pasearse.

—¡Raro capricho! murmuró.

—¡Ah!—dijo volviéndose de súbito a Da-

mián—lo oí decir que D. Antonio no ha dejado casar a su hija. ¿Ha tenido Luzmila algunos novios?

—No sé señor; pero como D. Antonio no ha permitido que nadie entre en su casa.....

—Así es.... se comprende. ¿A qué hora partirán para Suyo?

—A las seis de la tarde.

—Falta muy poco.

—Talvez estén ya caminando.

El cabo Pino volvía en este momento con el Capitán Larenas: Otamendi se adelantó hacia ellos y habló así a este último:

—Modifico la orden que le tengo dada. Dentro de media hora me pondré en marcha para Suyo: usted me seguirá con su gente a las siete, llevando al Teniente Layedra y los suyos, a quienes hallará en el vado de la Tina. Si encuentra en el camino a D. Antonio Lemus con su hija y a D. Francisco Arcenales, les hace prisioneros y los conduce con los miramientos posibles, al mismo lugar. De cualquier modo, los encuentre o no le aguardo allá, en donde procurará usted buscarme para darle órdenes.

—Está bien, mi General.

Larenas saludó y partió a su destino.

Damián esperaba al General en actitud respetuosa pero desenfadada, como la del hombre que aguarda el premio de un importante servicio.

—¿Está usted seguro de todo lo que me ha revelado? díjole Otamendi, fijando en él una de esas miradas profundas, que penetran en lo íntimo del corazón y le obligan a traicionarse si los labios han mentido.

—Ya he dicho que respondo con mi cabeza, contestó Damián, levantando la frente con desenfado.

—Muy bien; vaya usted al cuartel y dígale al oficial de guardia que, por mi orden, le preste todas las comodidades que pueda; allí permanecerá hasta mañana, en que dispondré lo conveniente acerca de su establecimiento en este pueblo.

Un si es no es de asombro se pintó en el semblante de Damián, que preguntó:

—¿Mi General, voy preso?

—Ya lo ha oído. Si sus noticias salen falsas, debe disponerse a cumplir lo prometido.

—Voy tranquilo, entonces, mi General.

Otamendi salió al patio y echó una mirada al occidente. El astro-rey acababa de ocultarse, y sus últimos destellos, extendidos como dos inmensas alas a lo largo del horizonte, tapizado de nubes multicolores, simbolizaban el triste abrazo con que el día se despide de la tierra.

Eran las seis de la tarde. La resolución estaba tomada, los preparativos hechos; no había sino que proceder a la obra.

Otamendi mandó ensillar su mejor caballo, el espigado alazán que tan bien se había desempeñado en las carreras de la fiesta. Tomó las pistolas, se ciñó la espada y de un salto quedó a horcajadas sobre el soberbio potro, que al sentir el jinete que lo oprimía, enarcó el cuello, dió un fuerte resoplido y arrancó impaciente en la dirección que aquel le daba, con armonioso y acompañado paso.

CAPÍTULO X

SOÑE QUE HUIAMOS....

¿Qué había sido entre tanto de Enrique?

Dejámosle tomando el camino del pueblo, después de su entrevista con Luzmila. Traía la frente abrasada, el alma hecha un volcán. Rápido y abstraído cruzó las vegas del río, envueltas en profunda sombra, sin detenerse como otras veces a escuchar el murmullo de las aguas, que se perdía a lo lejos, o el confuso rumor de la arboleda, agitada por el ala del céfiro nocturno. Atravesó la árida pampa, y ya no se quedó como otras noches, recostado en la arena muelle y tibia, a contemplar la bóveda celeste y soñar con otros mundos más hermosos talvez, perdidos en los lagos de luz de lo infinito.

Volvía preocupado. La conversación con Luzmila acibaraba su alma; sus palabras le seguían como las notas de un canto quejumbroso: "Otamendi me amenaza. Mi padre me obliga a dar mi mano a Dn. Francisco. Sólo a tí te amo, y nadie sino, tú será mi esposo.... pero sálvame". Todo esto le había dicho élla, acogién dose a su amparo, como polluelo tímido que se refugia bajo el ala protectora de su madre. La suerte estaba echada: el arroyo cristalino iba a enturbiarse y convertirse en torrente; el idilio apacible a transformarse en

rugidora tempestad. Las aves que en la tarde habían cantado a orillas del remanso, ocultas en el follaje del higuerón umbroso, estaban amenazadas: tendrían que huir en pos de otro clima y de otro árbol, expuestas a las incertidumbres y los reveses de la suerte.

Llegó a su casa, dió a su familia que departía tranquilamente en el corredor, el saludo de costumbre, y se dirigió en silencio a sus habitaciones. Encendió la lámpara y se tiró en la hamaca, abandonándose a los delirios de su exaltada fantasía. Potro salvaje que corre sin detenerse, bebiéndose los vientos, y torna después de prolongada carrera al mismo punto de partida; así, su pensamiento se alzaba de la abrupta peña del remanso, envolviendo en una última, triste mirada, la imagen de Luzmila, y volaba, y volaba como buscando un lugar donde posarse, y no hallándole volvía a caer, rencido y tremulento, al pie de la casa de la amada. Sumida en una especie de atonía, callaba la razón creadora, y en el alborotado mar de la imaginación sobreexitada, sólo brillaban como lampos fugaces, ideas incoherentes o infecundas.

Pero Enrique necesitaba combinar un plan: su amor peligraba, y echarse en brazos del ensueño era perderlo. Dejó la hamaca, y saliendo a la puerta aspiró una bocanada del aire puro de la noche. Luego, como para ordenar sus ideas, quiso recorrer la historia de sus amores con Luzmila, y tirando del cajón de un escritorio, sacó un librito de pasta roja, que llevaba por título la palabra "Memorias", y pausadamente, como saboreando cada sílaba, empezó a leer.

PRELUDIO

"Héme aquí en la mitad de la vida, como el viajero en medio del desierto. Vuelvo la vista al camino recorrido, y siento fatigado el cuerpo y hastiada el alma. Allá en las nebulosas lontananzas del recuerdo diviso unas siluetas como de grandes montañas: son mis acciones generosas, mis pensamientos nobles y elevados. Oigo truenos como de tempestad: son mis combates por la justicia y el derecho. He cumplido mi deber de hombre y de ciudadano, sin escatimar mi esfuerzo ni mi sangre. Mas, todo ésto pasó como sueño que se desvanece. ¿Y hoy?—La verdad es lo presente, el instante tangible aunque fugaz: hoy sólo siento la soledad que me rodea y me oprime, me ahoga y me mata. Tengo familia y amigos, y sin embargo, me siento solo, porque mi soledad es la soledad del corazón".

"Nunca me dí cuenta de los años que pasaban, pero al cumplir los treinta de mi edad, sentí sobre mi pecho el frío peso de un alud. Lejos del nativo suelo consumíame la tristeza de la nostalgia, y anhelaba por volver a los campos de mi infancia, al tranquilo hogar de mis padres, a oír la voz tanto tiempo no escuchada de los míos. Y vine, y volví a reclinar mi frente fatigada en el regazo maternal, y a sentarme bajo los árboles, a cuya sombra jugara de niño con los que hoy he encontrado hombres. Y sin embargo, sigo triste y siento el corazón vacío, y estoy solo qué solo".

"¿Qué he hecho para merecer tanto infortunio?—Porque padezco en verdad horriblemente: un aire de tristeza me circuye, la melancolía me abraza cual madre cariñosa, no besa con sus labios fríos y me atrae a la tumba. ¿Qué tienes?

me han preguntado muchas veces los que me aman.—No lo sé—¿Qué me falta?...—No puede ser la ardiente, aunque estéril caricia de la gloria. Muy niño fui arrebatado de las pampas donde reverbera el sol, a las cumbres coronadas de nieves sempiternas: oí el clarín de Pichincha, aspiré el humo del combate y me embriagué con las dianas del triunfo. Pasé a la tierra del Sol y estuve en Junín, en esa tempestad sin truenos que recuerda los combates al arma blanca de los antiguos paladines. Avancé más al sur, y en Ayacucho vi rendirse al León ibero y quedar sellada la independencia de la América hispana. He peleado las batallas del derecho: me ciñe la banda gloriosa de los libertadores. ¿Qué me falta entonces? ¿Será amor por ventura?—No el afecto pasajero que se enciende en un instante, y alumbrá una noche y se apaga en la mañana con el fuego del vivac, sino la noble, dulce, perdurable atracción puesta por el mismo Creador en el corazón humano, para recobro de las tristezas y miserias de la vida: eso es tal vez lo que me falta. ¿Dónde hallarlo ahora? En mi larga carrera he visto muchas veces mujeres de peregrina belleza y he querido detener mi paso ante ellas, pero no es el contorno delicado, no la línea irreprochable lo único que busco. Quiero algo más firme y elevado: un alma pura que me comprenda y de tal modo se confunda con la mía, que venga a ser como la vida de mi vida. ¿Dónde hallarla?"...

"Entre tanto, voy consumiéndome en locos devaneos: enamorado de una sombra que acaso no asiré jamás, voy dejando un suspiro en cada breña del camino, un pedazo del corazón en cada espina, y cuando la nieve de los años caiga en mi barba y mis cabellos, me encontrará tal vez

vencido y triste sin haberla hallado".

VEINTICUATRO DE MAYO

"¿Es sueño o realidad? Si lo primero, qué dulce soñar de esa manera; si lo segundo, ya puedo llamarme venturoso desde ahora.—¡Por fin me parece haberla hallado! Pero ¿a quién?—No importa el nombre, si la mujer que he visto es la encarnación más bella y positiva de mis sueños ideales".

"Allá en el azulado remanso de los almendros, acabo de encontrarla, refrescándose en las límpidas ondas juguetonas. ¡Belleza encantadora!: sobre un cuello albo, y sombreado por una ondulante cabellera negra, un rostro blanco ligeramente pálido, de formas delicadas y perfectas, con unos ojos en que se han confundido las sombras de la noche con los rayos del sol. Es todavía una niña: la he visto revolverse en el movable lecho de las aguas, y jugar y zambullir con alegría infantil, mas con destreza de viejo nadador. Salió a la orilla, se vistió, se fué, dejando en pos de sí, en la arboleda solitaria, como una estela de ondas de luz, que cruzando el río, se dilataron hasta el árbol tras el cual me había quedado absorto contemplándola. Creo que es ella: me lo dice el corazón, que se agita y salta dentro de mi pecho, como cachorro de león aprisionado. Sí, es la sombra soñada y tanto tiempo buscada sin poder hallarla. ¡Albricias! En un día como éste clareó en la cumbre sagrada del Pichincha: hoy ha clareado en la cima nebulosa de mis sueños: ¡día feliz!"

"¡Pichincha! Te he nombrado, oh! la montaña humeante en cuyas faldas se recuesta la he-

roica Quito, cuna de la libertad y luz de América. ¡Pichincha! ¿Qué tienes en las letras de tu nombre, que al pronunciarlo se agolpan en mi mente los recuerdos inolvidables de los días de gloria?—Mi mente de soldado, caldeada al fuego de las batallas, no puede, ni aun en las horas de la cortesía, de la amistad o del amor, prescindir de esos recuerdos. ¡Cuántos años han corrido desde el 24 de Mayo de 1822, y aun me parece que veo al egregio Sucre, con su pantalón de dril y su levita negra, arrugada por el agua y el polvo de los caminos, y cubierta su cabeza, de rizados cabellos negros, con una gorra de paño galonada de oro ennegrecido por el humo de los combates! Y me parece que veo a Córdova, y a Mires, y a Santacruz, y a O' Leary y a todos los demás héroes de esa inmortal jornada, que libertó a la inclita ciudad y a la rica y bella región del sur de la Colombia soñada por Bolívar. Y sobre todo, recuerdo y me parece que aun veo al mutilado excelso, al Teniente del Yaguachi, el sublime azuayo Abdón Calderón y Garaicoa, que perdido el brazo izquierdo no desmaya ni se retira del combate; perdido el brazo derecho sigue impertérrito al frente de su Compañía, la espada en la vaina, porque no tiene mano con que empuñarla; destrozada la pierna izquierda, claudicando y sangrando, aun avanza amenazante y fiero; y destrozada por último la pierna derecha, todavía intenta arrastrarse, despojo inverosímil, tronco glorioso, alentando a los suyos, a la postrera llamada de la pasión divina del patriotismo que le incendia el alma. Y me parece que presencio la glorificación del héroe, decretada por el Libertador, el ínclito Bolívar, grande en todo. Ascendido a Capitán después de muerto, se dispuso que a

la 3ª. Compañía del Yaguachi no se le diera otro Capitán y que en élla Calderón pasara revista como vivo. Y me parece que veo a la 3ª. Compañía, en el acto de las revistas de comisario, al pronunciarse el nombre del Capitán Calderón, llevar las armas al hombro con marcial orgullo y responder con religioso respeto: "Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones". ¡Escena conmovedora y solemne de la apoteosis póstuma del héroe, que henchía de patriótico orgullo los corazones, elevándolos al anhelo de los grandes hechos! ¡Oh Colombia la Macabea, generadora de héroes: del mar de las Antillas al Amazonas, del Orinoco al Macará, tus héroes llenan el mundo con su fama, y nada tienen que envidiar a los más bravos de la vieja Europa!"

ONCE DE AGOSTO

"He vuelto a verla..... a la ondina que, hace tres meses, encontré bañándose en nuestro río. Sí, es élla, y la he vuelto a ver ayer, en la inauguración del pueblo nuevo, como reina de las fiestas, atrayéndose todas las miradas y atenciones, y enloqueciendo de amor a cuantos la vieron para no olvidarla más. Es Luzmila Lemus, la de los ojos negros como la noche y bellos y ardientes como el sol. Otamendi ha quedado hechizado: no es para menos, si yo también lo estoy. ¿Cómo podré llegar a ese corazón que atrae al mío, lo roba y lo retiene prisionero? Mi alma se ha fundido en su alma, y estoy desorbitado: élla debe necesariamente ser mi esposa, o debo yo para romper esa atracción irresistible, huir muy lejos, poniendo mucha tierra entre los dos. Parece haberle gustado mi canto, y la canción de Chancay humede-

ció sus lindos ojos: prueba de viva sensibilidad y ternura, y la ternura es el camino del amor. Fuerte cadena es el amor: ayer era yo libre: hoy estoy encadenado. Ah! si pudiera conseguir que ella conociera esto y me ama como yo la amo...."

TREINTA DE AGOSTO

"¡Qué impresiones las de hoy! Indefinible mezcla de sustos y recobros, de angustias y alegrías, y como resultante, la suprema dicha de haberla tenido entre mis brazos, al salvar su vida, que es mi vida."

"Tiene el sol del medio día rayos de fuego, que desde el azul profundo del zenit descienden en chorros verticales, calientan el aire y le hacen trepidar como la atmósfera que rodea la boca de un horno encendido. Entonces, para ese calor asfixiante, no hay refrigerio más grato y eficaz que la frescura de las aguas. Ella gusta mucho del baño, y allí en el río, en el límpido remanso de los almendros e higuerones, donde la conocí por vez primera, allí he vuelto a encontrarla recorriendo entusiasmada la temblona superficie de la laguna; ágil como un pez revolviéndose audazmente en brazos de las traidoras ondas. Mas, ¿qué sucede?—Lanza de súbito un grito de espanto, y empieza a hundirse, y se hunde sin esperanza de socorro humano. Salto de entre las matas, tras de las cuales la contemplaba oculto, y, rápido como el rayo, me echo al agua, a la muerte talvez, para salvarla. ¡Susto de un momento! Cuando volvió en sí, hallóme de rodillas, inclinado sobre su rostro, pintada en mi semblante la expresión de una angustia infinita. Al verme abrió los ojos desmesuradamente, un leve grito de sorpresa se es-

capó de sus labios, y recobrándose luego, tomó apresuradamente su chal para cubrirse”.

“¿Qué había sucedido?—Un desvanecimiento repentino, a causa de la prolongada natación. Cuando fijando en los míos sus negros ojos, radiantes de gratitud, me dijo: “Usted ¡me ha salvado, gracias Enrique, amigo mío; vaya a mudarse, que le va a hacer mal estar así”, sentí un estremecimiento de tan intensa felicidad, que por poco me enloquece de alegría. Díjele que gustaría verla todos los días, a la caída del sol, en el balcón de su casa, y me ha prometido salir. ¡Soy feliz! Tan raros son en la obscura vía de la existencia estos instantes de claridad y de ventura, que yo me complazco en saborear lentamente, gota a gota, su delicada fruición.”

CINCO DE SEPTIEMBRE

“He vuelto a verla, de pie sobre el peñón abrupto. Su bata de flotantes vuelos, orlada de finísimos encajes y agitada por la brisa vespertina, la semejaba a una ninfa que hubiese dejado sus húmedos palacios y salido a contemplar, desde lo alto de la roca, el panorama indescriptible del sol perdiéndose en el ocaso arrebolado, de la vega arrullada por el río, de la pampa llena de voces y rumores, de las montañas envueltas en la azulada gasa de la sombra que empieza a descender ¡Y la amo tanto, tanto! ¡Y cuando sea mi esposa la amaré para siempre!”

“¿Por qué será que cuando veo a Luzmila me acuerdo involuntariamente de Policarpa Salabarrieta, la hermosa colombiana, prometida de Alejo Savarain, sacrificada junto con su amante, por el crimen de querer la libertad de su patria?

¿Talvez por la similitud de la hermosura? ¿Talvez porque en mi mente de soldado de la independencia están bullendo a toda hora los recuerdos heroicos? ¡Pola, Polita, gloria de la mujer americana! Oprobio eterno a la crueldad de los bárbaros peninsulares que te sacrificaron! Ya habíamos visto a Lizón decapitando a Merced Abrego, por haber bordado un uniforme de Brigadier para Bolívar; a Morales asesinando a Josefa Figueras, su acreedora; a Boves matando a Carmen Mercié y complaciéndose en las convulsiones del feto que llevaba en su seno..... Pero faltaba, para colmar la ferocidad de esos verdugos, deshonra de España y de las armas del Rey, que se llevase al cadalso a dos amantes inocentes, en medio del delirio del amor, de la juventud y de la vida. ¡Y ésto hizo el monstruo de cobardía y crueldad. D. Juan Sámano, Virrey de Santa Fe! Policarpa había inspirado a su prometido el ideal de libertad e inducídole a prestar sus servicios, incorporándose en las guerrillas levantadas en Casanare por el patriota Fray Ignacio Mariño, de la Orden de Predicadores. Obedeció el amante y partió llevando cartas informativas de Policarpa a los Jefes republicanos, mas, sorprendido por los españoles, las cartas denunciaron a su prometida, que al punto fué sepultada en un calabozo y condenada a muerte, junto con Alejo y seis patriotas más. Ninguna revelación pudieron arrancar los verdugos de la firmeza de esta heroína, que murió serena y altiva lanzando a sus verdugos esta profética amenaza: "Mi sangre será pronto vengada por los libertadores de la Patria" ¡Colombia mía, no sólo son los esforzados pechos de tus héroes, sino también los delicados, pero firmes corazones de tus heroínas, los que cimentan tu grandeza!"

QUINCE DE SEPTIEMBRE

“Arriesgada era la empresa, pero la ha coronado el éxito. ¿Qué importan los sobresaltos de un momento? Trepár por la roca cortada a pico, sostenido por una débil cuerda, es lo que he hecho: si caía, todo acabado; mas cual si el amor me hubiese prestado sus alas, subí y subí hasta tocar la cima y caer de rodillas a los pies de la hermosa que me ha robado el corazón.”

“Alma virgen la suya, en la que nunca ha suspirado el soplo del amor. No conoce el engaño: habla el idioma del corazón sencillo y sin doblez. ¡Y dice que me ama!—Sí me ama, pero su padre es terrible, y ha jurado no darla a ningún americano..... Pero ella me ha jurado también, por su parte, ser mi esposa: promesa brotada de sus labios virginales ¿cómo no creerla?—Por ahora, preciso es esperar que el tiempo aclare el horizonte y me muestre el camino de la dicha. Contentémonos entre tanto con las fruiciones del presente. Esta noche su imagen velará a la cabecera de mi lecho, inspirándome sueños tranquilos y apacibles.”

VEINTE DE SEPTIEMBRE

“No hay nubes en el cielo de mi dicha, ni ráfagas presagiadoras de tempestad en el campo de mi ventura. He continuado viéndola y hablándola en el remanso de los almeudros e higuerones. Con el fanatismo de su amor me he vuelto el más excéntrico de los hombres. Mis afectos, mi mundo, mi universo se han concentrado en ella; si pienso, mi pensamiento vuela a ella; si algo ambiciono es sólo para ella. Ni veo ni oigo otra cosa que su imagen y el rumor de su voz, que en dulces

ondas murmura constantemente en mis oídos. Sócrates del amor, suspenso en la contemplación de mi ídolo, allí me estoy revolando en torno suya, como ave fascinada.

¿Será ésto vivir?—Mucho lo dudo. La vida es sufrimiento, contradicción y lucha, y yo estoy como embriagado, sin conciencia de pena ni dolor. Escanciando la copa de un amor purísimo, mi vida se desliza como un sueño; sopor tan delicioso que no quisiera despertar jamás....”

DIEZ DE OCTUBRE

¡Continúa el idilio: soy feliz! Nuestro amor es el dúo lido y apacible de las aves que se arrullan en el bosque! ¿Cuánto tiempo durará esta dicha....?

“A veces, en las horas en que la llama de la fe declina y parece apagarse en el pecho del creyente, he dudado, en mi ignorancia, de que existiera más allá de la tumba, una mansión en que los venturosos que han logrado alcanzarla, se pasaran, sin cansancio ni hastío, eternamente absortos en la contemplación divina. Pero, ahora que en los ojos de Luzmila bebo alientos de felicidad, y cuanto más la miro, más la amo; y cuanto más la amo, más quisiera amarla, creo en la dicha inacabable de los vencedores que a fuerza de batallar consigo mismos, se sacudieron del cieno de la tierra, y tendiendo a lo alto sus alas purificadas, se entraron en el cielo”.

“Soy feliz: pero ya no me anima el júbilo inusitado de los primeros días. La contemplo con insistencia, me veo largamente en el mágico espejo de sus negros ojos; y cuando más estoy gozando de esa fruición embriagadora, un recóndito pre-

sentimiento la anubla de repente y me dice que tanta hermosura talvez no se ha hecho para mí. ¿Serán vanos temores, infundadas suspicacias de mi propio egoismo?—Luzmila tiene un pretendiente, pero élla me ha dicho repetidas veces que no le ama. ¿Por qué temer entonces?—No lo sé: parece que me tuviera envidia de mí mismo, y que dividido mi ser en una encontrada dualidad, la una parte se complaciera en afligir a la otra.”

“Dije que era feliz, pero es la dicha recelosa del que, demasiado filósofo para vivir en el mundo, aun en medio del estremecimiento del placer, columbra en el fondo del vaso las heces del desengaño y el dolor, inseparables compañeros de la mísera felicidad humana.”

VEINTE DE OCTUBRE

¿Qué inquietud estará agitando el alma de Otamendi?—El también, como yo, ha dado en rondar las vegas del río, cual si una misma pasión nos hubiera hechizado a los dos. Sus palabras de la noche de la fiesta, frescas están en mi memoria. ¡Qué poder tan irresistible es el poder de la belleza! No hay duda que Otamendi sintió, a la vista de Luzmila, una emoción tan viva y profunda, que le era imposible disimular su turbación; y nunca como aquel día le he visto tan cortés y galante caballero. Sé que pasa también con frecuencia al otro lado, y siempre solo. ¿Si pensando en Luzmila, andará acaso en busca de la ocasión de verla?—Pero hay tantas hermosas en la ribera peruana del Macará, que es muy probable que él esté andando por otra, y que mis sospechas sean solamente celos de mi pasión. ¡Terrible tormento

es el amor, y no hay ilusión que se pague más cara que el amor! No sé qué día soñé que huíamos con Luzmila, y que nos envolvía la noche, perdidos del camino".....

.....

Allí se suspendían los apuntes de esta página íntima de su vida.

Enrique dejó el libro sobre la mesa y echó a pasearse en actitud de profunda meditación. Su amor peligraba, el sol de su dicha iba a eclipsarse, acaso a extinguirse para siempre. Era preciso excogitar al punto un medio salvador, pues D. Antonio no tardaría en volver, dejando arreglado el suyo con D. Francisco y lo pondría en planta sin demora.

Enrique comprendía esta urgencia y aguzaba su ingenio, queriendo prevenir en cada nueva idea todos los obstáculos que pudieran ocurrirse en el momento de su realización.

Mas, para llegar a cualquier término, preciso era partir de antecedentes conocidos.

¿Podría conformarse Enrique con que Luzmila fuese esposa de otro?—Nunca jamás: antes muerta que en extraños brazos.

¿Sería posible que D. Antonio desistiera de su ciego empeño de casarla con D. Francisco?—El viejo soldado de Ayacucho, testarudo como él solo, no retrocedería seguramente por nada ni por nadie.

¿Recurriría Otamendi a la fuerza para poseer a Luzmila?—Dados sus antecedentes y la violencia de su pasión, eso era lo probable.

De manera que ni Enrique, ni D. Antonio, ni Otamendi estaban dispuestos a ceder una línea de sus respectivas pretensiones.

Ahora bien, Arcenales podía aceptar o no la mano de Luzmila. Si lo primero, que era lo seguro, su padre la obligaría a casarse, y casada era perdida para Enrique. Si lo segundo, que era lo improbable, Lemus se la llevaría a lejanas tierras, para evitar la persecución del General, y en este caso, Enrique ya no volvería a ver más a Luzmila.

En tal aprieto, ¿qué recurso quedaba?—Uno y nada más: la fuga! La fuga, como el faro para el marino, como la tabla para el náufrago, en el proceloso mar de inesperadas contradicciones y peligros, en que al gareto iba bogando Enrique. Por cualquier lado que se mirase el problema, por mucho que se expresiese la inteligencia, buscándola una solución menos aventurada, no se hallaba otra.

¡La fuga! He ahí la salvación probable.

Albán adoptó convencido este medio, que sólo estimara al principio como una inspiración de su entusiasmo, y tomando la pluma con resuelto ademán, añadió lo siguiente en su cuaderno de Memorias.

SEIS DE NOVIEMBRE

"Bien me lo decía el corazón que nunca engaña, con sus tristezas inexplicables y sus agitaciones sin nombre: que algo demasiado grave iba a sobrevenirme. He aquí llegada la hora de la lucha. Cerróse el horizonte, calló en el bosque el trino enamorado, y bajo el cielo negro se oirá en breve el rugir de la tormenta sobre la tierra pávida, recogida en mudo asombro."

"No me intimida la lucha. Otamendi es el enemigo, audaz y fuerte, pertinaz y terrible, y debo salirle al frente sin remedio. Le llevo una ventaja, el amor de Luzmila, con el cual me sien-

to capaz de la vida y de la muerte. No es posible dejarse echar del paraíso, después de haber pasado en él tan dulces horas. Luzmila es mi vida: donde me arranquen la una me arrancarán también la otra: debo, pues, combatir hasta el fin, y estoy resuelto a vencer o morir en la demanda."

"Para mí el dilema es simple: Luzmila o la muerte. Mas, para ella, colocada entre las exigencias de su padre y la demanda de Otamendi, forzada a elegir entre dos extremos igualmente aborrecibles, la situación es horrorosa."

"¿Qué sucederá mañana?—Le propuse la fuga: ha titubeado; pero seguro estoy de que al oír mi ruego, al sentir en su talle la delicada fuerza de mi brazo, huirá conmigo a donde quiera que el viento de la desgracia o la ventura nos conduzca. Huiremos, mas, a dónde?—Su padre por un lado, Otamendi por otro, nos perseguirán sin tregua, nos alcanzarán talvez..... y entonces, la lucha inevitable, la tragedia sangrienta y espantosa".....

"Pero, retroceder me es imposible, como imposible me sería vivir sin ella. Pedirla yo a su padre, como ella en su inocencia me decía, recurso estéril. Sólo queda la fuga. Huir mañana mismo, lejos, muy lejos, donde nadie intente arrebatarme mi tesoro. Esta es mi resolución definitiva. Si caigo en la aventura, ella estará a mi lado, y moriré contento de ofrendarle la vida, envuelto en el sudario de sus lágrimas y gemidos."

Dejó la pluma y se quedó contemplando breve espacio las líneas que había escrito. Su pensamiento estaba allí, si no cabal y perfecto cual vibraba en su cerebro, bastante claro al menos, para que quien las leyere, pudiera medir la intensidad de su pasión y supiera por quién iba a jugar la vida.

Guardó en seguida el libro y se lanzó a la calle, en busca de aire fresco que mitigara la terrible, opresora angustia de su pecho.

CAPITULO XI

LO INESPERADO

Eran las ocho de la noche. Los últimos tintes del crepúsculo se habían borrado y el ala misteriosa de las sombras cobijaba toda la extensión del horizonte. Arriba, en el espacio, reinaba la calma grandiosa de los astros; abajo, en la tierra, una fuerte brisa discurría enloquecida en la llanura, agitando las ramas de los árboles, y haciendo quejarse lúgubrementa a las hojas secas que arrastraba en su carrera.

Camino de Suyo iban a esa hora cinco viajeros: cuatro hombres y una mujer que vestía enteramente de negro. Caminaban de prisa, y tan callados y taciturnos, como si a cada uno le agobiase el peso de secretas e irremediables penas.

Entraron en el pueblo: aquí y allá, dispersos en la plaza, había grupos vocingleros de personas que departían alegremente. La iglesia estaba abierta de par en par y con algunas ceras encendidas, que difundían en el sagrado recinto una luz temblona y macilenta. A su vista, la del traje negro lauzó un suspiro; más que un suspiro, un ¡ay! seguido de sollozos, que se esforzaba en vano en contener. Al oírlos, uno de los viajeros se acercó a élla, y en tono áspero dirigióle a media voz estas palabras:

—Basta de lloriqueos, basta de ridículos la-

mentos: estás quedando indignamente, y de continuar así, más te valiera no haber venido.

La quejumbrosa dama no dió respuesta y continuó sollozando.

La comitiva se dirigió a la casa parroquial, donde el Cura salió a recibirlos, con señaladas muestras de cortesía y afecto.

—Apéense, caballeros, dijoles, mientras daba órdenes a sus pajes para que atendiesen a los recién llegados.

Estos comenzaron a desmontar, en tanto que algunos curiosos se agolpaban en torno de ellos, por el deseo de conocerlos.

—Desmonte, señorita Luzmila, dijo uno de los viajeros, ofreciendo su brazo a la dama de los sollozos.

—Gracias, D. Francisco, respondió élla; yo desmonto sola.

—¡Tan terca, y es la novia! murmuraron algunos de entre los curiosos.

El Cura recibía a sus huéspedes en el portal, saludándoles con finas palabras y fuertes apretones de mano. Este afable sacerdote se llamaba Toribio. Era hombre, al parecer, de unos cuarenta años, pequeño, gordo, moreno, carirredondo, de ojos vivos y cabellera ensortijada. Gozaba de la fama de excelente amigo. Como sacerdote, cumplía su ministerio sin fatiga ni alarde: generoso, tolerante, afecto a las bromas; siempre estaba festivo y de muy buen humor.

Introducidos los huéspedes en la pequeña sala de la casa, sencillamente amueblada, pero limpia y correcta, rompió el Cura la conversación, diciendo:

—Mire Ud. D. Antonio, que no ha sido tanto el apuro que Ud. me pintara esta mañana. Van

a ser las nueve de la noche, y yo les aguardaba aquí desde las seis; pero, mejor para mí que ustedes no lleven prisa: así podré detenerlos un día, por lo menos, en esta pobre choza parroquial.

—El negocio es urgente, señor Cura, repuso D. Antonio, y yo nada exageré al hablarle de él esta mañana: sólo que es siempre moroso arrancar de casa para un largo viaje.

—Y la novia, ¿cómo ha llegado?, preguntó el Cura, volviéndose a Luzmila que permanecía abstraída como soñando. ¡Eh! parece que ha llorado algo y está muy triste?...

Luzmila guardó silencio, pero su padre se apresuró a contestar por ella.

—¡Triste de mi hija!, señor Cura. Ciertamente que ha llorado todo el día: no es para menos el dolor de separarse de mi lado, tan niña aún, y mucho más, siendo como yo he sido para ella, padre y madre, hermano y amigo.

—Tiene sobrada razón, repuso el Cura; mas, ese traje negro ¿qué significa?—La Iglesia viste de blanco y corona de azahares a las novias. El color blanco es símbolo de la inocencia y de la santa alegría del justo. En las novias significa la pureza del amor legitimado por la bendición del cielo, santificado por la virtud del sacramento.

D. Antonio hizo un gesto indefinible y se encogió de hombros. El Cura continuó:

—¿No le gusta a Ud. lo blanco, señorita Luzmila?—¡Oh! a mujer tan cabal, como Ud. revela ser, no podrá menos de gustarle. De mí sé decir que amo lo blanco: lo negro quédese para los ojos, sobre todo cuando alumbran un rostro como el de Luzmila. ¿No es así, señores?

Y el Cura Toribio lanzó una franca y sonora carcajada, muy propia de su constante buen

humor.

Luzmila intentó sonreír y miró rápidamente al Cura, como aprobando sus palabras.

D. Antonio arrugó el ceño, mortificado por las observaciones del Párroco, pero disimulando su impaciencia replicó:

—Luzmila guarda luto por su finada madre. Además, el señor Cura sabe que el hábito no hace al monje, y que una novia, ora se presente vestida de blanco, ora de negro, siempre es novia.

Movió el Cura la cabeza, como dudando.

—Bien pudiera ser así, agregó; no obstante que en el mundo aun lo más simple tiene su filosofía. Pasando a otra cosa, ¿qué nos cuenta de su Macará?: dicen que merced a la enérgica acción del General Otamendi y al entusiasmo del santo Cura Isauro está adelantando muy rápidamente.

Al oír aquél nombre, Dn. Antonio no pudo disimular su disgusto, y en tono algo destemplado, replicó:

—Puede ser. Muy de cuando en cuando paso yo a Macará, y por consiguiente nada sé de lo que allí ocurre.

Notó el Cura la marcada displicencia de su interlocutor y se abstuvo prudentemente de continuar aquella indagación.

Hubo algunos momentos de silencio.

Luzmila, embebecida en sus pensamientos, tenía la vista tenazmente clavada en el suelo.

D. Francisco revelaba en su semblante una inquietud desmedida: fijo en su asiento, no se movía sino para dirigir su vista a la plaza, como esperando la venida de alguien.

El Cura se asomó a la puerta y preguntó:

—¿Están ya seguros los caballos?

—Sí señor, le contestaron varias voces.

—Sí, amigos míos, dijo volviendo a ocupar su asiento, ¿con qué muy triste la novia?—Así he visto yo muchas, pero no hay razón para afligirse y echarse a morir, querida niña: la fortuna, por honrada que se muestre, nunca nos vende el placer puro; siempre lo adultera, con una gota por lo menos de amargura o dolor. Y el novio ¿qué dice, también está afligido?

—¡Oh! yo no, señor Cura, repuso prontamente D. Francisco, que hasta entonces había guardado silencio. Soy dichoso: con novia como la que Ud. ve ¿cómo pudiera jamás sentirme triste?

—Dice Ud. muy bien, murmuró el Párroco, fijándose en Luzmila. Si, como no lo dudo, es tan buena como hermosa, Ud. será feliz.

—Señor Cura, las horas vuelan, observó D. Antonio. ¿No pudiéramos ya proceder a la ceremonia?

—No hay apuro, amigo Lemus. Tengo por sin duda que nadie ha de pretender arrebatarse su preciosa prometida al señor Arcenales. Esta noche dormirán ustedes en una mala cama, y mañana podrá continuar su viaje la dichosa pareja.

—Eso no es posible, observó inmediatamente D. Francisco. La ceremonia urge, y apenas pase seguiremos nuestro viaje. ¿No es así, señor Don Antonio?

—Así es, contestó éste.

—Señores, replicó el Párroco: la noche está muy oscura para viajar, y no adivino el motivo de precipitar la marcha, desairando mi pobre hospedaje, huyendo de mí como de un enemigo!

—No, no, exclamaron D. Antonio y D. Francisco, a una voz. Mucho agradecemos la exquisita atención del señor Cura.

—Pero tenemos que partir inmediatamente,

añadió el último.

—¡Ah! señores, sin duda han olvidado ustedes que hay ladrones en el camino?

—Vamos armados, contestó D. Antonio, aparte de que cuando lleguemos al despoblado ya será de día.

—Quien ama el peligro en él perece, insistió el Párroco. Además, la niña necesita, a lo que veo, un poco de descanso; y finalmente, aun no se acaba de arreglar la iglesia.

—Lo último es circunstancia innecesaria, repuso D. Antonio. Tengo para mí que, en cualquier parte y de cualquier modo, pueden jurarse fe los que se aman.

El Cura sonrió y dijo:

—Es cierto, pero en todo esto no alcanzo otra cosa sino que Ud. es enemigo acérrimo de las exterioridades. Yo que gusto de ellas, no cederé en la parte que me tocan, y mucho menos tratándose de novios como los que Ud. me trae.

D. Antonio hizo un nuevo gesto de impaciencia.

La amable porfia del Párroco le contrariaba de tal modo, que llegó a sospechar un momento de su buena fe. Los americanos, en su concepto, eran capaces de todo lo malo. ¿Qué mucho, pues, que el Cura, nacido como Otamendi en esta tierra, no estuviese en connivencia con él? ¿Algo de irónico habría habido acaso en sus observaciones sobre el traje y la tristeza de Luzmila? Todo era posible; pero él, D. Antonio, conocía de mucho tiempo atrás al Párroco de Suyo, como excelente y leal amigo. No había, pues, otra cosa en su afán por detenerles, que un exceso de amabilidad y cultura.

De estas cavilaciones le sacó D. Francisco, diciéndole:

—Comprendo que la ceremonia tarda todavía; bien podemos, entre tanto, hablar cuatro palabras, con permiso del señor Cura.

Y Arcentales se dirigió a la puerta.

Lemus se levantó al momento y lo siguió:

Un paje los introdujo en un gabinete construido en uno de los extremos del pórtico, y dejándoles una luz sobre la mesa, se retiró.

Apenas quedaron solos, el novio, con muestras de profundo desaliento, rompió a hablar.

—Amigo mío, o soy muy pesimista, o en verdad nuestro asunto presenta muy mala cara.

—¿Por qué dice Ud. eso?

—Porque estoy convencido de que Luzmila no me ama.

D. Antonio arrugó el entrecejo y se pasó la mano por la barba.

—Está Ud. equivocado, murmuró a media voz.

—No lo estoy. Luzmila no ha cruzado conmigo una sola palabra en todo lo largo del camino: embozada en su chal, esquiva, silenciosa, sollozando a cada instante, ha manifestado por mí una profunda indiferencia.

—Repítale que Ud. está equivocado, contestó Lemus, procurando serenarse. Yo que soy su padre y que conozco a fondo los mínimos secretos de su alma; yo que le he llevado a Ud. la aceptación de ella, debo saber si le ama o no, y sé que lo ama.

—¡Oh! D. Antonio, si Luzmila me amara, no se portaría conmigo de ese modo. Hablemos claro. ¿Por qué me finge Ud. en nombre de su hija, un amor que ésta no siente por mí? ¿Qué le mueve a engañarme, si conociéndonos tan bien como nos conocemos, ninguna necesidad tiene de ello? Aun no es tarde, amigo Lemus: dígame Ud.

una palabra de verdad, hágame la más leve insinuación, pero franca y leal, y sin inconveniente podemos volvernos por donde hemos venido.

D. Antonio dió un salto. Sus planes todos iban a desvanecerse como un soplo: él se hundiría en el ridículo, y ésto era insoportable.

—De modo que Ud. pretende burlarse de mí, repuso en tono áspero. El contrato ajustado, los preparativos hechos, nosotros aquí: todo listo, y me viene Ud. con que retira su palabra! ¡Ah! tal proceder no es digno de un hidalgo, amigo Arcenales.

—No lo dije para tanto, señor D. Antonio, pero créame que lo dicho es la verdad. Luzmila no me ama, y tendrá que ser desgraciada irremediablemente.

Lemus se paseaba en el estrecho gabinete con visibles muestras de enojo.

—No retiro mi palabra, continuó Arcenales, sólo manifiesto la aprensión que tengo.

D. Antonio se detuvo.

—Ya le he dicho, replicó, que no debe Ud. abrigar ni el más leve recelo, pues yo sé que Luzmila le ama. Ha llorado mucho en verdad, por la pena de dejarme; ha querido que fuese yo también con ustedes, lo que por ahora no es posible; pero ni en su esquivéz ni en su tristeza ni en su llanto quiera Ud. adivinar más de lo que realmente existe.

En el semblante de Lemus conoció D. Francisco que aquél estaba a punto de estallar, y así aparentó convencerse. No era, por cierto, la falta del cariño de Luzmila lo que causaba su vacilación y recelo: mucho tiempo há que vivía plenamente convencido de que élla no le amaba, pero a su espíritu mezquino y codicioso ¿le importaba

algo acaso el afecto o desafecto de su novia?—El no buscaba corazón, sino dinero; en hallándolo, no recibía a la mujer, sino como una adehala. Otro muy diverso, pero, por desgracia, estrechamente relacionado con sus intereses, era el motivo de su temor cerval: la idea de la persecución de Otamendi, que clavada como una espina, no podía apartarse de su mente. Suponíale sabedor de todo lo arreglado, y ya le parecía oír el galope de su caballo y verle caer sobre él para arrebatarlo sus caudales. Pero, ¿en qué se fundaba, para pensar y sospechar de esta manera.....?—Verdad es que los antecedentes del General le volvían temible. En el caso de Riobamba—que Arcenales conocía muy bien—la actitud indiferente de los invitados del Gobernador, al presentarse Otamendi con su esposa, fué interpretada por éste como un imperdonable desprecio. Retiróse cortesmente al parecer, dejó a su esposa en casa y volvió armado al banquete, donde cayendo sobre los invitados, los dispersó a lanza y sable, dejando muertos y heridos en los salones y pasadizos. Y al otro día, acompañado de sus edecanes, recorrió la ciudad, como haciendo alarde de su obra, sin que hubiese quien se atreviera a capturarlo.

Pero, éste era un sucoso ya lejano, y en el presente caso ¿no era lo natural suponer que Otamendi no había dado un paso más, después de su carta, y que estaría esperando sus resultados? ¿Ni cómo hubiera podido informarse de conversaciones habidas sin testigos, de negocios arreglados en completa reserva? Y además ¿qué peligro podía haber, apresurando la marcha, inmediatamente después de celebrado el matrimonio? — Juzgando así, Arcenales procuró tranquilizarse, y dijo:

--Talvez habré estado equivocado, amigo,

Lemus, creo lo que Ud. me asegura y estoy listo.

Dn. Antonio contestóle con una ligera inclinación.

—¿Podré hacerme cargo de la dote de Luzmila?

—En el acto.

Y Lemus se acercó a la mesa y puso sobre ella una pequeña bolsa que contenía cinco mil pesos en oro.

—Esto, le dijo, es lo ofrecido para el viaje. La dote de mi hija aquí la tiene Ud. en estas letras de cambio al portador. Y puso en manos de D. Francisco dos letras, por el valor de veinte mil pesos cada una.

—Perfectamente, dijo Arcenales, guardando el dinero. Usted, D. Antonio, es el hombre más cumplido que pisa la tierra. Podemos proceder; sírvase comunicar al señor Cura que estamos listos.

Cuando volvieron a la sala hallaron al Cura Toribio sentado junto a Luzmila, sosteniendo con ella una conversación muy animada. Luzmila había dejado de llorar, y el Cura, no obstante su habitual buen humor, estaba grave y pensativo.

—Bien, yo cumpliré con mi deber, dijo él.

—Y yo con el mío, murmuró ella.

D. Antonio alcanzó a oír algo de las últimas palabras, mas, sin hacer alto en ello, exigió del Párroco que inmediatamente se procediese a la ceremonia, diciéndole:

—Señor Cura, el tiempo corre: arreglemos sus derechos y procedamos.

—¿Mis derechos?—¡Ah! D. Antonio, el divino Maestro no cobró derechos, cuando en las bodas de Caná bendijo con su presencia el amor de los esposos. Los sacramentos no se cotizan en nin-

guna forma. Nada me debe, pues, Ud. a título de derechos, noble amigo mío.

Todos se levantaron para ir al templo.

D. Francisco dió el brazo a Luzmila y descendieron a la plaza.

Una larga cola de curiosos se agregó a la comitiva, y todos juntos entraron en la iglesia. Sencillo el adorno del templo, pero correcto y de buen gusto, y había derroche de luces y perfumes, como si el amable Cura hubiese querido mostrar su deferencia para con los ricos y distinguidos amantes, que habían venido a solicitar su bendición, para unirse con los indisolubles lazos de un amor que debiera durar lo que la vida dura.

Al pié de las gradas del altar se detuvieron los novios y sus padrinos, mientras el Cura pasó a revestirse en la sacristía.

Luzmila tenía la pálida blancura de la cera; ya no lloraba: el espasmo del dolor había secado en sus ojos la fuente de las lágrimas. Un temblorcillo como de calofrío discurría en todo su cuerpo. No era la amable prometida que espera ansiosa el momento de dar el dulce sí, para caer medio loca de alegría en brazos del elegido de su alma, sino la triste víctima en el instante de ser inmolada en aras de un bárbaro capricho. La hora temida de la prueba había llegado; el prometido de su corazón estaba lejos: preciso era cobrar ánimo y apurar la copa del dolor hasta las heces. Inmóvil en su sitio, severa y adusta, había caído de rodillas y fijado sus ojos en una imagen de la Virgen, que, bajo un nimbo de encajes, destacábase en lo alto del tabernáculo; y la miraba tenazmente, como niño que despierta de su sueño. Parecía orar, y oraba en verdad, implorando el auxilio divino, último recurso de los espíritus cre-

yentes, cuando han muerto las esperanzas todas de remedio humano.

Por fin apareció el sacerdote y se acercó a los novios con paso lento y majestuoso.

Luzmila se puso de pié y comenzó la ceremonia. Terminada la lectura de las sagradas advertencias, el sacerdote dijo:

—Daos las manos.

D. Francisco tendió la suya a Luzmila, pero ésta, cuan si nada hubiese oído, continuó con la mirada fija en la imagen de la Virgen, sin dar su diestra a D. Francisco.

—Lo de las manos nada importa, gritó Lemus. Haga Ud. inmediatamente la pregunta a los novios, señor Cura.

—Luzmila Lemus—interrogó el sacerdote—¿recibís por esposo a Francisco Arcenales?

La interrogada parecía no ver ni oír: continuaba mirando el ícono sagrado, y nada respondió.

—Luzmila, contesta al señor Cura, gritó Lemus, en destemplado acento.

El sacerdote volvió a interrogar:

—Luzmila Lemus, ¿recibís por esposo a Francisco Arcenales.....?

Hubo un minuto de angustioso silencio.

—Contesta, rugió Lemus.

Entonces sucedió lo inesperado. Rompiendo ese silencio, un sollozo desgarrador arrancó de lo profundo del pecho de Luzmila..... luego tendió las manos, como buscando de qué asirse, y exclamando: ¡Madre Dolorosa, ampárame!, se desplomó en tierra sin sentido.

Los curiosos se arremolinaron a ver lo que sucedía, pero en ese instante oyóse un ruido como de muchos jinetes lanzados al escape.

D. Francisco volvió azorado la vista hacia la

puerta.

El ruido se acercaba, las pisadas de los caballos resonaban ya en la plaza. Arcentales se puso lívido y dió algunos pasos atrás, mirando en torno suyo, cual si buscase una salida.

—¿Qué hay, señores? preguntó el Cura; ¿qué sucede?

—¿Dónde está Luzmila?, resonó entonces una voz terrible en la plaza.

—¡El General! ¡el General!, exclamaron varias voces.

En efectó, un hombre alto y fornido, de color moreno, nariz chata y pelo crespo, con la espada al cinto y la lanza en la diestra, desmontó en la puerta del templo.

Era Otamendi.

—Creyeron pegármela, rugió, pero han caído y me los tengo. Teniente Vallerriestra, tome Ud. la puerta de la sacristía, y ojo listo, que nadie se le escape. Sargento Campos, cuide Ud. la entrada. Cabo Pino, Gutiérrez, Sandoval, conmigo.

Y arrastrando las espuelas, avanzó por en medio de la atónita multitud, que estrujándose le abría ancho paso, sin darse cuenta de lo que sucedía.

La confusión era espantosa. Los hombres, como alælados, se apiñaban, arrimándose a los costados del templo; las mujeres y los niños lloraban asustados.

—¡Mis armas! ¡mis armas! gritaba D. Antonio, y agitándose como frenético, saltó por uno de los grandes candeleros del altar.

D. Francisco se había escabullido entre la gente. Luzmila continuaba desmayada.

El Cura intentó interponerse, diciendo:

—General, no profane el templo.....

—Silencio, Cura; mucho lo respeto a Ud., pero quien me resista en este instante, muere.

—Explíquese, General, ¿qué es lo que sucede?

—Usted lo verá.....

Y apartándolo del camino, avanzó rápidamente hacia el altar, en donde se había parapetado D. Antonio.

—Hola amigo Lemus, exclamó: ¿qué crimen o locura se ha propuesto cometer Usted.....? Felizmente he llegado a tiempo, y Usted está ya en mis manos....

—¡Bandido! vociferó D. Antonio, asestándole un candelero.

El General esquivó el golpe con destreza, y asiendo por el cuello a su adversario, lo entregó a sus soldados.

En seguida se acercó a Luzmila.

—¡Luzmila! ¡Luzmila! exclamó, arrodillándose junto a ella. Está desmayada..... ni era para menos el sacrificio a que ese bárbaro intentara someterla, pero he llegado a tiempo para salvarla. Capitán Larenas, aquí: tómela Ud. y conduzcala a casa de Rosario, para que la atienda. Vuelva en seguida, que se nos escapa uno de cuenta.

Larenas obedeció al punto, y salió llevando exánime en sus brazos, a la hermosa prisionera.

Entro tanto, en la plaza se oían gritos desaforados. Era D. Antonio, que maldecía de sí mismo y de su hija y pedía sus armas para matarse. Se retorció como loco; daba de puñetazos a los soldados, y así, casi arrastrado, fué conducido a la Casa del pueblo, que Otamendi designara como cuartel ocasional.

En la iglesia buscábase a D. Francisco; pero éste, como si hubiese gozado del don de hacerse

invisible, no parecía por ninguna parte. Ni puerta ni ventana había por las cuales hubiera podido escapar. Otamendi, en persona, iba escudriñando todos los escondrijos con el mayor cuidado. No quedaba por examinar sino el bautisterio: entraron y lo registraron todo, mas en vano. Cansados de la inútil pesquisa salían ya, sin saber cómo explicarse la maravillosa desaparición del infortunado novio, cuando Otamendi, volviéndose de súbito, mandó levantar la tapa de la pila bautismal.

Alzóla uno de los soldados, acorcaron varias luces, y ¡oh sorpresa! D. Francisco estaba allí, encogido, hecho un ovillo, con el agua hasta el cuello.

—¡Afuera! ¡afuera! gritó Otamendi.

D. Francisco salió empapado, chorreando agua bendita y con un semblante de agonía.

—Perdón, mi General, murmuró en tono lastimero, echándose a los pies de Otamendi. ¡Yo no tengo la culpa!

—¡Miserable! repuso éste volviéndole la espalda. Los cobardes no merecen ni perdón. ¡Traedlo preso!

Apenas el General hubo salido del templo, la muchedumbre allí encerrada se desbandó, temerosa de ser detenida de nuevo. Los menos animosos, las mujeres y los niños, volaron a sus casas, pero hubo muchos que se fueron tras él, atraídos por la curiosidad de ver el desenlace de tan inesperado acontecimiento.

Llegados a la Casa del pueblo, el General llamó al Teniente Vallarriestra y le ordenó:

—Mientras yo ajusto cuentas con los godos, vaya Ud. a atender a Luzmila: si ha vuelto en sí, asegúrele que nada tiene que temer de mi parte; que no se hará sino lo que élla quiera; que mi

única intención ha sido salvarla de las manos de sus verdugos. Diga a Rosario que la sirva en todo, y que yo estaré muy pronto allí.

Mandó en seguida que le trajesen a los presos.

Al oír esta orden, un sordo murmullo discutió entre la multitud; pues, todos temían que los hiciese fusilar de contado: tan terrible era la fama de su nombre!

Traídos los prisioneros a su presencia, de pie delante de él, con las manos atadas a la espalda, comenzó a increparles la indignidad de su conducta.

—¡Ah! D. Antonio, D. Antonio, dijo, fijando en éste su mirada centellante, si no temiera cometer una villanía, aquí le haría saborear a Ud. toda la amargura de la que ha cometido con Luzmila. ¡Bárbaro! ¡Pretender sacrificar a su propia hija, casándola con el hombre a quien jamás ha amado, a quien jamás podría amar, por solo el negro odio que Ud. guarda a la raza americana! ¡Ir, para conseguirlo, como vil mercader, en pos de un comprador mucho más vil, a ofrecerle lo que otro, un hombre de corazón, hubiera recibido como presente regio, pero que D. Francisco, ruin y codicioso, fingió no aceptar, sino después de un prolongado regateo! Y esto, a sabiendas de que Luzmila no amaba a D. Francisco; previendo Ud. que así labraba su eterna desventura! Los ruegos de élla, su llanto, su desesperación, nada han podido con ese pecho de bronce; y Ud. iba a entregarla, a quien no la tomaba sino como una mercancía, por los cuarenta mil pesos de la dote, más los cinco mil para un viaje de recreo, *mientras Otamendi permaneciese en estas tierras*. He penetrado vuestros pensamientos, he sondeado vuestras

negras intenciones: todo lo he adivinado, y no podréis desmentirme. Ahora, reposad: tan bien os saldrá vuestra torpe aventura, que quedaréis satisfechos: al uno le hartaré de tanto odio a la raza americana, que ya no pueda odiarla más; al otro le llenaré tanto su codicia, que ya no quiera desear más. Descansad, mientras voy a ver a ese ángel, víctima inocente de vuestros imbéciles manejos.

D. Francisco, temblando como azogado, quiso murmurar una excusa, pero murió en sus labios; pues Otamendi le volvió la espalda con desprecio y bajó a la plaza.

El Teniente Vallerriestra regresaba pálido, agitado.

—General, General, díjole con la voz entrecortada, la niña no está ahí.

—¿Qué dice Ud.?

—Que la niña no está ahí, mi General.

Otamendi se quedó como petrificado.

—¿Dónde no está? murmuró.

—En casa de Rosario.

—¿Y Rosario?

—Tampoco.

—Es imposible; ahí tienen que estar: Ud. ha visto mal.

—Mi General, no están.....

—Vamos a ver.

Entrambos se dirigieron a paso rápido a la casa de Rosario: allí, en un cuarto desmantelado, ardía una vela que iluminaba débilmente la estancia: en uno de los ángulos, veíase una cama, en la cual Luzmila había sido recostada.

—Aquí estuvo, General, dijo el Teniente, señalando el lecho.

Otamendi preguntó:

—¿Y Rosario?

—No está aquí.

—Ea, llámela; llame a los soldados; que salgan por todas partes, que se dispersen en todas direcciones en busca de Luzmila. Y mi caballo al punto.

Otamendi se acercó en seguida al lecho y lo palpó: estaba caliente: no había duda Luzmila había estado allí.

Salió luego, rodeó la casa, llamó repetidas veces a Rosario, pero en vano: sólo el viento le contestaba, rasgándose lúgubrementa en la arboleda.

Un rugido pavoroso arrancó del pecho del llanero, como el de la leona, a la cual han arrebatado sus cachorros. Todo su trabajo iba a malograrse en un instante: la niña había desaparecido, y, si robada. Rosario era indudablemente cómplice del raptor: la traidora pagaría su crimen con la vida; pero Luzmila, Luzmila, su sueño, su ideal, su paraíso, sería hallada?—Mientras él se entretuviera increpando a D. Antonio, no haría éste robarla con sus pajes?—Pero ¿cómo y a qué tiempo, estando él preso?—¡Oh! el castigo sería terrible, correrían raudales de sangre; pero Luzmila ¿dónde estaba.....?

—General, he aquí el caballo, dijo el Teniente Vallerriestra. He dado las órdenes convenientes, y yo voy también a buscar a la niña.

El amable espectáculo del pueblo, tranquilamente recogido al abrigo de sus hogares, cambióse de pronto en un cuadro de espanto y de dolor: los gritos de los soldados y sus formidables interjecciones rompieron el silencio de la noche, confundiendo con el ruido de las puertas y los lamentos de los pacíficos moradores.

Otamendi estaba demudado, sus ojos conte-

lleaban: en los pliegues de su frente oscura se iban acumulando las nubes que debían producir la tempestad.

A su lado, algunos de los suyos esperaban inmóviles sus órdenes.

Mudo, con el silencio de las fuertes emociones, montó en su corcel, y, seguido de sus ayudantes, desapareció sin rumbo en la espesura de la noche.

CAPITULO XII

FUERTE COMO LA MUERTE ES EL AMOR

En una ligera depresión del terreno, de pie junto a un árbol de menguado ramaje y pocas hojas, hallábanse un hombre y una mujer, contemplando en el triste espectáculo de su caballo que acababa de expirar, rendido a la fatiga de una prolongada carrera.

Ella le miraba con ojos en que el llanto parecía próximo a desatarse. El, meditabundo, se acercó al animal, lo palpó el vientre repetidas veces, y levantándolo la cabeza pudo observar sus ojos ya vidriosos llenos de lágrimas, y cómo en el belfo, tembloroso aún, se coagulaba un golpe de sangre.

—Está muerto, dijo, en tono de amargo consuelo.

—¡Animalito de Dios! murmuró la joven, suspirando ¡Cuánto nos ha servido! El nos salvó, pero ahora nos deja abandonados en el desierto. Ya no pudo más.

—Sí, muerto, repitió él; muerto, muerto!

—Y ahora, ¿qué haremos?—¡Estamos perdidos sin remedio.!

Al oír estas palabras, el joven levantó la frente con prontitud, y mostrando en su semblante un aire de seguridad y confianza, replicó:

—¿Perdidos?—No, Luzmila. Aunque nos hallamos a pie en medio del desierto, tú estás sal-

vada. Te he arrancado de las manos de nuestros enemigos, y, te prometo por nuestro amor, que de aquí también te sacaré.

—Es imposible, Enrique.

—¡Nada es imposible, Luzmila! ¿Por qué temes? Ten confianza en mí; grande, inmenso es el desierto; pero también inmensa y grande es la pasión con que to amo. Soy fuerte, y, alentado con tu presencia, me siento capaz de las mayores empresas.

—¿Me sacarás de aquí? dijo ella, acercándose con tímido ademán.

—Te sacaré, no dudes, respondiéndole él, abrazándola.

—Lo que importa, agregó, es alejarnos prontamente de este sitio, y para no dejar huella a nuestros perseguidores, enterraremos a nuestro malogrado caballo. Pudiera suceder que viniendo en nuestro seguimiento, acertaran a pasar por aquí; la vista del cadáver les diría que estábamos a pié, y entonces redoblarían su ardor y nos veríamos talvez expuestos a caer en sus manos.

—Sí, enterrémoslo, exclamó ella sobresaltada ante la idea de la persecución.

Enrique cubrió inmediatamente con arena el cadáver del valiente animal, hasta hacerlo desaparecer por completo.

—Ahora, alejémonos dijo.

Y entrambos jóvenes, después de dirigir una última, triste mirada al sitio en que para siempre quedaba sepultado el noble corcel, cogidos de la mano, continuaron su camino en dirección al ocaso.

Eran las cuatro de la mañana.

¡Cuán solemne a esa hora la soledad desesperante del desierto! Bajo el lujoso manto de las

noches tropicales, recamado de innúmeras estrellas, el silencio de la muerte discurriendo sobre la superficie de un mar sin olas ni rumores; mar de arena, donde el viento, cansado de sacudirla y levantarla en turbias espirales durante el día, pliega sus alas y se está a velar su sueño en el regazo de las sombras. Ni un ruido en el espacio, ni un suspiro en la tierra; la calma de la noche, el mutismo del desierto, la ausencia de la vida: nada más en el círculo pavoroso del horizonte ilimitado!

Enrique, inclinada la barba sobre el pecho, parecía sumido en profunda meditación; e iba meditando en verdad, en lo irrisorio de la dicha humana, en los caprichos de la suerte, en la inconstancia de la fortuna, que juega con el hombre, como el viento con la hoja seca encontrada en su camino.

Luzmila que lo vió de esa manera, preguntólo.

—¿En qué piensas?, Enrique.

El levantó la frente, y como si volviera de muy lejos, respondió después de un momento:

—Pienso en tí; en que nadio podrá ya separarte de mi lado.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

—¿Y si perecemos en el desierto?

—¡No pereceremos! Por aquí vamos bien, amada mía. A la caída de la tarde estaremos cerca del río, y entonces ya no habrá peligro.

—¡Ay! Enrique, ¿todavía un día entero de caminar? ¡Apenas hemos comenzado, y yo ya estoy cansada.

El desierto es falaz: brinda con el suave piso de su menuda arena, pero ese piso se hundo

al contacto del pie sobre su insegura superficie. La arena se esquivo y huye; y el vaivén del cuerpo y el redoblado esfuerzo muscular por sostener el paso firme, producen de pronto la fatiga y el cansancio en las naturalezas más robustas. Caminar en la arena es de suyo cosa en extremo ardua; y seguir andando después de algunas horas de precipitada carrera, debe ser insoportable. Así, nada más natural que Luzmila se sintiese rendida, cuando aun no se habían alejado lo bastante para perder de vista el árbol, a cuya sombra quedaba sepultado su caballo.

—Aquí descansaré un momento, dijo, y se dejó caer al pie de un raquítico arbolillo.

Enrique se sentó a su lado y atrajo hacia su hombro la hermosa cabeza de la joven.

—¿Muy cansada estás, paloma mía?, preguntóle en tono de ternísimo cariño, acariciando sus cabellos, que en negros bucles caían sobre su frente.

—Sí, Enrique mío; y tenemos todavía tanto que andar!

—Algo nos falta, pero cuando te canses yo te llevaré en mis brazos. Soy soldado, y soy fuerte. Ahora podemos reposar unos momentos; nuestros perseguidores estarán todavía sin saber por dónde hemos tomado, y cuando lo descubran, el viento habrá borrado nuestras huellas. Nada temas, amor mío; pronto encontraremos algún oasis, en el cual te dejaré si no pudieres avanzar, para ir en busca de algún medio de llevarte con menos incomodidad.

—Contigo nada temo, amado mío!

Y levantando la cabeza, fijó élla en Enrique una mirada apasionada, diciéndole:

—Cuéntame ¿cómo pudiste saber que yo estaba en Suyo?—¡Ah si yo te dijera cuánto he

llorado ayer, porque tú, ignorante de todo, no podías acudir a salvarme; si te contara cómo le resistí a mi padre; si hubieras visto los terribles desprecios que lo hice a D. Francisco, y me creyeras que estaba resuelta a darle un no redondo al pie del altar; me amarías más acaso, si aun no me amas como yo, esto es, tanto, que ya es imposible querer más.

—Angel mío, todo lo creo; porque nunca me has hablado en otro idioma que la verdad. ¡Ah! yo también he sufrido los tormentos de los precios; tú eres mi cielo sobre la tierra y arrebatarte de mis brazos, era más que arrojarme a los abismos. Anoche fui a la orilla del río, al inolvidable remanso de nuestros amores, a esperar que salieras, según habíamos convenido. Cansado de aguardar, pues eran ya las siete de la noche, pasé a la orilla opuesta, subí a tu balcón y empecé a golpear muy quedito. A los pocos momentos oí pasos dentro de tu habitación; sentí que se acercaban. ¿Serías tú, sería tu padre?—Esta última sospecha me heló de espanto. ¿Yo luchar contra tu padre? ¡Jamás! Prefería lanzarme de la peña abajo, y así lo pensé y resolví en ese instante, corto como un relámpago. ¡Abrióse la puerta! ¿Cuál mi sorpresa cuando ví a Pilar?—Conocióme al punto y adivinando lo que buscaba, díjome: la niña no está aquí; la llevaron a Suyo a casarla con D. Francisco. Juzga la impresión terrible que me causaría noticia tan horrenda! La sangre se paralizó en mis venas, un frío de muerte discurrió en todo mi ser, y sin acertar a proferir palabra, quedé inmóvil como petrificado. Mi semblante debió haberse descompuesto horriblemente, porque la negrita me miró con ojos asombrados, hizo un movimiento de terror y me dejó.

Entonces comprendí toda la magnitud de mi desgracia: pero, vuelto de mi estupor, descolguéme a la balsa, repasé el río, y corriendo a tropicónes por la oscura vega, llegué a mi casa. ¿Qué tienes? preguntáronme los míos, al verme tan agitado. Apenas les di respuesta, y saltando sobre mi caballo, me lancé al escape, sin prestar oído a las voces con que me llamaban, averiguándome a dónde iba. A las diez entraba en Suyo; y como no supiera a dónde dirigirme, toqué en casa de Rosario, antigua criada de mi familia, que siempre me había tributado un especialísimo cariño. En pocas palabras contestó a mis preguntas; pues me dijo que tú estabas ahí. Mi buena estrella había querido que Rosario fuese también de la confianza de Otamendi, y que él te encomendase a su cuidado, después del asalto a la iglesia. Desmonté y te ví muy pálida, y desmayada en una pobre cama. La noche anterior, después de nuestra última entrevista, había resuelto robarte; la ocasión se presentaba propicia; la hora era llegada. Rosario diera por mí la vida, pero juzgué indigno comprometerla, comunicándole mi intención. —Rosario, díjole, esta niña se muere; y si muere, Otamendi te mata: ve por un poco de óter, que yo la cuido mientras vuelvas. Creyóme la buena muchacha, y volando antes que corriendo, desapareció en la oscura callejuela. Acerquéme entonces a tu lado y te levanté en mis brazos, llamándote a gritos y moviéndote para que volvieras en tí, pero todo en vano; sólo me contestabas con un gemido sordo y doloroso. ¡Oh qué momentos de desesperación aquellos! Rosario no tardaría en volver con el medicamento; Otamendi vendría talvez a verte, y de uno u otro modo estábamos perdidos. Y no hallaba qué hacer en tal aprieto:

de pronto, como una inspiración del cielo, vínomo la idea de echarte agua a la cara; por ahí, en un rincón hallé una garrafa llena del precioso líquido, y sin medir la cantidad, te arrojé lo que pude, con lo que despertaste al punto, y sin más tropiezo te puse a caballo y silenciosamente salimos del pueblo, en dirección a Macará, como para despistar a los que nos persiguieran. Luego, por una senda conocida de mí desviamos hacia el desierto, en donde nos puso en pocas horas mi valiente caballo, resistiendo la fatigosa marcha hasta caer muerto, como has visto, en el sitio en que le dejamos enterrado. Al partir de Suyo dejé sobre la cama un papel a Rosario, en que le decía: "Luzmila, que es mi esposa, va conmigo; guarda reserva y huye de contado a Anchalay, a casa de Modesto Burneo, en donde tendrás todo, mientras yo vuelva, para recompensarte largamente.—Enrique"

—Ahora, agregó, no hay qué temer; de intento me he alejado del camino, tomando hacia el ocaso; en su dirección está el Chira, en él la vida, y más allá Sullana, donde podremos descansar. Es muy fácil extraviarse en el desierto; que no nos suceda ésto, porque nos pondríamos en peligro de perecer de sed, en este mar de arena en que nos encontramos internados.

Hallábanse efectivamente internados en el vasto desierto que se extiende desde las márgenes del Yuscay hasta Lambayeque, y desde los Andes hasta el Océano. Inmensa llanura, o mejor dicho sucesión de llanuras, que, de horizonte en horizonte, van apareciendo una en pos de otra a los ojos cansados del viajero.

Durante la estación de las lluvias, pocos aguaceros bastan para convertir esos campos deso-

lados en praderas donde la paja ondea mecida por el viento, semejando los verdes trigales de la montaña. Pasa el invierno, el sol del verano tuesta la paja, los vientos de agosto la destrozan y dispersan, y queda de nuevo imperando la arena infecunda que el huracán sacude y revuelve en formidables torbellinos, ó la brisa de la tarde acaricia y peina, formando líneas onduladas, como la superficie de un mar en calma.

Cuando Enrique hubo acabado de hablar, Luzmila se quedó mirándole con ternura infinita.

—Tú me has salvado, exclamó de pronto, ahora tuya soy, tu esposa soy....

Por el lado del oriente comenzaba a aparecer una débil claridad, como vaga reminiscencia de la luz del sol; era el alba que se asomaba, despejando la neblina, que, a manera de inmenso sudario, cubría la vasta superficie del desierto.

Enrique la abrazó.

—Oye, amada mía, murmuró en seguida: tú me has prometido ser mi esposa. Pues aquí, bajo el dombo de los cielos, que es un templo; en esta hora en que las nubes que empiezan a teñirse de los colores del iris, y la naturaleza que despierta del sueño de la noche, parecen elevar su oración al Espíritu Creador, cumple tu promesa y desposémonos en la presencia del Ser Infinito que nos creó y ha unido nuestras almas con los lazos del amor.

Luzmila sorprendida se arrodilló como implorando:

—Pero, Enrique, dónde está el sacerdote que ha de bendecir nuestra unión?

—Solos, desamparados, fugitivos, no es necesario el sacerdote en la soledad que nos envuelve. El mismo eterno Jehováh, que unió a la

primera pareja humana en el Edén, es el que siempre une y bendice a las almas sinceras que se aman. El va a bendecir el amor purísimo y ardiente en que ha fundido tu corazón y el mío.

Enrique se arrodilló junto a Luzmila, y tomándola de la mano dijo:

—Luzmila, en la presencia del Padre que nos ve, te tomo y recibo por mi esposa, ahora y para siempre.

Y yo, Enrique, contestó ólla, te tomo y recibo por mi esposo, en la presencia de Dios, que me ha inspirado que te amo.

Y cogidos de las manos permanecieron de rodillas, adorando al Infinito, que ha puesto entre los mundos la atracción y entre las almas el amor.

La pampa muda y soñolienta parecía des-
perezarse al beso de la luz, el cielo continuaba co-
lorándose, la aurora sonreía desde su irisado trono.

Cuando Luzmila y Enrique se pusieron de pie, ya el sol había cruzado la línea del horizon-
te e iluminaba con sus apacibles rayos la vasta
y desolada llanura.

CAPITULO XIII

SOL Y ARENA

El astro—rey, en la plenitud de su carrera, lanzaba, desde lo alto del zenit, sus quemantes rayos, sobre la pampa de ondulante arena, que centellaba y parecía abrasarse a su contacto.

Caminando lenta y fatigosamente iban los dos amantes, cubiertos de sudor, sedientos y cansados, respirando apenas en esa atmósfera incendiada.

—Esta arena quema—dijo élla—como si pisáramos sobre ascuas. Me arden los pies, las piernas me flaquean, siento que me ahogo; ya no puedo más, Enrique.

—Descansemos, amada mía, murmuró él. Ven aquí, al pie de este árbol; siéntate, luego te formaré un sombrajo protector.

No es el desierto una sola e interminable llanura, donde no se halla vegetación de ningún género: crece allí el cardo melancólico, erizado de espinas, el fañique de retorcido tronco y el zapote gomero, pero tan pobres de hojas, que sus follajes semejan parasoles desgarrados, y no obstante su escasa sombra, son el alivio del viajero, que debajo de ellos puede refugiarse de los igneos rayos con que inclemente le persigue el sol al medio día.

Enrique hizo sentar a Luzmila al pie de uno de estos raquítricos arbolillos y desgajando las ramas de un vichayo—arbusto del desierto, que se mantiene siempre verde—colocólas sobre la copa del árbol, que cubrió también con su poncho de vicuña. Después, sentándose junto a su amada, abrazóla y reclinóla sobre su pecho.

—Enrique, dame la cantimplora, dijo ella.

Y él, abriendo unas alforjuelas sacó de su seno una cestita de mimbres, que destapó y presentó a Luzmila, diciéndole:

—Aquí tienes pan; come, y tomarás un traguito de agua.

—Tengo mucha sed, contestó ella, aplicando a sus sedientos labios la cantimplora que le presentaba su esposo.

—Por tu vida, exclamó éste, bebe sólo unos sorbos. Es necesario que esta agua dure otro día, por lo menos.

—Y tú ¿no comes un pan, Enrique?

—No podría pasarlo, tengo la garganta seca.

—Bebe, aun hay agua en la cantimplora.

—No, esposa mía; esa agua es sólo para tí. Ya no queda de la que cojimos en el Quirós sino un resto insignificante, y ese es para tí. Yo no moriré de sed.

Luzmila no contestó: dos noches que no había pegado los ojos, y el cansancio y la extenuación de la interminable caminata y el calor enervante cerraron sus párpados y se quedó dormida.

Enrique enjugóle suavemente el sudor que le empapaba el rostro, y arrimándose al tronco del árbol, dejó cerrar su pensamiento por el negro piélago de su desventurada situación.

¿Cuánto habrían caminado? ¿Cuánto les faltaría caminar aún para llegar al río? Ah! inmenso

ora el desierto y . apenas si habian avanzado algunas leguas. ¿Sería capaz Luzmila de soportar hasta el fin las fatigas de tan ruda peregrinación?

Cuerpecillo de musa, naturaleza delicada, fuerzas de niño; no podría resistir a tan largas y crueles penalidades. Y si llegaba, devorada por la sed, a cansarse hasta el punto de no poder dar un paso más ¿cómo podría salvarla?

Todas estas dudas sirgieron de tropel en su mente, como fantasmas aterradores, y muy reales, por desgracia.

En su imaginación febricitante veía dilatarse el desierto, solitario, vasto, interminable, sucediéndose, unos en pos de otros, horizontes ilimitados, cual si el planeta entero se hubiese convertido en un solo océano de muerta y movediza arena. ¿Quién podría cruzarlo?—Las caravanas de la Arabia tienen sus camellos; los hijos de Ismael sus corceles más rápidos que el viento; pero ellos estaban a pie, y solos y abandonados, y sin esperanza de socorro humano. ¡Oh iban a morir sin remedio! Cuanto a él poco le importaba perecer de cualquier modo: había arriesgado la vida en los combates, sin que jamás una bala rozara sus cabellos; desde niño había hecho vida de soldado, y de soldado de la magna guerra de la Independencia; esto es, vida de hambre y sed, de vigiliass y sobresaltos, de fatigosas marchas y encuentros cotidianos con el enemigo: vida de abnegación y sacrificio! Mas, Luzmila, criada en las comodidades y el adulo, ¿cómo resistir a tantas privaciones y fatigas? La soledad del desierto, muda e indiferente, ningún auxilio podía darle. Agua, el agua, elemento indispensable de vida, ¿dónde hallarla? En la vasta zona del desierto, sólo a grandes trechos, en los cauces de los arroyos extin-

tos, se hallan algunos pozos de agua tibia y nauseabunda, pero agua al fin que puede salvar de un trance desesperado. Mas, esos pozos ¿dónde estaban?—Siguiendo la dirección del ocaso, tenía por seguro que tocarían en el río; pero, les sería dado resistir hasta llegar a él?...., ¡Oh si estuviera en su mano acortar las distancias y caer de súbito en las frescas márgenes del Chira; ó si por un milagro del deseo, pudiera robar una onda de ese río, aunque fuese delgada como un hilo, y ponerla en los secos labios de Luzmila!

¡Así deliraba en el trastorno de su exaltada fantasía!

Después.....el cansancio, la extenuación de fuerzas, apurada por la falta de alimento y las graves emociones, enloquecieron su razón, y quedó sumido, con los ojos entreabiertos, en un letargo profundo, estado de inconciencia en que el alma yace como embriagada, incapaz de coordinar sus pensamientos.

Más de dos horas permaneció de esa manera. Cuando despertó a la voz de Luzmila, el sol había empezado a declinar, resbalando como disco de fuego por el espejo incendiado del firmamento. La sombra del árbol, bajo la cual defendiera el cuerpo de Luzmila, se había ido alejando a medida que el sol bajaba al occidente, y sus rayos le daban en el rostro. El calor asfixiante había mermado; un viento menos cálido corría agitando las arenas.

—Luzmila, siéntate, le dijo; es hora de seguir caminando.

Así era en verdad.

Los que cruzan el desierto, cuidan de buscar al medio día alguna sombra, por ligera que sea, para guarecerse de los ardores del sol. A

esa hora, la bóveda celeste brilla, sin un girón de nube que la empañe, como inmenso espejo cóncavo, reflejando los rayos del sol en el zenit, sobre las impasibles arenas que parecen arder y relucen como partículas metálicas. La atmósfera tiembla, y en su vasta zona, inundada de luz deslumbradora y de un calor como de incendio, no hay una ráfaga de aire que refresque la frente del viajero. Caminar a esa hora es imposible: quien se atreviera a ello moriría asfixiado. Necesario es aguardar que el sol descienda y el viento despliegue sus alas y sacuda esa mole de fuego, para reanudar la suspendida marcha.

Luzmila se sentó, mirando con asombro en torno suyo.

—¡Cuán horrible es ésto, Enrique, murmuró, pasándose entrambas manos por la frente! Tengo una sed que me devora.

Él, por toda respuesta, púsose de pio y la ayudó a levantarse.

—Pronto llegaremos al río, díjole en seguida. Hemos caminado mucho; nos falta ya muy poco.

Fortalecidos por el descanso, prosiguieron la marcha con ardor; pero el horizonte parecía crecer delante de ellos, dilatarse y huir de sus ojos. Enrique conocía que estaban todavía muy lejos del suspirado río, y aun cuando el desaliento y la desesperación le oprimían el alma, procuraba revelar en su semblante la esperanza de que llegarían en breve. Y seguían caminando, pero avanzaban muy poco en realidad. En la arena, mayor es el esfuerzo que se gasta que lo que se camina: como si una mano enemiga, acertara y detuviera el paso, el viajero se fatiga inútilmente, y cuando por su cansancio colige que ha avanzado mu-

cho, desengañase al volver la vista y hallar que aun no se pierde el árbol, a cuya sombra descansara.

El viento iba arreciando: ya no era el soplo juguetón que riza la superficie del desierto, sino la ráfaga impetuosa que levanta las arenas, las sacude entre sus brazos y las lleva silbando en sus alas poderosas. Envueltos, perdidos en sus furiosos remolinos, casi a ciegas, aspirando ese aire seco y polvoroso iban los dos amantes, baja la cabeza, jadeantes de cansancio.

Entre tanto, el sol aproximábase al ocaso: detúvose un momento en la línea del horizonte, iluminó las arenas con los destellos de una luz rojiza, como el color de la pitaya, y lento y majestuoso se perdió en seguida. El ígneo crepúsculo, propio del desierto, se dibujó en el cielo tras el adiós del sol, y lentamente fué apagando su luz sobre las soledades melancólicas. Empezaba el reinado de la noche: sus sombras vendrían a aumentar el desconsuelo de los ya desgarrados corazones de los amantes fugitivos; pero ellos la preferían al día. La luz solar tiene efluvios misteriosos: fortalece y reanima con toques de súbita felicidad; mas, en el desierto, donde élla trae el calor que asfixia, la sed que mata, es preferible a su ardiente abrazo, la fría caricia de las sombras.

La furia del viento iba amainando.

La apacible luz del crepúsculo coloraba aún los espacios, y de las pampas solitarias levantábase un hálito de tristeza que se comunicaba al alma, llenándola de vagos temores y negras imaginaciones.

Enrique y Luzmila continuaban caminando.

Cuando la noche hubo cerrado por completo, comprendió él que era preciso descansar.

—Sentémonos aquí, dijo a su amada, y cayeron entrambos al pie de un arbolillo.

—¡Por Dios!, Enrique, exclamó Luzmila. ¿Qué va a ser de nosotros?—Estamos perdidos sin remedio.

Tenía la voz ronca y desfallecida, los labios secos, la mirada lánguida. Dos días que apenas había probado alimento: era seguro que sus escasas fuerzas estaban al agotarse.

—No temas, Luzmila, musitó Enrique. Estamos cerca del río: el viento helado que corre mo lo está diciendo. Descansemos algunas horas, y a la madrugada nos pondremos de nuevo en camino.

Así procuraba consolarla, pero cuán diversamente pensaba en su interior. Muy bien sabía él que ese viento frío sucedía por la noche, en el desierto, a los ardores sofocantes del día, y no era en modo alguno signo de la proximidad del río.

—Tengo mucha sed, dijo ella. Dame un sorbito de la cantimplora.

—Amor mío, contestó él; si pudieras beber mi sangre, rasgaría mis arterias para que lo tomes. ¡Pobrecita! procura dormirte para que te pase la sed. Reservemos para mañana ese resto de agua que nos queda.

Y, apartando su rostro, exhaló un lamento como un rugido doloroso. Era el ay desesperado de la impotencia!

Arrimóse en seguida al árbol, abrazó estrechamente a Luzmila, y acariciando sus mejillas, le decía en voz tierna como un gemido: duérmete, palomita, duérmete, amor mío!....

Y él, con los ojos fijos en el espacio onnegrecido, sentía rugir la tempestad dentro de su seno. ¡Cuán desgraciado era! Envuelto en el torbe-

llino revolucionario que el genio de Bolívar levantara del Orinoco al Potosí, por la libertad de los pueblos oprimidos; viviendo sólo para los combates y la gloria, jamás había escanciado el néctar de la felicidad en la copa virginal de un amor único y absoluto. Coronada la obra de la redención americana, volvió su vista a los nativos campos, la nostalgia vertió en su alma sus notas melancólicas, y regresó a su pueblo: allí conoció a Luzmila y amó por la primera vez. Ella le había correspondido: esta mujer bellísima, encarnación la más pura de sus sueños de felicidad, era, pues, su único y primer amor. Iniciado apenas el idilio de los dulces afectos, surgieron los obstáculos: la terquedad de D. Antonio, su odio inveterado a los americanos, y, por último, la pasión salvaje de Otamendi! Pero de todo había triunfado, y Luzmila era su esposa. Engolfados en el desierto, no darían con ellos sus perseguidores: ningún hombre podía ya disputársela. Mas, cuando creyéndose a salvo, sonreíale la esperanza de alcanzar alguna población amiga, se interpone de repente un enemigo más fiero y poderoso: la muerte! Luzmila perecería de sed mucho antes de llegar al río. ¿Cómo podría salvarla? El hubiera dado mil veces su vida en la defensa, pero en la situación actual era inútil esa terrible ofrenda. ¿Qué podía hacer entonces?—¡Nada, nada!—¡Oh la impotencia es el más desesperante de los males! Mientras se gira en la esfera de la humana posibilidad, los obstáculos no arredran: se lucha y se los vence a veces; mas, cuando todo esfuerzo se encuentra detenido por el férreo círculo de lo imposible, el alma atónita se retuerce en el paroxismo del dolor, y se estremece agonizante, sin esperanza de alivio ni consuelo.

¡Oh lo imposible! Y entre tanto, ¡cuán horriblemente padecía la pobrecilla!

Enrique nunca había llorado, pero al escuchar el aliento que, a manera de extraño silbido, se escapaba de la seca garganta de Luzmila, sintió humedecerse los ojos; algo como una mano de hierro le estrujó el corazón, y su dolorido pecho de guerrero se dilató en desesperados sollozos.

Luzmila se había dormido.

Suavemente apartó Enrique de su hombro la cabeza querida, y haciendo almohada de su poncho, la recostó sobre él.

En seguida púsose de pié, y aspiró con ansia el aire fresco de la noche.

La esperanza, como mil veces se ha dicho, es lo último que muere. Desalentado, abatido, con el convencimiento íntimo de que Luzmila no soportaría las fatigas del viaje; resistíase, sin embargo, a creer irremediable su desgracia. Palpando estaba la realidad de su infortunio, y aún le parecía imposible que llegara a consumarse. Mas, ¿dónde estaban los medios de evitarlo?....

Súbitamente iluminóle una idea. Las fiores del desierto, se dijo, tienen sus *jaguayes* o abrevaderos: pudiera ser que yo dé con uno de ellos. Luzmila duerme, está horriblemente cansada, y no despertará pronto. Vamos, recorreré el campo, y ojalá el cielo quiera guiar mis pasos!

Y asegurándose de que Luzmila dormía verdaderamente, echóse a andar por esos muertos aronales, como fantasma errante o loco vagabundo, que se va a la ventura, impelido por sus propias alucinaciones. Deteníase a trechos, y aguzaba el oído, como para escuchar en el silencio; y fijaba la vista en el vacío, como escudriñando en las sombras. "Por aquí," se decía, y lanzábase ora

por la derecha, ora por la izquierda. Más allá, cansado de seguir inútilmente aquella dirección, tomaba otra, que abandonaba luego, al voluble impulso de sus anhelos.

Largo tiempo erró de esa manera, agotando en vano los últimos restos de vigor que aun le quedaban; y desesperado de no hallar en la arena sino arena, pensaba ya en volver al punto de partida, cuando parecióle distinguir en el suelo un rastro recientemente impreso. Si de hombre, si de animal, no se sabía, pero era un rastro, demasiado claro a pesar de la noche.—“¡Oh! quizá por aquí”, exclamó, y anhelante y febril, se fué tras esa huella, agachándose a mirarla a cada instante, para no perderla de vista. Después de una hora de fatigoso caminar, divisó, con sorpresa, una figura humana, yacente al pié de un arbolillo. ¡Qué! ¿habría otro infeliz, extraviado como él en el desierto? Acórcase, y ¡oh desengaño cruel! Las huellas que siguiera eran sus propias huellas: estaba de nuevo al lado de Luzmila. ¡Inútil esfuerzo, estéril tentativa!

Empapado de sudor cayó junto a su amada: sus miembros languidecieron, volteóse de espaldas y quedó sumido en un letargo doloroso, pensando en la impasible soledad del desierto, en el mutismo indiferente de la naturaleza, en su negro destino, en su desgracia irremediable. ¡Ah cómo recordaba entonces los floridos vergeles de su patria, las frescas lluvias de la serranía y el ruido de sus torrentes mugidores, avivado todo por el contraste con su desventurada situación actual!

¡Cuán bello comparece en la memoria el recuerdo de lo pasado, visto desde un presente de dolor!—Enrique, desde el fondo de su amargura, tendió la mirada atrás por el camino de su vida,

y exclamó: ¡Pobre de mí, qué desgraciado soy!

Era el grito del corazón agonizante, que ve desvanecerse el último fulgor de la esperanza.

Luzmila hizo un ligero movimiento y despertó:

—¡Enrique, tengo sed!

—¡Pobre, amor mío! le contestó él. Mucho padeces, no? ¿Quieres que aprovechemos de la frescura de la madrugada para andar?— Mira, pronto amanecerá; antes que el sol queme, avancemos cuanto podamos.

—Bien, andemos, pero dame primero un sorbo de agua, nada más.

Y Luzmila, alzando la cantimplora bebió ansiosamente unos sorbos, dejándola casi seca.

En seguida, levantándose penosamente, volvieron de nuevo a continuar el viaje, protegidos por el frescor del alba, que reanimaba sus exhaustas fuerzas e impedía que su sed creciese.

—El río está cerca, decía Enrique.

Y descansando a trechos, según Luzmila lo deseaba, caminaron por espacio de dos horas.

El oriente iba arrebolándose y encendiéndose más y más; el día se aproximaba. El calor es vida, mas para ellos será talvez la muerte.

A poco surgió el sol: sus apacibles rayos que les iluminaban horizontalmente al principio, fueron elevándose por grados e incendiando la atmósfera. La sed revivía exigente, febril, devoradora.

—El río está cerca, repetía Enrique a cada instante.

Y alentados por la esperanza, redoblaban su desmayado ardor, pero el río no aparecía con sus húmedas playas y sus frondas apacibles.

La mañana volaba rápidamente, el calor volvíase insoportable, el sol próximo al zenit anunciaba la hora peligrosa.

—Enrique, perezco de sed, murmuró Luzmila mientras coronaba fatigosamente una eminencia del terreno.

De pronto se iluminó su rostro, y lanzándose adelante exclamó gozosa:

—El lago, el lago azul, Enrique..... La arboleda..... ¡Qué bello el lago azul! Corramos a beber.....

Enrique la miró espantado, y tomándola del brazo díjole:

—No hay lago, amor mío, es espejismo y nada más.....

—Pero si yo lo veo..... Avancemos, Enrique, y déjame beber.....

Momentos después una sombra de tristeza y desaliento cubría el rostro de Luzmila: el miraje se había desvanecido.....

—Bebe, le habló Enrique, pasándole la cantimplora.

Y ella tomó las últimas gotas de agua, quedando con la misma sed.

Enrique volvió entonces el rostro, musitando en acento apenas perceptible.

—Ahora....sólo tú, Omnipotente, sólo tú puedes salvarnos.....

Y miró a Luzmila y vió con espanto su rostro terriblemente demacrado, cubierto de palidez mortal, a punto de desfallecer.

—Descansemos, díjole, hasta que el sol baje.

—Bueno, Enrique, ni puedo más tampoco.

Y apoyada en su brazo, condújola hasta el más cercano de esos enfermizos y desarrapados arbolillos del desierto, y la hizo sentar cuidadosamente,

—Voy a formarte, amor mío, un sombrero como ayer, agregó on seguida.

Ella no respondió: apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre las manos.

Enrique desgajó algunas ramas y volvió a Luzmila, que, al sentirlo, alzó la frente y fijó en él una mirada extraviada.

—¿Qué haces, Enrique?, murmuró. ¿Oyes el ruido del agua?—Tráeme un poco, que perezco.

—Ya llegaremos, repuso él, y entonces beberás hasta saciarte.

—Muero de sed, Enrique, y no me das agua, insistió ella, en tono de reproche. Oye el río cómo suena.....

Un estremecimiento de muerte sacudió el corazón de Enrique: ¡Luzmila deliraba! El vasto silencio del desierto no era turbado por el más leve ruido; ni el aleteo de un pájaro, ni una ráfaga de viento, en el inmenso ámbito incendiado por los rayos del sol.

Sin responderla, pálido y trémulo, colocó Enrique sobre la copa del árbol las ramas que había desgajado. Concluida su faena, preguntóle:

—¿Te parece bien?

Ella abrió desmesuradamente los ojos y le miró como asustada.

—Dices que me quieres, murmuró en son de queja: ¿cómo no me das agua?....

—¡Amor mío! exclamó él, arrodillándose a su lado, ya llegaremos al río.....

—¡Ah cruel eres.....! musitó ella.

Y prorrumpió en sollozos, que iban a clavar-se como agudos puñales en el corazón de Enrique.

—Damo agua, insistió; Enrique mío, dame agua.....

Y no pudo hablar más. Una tos seca desgarró su garganta, prolongándose a manera de ronco silbido; luego inclinó la cabeza y cayó des-

mayada.

Enrique sintió en su corazón como el zarpazo de un tigre, y se levantó de un salto.

—¡Amor mío, esposa mía, exclamó, se muere!

Y lanzando en torno suyo una mirada de angustia y desesperación, se desflechó como loco, por esos candentes, solitarios arenales.

¡Agua, agua! iba gritando. ¿Dónde hay agua?, como si hubiese alguien que pudiera oírle.

Paríbase de trecho en trecho, jadeante, sudoroso, para tomar aliento; y luego continuaba corriendo, como impelido por una fuerza misteriosa.

De pronto se detuvo: a lo lejos cruzaba un ciervo, ostentando en su cabeza una tupida cornamenta.

—Va a beber, se dijo, sigámosle. Y emprendió de nuevo la carrera.

Volaba el ciervo por los ardientes arenales, y pronto se perdió de vista, pero tomando Enrique la misma dirección, dió después de algún tiempo con un pequeño oasis, donde en el cauce de un arroyo seco había un pozo de agua cenagosa y nauseabunda.

Llenó su cantimplora y su sombrero, y plegando las alas de éste, tornó a correr con el mismo afán.

El sol comenzaba a declinar, sus rayos le caían sobre la cabeza descubierta, como lluvia de fuego, pero él seguía corriendo sin detenerse. Cada árbol que divisaba parecía el suyo, mas al acercarse conocía su engaño y pasaba de largo. ¡Cuánto se habría alejado de su árbol, que tanto tardaba en retornar a él!

Al fin distinguió a la distancia su poncho de vicuña de colores vivos, meciéndose sobre la copa de un árbol. Ese es el suyo: ahí está Luzmila

agonizando de sed, muerta talvez.....

Redobla su esfuerzo, corre, vuela; un torbellino de arena se levanta en ese instante y le oculta el árbol querido, pero él avanza, rompiendo por entre la nube polvorosa y llega. Mas, ¿qué ve? ¿No es ese mismo su árbol? ¡Sí, ese es!

¿Qué sucede entonces?—Hay en la arena huellas frescas como de muchos caballos, y Luzmila no está allí; ha desaparecido. ¡Horror!

Surge al punto en su mente el recuerdo de Otamendi: despréndensele de las manos sombrero y cantimplora, negras sombras obscurecen su vista, siente como el estallido de un rayo en su cabeza, y cae de bruces exclamando:

—¡Luzmila, Luzmila, esposa mía! ¿dónde estás?

CAPITULO XIV

TRAS EL VIOLENTO, EL PACIFICADOR

El Cura Isauro Juvenal había estado ausente de Macará el día de la partida del General Otamendi al pueblo de Suyo. A su regreso, como siete días después, se informó de los graves sucesos ocurridos, lamentándolos en lo íntimo de su corazón.

Aquella noche durmió poco. Es necesario, pensaba, evitar toda violencia por parte de Otamendi. El ha querido salvar a Luzmila del matrimonio que le imponía su padre. El desmayo de la joven y la intervención del General frustraron ese enlace, pero Luzmila ha desaparecido misteriosamente, y Otamendi la busca a tientas, sin saber qué rumbo haya tomado. Cuando consiga hallarla pueden ocurrir graves desgracias; y mi deber de sacerdote es evitarlas a todo trance. Ya sé que el General, después de muchas inútiles pesquisas por los caminos de Macará, de Ayabaca y de Zapotillo, se ha dirigido al desierto, llevando consigo presos a D. Antonio Lemus y a D. Francisco Arcenales. ¡Bienaventurados los pacificadores! Parece-me incuestionable que yo debo también ir al desierto, para cortar toda discordia y procurar la paz.

Al día siguiente, acompañado de un jovenito, se puso en marcha, caballero en humilde cabalgadura.

Al pasar por las cercanías de Suyo, dijo a su compañero:

—Entremos un instante a saludar al Cura Toribio.

Y desviando a la izquierda entraron en Suyo.

Cuando el Cura Toribio divisó al Cura Isauro, se adelantó gozoso a encontrarle en la plaza.

—¡Qué dicha es ésta! exclamó, abrazándole: teneros por aquí, Curita de Macará. Ahora si que no os soltaré ni en una semana ni en muchas.

—Un saludo de paz, y luego seguiremos viaje. Vamos de prisa, querido hermano Toribio.

—Conmigo no hay prisas que valgan: una semana, por lo menos, os retendré en mi casa. No estareis ocioso: predicareis y convertireis pecadores, empezando por mí, que soy el primero. Después os acompañaré a donde quiera que vayais.

Y el Cura Toribio desató en sonora risa su jovialidad y buen humor.

—Oh! qué gloria para mí, si de veras quisierais ir conmigo..... pero hoy mismo, porque el negocio urge.

Y el Cura Isauro Juvenal declaró a su amable colega los motivos de su viaje.

A su vez el Cura Toribio relató a su venerable amigo todo lo ocurrido en la iglesia, durante la ceremonia nupcial, hasta que Luzmila fué conducida desmayada a casa de Rosario.

—Y Rosario ¿qué razón da de Luzmila? preguntó Isauro.

—Ella también ha desaparecido, respondió Toribio.

—¡Qué caso tan extraño y misterioso! murmuró aquél.

Por la tarde el viajero reanudó su marcha, despidiéndose del Cura de Suyo con estas palabras:

—Os agradezco la fina voluntad de venir conmigo, pero es conveniente que permanezcáis a-

quí, para el cuidado de vuestros fieles, y también de los míos, que os ruego vigilar por caridad.

Como a las nueve de la noche llegaba al paraje que, a la entrada del desierto, queda junto a la acequia de Yuscay.

En el corredor de la casa que allí había, conversaban tres hombres, uno de los cuales, al ver acercarse a los viajeros, adelantóse a su encuentro, diciendo:

—Es nuestro Cura de Macará.

Los otros dos se adelantaron también, al oír ésto, y saludando muy afectuosamente al Cura, condujéronle hasta el portal de la casa, para que desmontara.

—¿Qué hace Ud. por aquí, Cabo Pino, habló el recién llegado; desde cuándo está Ud. por aquí?

—Cosa de nueve días, por orden de mi General Otamendi. Pernoctad aquí, Curita; tenemos qué comer, y también hierba para las bestias.

—Gracias, acepto la amable invitación, hasta mañana en que seguiré mi camino.

—¿Y a dónde estáis de viaje?

—Voy en pos de mi amigo el General Otamendi.

—Según noticias que tengo, podreis hallarlo en la cueva de Pajarito. Me permitireis que mañana os haga un encargo para mi General.

—Lo que Ud. guste.

Al entrar en la única habitación, una amplia sala que tenía la casa, observó el viajero, que en un rincón yacían dos presos atados de pies y manos.

—¿Quiénes son los presos? preguntó.

—D. Antonio Lemus y D. Francisco Arcenales, respondió Pino.

—¿Por qué no les quita Ud. esas sogas?

Tantos días atados, no es humano que estén así.

Y llegándose el Cura a los presos, les quitó las ataduras.

—Desperezad los miembros entumecidos, les dijo; así estaréis mejor.

Ellos nada contestaron.

—Curita, dijo entonces el Cabo Pino: lo que acabais de hacer corre de vuestra cuenta. Sois nuestro Cura y grande amigo de mi General Otamendi, y yo no podía oponerme a vuestro deseo. Mas, para mi descargo, explicareis [al General lo que habeis hecho.

—Déjelo Ud. de mi cuenta, y veamos ahora si comemos y dormimos, que debo irme a la madrugada.

A la aurora siguiente el Cura continuaba su viaje.

Al momento de partir le suplicó el Cabo Pino:

—Dignaos llevar esta carta a mi General Otamendi. Me la entregó el postillón que corre de Cuenca a Paíta. Es de S. E. mi General Flores y debe ser de mucho interés.

—Se la entregaré en su mano, contestó el Cura.

Y montando en la humilde y mansa mula, que era su habitual cabalgadura, tomó hacia el suroeste, perdiéndose luego en la neblina que cubría el desierto.

Capítulo XV

PAJARITO

Enrique abrió los ojos, pero su mirada se detuvo en el maderamen de una rústica techumbre de bambú, y volvió a cerrarlos. Sentía fuerte opresión al pecho y mucha pesadez en el cerebro. Luego parecióle oír gorjeos de pájaros y rumores de arboledas: creyó que deliraba, y buscando más cómoda postura se quedó otra vez dormido.

Cuando despertó de nuevo fué bajo la impresión de una luz muy viva. Sentíase menos mal, respiró con holgura y abrió perezosamente los ojos.

No soñaba, pues lo que estaba viendo por entre las rejas de una ventanilla, no era en verdad otra cosa que un caudaloso río, que se deslizaba mansamente y sin ruido, por entre dos orillas pulcramente alfombradas de verde césped en sus bordes, y más allá pobladas de robustos y elevados árboles. Había también trinos de aves y susurros de brisas, que en invisibles ondas llegaban a acariciar su oído y refrescar su frente.

¿Qué es ésto—exclamó—en dónde estoy?

Y sentándose en la cama, oscudrió en torno suyo. Hallábase en una habitación de pequeñas dimensiones y paredes blancas, pavimentada de rojo majarí, con una sola puerta de entrada y una ventanilla al campo. ¿Cómo había venido allí?—Recordaba que cayó en el despoblado, en un paroxis-

mo de dolor por la pérdida de Luzmila, y no sabía más. Indudablemente alguien le había recogido y traído a este sitio. ¿Acáso los soldados de Otamendi? ¿Talvez los bandidos de Pajarito, o los peones de alguno de los hacendados del desierto?—A este recuerdo sombrío, la última escena de su desgracia representósele viva y palpitante. El árbol cubierto con su poncho de vicuña, Luzmila desmayada pereciendo de sed y de fatiga, él corriendo enloquecido en busca de agua..... el ciervo..... el oasis..... las huellas de los caballos bajo el árbol..... la desaparición misteriosa de su amada..... y él cayendo como fulminado al golpe del dolor..... Todas estas negras imágenes se agolparon en su imaginación, y como interrogándolas exclamó, en voz como un lamento:

—Luzmila, esposa mía, dónde estás?

—Eh, joven, vuelve Ud. con su tema?, dijo en ese instante, entrando de súbito, alguien que le había estado escuchando desde la puerta.

Enrique se quedó estupefacto.

Tenía delante de sí un hombre de baja estatura, grueso, pecho levantado, tez morena pero tersa, nariz aguileña y ojos grandes y negros. Y, cosa singular, contrastando con esa cara de juventud, tenía aquel hombre el cabello y la barba completamente canos. ‡

Era el retrato de Pajarito, tal cual se lo habían trazado los que le conocían.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?—preguntóle.

—Con el señor del desierto, para servir a Ud. Soy el hombre que le ha salvado de la muerte.

—Gracias; habría preferido morir.....

—Morir ¿Y, entonces, Luzmila?.....

—¡Luzmila! ¿Cómo sabe Ud. su nombre?—

Esposa mía, me la robaron, mientras yo iba en busca de agua para su sed. Por eso no me importa la vida.

El señor del desierto se acercó a Enrique, y poniéndole familiarmente la mano en el hombro, díjole:

—Si Luzmila viviese, todavía querría Ud. morir?

El enfermo dió un salto, y queriendo arrojar-se del lecho, exclamó:

—¿Vive mi esposa? Oh! decidme quién sois, repetidme que élla vive, y os lo pagaré con mi vida.

—Soy Pajarito....

—¿Pajarito? repitió Enrique, y se quedó mirando fijamente a su interlocutor.

—El mismo, sí señor, el mismo.

Enrique hallábase frente a frente del temido jefe de los bandoleros del desierto, del ladrón famoso, del valiente sin rival, del dueño de caballos veloces como el viento; del hombre, en suma, de quien se contaban cosas muy extrañas y sorprendentes.

—Me alegro de conocerle, contestó. ¿Vive Luzmila?, dígamelo de una vez.

—¿Quién dice que ha muerto?—Mis niños no han encontrado sombra de cadáver en los arenales del desierto.

—Señor, ¿quiénes son esos niños?

—Mis soldados.

—¿Y ellos la encontraron?

—Ni viva ni muerta.

Pajarito se dirigió a la puerta.

—Pobre joven, díjole al salir; aun está Ud. demasiado débil y ofuscado: algo ha sufrido en verdad. Levántese a gozar del fresco ambiente de la

mañana en las vegas del Chira, y se le aclarará la inteligencia y vivificará el alma.

Enrique comprendió su situación: estaba en la cueva de Pajarito, y le debía la vida; pues sus soldados le habían encontrado y recogido en el desierto. Mas ¿no podían haber topado de la misma manera con Luzmila?—No había dificultad; pero su jefe acababa de declarar que ni viva ni muerta la habían encontrado sus niños, y Pajarito, según las noticias que sobre él corrían, era hombre de no mentir jamás. El no la conocía, y, sin embargo, la había nombrado antes que su amante preguntase por ella; ¿cómo sabía su nombre?—La cuestión se presentaba compleja y no era posible desemmarañarla de pronto; mas, podía averiguarse, y si Luzmila no había muerto, aun quedaba esperanza de hallarla.

Con esta idea empezó Enrique a vestirse de prisa, aunque se sentía muy débil. Su ropa allí estaba completa, y la interior había sido cuidadosamente lavada y aplanchada.

—Buen hombre es este Pajarito, pensó: le calumnian, sin duda, los que le juzgan malo y le pintan como un monstruo. ¿Qué motivo ha tenido que le obligase a mí? Ninguno, y sin embargo me ha dado hospitalidad generosa y me ha curado, pues, no me queda duda, yo he estado enfermo. Caí en el desierto y no sé más; aquí he venido a despertar ¿Cuántos días habrán transcurrido desde entonces?

Pensando así, acabó de vestirse y salió. Lo que se presentaba a su vista no era una cueva, como él lo imaginara, sino una casa real y verdadera, oculta en un bosquecillo de robustos Algarrobos, mas a propósito, en su alegre sencillez, para cobijar a la inocencia o al amor. huidos a la sole-

dad, que para guarida de ladrones: tal era de agradable y poética la sombra con que la regalaban los frondosos árboles del bosque.

En él, bajo el pabellón de un florido obero se había colocado una rústica mesita, a cuyos lados servían de asientos troncos de árboles, cubiertos con velludas pieles de carnero.

Allí, sentado en uno de esos troncos, le aguardaba Pajarito.

—Véngase por aquí, D. Enrique, díjole al joven, que avanzaba lentamente, aspirando con delicia el aire purísimo del bosque. Véngase; tomaremos un pocillo de café, para entonar el cuerpo antes de salir a caminar.

—Muchas gracias, señor. Estoy pasmado de la hermosura de estos sitios.

—Sí son muy hermosos, en verdad.

—Razón tiene Ud. de vivir encariñado con ellos.

—¿Lo cree Ud. así?

—Así lo juzgo, dada su larga permanencia aquí.

—*O un desierto, o una gran ciudad*, amigo mío.

Enrique, entre tanto, había ocupado el otro asiento; y cuando oyó esa expresión en boca de Pajarito, quedóse mirándole con interés. Mas, éste, que lo notó, añadió incontinenti:

—¿Cómo que se asombra usted de oír esa frase en mis labios?—¡Ahí es nada! No he nacido en el desierto: algo leí mientras viví en sociedad, y aun ahora leo siempre que puedo. Los que llegan a conocerme hallan en mí muchas cosas extrañas: creónme un onto raro, porque olvidan que antes de ser lo que ahora soy, fui un hombre usual y corriente como todos; un niño, un estudiante, un

ciudadano como muchos otros.

Enrique asintió con una ligera sonrisa a las palabras de su huésped.

—Ahora, vamos a otra cosa, añadió éste. Le tomaré el pulso, por si haya quedado algún resabio de fiebre.

Enrique extendió su brazo derecho por encima de la mesita.

—Está bien; la calentura ha desaparecido por completo: no hay sino alguna debilidad, pero esto es lo de menos, dijo Pajarito.

—¿He estado enfermo, no?; ya me lo suponía.

—Sí, una enfermedad ligera.....

—Pero que me ha tenido sin conocimiento muchos días.

—No muchos; creo que diez y nada más.

—¡Diez días!

Un recuerdo sombrío despertóse en la memoria de Enrique, y exhaló un suspiro.

Pajarito fingió no advertirlo y le invitó a servirse el café, que un paje acababa en ese instante de poner sobre la mesa.

Era un suculento café con leche de cabra, humeando en ancha escudilla de barro: a falta de pan, hacíale compañía una torre de olorosos plátanos, majados después de cocidos al rescoldo: las cucharas eran de madera; todo sencillez y rústico, pero aseado con el mayor esmero.

—Va Ud. a echar de menos las comodidades de la ciudad, díjole Pajarito sonriendo.

—De ninguna manera, repuso Enrique: todo es irreprochable en la casa de Ud.

—La soledad ofrece algunas ventajas, pero tiene también no pequeñas desventajas; nada hay completo, amigo mío, y es forzoso aceptar las co-

sas como vienen.

—Así es, señor.

Terminado el desayuno, Enrique vió acercarse un paje, tirando del ronzal dos caballos blancos, lujosamente enjaezados, y desde luego llamaron su atención la heroica belleza de los animales y sus espléndidos arreos. Indudablemente era Pajarito muy aficionado a los caballos, y gustaba de tenerlos en gran número y sin tacha.

—¿Es Ud. militar, no, D. Enrique? preguntó Pajarito, levantándose de la mesa, según me lo ha confesado en el delirio de la fiebre

—Sí lo soy, pero no recuerdo habérselo dicho.

—¡Muy claro, si estaba Ud. privado! Lo sé todo: a grandes rasgos me ha referido Ud. toda su vida, sus campañas y sus triunfos, sus amores y sus desgracias. Pues a montar, que así se mata las penas y se echa sobre lo pasado el manto del olvido.

Enrique, sin contestar nada, aceptó la invitación, y puesto a caballo con el señor del despoblado, bajaron a la playa y se internaron por un espeso bosque de frondosos algarrobos.

¡Cuán puro y fresco el ambiente que allí se respiraba! Los rayos del sol quebrábanse en la enramada, y, depuesto su ardor, bajaban en haces de luz apacible e inofensiva. Enrique admirado de tanta belleza, preguntó:

—Señor, ¿de quién son estos bosques?

—Míos, de Ud. y de todos.

—Gracias por lo que a mí toca, pero se servirá decirme ¿quién los posee en la actualidad?

—Hoy los poseo yo, mañana los poseerá cualquier otro.

—Generoso es Ud.; mas, ¿tendrá aquí extensas propiedades?

—Esta última palabra carece aquí de sentido, amigo mío. Valdrá cuanto Ud. quiera entre los que viven en la sociedad civilizada, pero aquí, el desierto y el río y mi casa y cuanto usted ve, son de todos.

—Sin embargo, ¿no tienen dominios por aquí los hacendados?

—Sí creen tenerlos: entre ellos se han dividido el desierto, pero su señorío es meramente nominal; yo dispongo de lo que llaman suyo, como ellos disponen de lo que llamo mío, cuando y cada vez que se nos antoja. ¿No sabe Ud. que es inapropiable lo que la naturaleza ha hecho para el bien de todos?

—¿Según eso, la propiedad no existiría?

—Aquí es innecesaria.

Muy extrañas hallaba Enrique estas ideas, pero comprendió que Pajarito, dado su modo de vivir, tenía razón. Efectivamente ¿cómo iba a aceptar la propiedad quien no la respetaba? El, público salteador de caminos, tenía sin remedio, por consecuencia lógica, que pensar a ese respecto de distinta manera que los demás. Pero en sus rápidas respuestas, había tal novedad y fuerza de convicción, que Enrique no quiso dejar ese tema.

Hablando así habíanse entrado en un bosque de coposos mangos, cuya fragante y deliciosa fruta empezaba recién a amarillar. Al fondo se veía una alegre casa nueva de bambú, y allá se dirigieron los viajeros. Más lejos, como a dos cuabras de distancia, divisábase el terso espejo de las aguas del río, y verdegueando al otro lado, una dilatada invernada de chilena, donde pastaban numerosos ganados. Pajarito dejó a Enrique sentado en una de las hamacas de mocora del corredor de la casa, y él avanzando al río, cruzólo en canoa y

habló algunas palabras con unos hombres que, machete en mano, surgieron de entre el herbazal.

Entre tanto, una joven negra había traído una linda vaca de henchida ubre, al patio de la casa: ordeñóla y presentó a Enrique, con graciosa sonrisa, un pote de espumante leche.

—Sírvase Ud. toda la leche, D. Enrique, insinuóle Pajarito, que regresaba en ese instante: es una bebida tan pura y saludable....

—Gracias, contestó Enrique, apurando el contenido del vaso.

En seguida continuaron el paseo, y Enrique, reanudando la interrumpida conversación dijo:

—Según lo que Ud. venía diciendo, ¿cómo se llaman aquí los que creen tener la propiedad?

—Como en todas partes: propietarios, dueños, señores de lo que creen suyo.

—He ahí que la propiedad existe....

—No he negado que en el desierto exista esa ilusión, como existe también de nombre en la sociedad civilizada.

—!Oh no, allí existe realmente, y garantizada por la ley!

Al oír esta exclamación, Pajarito no pudo contener una sonrisa, y replicó:

—Medité Ud. despacio y profundamente en estos temas, y se convencerá de que los hombres no somos sino meros depositarios de lo que llamamos nuestro.

Enrique iba a contestar, pero en ese momento el señor del despoblado le insinuó que era necesario aligerar el paso, porque debía esa mañana recorrer una zona del desierto.

Insensiblemente se habían alejado de las márgenes del río, y los bosques de la orilla quedaban ya muy lejos, cuando Pajarito manifestó este deseo.

—Tenerse firme, D. Enrique, exclamó, y dió un silbido.

Al punto los caballos se lanzaron al escape, dejando en pos de sí una espesa nube de polvo. Tan veloz la carrera, que Enrique, no obstante su costumbre de cabalgar, sentía a menudo cortársele la respiración.

La vista del desierto habíale traído la memoria de su desgracia, y pensaba con tristeza que a haber tenido él uno de estos caballos, no hubiera perdido a su Luzmila.

Después de dos horas de ese vertiginoso galopar, detúvose Pajarito, y volviéndose a Enrique, preguntóle, con aire de orgullo satisfecho:

—¿Qué le parecen estos caballos?

—Maravillosos.

—¿A qué distancia cree que hemos dejado el río?

—No puedo calcular:

—Pues nada menos que a seis leguas.

—¡Oh! esto sí que es andar.

—Así necesito mis caballos, para vencer a mis enemigos o burlar su persecución. Seis leguas han corrido, y sin embargo, fíjese Ud., parece por lo frescos que se hallan, que no han dado un paso.

Era la verdad: los caballos estaban en aptitud de vencer otra distancia igual. Con animales como esos, ya podía Pajarito reírse de sus enemigos, como efectivamente lo había hecho repetidas veces.

Entre tanto habían entrado al camino real.

—Por aquí se va a Piura, dijo Pajarito, señalando el sur, y enderezó su caballo en esa dirección.

Enrique, que se sentía bastante fatigado, temeroso de que el paseo se prolongase más de lo

que sus extenuadas fuerzas lo permitían, preguntó:

—¿Hasta dónde vamos, señor?

—No tenga cuidado, respondióle Pajarito. Seguiremos un rato por aquí, a ver si podemos hacer algún bien. En todo caso, siempre regresaremos a buena hora para almorzar.

Enrique siguió a su conductor. Caminaban a media rienda, aspirando con delicia el aire de la mañana, no incendiado aún por el ardor del sol. Enrique sentía como un baño de bienestar que vigorizaba sus facultades todas, y picado del deseo de conocer algo de la vida que Pajarito llevaba, tornó a preguntarle:

—¿Recorre Ud. todos los días el despoblado?

—Casi todos. Necesito ejercer una vigilancia muy estricta sobre mis niños.

—Para evitar que abusen, sin duda....

—Claro que sí, pues aun cuando todo lo tengo bien reglamentado, donde la vigilancia falta, viene la tentación al abuso.

—Así es. ¿Qué número de niños tiene Ud. bajo sus órdenes?

—El suficiente para el servicio en todas las líneas.

—Entonces deben de ser muchos.

—Los necesarios, como lo he dicho.

—Todos serán valientes....

—No son malos muchachos.

En este momento Pajarito volvió la cabeza y dijo:

—Pasajeros vienen....

En efecto, a poco diéronles alcance tres individuos que venían conduciendo hasta diez acémilas cargadas.

—¿A dónde van ustedes, señores, interrogóles Pajarito.

—A Sullana, señor.

—¿De qué son esas cargas?

—De panela.

—¿Su dueño?

—Nuestro patrón, D. Camilo Valle.

—Bien. Veamos la guía.

Los arrieros se miraron un instante, asombrados de la curiosidad de su interlocutor, y el más animoso de ellos observó:

—¿Para qué quiere Ud. verla?

—Para cerciorarme de que ustedes no mienten. La guía y el pasaporte.....

El arriero, empalideciendo, como que había comprendido quién le hablaba, presentó los documentos.

—Está bien, dijo Pajarito, devolviéndoselos después de examinarlos.

—¿Vais a Sullana, me habéis dicho?

—Sí señor.

—Perfectamente. Voy a haceros un encargo: apenas os desocupeis de vuestra obligación, averiguad, en la calle de la entrada, por una pobre mujer que responde al nombre de Manuela Piñares y entregadle estos cuarenta pesos, diciéndole que se los manda su protector. Al regreso entregareis el recibo al primer Capitán que os tope en el desierto.

—Está bien, señor.

Pajarito puso el dinero en manos de los arrieros; y luego, fijándose en las blusas raídas y mugrientas que llevaban, murmuró:

—Vosotros llevad esto para que os mandéis a hacer un vestido nuevo, y les alargó diez pesos a cada uno.

Retirado a corta distancia había contemplado Enrique esta escena en mudo asombro. Hallá-

balo todo tan extraño, que, después de los inesperados acontecimientos que le habían sobrevenido, figurábase que cuanto le ocurría no era otra cosa que un prolongado sueño. ¡No era para menos lo que estaba viendo! El temido Pajarito, el salteador sin entrañas, no acababa de presentarse a sus ojos como hombre compasivo, que si robaba era para dividir con los menesterosos el producto de sus rapiñas? ¿Qué clase de ladrón era éste? ¿Procedería siempre del mismo modo, o sólo en esta ocasión habría querido el hipócrita mostrarse distinto de lo que era?.....

Terminada la entrevista, alejaronse los paseantes del camino, y después de un largo rodeo volvieron a él, y continuaron en la misma dirección, departiendo tranquilamente sobre varios puntos, referentes todos a la vida y costumbres de Pajarito.

Este respondía con suma discreción a las preguntas de su huésped, ora porque no le conviniese satisfacer íntegramente su curiosidad, ora porque no acostumbraba revelarse de buenas a primeras a cualquier desconocido. Pero mostrábase lo suficiente, para que Enrique dedujese que tenía organizado en el desierto un verdadero sistema de pillaje, mas no un pillaje vulgar, de esos que movidos por el hambre se van desalados tras el escuálido bolsillo del pobre, sino un pillaje decente y generoso, si es posible que lo haya.

Pajarito tenía distribuida su gente en una gran zona del despoblado: de su vista casi no había pasajero que escapase, y a fin de evitarles mayores molestias, el Capitán de la primera pandilla con la cual topaban, dábales un pasaporte, que así como les ahorraba la inspección de los demás, prestábales seguridad para el curso del

viaje. El se había impuesto a todos los saltadores y ladrones, y obligádoles a la obediencia, después de escenas terribles y sangrientas; los había organizado y hecho fuertes y respetables. Desde entonces, aquellos robos ruines, que, sin reportar provecho a quien los cometía, sumían en la desgracia a familias enteras, por ser hechos al pobre, cesaron casi por completo. Se robaba a la persona acomodada, al rico, pero con tino y prudencia, calculando quitarle únicamente lo que tuviese de más. Si los crímenes fuesen susceptibles de cierta moralización, diríamos que Pajarito había moralizado el robo. No nos atrevemos a tanto: decimos sí que lo metodizó y lo hizo menos perjudicial.

Aun no había transcurrido media hora desde que volvieron de nuevo al camino, cuando divisaron dos individuos, caballeros en robustas mulas, que avanzaban a buen paso, y cuyo aspecto demostraba al amo en el uno, al esclavo en el otro.

Así como llegaron a avistarse, Pajarito detúvose, y dirigiéndose al caballero, preguntóle quién era y a dónde iba.

—Soy Anselmo Castillo, respondió el interpelado, y voy a Ayabaca.

—Perfectamente: le conozco a Ud. y sé que es hombre rico.

—No tanto como eso, pero no me falta lo necesario para la vida.

—¿Nada más que lo necesario?.....

—Puedo sostenerme con decencia, y aun me sobra para otras cosas, que ni debo decírlas ni a nadie le importa conocerlas.

—Bien ¿El pasaporte?

—¿Pasaporte?—No llevo ninguno.

Dichas estas palabras, el viajero, que ya ha-

bía perdido la paciencia, picó su mula para pasar adelante.

—Permítame Ud. D. Anselmo, dijo tranquilamente Pajarito, cortándole el paso; quiero recordarle que lo que a Ud. le sobra, les falta a otros para sustentar la vida.....

—¿Y qué tiene Ud. que ver en élló? replicó el caminante con osadía.

—Que yo me he impuesto la obligación de corregir esas desigualdades de la suerte, y que por tanto, Ud. debe dejarme la tercera parte de lo que lleva.

—Extraña misión la que Ud. se ha impuesto.

—Y la cumplo, como puede un cartujo cumplir sus votos.

—Será Ud. sin duda alguno de los famosos niños del celeberrimo Pajarito?.....

—Imagínese Ud. que 'no, pero no perdamos el tiempo. ¿Quiere Ud. dejar en sana paz lo que le ordeno?

--Ni de buenas ni de malas.....

—Bien, siga Ud. entonces su camino, pagano de mente y corazón cerrados.....

Y Pajarito dejó paso franco a los viajeros.

—¡Cómo los deja pasar tan suavemente! pensó Enrique. Miedo, no puede ser en un valiente como Pajarito. Aquí hay gato encerrado, no cabe duda.

Dos horas más tarde desmontaban los paseantes en el patio de una amplia casa, situada también a orillas del Chira.

Enrique iba observando que a lo largo de esas fértiles riberas había muchas casas con sus correspondientes tierras cultivadas. Serán haciendas—pensó—de agricultores pacíficos, honrados y laboriosos, que, por no enemistarse con Pajarito,

se verán obligados á recibirle bien a toda hora.

A poco llegó una partida de diez hombres, luego otra y otra: eran los famosos niños que volvían de sus respectivos puestos, o desempeñando comisiones extraordinarias, o de lejanos viajes. Sus jefes saludaron militarmente al señor del desierto y empezaron a darle cuenta de todo lo que les había acontecido, con marcial desembarazo.

Entre tanto, Enrique recostado de espaldas en la hamaca, posaba la cabeza en las palmas de sus manos entrelazadas, y al vaivén de ese movable lecho sentía hundirse su pensamiento en profundas reflexiones. Todo cuanto estaba viendo le parecía extraordinario, y lo era en verdad: esa nube de bandoleros dispersos en toda la extensión del desierto, no aislados, antes formando un cuerpo organizado, el engranaje poderoso de un mecanismo completo de pillaje; esa severa disciplina, esa obediencia ciega, esas trágicas escenas que probablemente se desarrollarían a diario en el silencio de la soledad..... ¡Y todo eso en el territorio de una nación civilizada!—Pajarito mandaba, no había duda, y mandaba en una extensa zona, disponiendo de la propiedad y talvez de la vida de los que pisaban sus dominios, como lo hiciera un autócrata. ¿Cómo era posible que el Gobierno, cruzándose indolentemente de brazos, permitiera ejercer mando tan arbitrario y despótico a un bandido afortunado?

Todos los hombres no son sino meros depositarios de lo que creen suyo, le había dicho, y como para comprobarlo, había intentado arrebatarse a Castillo un tercio del dinero que llevara.

¿Tenía algo de verdad esta audaz y peligrosa teoría?—Parecía que sí, pues bastaba considerar que lo que sucedía en el desierto, se realizaba

también, con pequeñas diferencias, en el seno de la sociedad civilizada.

Así pensaba Enrique. De repente, por uno de esos cambios súbitos que suele tomar el pensamiento, vino a herirle con terrible vivacidad el recuerdo de Luzmila. Representósele toda su triste odisea, desde que, hallándola desmayada en casa de Rosario, alzóla sobre su corcel y se lanzó con élla, en medio de la noche, a las desconocidas soledades del desierto, hasta que la dejó moribunda al pié del raquíptico arbolillo, de donde le fué arrebatada para siempre. ¿Habría muerto?... ¿Estaría viva?..... Encontrada por los soldados de Pajarito, se hallaría por ventura prisionera y oculta en alguna de sus cuevas? O, talvez, en poder de Otamendi, hallábase sufriendo el martirio de sus lascivas exigencias? ¡Cuán horrible es la incertidumbre! ¡Cómo a través de sus negros prismas se lo ve todo lúgubre y funesto! Enrique, ya no pensaba: perdida en un laberinto de conjeturas sin término, revoloteaba su mente como mariposa cansada, en el círculo fatal, forjado por sus propias alucinaciones.

Una sonora carcajada de Pajarito hízole volverse a él y preguntarle por el motivo de su risa.

—Me río, contestó ésto, de las baladronadas de uno de los ricos de estos contornos. Impóngase de estas cartas.

Y le alargó todas las que tenía en la mano.

Eran contestaciones a las dirigidas por Pajarito, en demanda de dinero. De éllas podía deducirse que el señor del despoblado acostumbra pedir dinero en préstamo a los hacendados y más hombres pudientes de los contornos, los cuales, o se lo enviaban inmediatamente, o, apuntándole una excusa razonable, le pedían un plazo más

o menos corto, para enviárselo. Entre estas cartas se encontraba la de un joven, rehacio aún a someterse a la costumbre general: decíale que ya en otra ocasión le había hecho un préstamo, el cual aun no le había sido devuelto; que, por consiguiente, no podía prestarle más, y que estaba dispuesto a esperar la visita que se le anunciaba.

Sonrió a su vez Enrique, mas no por la misma causa que motivara la carcajada de Pajarito, sino por la desvergüenza con que éste quería a todo trance vivir, y hacer la vida de otros, a costa de sus tímidos vecinos.

En este momento avisóles uno de los soldados que estaba listo el almuerzo. Pasaron a una pieza contigua, donde sobre una mesa de cedro estaba dispuesta una frugal pero apetitosa comida.

—¿Qué le parece a Ud., amigo Enrique, dijo Pajarito sentándose, la baladronada de este caballero?

—No entiendo, ni lo del préstamo ni lo de la visita.

—Cosa muy sencilla: lo del préstamo es un modo, como cualquier otro, de reducir a lo justo la codicia de los avaros; lo de la visita, es la prevención de que, si no mandan de grado lo que se les pide, irá cualquiera de mis subalternos a tomarlo por la fuerza.

—¿Y aquellos préstamos se les devuelven alguna vez?

—Nunca por cierto, ni hay por qué. ¿No le he dicho a Ud. que aquí la propiedad no existe, y que los hombres no son sino simples depositarios de lo suyo?

—Entonces, señor, creo que tienen sobrada razón para resistirse.

Volvió a reírse Pajarito, y dijo:

—¿Devuelven los gobiernos lo que, bajo la forma de contribuciones, arrancan a los ciudadanos?

—Esa es cosa muy diversa, señor. Lo que el Estado toma de los ciudadanos, lo devuelve a la nación en forma de seguridad interior y exterior, en forma de orden y moralidad públicos, en forma de vías y medios de comunicación, en forma de colegios y universidades; en una palabra en forma de garantía para la labor individual de todos los asociados.

—Lo mismo hago yo. Antes que viniese al desierto, la vida de los caminantes peligraba a cada paso, pues desde Lambayeque hasta el Macará la asechaban más de mil bandidos dispersos en esa zona, obrando cada uno bárbaramente por su propia cuenta. Si se unían a veces para empresas grandes, como el asalto a una población, el resultado era espantoso, pues no dejaban piedra sobre piedra. Aquello era bárbaro y horrible, amigo D. Enrique. Para reducirlos a la obediencia no sabo Ud. por cuántos lances terribles he tenido que pasar. ¡Ah! si yo le contara cuántas veces he arriesgado la vida, si le enumerara cuántos he tenido que fusilar, para corregir sus feroces instintos y establecer la disciplina! Ahora hay paz y seguridad: he ahí la moneda en que yo devuelvo lo que voluntaria o forzosamente se me presta.

—Pero antes que Ud. viniera, ¿nada había hecho el Gobierno por limpiar el desierto de bandidos?

—Indudablemente trabajó mucho, pero sin conseguir su objeto: pretendió obtenerlo por medio del terror, mas los triunfos del terror son muy efímeros.

Enrique fijó en Pajarito una mirada insistente, asombrado de cuanto acababa de oírle y guardó silencio.

Terminada la comida volvieron a las hamacas, en donde al poco tiempo quedáronse dormidos, bajo el soporífero calor del medio día.

Cuando despertaron, el sol estaba próximo a perderse. Puestos inmediatamente a caballo, tomaron por la orilla del río, en cuyas arboledas retozaba el viento de la tarde, dispersando a su paso las nubes de mosquitos que zumbaban entre el follaje. Las pardas *cuculíes*, las amarillas *churucas*, las cenicientas *chiscas* y los negros *tordos*, aves canoras todas, formaban un concierto indefinible, posados en las copas de los árboles, en tanto que una bandada de *pericos* cruzaba por encima, llenando el espacio con su ensordecedora *grrería*.

—¿Le gusta esta música, D. Enrique?, preguntó, Pajarito. Diga si podrá envidiar la de las ciudades.

—¡Oh! señor, la naturaleza está llena de encantos, contestó Enrique.

—Y sin embargo huímos de élla!..... Apostaría que Ud. no quisiera quedarse en el desierto.

Enrique movió la cabeza negativamente, y añadió:

—El desierto no puede brindar las comodidades que presta la sociedad civilizada.

—Y ya ve Ud., yo he dejado esta última por el primero, y lo hice con pleno conocimiento de lo que hacía, y hasta hoy no me arrepiento de éllo.

Este arranque de franqueza dió margen a Enrique para interrogar a Pajarito, acerca de un punto que, mucho rato ya, lo estaba picando la

curiosidad.

—Pudiera saber, señor, díjole, ¿qué motivos le trajeron al desierto y cuánto tiempo vive ya en él?

La pregunta era muy delicada, pues Pajari-to no gustaba de contar a nadie su historia íntima.

Así que limitóse a contestarle:

—Muy sabida es mi historia, amigo Enrique. Algunos años son que vivo aquí; y cuanto a los móviles que me impulsaron al desierto, no fueron otros que el hastío y cansancio de vivir en el seno de una sociedad donde todo es corrupción e hipocresía.

—¡No tanto, señor!

—Es la verdad. Allí no valen sino las apariencias: las causas impulsivas de los actos humanos quedan siempre ocultas. En la sociedad todo se disfraza; y cuanto presume de más civilizada, tanto más llena está de traición y de perfidia.

—¡Pesimismo!

—¡No lo es! Yo he visto cosas espantosas: al débil oprimido por el fuerte, al inocente perseguido por el malvado, al pobre pisoteado por el rico; el talento y la virtud pospuestos a la ignorancia y el vicio. Y después, cuando cansados de la opresión, el débil y el inocente y el pobre han intentado erguirse y sacudir el yugo, he visto inclinarse la opinión del lado de los opresores, porque en la sociedad no hay independencia y es más poderoso el grupo de los malvados que el de los buenos. Trabajar, luchar por la reforma social, santa obra sin duda, pero los que pueden tomarla sobre sus hombros, esto es, los poderosos, en vez de rebelarse contra las viciadas costumbres y llenarse de gloria trabajando por la dignidad huma-

na, siguen la corriente avasalladora y forman en las filas de los opresores de sus hermanos, mientras los buenos obran en tímido aislamiento, olvidando que sin unión y sin audacia el combate resulta desigual y desastroso. Yo intenté esa lucha, pero quedé vencido a los primeros toques, y entonces parecióme bien huir de esa sociedad, pantano y barrizal en que todos se revuelcan, arrojándose al rostro el cieno de sus propias debilidades y miserias. Así vine al desierto, en donde vivo haciendo el bien que puedo y adorando a Dios, en medio de la sencilla naturaleza, libre de las preocupaciones con que la concupiscencia de mando y la codicia obscurecen y alteran, en la sociedad, hasta los más claros y puros principios de la divina religión de Jesús.

Enrique le había escuchado atentamente, y nada osó replicarle, pues no pudo menos de reconocer que en todo ese amargo reproche había un fondo palpitante de verdad. Mucho ha padecido este hombre—pensó—y de bueno le han hecho malo. No habla de oídas; por experiencia propia conoce la llaga social y puede descubrirla y presentarla en su horripilante desnudez.

Ambos guardaron silencio, embebecido cada cual en sus propias reflexiones.

A poco llegaron a un amplio casal, construido como los demás a la margen del río.

—Aquí pernoctaremos, dijo Pajarito. Ud. está convaleciente aún: la noche cierra, la casa de donde partimos esta mañana queda muy lejos, y puede hacerle mal caminar tan largo.

CAPITULO XVI

AI—LEMA

La historia de Pajarito, como él lo había dicho, era muy conocida a la verdad.

En una de las ciudades del mediodía del Ecuador había nacido y recibido el nombre de Ernesto. Muy niño todavía, cuando la luz de la razón comenzaba apenas a alborear en su alma, quedó huérfano, y D. Gregorio Figueroa, su tío paterno, se encargó de recogerlo, criarlo y educarlo. El huérfano era rico, su laborioso padre le había dejado un cuantioso patrimonio, que pasó a ser administrado por el tío.

Los años de la infancia transcurrieron para Ernesto, como transcurren para todos los niños, en esa inconsciencia que ve pasar las horas y los días sin preocuparse del mañana, en esa dulce ignorancia de la vida que forma la mayor de todas las felicidades. El niño creció y se hizo hombre, abrió los ojos y vió que estaba en el mundo, y comprendió que era difícil vivir y que el dinero es condición indispensable de existencia. Pidió su haber. ¿Cuál su sorpresa al oír de los labios de su tío, que todo se había agotado en su crianza y educación, y que si algo alcanzaba era tan pequeña cosa, que ni siquiera merecía la molestia de tomarla? Herido, anonadado, instó, suplicó, amenazó: todo en vano! Recurrió a la justicia, pero ¿qué

podía alcanzar de ese mito? No obtuvo sino lo que su *honrado y generoso* tío quisiera darle. Los papeles se trocaron: el injustamente acusado y calumniado fué el tío; el perverso, el ingrato, el infame, fué el sobrino. Este golpe, recaído en un corazón no acostumbrado todavía a las andróminas de la mala fe, sembró en él un germen de odio profundo a la sociedad que tales injusticias consentía. Llegó a convencerse de que la virtud no era más que un nombre, y que, en la sociedad, para merecer el calificativo de bueno, no había sino que aparentarlo. Su tío había salido triunfante, su herencia se había desvanecido; estaba en la miseria. Soportó, sin embargo, el golpe con resignación y entereza, y con la pequeña suma de dinero que se le había devuelto, se ingenió de tal modo, que pudo sostenerse decentemente, dedicándose al comercio. La buena marcha de sus negocios iba haciéndolo olvidar el escozor de la herida abierta en su corazón por el golpe de la injusticia, y talvez su doloroso recuerdo se habría borrado para siempre de su alma inclinada al perdón, si nuevos y más terribles acontecimientos no hubieran venido a renovar la mal cicatrizada llaga.

Todo tiene su hora. En el progreso de la vida humana, hay una en que el alma invadida de anhelos desconocidos, sacudida por estremecimientos misteriosos, tiembla como gota de agua, suspira y gime, y tiende a escaparse como llamada por la fuerza de extrañas atracciones: es que se acerca la hora del amor y va la crisálida a convertirse en mariposa.

Esta había sonado para Ernesto: tiernamente enamorado de Amelia, guapa muchacha, hija de un respetable caballero cuya casa visitaba, de-

claróle su pasión y tuvo la buena suerte de hallar correspondencia. Mi Ai—Lema solía llamarla él, trasponiendo las letras de su nombre en un anagrama cariñoso; y élla gustaba de ser llamada así, con esa palabra de exóticos fonemas.

Todo iba bien: perfectamente convenidos los amantes, se habían señalado el plazo de un año para jurarse fe y emprender unidos el viaje de la vida. D. Ramón, padre de Amelia, nada sabía de ésto, pues los amantes habían resuelto mantenerse en reserva, mientras Ernesto pudiese reunir los fondos suficientes para establecer su hogar. Mas, si D. Ramón ignoraba lo que sucedía con el corazón de su hija, no así en el público, donde corría de boca en boca el rumor de los amores de élla con Ernesto. Por desgracia llegó esta noticia a oídos de D. Gregorio Figueroa; y si bien este caballero se creía incapaz de una infamia, decidióse a frustrar el matrimonio de su sobrino Ernesto. Puso a D. Ramón al tanto de lo que ocurría, mostróse alarmado por la desigualdad de los amantes, calumnió la memoria de su propia cuñada, asegurando que Ernesto era fruto de un adulterio y, para terminar, pidió la mano de Amelia para su hijo Alberto. El bueno de D. Ramón, alucinado con la verbosidad del oficioso D. Gregorio, creyó cuanto éste quiso decirle, y yendo a la elección entre Ernesto y Alberto, optó por el último, el cual aunque ocioso y badulaque, era rico en cambio y de origen puro; en tanto que el primero, apenas un comerciante que empezaba, y, lo peor, fruto de un crimen, según su mismo tío acababa de confesarlo. Los dos padres quedaron, pues, convenidos de llano en plano en el enlace de sus hijos, y, como consecuencia de este arreglo, la casa de D. Ramón cerrada para Ernesto y de

par en par abierta para Alberto.

Ernesto y D. Gregorio, sobrino y tío, volvían, pues, a encontrarse en el camino de la vida. La lucha, desigual como antes: el primero, joven sin relaciones, que empezaba apenas con su trabajo y su buen porte a abrirse campo y prepararse un porvenir feliz; el segundo, hombre provecto, relacionado con todos, respetado y querido por sus apariencias de virtud. ¿Qué móvil secreto impulsaba a D. Gregorio a esa guerra sin cuartel contra su inerme sobrino? ¿Qué oculta venganza lo llevaba hasta el extremo de no contentarse con haberle dejado en la miseria, sino que aun se obstinaba en ponerle obstáculos en su marcha, por donde quiera que fuese?.....

Era una cuestión ya olvidada del público, pero muy fresca, en el rencoroso corazón de D. Gregorio.

¡Ay! infeliz de la que nace hermosa ha dicho el poeta, con sobra de razón. Josefina Reyes, mujer bellísima, había tenido la desgracia de agradar a los hermanos Figueroa: D. Gregorio y D. Luis; pero élla prefirió a este último y se casó con él. El primero disimuló su resentimiento cuanto pudo, a lo menos mientras vivió su hermano, mas cuando éste hubo cerrado los ojos para siempre, dióse a perseguir a la desdichada viuda, sin darle un momento de tregua ni reposo.

—Josefina, si no me amas, me mato, díjole un día, temblando de rodillas a sus piés.

No puedo amarle, no le amaré jamás contestó élla.

—Mi venganza será espantosa, Josefina.

—No tiene de qué vengarse: no le ofendo con decirle que no podré amarle jamás.

Poco tiempo después dormía la casta viuda

el sueño de la tumba, víctima, antes que de dolencias físicas, de los hondos pesares que abrumaban su alma; y D. Gregorio no halló otra en quien descargar su enojo, que el inocente Ernesto, hijo de su propio hermano y de la mujer virtuosa y bella, que no había querido rendirse a sus locas seducciones.

Cuando Ernesto tuvo conocimiento de la nueva tormenta que iba a desatarse sobre él, para arrasar sus más queridas ilusiones, tembló de ira y preparóse a combatirla con denuedo y ánimo sereno. Vedado de entrar en la casa de su Ai—Lema, dióse maña para hablarla en el templo, y élla prometióle no quebrantar jamás la palabra que lo tenía dada. Mas, como D. Gregorio se andaba trās ellos con cien ojos, rodearon a la pobre niña de vigilancia tan estrecha, que toda entrevista ulterior se volvió imposible para los infortunados amantes. D. Gregorio exigía que el enlace convenido se verificara cuanto antes, mas resistiéndose Amelia, hasta el punto de declarar que no se casaría sino con Ernesto, forzóla su padre a elegir entre Alberto y el claustro. Optó élla por lo segundo, y una mañana, con asombro de los corazones sensibles, vióla toda la ciudad salir en medio de su familia, camino del monasterio de Conceptas.

¡Qué cambio tan horrible para la infeliz Amelia! El ave que vive libremente en el bosque, se contrista, y muere en ocasiones, al sentirse aprisionada. ¿Qué es la mujer joven y hermosa, sino un ave que canta libre en el bosque de la vida?—Pasar de la alegría de la luz a la tristeza de la penumbra, renunciar a las caricias del hogar y a los dulces afectos, secuestrarse de la comunión universal, en una como cárcel perpetua, ¿qué es,

para el que no ha nacido natural o sobrenaturalmente inclinado a esa vida, sino vivir muriendo en la agonía más larga y espantosa?

Amelia entró de novicia. Las monjas dijeron que una protección especial del cielo la arrancaba de los peligros del mundo y de los brazos de un esposo terreno, para elevarla a las espiritualidades de un desposorio divino. Pero aquella misma noche prodújose en el convento un hecho ruidosísimo: nada menos que el diablo en persona se había colocado adentro, en persecución de la novicia. Cuando las monjas se alborotaron, y levantando a la gente de servicio, ocurrieron con hachas encendidas y agua bendita, al lugar del desorden, no alcanzaron a ver otra cosa que un hombrecillo, trepando a la muralla del Convento y lanzándose a la calle de un salto. La novicia, poseída de una excitación extraordinaria, rodaba por el suelo, con las convulsiones de la epilepsia; a poco entró en fiebre, de la cual no salvó, sino después de muchos días, gracias a su juventud y a los grandes esfuerzos médicos, empleados en su curación; pero ¡desgracia horrible! perdió el juicio, y la Superiora mandó encerrarla en un cuartucho, situado en el traspatio del convento.

Un mes había transcurrido de este triste suceso. El infortunado Ernesto, convaleciente también de una peligrosa fiebre, se mostraba en las calles, más como un espectro que como un ser humano: había enflaquecido en extremo; sus miradas brillaban adentro, profundas, melancólicas, sinistras; y en su rostro pálido se revelaban el padecimiento horrible, la desesperación suprema, la sed de venganzas negras y sangrientas.

A poco hubo otro escándalo en el convento. El demonio había intentado robar a la pobre loca

que, en su miserable cuartucho, arrastraba su vida inconsciente, en medio de la fascinación del delirio. Ella dió voces desaforadas, acudieron las monjas, y el espíritu de las tinieblas huyó de nuevo dejando su presa.

Amaneció, y no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de lo ocurrido, cuando un suceso de más monta vino a distraer la atención pública: D. Gregorio había sido encontrado muerto en su cama! El cadáver no tenía herida, sino un equimosis amorotado al rededor de la garganta, como la huella de unos dedos que se hubiesen clavado allí muy fuertemente.

Ernesto desapareció para siempre de la ciudad; la infortunada Amelia rindió al poco tiempo la jornada de la vida; sus compañeras echaron sobre élla el polvo del olvido, en la misma huerta del convento; y de la memoria de todos fué borrándose lentamente el recuerdo de esta trágica y lamentable historia.

Sólo que un año después volvió el diablo a la visita consabida; pero ¡cosa extraordinaria! en vez de la cruz de madera que señalaba el sepulcro de Amelia, dejó el espíritu de las tinieblas una grande y hermosa cruz de plata, con esta inscripción: Ai—Lema.

Tres años más tarde repitió la visita, pero, en ésta, la cruz amaneció tirada, el suelo removido, y de menos los últimos despojos de Amelia, la amante tierna y leal, la novicia forzada, la pobre loca, trastornada por un grande y desgraciado amor.

Ernesto huyó de la ciudad, ya lo hemos dicho, y fué a establecerse en el desierto de Piura. Acosado por sus tristes recuerdos, iba en busca de la muerte: el porvenir lo espantaba, sentía odio a

la vida, y arriesgola en mil lances sangrientos, pero en vano; no había sonado aún su hora, y salvado de todos los peligros, llegó a ser el jefe de los bandidos del desierto.

He aquí cómo las injusticias de la suerte, violentando las naturalezas más inclinadas al bien, hacen del hombre honrado un ladrón, del manso un asesino. El joven Ernesto se convirtió en el terrible Pajarito, llamado así por su pequeña estatura y la rapidez con que volaba del uno al otro extremo del desierto.

Enrique había oído repetidas veces esta historia; y mientras el señor del despoblado se ocupaba en oír a sus tenientes, él se complació en recorrerla íntegramente en su memoria: cosa muy natural, teniendo ante sus ojos al héroe y protagonista de tan triste cuanto lúgubre drama.

CAPITULO XVII

A ORILLAS DEL CHIRA

Una hora después de haber llegado al amplio casal, Pajarito y Enrique sentáronse a la mesa. Aquél habló muy poco durante la cena, y éste, respetando su reserva, no osó preguntarle por qué se hallaba tan cogitabundo y pensativo.

Terminada la comida, el señor del desierto invitó a su huésped a reposar en las hamacas, tomando el fresco de la noche, tan grato y vivificante después de los ardores del día.

Pajarito, si bien de carácter grave, gastaba cierta discreta jovialidad, que lo captaba el afecto de cuantos lo trataban. En los momentos de descanso de su complicada vida, si no había con quien hablar de asuntos elevados, se complacía en tratar familiarmente con sus niños, a quiénes amaba como a hijos, sin perjuicio de mantenerlos sujetos a la más severa disciplina.

Después de la comida recobró su habitual jovialidad, y dirigiéndose a Enrique le dijo:

—Si no estuviera Ud. muy cansado ¿gustaría recrear mi alma solitaria, con la narración de alguna escena heroica, de tantas como forman el drama sublime de la guerra de la independencia americana?—Yo también soy colombiano como Ud. y amo las glorias de Colombia y a sus héroes. Durante el delirio de su enfermedad, la imagina-

ción de Ud. se balanceaba en una marejada de recuerdos heroicos y de grandes nombres de guerreros y de batallas. Tiene, pues, Ud. un arsenal inmenso con que deleitarnos, e instruirnos, a nosotros los desheredados hijos del desierto.

—Nunca estoy cansado—contestó Enrique—cuando se trata de la Patria, y puedo morir rendido a la fatiga de la palabra glorificadora de su nombre, como puedo morir por su honor en el campo de batalla. Innumerables son las hazañas de esa guerra sin igual, en que siempre se combatió, por nuestra parte, en sublime inferioridad de armas y de hombres. Ni a Grecia, ni a Roma, ni a Cartago, ni a ninguna de las naciones modernas tenemos nada qué envidiar en punto a heroicidad y espíritu de sacrificio. Bolívar es digno de sentarse a la mesa de los inmortales, con Alejandro y Aníbal, con Publio Escipión y Julio César, los guerreros antiguos más gloriosos, y con Napoleón Bonaparte, el gigante de los guerreros modernos. Miranda, Sucre, Cedeño, Jirardot, José Félix Ribas, Arismendi, Páez, Aramendi, Bermúdez, Pedro León Torres, Córdova, Anzoátegui, Silva, Carbal y mil más pueden figurar con gloria, junto a los más esforzados campeones de cualquiera de las naciones más belicosas del mundo.

—Así es en verdad, y de entre tantos y tan gloriosos hechos, yo gustaría oír la hazaña del paso del Apure y la captura de las naves enemigas, el "Vuelvan caras" de las Queseras del Medio, y por último abismarme en el sacrificio de Ricaurte en San Mateo.

—Con gusto complaceré a Ud., querido señor mío, pero mi palabra floja y burda es incapaz e indigna de traducir la grandeza de esos hechos de increíble audacia y abnegación sin límites. Em-

plearé la inspirada, mágica expresión de dos excelentes escritores nuestros, que, enamorados de las glorias de la Patria, las perpetuaron en los rasgos de sus regias plumas.

—Vengador! llamó entonces Pajarito, diga Ud. a sus compañeros que se acerquen a oír este relato, para que aprendan lo que es valor y sepan que una nación es grande por la grandeza de sus hijos.

Al punto se asomaron por diferentes lados varios grupos de hombres, de mujeres y de niños, en número como de cien personas, y se acomodaron en el amplio patio exterior, sentándose en su suelo de mullida arena.

Y Enrique, dando a su robusta voz una entonación sentimental y grave, empezó el heroico patético relato:

LAS BARCAS DEL APURE—VUELVAN CARAS

“Irritado está el Libertador, y además inquieto.

“Dirige ansiosas miradas por el río, cuanto la vista le alcanza, y no ve ninguno de los barcos que había mandado preparar para el paso de su gente.

“Morillo con sus veteranos se encontraba no lejos, en Calabozo; Quero y sus seiscientos valientes a un paso de ahí, en San Fernando. El plan era atacar a Morillo, pero tenía, para hacerlo, que pasar el Apure, y allí adelante extendíase el río ancho y caudaloso que le detenía. ¿Iba, pues, a perder el éxito de la campaña? Los dos mil soldados que tenía, ejército improvisado por su genio y su actividad, después de que uno de sus tenientes se dejó sorprender, días anteriores, en “La Ho-

gaza," estaban condenados así a la inacción, o bien a una rota segura. ¿Para ésto, pues, había venido, desde Angostura, verificando una marcha memorable, a unirse con la gente de los Llanos y su impertérrito jefe?

"Y sin embargo, él lo había prevenido y ordenado todo. A ese mismo jefe, que aprobara su operación sobre Calabozo y aun indicara el punto más a propósito para ir al otro lado, le mandó adelante, a preparar embarcaciones y facilitar el camino.

"¡Y ahora..... nada!

"Barcos sí hay: a la parte opuesta se ven una cañonera, tres flecheras y varias canoas.... ¡pero son de los enemigos!

"Estos enemigos contemplan los apuros del ejército patriota, y tienen razón de reirse, porque, a lo menos en ese momento azaroso, aquellos apuros son irremediables; y brincan de contento, con la natural insolencia del que se encuentra desafiando con su presencia, tranquila o imponente, a un adversario inerme.

"Un hombre, joven todavía, de mediana estatura, de complexión sanguínea, ancho de espaldas y de recia musculatura, sonrió con inefable placidez al lado de Bolívar. Ese era el jefe que, habiendo venido adelante, nada ha hecho por la seguridad del ejército, mediante la preparación de barcos.

"Bolívar se vuelve a él y le dice:

—General Páez, ¿dónde están los buques que usted tiene prevenidos?

—Señor—contesta el llamado Páez, con una tranquilidad que a su interlocutor le parece abominable—cuento con una cañonera, tres flecheras y varias canoas. ¿No le parece a Ud. que en éllas

puede pasar la tropa?

—Ya lo creo, pero ¿dónde están?

“Páez extiende el brazo, señala las embarcaciones del frente, sonríe de nuevo y dice con calma imperturbable:

—Allí.

—¡Cómo!—Y creyendo ser objeto de alguna burla, inverosímil en semejantes circunstancias, lo mira de hito en hito el Libertador.

“El otro no cede ante esa mirada, y se contenta con hacer un signo afirmativo de cabeza.

—Sí, agrega: ¡el enemigo las tiene!

—Oh! se contenta Bolívar con exclamar, adivinando el pensamiento de su segundo.

“Pero ese pensamiento le parece tan absurdo, tan loco, que su inquietud crece y sus lamentaciones continúan....

—¡Qué contratiempo! ¡He ahí un plan fracasado!

“Páez nada replica, pero entre tanto se vuelve a uno de sus oficiales y grita:

—¡Coronel Aramendi! cincuenta escogidos....

—Cada cual vale lo que otro, mi General.

—Pues los que más a mano se hallen.

—Está bien, mi General.

“Páez comienza calmadamente a despojarse de parte de sus ropas, y concluida esa operación desensilla su caballo.

“Aramendi y los cincuenta compañeros le imitan.

“Semidesnudos y montados en pelo, toman luego sus lanzas.... Y se arrojan al río....

“Empresa loca ¿no es verdad?

“¡Ah los buenos caballos! ¡Ah los jinetes inmejorables!—Nadan en silencio hacia las barcas, la tripulación de las cuales les deja venir sin pe-

netrar su intento: ¡les parece tan inverosímil!

“Ya cerca de ellas atruenan el río y los campos vecinos con su formidable grito de guerra, y se esfuerzan porque los corceles lleguen pronto.

“Suenan una detonación..... Es que los barcos se defienden..... Pero no tienen tiempo de hacer segunda descarga. Páez, Aramendi y sus cincuenta caen sobre ellos, alancean, destrozan, arrojan al río a cuantos enemigos se les ponen delante, batiéndose con la energía de un valor indómito; saltan a bordo; se apoderan de las embarcaciones!

“Momentos después, ya de regreso con la vencida flotilla, Páez, jadeante, chorreando agua y sangre de sus cabellos, en alto la terrible lanza, le dice a Bolívar atónito.

—Y bien, señor, ¿no es cierto que podrá pasar la tropa en estos barquitos que ya son nuestros?

“Bolívar le abraza entusiasmado; pasa su gente, corre a Calabozo, sorprende a Morillo, le intima rendición, ofreciendo que se apiadaría del mismo Fernando VII, si con él estuviera, y le arroja de la población después de matarle mucha gente..... Si no consumó la ruina del jefe español, no fué suya la culpa ciertamente.

“Estos sucesos tenían lugar en el mes de Febrero del año 1.818.

“Por aquella época el General José Antonio Páez era joven todavía, pues apenas contaba veintiocho años, pero la fama de sus hazañas llenaba ya Venezuela, y era el terror de los Llanos del Apure, en donde había levantado una división, para combatir contra los españoles, sin sujeción a nadie, obrando por su propia cuenta y remitiendo su derecho a los botes de su lanza. Su carrera había sido corta, distinguiéndose por actos de valor increíble.

"Sus tropas se componían de jinetes, aquellos famosos llaneros, cuyo renombre dura aún en nuestros días. Montados en ágiles potros, sin más arma que una lanza, y a veces también una carabina, el puñal al cinto, sin equipo ni impedimenta, aquellos hombres de hierro volaban, como un huracán, por las inmensas llanuras, siempre en persecución del enemigo, dándole cargas tremendas, molestándole, sorprendiéndole, apareciendo tan pronto en una parte como otra, infatigables e indomables. Si el número era excesivo, rompían filas, lanzaban un grito gutural, se desparramaban por la llanura y se perdían en el horizonte, a presencia del enemigo atónito, que ni lugar tenía para perseguirlos.

"Fieros y crueles no daban cuartel ni se lo pedían: cada bote de su lanza era un enemigo muerto, y se cebaban en la matanza con ímpetus a la vez de tigres y de leones.

"Indisciplinados o indisciplinables, combatían cuando y donde querían, sin reconocer otro jefe que al más valiente..... ¡Cuánto debía de serlo Páez, para que le hubiesen proclamado caudillo suyo y adheridose a él con una fidelidad salvaje, a prueba de sacrificios!

"Sus campamentos eran la pampa húmeda, donde dormían al pie de sus caballos, sin más tienda que la inmensidad del firmamento ni otras hogueras que los astros encendidos en la altura, que atisbaban su sueño.

"Vestidos, pocos y primitivos; calzado, jamás lo conocieron: forraje para sus caballos daba la grama de las llanuras, y los abrevaban en las aguas de los ríos que atravesaban, centauros invencibles, con las riendas en la mano y la lanza entre los dientes.

“Vituellas ¿para qué?—Si tenían hambre mataban los toros que pacían en el fondo de la pampa, los asaban entre la hierba y se los comían sentados al rededor de la fogata, como los héroes griegos en el campamento de Agamenón.

“¿Que los corceles estaban rendidos? Pues no había más que tomar otros, de los millares que ofrecían las grandes yeguas que pastaban a su vista. Pronto el lazo, la vista experta, el pulso firme, y la nueva cabalgadura no tardaba una hora en relinchar y rebotar bajo sus piernas de hierro... Y otra vez a la carrera huracanada, bebiéndose los vientos, haciendo silvar el aire con la punta de su arma formidable; y luego al combate y a la matanza... ¡Hombre extraordinario debía de ser Páez, para haberles acaudillado durante tantos años!

“Todo era creíble de esos feroces y sobrios guerreros de la llanura, porque la heroicidad era en ellos cosa natural y corriente.

“¡Cuánto les debió la independencia!

“De ellos queremos referir brevemente una de las acciones más portentosas, acaso la más culminante de la epopeya americana, tan llena de cosas sorprendentes.

“¿Quién no ha oído hablar de la función de guerra, llamada de las Queseras del Medio?

“Las cosas pasaron de la manera siguiente: las cuenta el mismo Páez, en un libro suyo que publicó ya viejo y en el destierro.

“El General Morillo, al frente de una división de seis mil quinientos hombres de todas armas, infantería, artillería y caballería, se había metido imprudentemente en los llanos del Apure, deseoso de exterminar a los guerreros de la Independencia, que la sostenían en esa parte, al mando del invicto Páez.

“Lo que sufrió en esa campaña, como perdido en aquellos ilimitados desiertos, falto de provisiones, embarazado con una impedimenta pesadísima y hostigado sin cesar por los republicanos, cuéntanlo las historias. .

“No tenía un momento de reposo el ejército realista, muy superior al contrario, aunque menos avezado a esta clase de guerra.

“Páez, habiendo dejado en lugar seguró la infantería y una emigración de diez mil personas, que huyendo de las iras españolas, seguían los pasos de sus reducidas tropas, opuso a Morillo un sistema de alarmas, asaltos y sorpresas que le traía a mal andar. Tan pronto se le aparecía a vanguardia como a retaguardia, por el un flanco como por el otro. Si la ocasión le venía propicia para un golpe de mano, lo daba, hacía algún estrago de los suyos en las filas enemigas y desaparecía rápido, como una ave que se pierde en el espacio. Siempre a la vista del enemigo y nunca a su alcance, lo mareaba con la rapidez de sus movimientos y causaba la desmoralización de sus tropas.

“Esto era en los primeros meses del año 1819. Bolívar, reconciliado ya con Páez y habiendo perdonado la debilidad con que éste se dejara investir del mando supremo, con desconocimiento de la autoridad que él, Bolívar, representaba, acudió desde la Guayana a hacerse cargo del ejército, llevándole refuerzos, y más que todo el inmenso prestigio de su presencia en el lugar de la campaña. Llegó el 17 de Marzo del año que acabamos de citar.

“Después de algunos encuentros, no siempre favorables a los patriotas, repasó el Arauca, situándose en la margen derecha, en tanto que el General enemigo se preparaba a hacer un movi-

miento decisivo sobre su línea. Al efecto se acercó por la orilla izquierda el día primero de Abril; y como veinte oficiales de caballería, conducidos por Páez en persona, saliesen a verificar un reconocimiento y se encontrasen súbitamente con doscientos jinetes enemigos, que formaban la descubierta del ejército de Morillo, les atacaron furiosamente, matando, aprisionando y arrojando los despedazados restos sobre el grueso del ejército que andaba por ahí cerca.

“El riesgo de una batalla general era inminente y aunque al caudillo republicano no le conviniese aceptarla, por la inferioridad de su infantería, parecía inevitable.

“Al día siguiente, memorable dos de Abril, Morillo, después de algunas evoluciones, vino a ponerse al frente de Bolívar, bien que fuera de tiro de cañon. Era ya un reto que no había cómo esquivar. El río estaba por medio, y convenía atraer al enemigo.

“Páez elige ciento cincuenta entre jefes, oficiales y soldados, pasa el río, los forma en tres columnas de a cincuenta cada una, y se va sobre el enemigo. Esto mueve contra él todas sus fuerzas: despliega su infantería, forma los jinetes y principia hacer jugar su artillería. ¡Seis mil hombres contra ciento cincuenta, que sólo tienen sus buenas lanzas para defenderse!

“Los patriotas se retiraron ordenadamente con dirección al río, y al verles en retirada corren hacia ellos mil jinetes—toda la caballería, entre ella doscientos carabineros—juzgando el triunfo fácil y cierto, pues la diminuta tropa, fugitiva al parecer, no puede tener escape posible, puesta entre un ejército que los cañonea y fusila y un río en aquel punto invadeable.

“Los ciento cincuenta continuán retirándose, hasta que oyen a sus espaldas el mugido de las olas del Arauca. Algunas guerrillas les sostienen desde la orilla opuesta; pero ¿qué auxilio es el suyo, cuando los tiros enemigos se han dirigido contra ellas?

“¡Ha llegado el último momento para el León de los Llanos y sus impertérritos compañeros! ¡No hay salvación! Ya los jinetes enemigos están sobre ellos, se vienen al escape, dejando a larga distancia la masa numerosa del ejército..... Ya llegan, ya están allí. Rápido Páez, manda volver caras, ordena a los suyos en siete grupos de a veinte hombres: enristran lanzas, aprietan los ijares de los corceles, y se van como si fuesen a la muerte....

“¡Horrendo fue el choque! Las secciones de a veinte se meten por entre las filas enemigas, de frente y por los flancos, y sin darles un instante de descanso, les alancean, les atropellan y desbarratan..... Resisten esos enemigos, porque valor no les falta; oponen lanzas a lanzas, pechos a pechos..... Todo en vano, van de vencida.

“Se apean entonces los doscientos carabineros: quieren ordenarse, hacer uso de sus armas..... Vano esfuerzo! Son alanceados en tierra, en vez de ser clavados sobre las sillas de sus cabalgaduras!..... Al fin huyen a la desbandada, siendo degollados en la fuga.

“Páez, en su furiosa arremetida, llega con su escuadrón a las filas mismas de la infantería enemiga, y se lanza contra ella: cinco mil hombres retroceden, a su presencia; los cañones callan, y el ejército de Morillo, aturdido y espantado, retrocede, se desbanda, refúgiase en el bosque en que se apoya su retaguardia.....

“La noche llega, cesa la matanza, y Páez se

arroja otra vez al río, presentándose luego victorioso ante el ejército republicano." (*)

Eprique cesó de hablar, y Pajarito, brillante la mirada por el fuego del patriotismo que caldeaba su alma, se levantó y dijo:

—¡Muchachos! todos de pie.... ¿Habéis oído? Esto es valor, esto es heroísmo, esto es grandeza! Sirvaos de ejemplo y noble estímulo, para cuando llegue la ocasión; que en vez del Apure y el Arauca, aquí tenéis el Chira, y en lugar de los llanos tenéis aquí el desierto.

—¡Viva Colombia! ¡Vivan los héroes colombianos! clamaron todos, y a poco volvieron a sentarse, porque Enrique hizo ademán de continuar hablando.

--¿Habéis querido oír—dijo—la relación del sacrificio de Antonio Ricaurte?... Fué el 25 de Marzo de 1814. Bolívar había establecido su cuartel general en San Mateo, rica hacienda heredada de sus mayores, y en la casa solariega colocó el parque, al cuidado del Capitán Ricaurte. *El ladrón de mar, José Tomás Rodríguez*, convertido en el intrépido pero feroz y carnicero Boves, debía atacarlo con fuerzas superiores. Boves era a la sazón el ídolo de los llaneros, esos guerreros semisalvajes y temibles, encariñados todavía con la causa del Rey, a los cuales el Domador de leones, José Antonio Páez, debía enganchar más tarde al carro de su fortuna y de su gloria, para bien de la República. Desde el 25 de Febrero inició Boves

(*) Relación del egregio prosador ecuatoriano, hijo de Cuenca, D. Manuel J. Calle, a quien me unió una estrecha y noble amistad, que no ha extinguido ni su muerte, pues amo y venero su memoria. Calle fué grande, y día vendrá en que, serenadas al correr del tiempo, las tempestades que levantó su pluma, las generaciones nuevas le rendirán el homenaje debido a su grandeza literaria.

sus ataques a San Mateo, con un valor y tenacidad dignos de mejor causa; saliendo herido en uno de esos combates. Y en la encarnizada batalla del 25 de Marzo ocurrió el hecho asombroso que colocó a Colombia entre los pueblos más heroicos de la tierra. Oid la narración que de esta hazaña sin igual hace el ilustre ecuatoriano, hijo de Ambato, D. Juan Montalvo, rey de la pluma y gloria de la patria y de la raza.

“Los soldados andan taciturnos por el campamento, el cañón está apagado y triste: la lanza no amaga tendida en el brazo del llanero, y el corcel padece tranquilo en la dehesa. ¿Qué ha sucedido?—El jefe se halla en su tienda de campaña, la calentura le tiene delirante: sus heridas anchas y profundas hablan de muerte y amenazan a la guerra con viudez inconsolable. España va a perder uno de sus hijos más feroces, pero más esforzados; la causa de la servidumbre se verá privada de su primer ministro. ¡Boves se muere, murió Boves!—Boves no ha muerto: sobre un brido que resopla y manota, pasa revista a sus llaneros, sus amigos fieles, cuyo cariño es para nosotros la ruina de la patria. Negra la cabellera, pálido el rostro, se gallardea en un pisador soberbio, ostentando la salud recobrada y el brío de su temperamento. Los soldados han visto convertirse en júbilo su tristeza, en bélico ardor el desmayo de sus corazones. Boves está allí al frente de ellos: Boves su jefe, Boves el cruel, Boves el terrible con el enemigo; el afable, el bueno, el generoso con el amigo. Por Boves, no por el rey, se combaten con sus compatriotas, por él se matan con sus hermanos: el amor de la guerra une esas almas fieras, y este consorcio apasionado es funesto para los republicanos. Boves el león había in-

fundido cariño terrible en el pecho de los llaneros, otros leones, los del Apure, más reales que los de Asia, los de esos bosques temerosos, donde el sol y la tierra se unen para criar los seres más pujantes.

“El jefe va y viene, su aspecto anima a los soldados, su voz les enardece; todos piden el combate. A caballo! a caballo! Tiembla el suelo a ese galope tempestuoso, los aceros van despidiendo sanguinolentas llamas, suena airada la vaina en el estribo, y una torre de polvo se levanta detrás de aquel turbión humano. ¿Quién resiste el empuje de esas fieras juramentadas, ante el príncipe de las tinieblas, para salir con la victoria o bajar todos al infierno? ¿Qué cuello es tan listo que rehuya la comba homicida de ese sable? ¿Qué pecho tan duro que rechace los botes de esa lanza? El escudo de Ajax, aforrado con siete cueros de toro, no sería resguardo harto seguro contra esa lengua horripilante que se viene vibrando como culebra enfurecida. Ya embisten, ya sueltan el brazo, ya causan la herida larga como la cuarta. ¿Qué los detiene, por qué retroceden aterrados los jinetes? —El enemigo habló por mil bocas de fuego, la metralla hace estragos en los contrarios escuadrones: las columnas de San Mateo permanecen inmóviles: las fuerzas todas de la potente Iberia no las quebrantarían, si contra ellas se viniesen en hórrido coraje. Y el jefe realista está allí, activo, ardiente, furioso. Llaneros, a la carga! Y los llaneros vuelven, porque no iban de fuga, acometen con más ímpetu, y se estrellan contra los infantes que les oponen la erguida bayoneta. Mil caballos huyen sueltos, otros arrancan espantados, su dueño colgado en la estribera; y bufan y acocean al agonizante. El número de los llaneros disminuye, pero su valor aumenta: la sangre de sus camara-

das les aviva la sed que tienen de la del enemigo, los enfurece, les pone fuego a las entrañas: quieren vengar a los caídos, y caen a su vez, y la tierra se encharca, al tiempo que el aire rebosa con el ruido de las armas y el vocear de los guerreros. Ninguno da pie atrás: la pelea está irritada con el punto de honra y la venganza, ese fuego no se apaga sino con la última gota de la enemiga sangre. Boves se dispara del uno al otro extremo de las filas combatientes; Boves manda en alta voz triunfar a todo trance; Boves anima, Boves enloquece, y en su pasar de un lado a otro semeja al héroe fantástico de las batallas infernales. El fuego contra el fuego nada presta: arma blanca, sable, espada, cargar llaneros! triunfar valientes! Boves habla: los llaneros se tiran ciegos, miles caen de una y otra parte, la victoria está indecisa.

“¿Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar?—En mudo asombro echa la vista a la colina del frente, su alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es, mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta, en cuya cima están depositados los elementos de guerra, las sacas municiones, prenda de la libertad de un mundo: ellas perdidas ya no habrá resistir; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado. ¿Qué sin fin de horribles pensamientos en ese instante atroz? ¿Qué dolor en el pecho del hombre a quién estaban confiadas esas cosas? Allí fué el ver morir a la naciente patria; allí el contemplar la propia ruina inevitable. La escasa guarnición abandona el depósito sacrosanto, desciende la colina a paso de fuga: todo está perdido. ¿Perdi-

do?—Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial. Mucio, cuando mira fijamente al invasor de Roma, en tanto que su mano está ardiendo en el brasero: Horacio Cocles, cuando manda cortar tras sí el puente del Tiber, para salvar la ciudad, undiéndose él, son los santos del heroísmo, víctimas sagradas del amor a la patria, pasión que arraiga en los más nobles pechos, y de tal suerte que no se la arranca sino con el alma. Horacio Cocles, tuvo a lo menos esperanza de salvar la vida, y se salvó en efecto nadando hacia tierra todo armado. En tanto que sus camaradas se afanan por cortar el puente, arrostra él solo con el ejército enemigo, le contiene, le diezma, le abisma: cruje el maderamen, se unda todo, y el héroe al fondo del río el instante que partía la cabeza al más audaz contrario. Las armas no le abruman, ninguna ha perdido, y en esguazo heroico sale al lado de los suyos. ¡Qué grande y respetable continente!—Ricaurte, despidiendo imperioso a sus soldados y quedándose solo en el edificio que va a volar, no tiene ni sombra de esperanza, y no vacila. El peligro de la gran causa por la cual combate le prende una luz angélica en el seno: va a perecer Bolívar, con él la independencia; y la elevación de su alma, que sin duda la tuvo elevada, puesto que fué capaz de resolución semejante, lo impele al sacrificio. Llega el enemigo dando voces de triunfo: el parque es suyo, suya la victoria: la guerra está concluida, pues que Bolívar, si no muere peleando, morirá prisionero.... Pero allí estaba el ángel de la guarda de cien pueblos, re-

vestido de las formas de un joven: el ángel de la guarda armado con la espada de América y una mecha prendida con el fuego del empíreo. Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio; en seguida silencio pavoroso; la patria está salvada.

“¿A dónde volaron tus miembros, mancebo generoso?—Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo, son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensaría que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabellos en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud, antes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aún cuando traigan consigo una gran desgracia: conmueven, exaltan el espíritu, maravillan, y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado a conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu obscuridad, no eres pequeño ni oscuro desde que te sacrificaste por la libertad de la raza que tiene a gloria el haber producido hijo como tú. ¿Por qué Escévola sería más admirable? ¿Por qué su fama revierte en el mundo, y tu nombre no lo sabemos sino los que te amamos?—La grandeza de Escévola está en la grandeza de Roma: no es mucho que el renombre de sus héroes, creciendo al influjo de los tiempos, sea mayor que los de un pueblo salido

apenas de la cuna. La esencia de las cosas es que el antiguo puso la mano en el fuego, por aterrar al enemigo con la firmeza del alma romana: el de nuestra edad se entregó a las llamas todo entero por salvar la patria. Quedan en favor de Escévo-la los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaurte la trompa del porvenir, que sonará estupenda, si el nuevo mundo da algún día un Tito Livio."

Tal fué—concluyó Enrique—la muerte de Antonio Ricaurte, una de las más gloriosas, que guerrero alguno haya podido alcanzar jamás.

—¡Sublime! ¡Sublime! clamaron entusiasmados los hijos del desierto, que habían escuchado en mudo asombro el épico relato.

—¡Muchachos!—añadió Pajarito: grabad en vuestros corazones este sublime ejemplo y estad siempre prontos a imitarlo, en las luchas por las nobles causas de la libertad y de la Patria. Y ahora, a dormir, si no dispono otra cosa nuestro distinguido huésped el Sr. Coronel Albán.

De seguida Enrique, rendido a la fatiga del prolongado paseo y la patriótica charla, ocupó la cama que le habían preparado, y muy pronto se quedó dormido.

A poco los sueños hicieron presa de su imaginación. Parecíale ver a Luzmilá muy débil y extenuada, sentada al borde de un pobre lecho, en un cuarto muy semejante al en que él mismo había pasado su enfermedad. Al verla, llamóla por su nombre y pretendió lanzarse a élla, pero en ese instante un hombre fornido y joven todavía, cuya fisonomía representábasele como un recuerdo brumoso, púsole la mano sobre el pecho y le obligó a permanecer quieto.

—¿En qué piensas?, preguntó el aparecido.

—Pienso en Luzmila.

—¿La amas mucho?

—Mucho, mucho; pero ahora no me queda sino su memoria.

—¿Ha muerto por desgracia?

—Sí.

—Pero tú acabas de pronunciar su nombre.

—La ví en sueños.

Enrique intentó sentarse, mas el hombre o fantasma se le impidió. Luego aplicóle a la nariz un frasco de una esencia extraña, y le dijo con imperio:

—Sigue durmiendo y soñando.

—Está bien.

—¿Me conoces?

—Creo haberte visto antes, pero no recuerdo cuándo ni dónde.

—Tú me conoces mucho.

—No lo recuerdo.

—Bien. ¿Quisieras ver a Luzmila?

—¡Cómo! ¿No ha muerto?.....

—¿Dime quién es un hombre moreno, alto, grueso, de pecho prominente, que anda buscándolos a Luzmila y a tí? Usa espada al cinto, trae el ceño arrugado.....

Enrique se estremeció.

—¿Qué temes?

—Nada temo; ¿quién es ese hombre.

—Es lo que yo te pregunto; respóndeme.

—Lo conozco.

—¿Cómo se llama?

—¡Ah! ¡busca a Luzmila!

—¿Cómo se llama?; respóndeme.

—Juan Otamendi.

—¿Otamendi? ¿Es el General Otamendi?

—Sí.

—¿Y por qué los busca a Luzmila y a tí?

—Porque ama a Luzmila, y a mí me aborrece.

—¿Es valiente?

—Como un león.

—¿Luzmila es muy hermosa?

—Como un cielo.

—¡Dices la verdad!.....

En este momento, Enrique empezó a lanzar sordos gemidos, como los ayes de un llanto apagado. Entonces el fantasma aplicó de nuevo el frasco, diciéndole:

—¡Enrique, no llores!

—No lloro.

—¿Ves claro?

—Sí.

—¿Podrás acordarte después de mi fisonomía?

—Creo que sí.

—Pues bien; oyo lo que voy a decirte.

—Escucho.

—Tú has sido bueno con tus pajes y con todos, tienes un corazón excelente; por eso quiero contarte que Luzmila vive.

Enrique dió un salto.

—¡Quieto! gritó el fantasma: si te mueves, me voy.

—Ya estoy quieto.

—¡Luzmila vive!

—Pero, ¿dónde está? Yo quiero verla; es mi esposa y quiero verla!

—¿Luzmila es tu esposa?—Justo es que la veas, y la verás probablemente.

—¿Dónde está? Quiero abrazarla ahora mismo.

—Te mando que te calmes. Consuélate por ahora con saber que está bien y que te recuerda mucho, aun cuando ignora tu paradero.

—Bueno eres, pero no me avisas dónde está...

—Voy a decírtelo, pero antes prométeme estar callado hasta que yo te lo mande.

—Te lo prometo.

—Guarda bien mis palabras. Luzmila está en poder de un hombre fuerte y poderoso, de cuyas manos tú no la arrancarías jamás sin mi ayuda. ¿Quieres saber quién es ese hombre?—Es el señor del desierto, Pajarito, el jefe temible que puede mandar fusilarte en el momento que le estorbes. Pero no lo hará en tanto crea que tú estás convencido de que Luzmila ha muerto: tu vida está, pues, en tus propias manos. Yo encontré a tu amada en el desierto; yo la traje con mis compañeros, aquí, a esta misma casa, a esta misma cama, donde tú ahora duermes. Trácela y se lo comuniqué a mi jefe, quien vino, vióla y ordenó conducirla a su cueva. ¿Conoces esa cueva o casa, como quieras llamarla?—Mucho que la conoces: allí has estado enfermo durante diez días; y mientras te agitabas en brazos de la fiebre, Luzmila agonizaba también en otro cuarto de la misma casa. El delirio de los dos los vendió; tú la llamabas a gritos, y creyéndola muerta, pedías para tí la misma suerte. Ella te llamaba a su vez, y de ahí tuvo Pajarito lo bastante para formar, a grandes rasgos, la historia amorosa de los dos. Luzmila mejoró primero; y así como tú no has podido adivinar que élla respirase tan cerca de tu lado, de igual manera Luzmila no ha podido imaginarse que tú estuvieses junto a élla. ¿Sabes ahora lo que ocurre de grave?—Pajarito la ama; creo ver en élla a su Amelia resucitada. ¿Conoces este nombre? Es el de la mujer a quien él amó en su juventud, y cuyos despojos conserva en una cajita de madera, que cuida siempre de llevar consigo, a donde quiera que se traslade. Tu Luzmila mucho

debe de parecerse, a la infortunada Amelia, pues cree Pajarito que el cielo mismo es quien se la devuelve, y está resuelto a no desprenderse de ella sino con la vida. Hoy ha pasado contigo todo el día, pero es demasiado ducho para que te haya hablado de ella, ni aun por incidencia. Ahora ¿no quieres tú perderla para siempre?—Pues, entonces, procura persuadirte de que Luzmila ha muerto, y fíngete enfermo, para que Pajarito no te despida mañana mismo, como lo tiene resuelto. Te pregunté hace un momento, si conocías a un hombre que anda buscándolos a Luzmila y a ti. Me contestastes que ese hombre es Otamendi, que ama a Luzmila y que es valiente como un león. Pues bien, Otamendi sabe ya donde está Luzmila y ha pedido su entrega. ¿Notaste cuán pensativo estaba Pajarito a la hora de la comida?—Acababa de recibir el mensaje de Otamendi; y en este momento, si crees que se halla aquí, te engañas, pues va, a gran trote, camino de su cueva. ¿Qué va a hacer? No lo sé, pero él no entregará a Luzmila, así con Otamendi se la pidiera un ejército.—Guarda bien en la memoria todo lo que te he dicho: Luzmila ha muerto para tí; mañana debes sentirte enfermo.

—Gracias, amigo mío, exclamó Enrique, por todo lo que acabas de comunicarme. Pero, dime, ¿volveré a ver a Luzmila?

—Es probable.

—¿Rodré rescatarla?

—No puedo saber lo futuro.

—¡Oh! tú eres sabio; tú lo sabes todo....

—No sé nada, Enrique; sólo poseo una habilidad natural, que ustedes los que se llaman civilizados desdeñan como cosa falsa o diabólica.

Dicho esto el fantasma apagó la vela.

—No te vas, no te vas aún, gritóle Enrique, extendiendo los brazos hacia él.

En ese instante un vientecillo frío bañóle el rostro, sintió un golpe en la sien y despertó.

—¡Cuánto he soñado! exclamó, pasándose la mano por la frente inundada de sudor. Yo hablaba con alguien, lo recuerdo perfectamente, pero veo que sólo ha sido un sueño: la puerta está cerrada; ninguna persona ha penetrado aquí. ¡Ay! Luzmila, esposa mía, muerta estás sin duda, y tu espíritu es el que viene a comunicarse con el mío, mientras doy descanso a mi cuerpo fatigado.

Mientras hablaba así consigo mismo, rasgó el silencio de la noche el estentóreo canto de un gallo, como el grito del centinela en los campamentos y cuarteles.

Aun es tarde, dijose; reposaré un poco más. Y acomodándose en el lecho, volvió a quedarse dormido.

Cuando al amanecer dejó la habitación, para salir a tomar el aire fresco de la mañana, se asombró de encontrar en el corredor a D. Anselmo Castillo y a su paje. Entonces pudo explicarse la intención de las palabras con que Pajarito despidiera a Castillo en el desierto: "Bien, siga Ud. entonces su camino". Soltarle de pronto, como el gato al ratón, para atraparle más adelante.

Mientras Enrique saludaba con D. Anselmo, uno de los niños allí presentes acercóse a éste y le dijo:

—Por haberse negado Ud. a entregar el *tercio*, ha tenido que dejar la *mitad*. Ya nada tiene que hacer aquí y puede marchar a su destino: otra vez sea más prudente y disciplinado.

Y dirigiéndose a otros dos niños, les ordenó:

—Gacela y Venado, vended a estos neófitos y ponedles en el camino real.

CAPITULO XVIII

SOMBRA Y LUZ

—¿Dónde está Pajarito?, preguntó Enrique al mismo bandido que había ordenado la marcha de Castillo y su paje.

—Se fué anoche, señor.

—¿Anoche?..... ¿A qué hora?

—Media noche a lo más sería cuando partió.

—¿A dónde se fué?

—No lo sé.

—¿Deberé yo aguardarle aquí?

—Primero servíos el desayuno; luego sabréis lo que os corresponde.

Y dicho ésto, el bandido pasó a la cocina, mientras Enrique volvía a entrarse en el dormitorio, pensando en lo que acababa de oír. Al momento recordó el sueño que había tenido y halló conforme con él la noticia de la marcha de Pajarito. ¿Quién pudo haberle dado este mismo aviso mientras dormía? ¿Qué relación podía existir entre las alucinaciones de su cerebro excitado y la realidad de las cosas? ¿Algún ente sobrenatural había querido, por ventura, revelarle los acontecimientos que habían de sobrevenirle? Hay fenómenos inexplicables, y éste era uno de ellos. Soñó que Pajarito había partido y la realidad confirmaba su sueño. A poco presentóse uno de los niños, trayendo el desayuno, que Enrique tomó maquinalmente, perdido en el laberinto sin salida de sus cavilaciones.

—¿A qué hora desea montar el señor?, preguntó el bandido.

—A cualquier hora; me es indiferente.

—Nuestro jefe dispuso que le preparásemos el caballo para la hora que usted quisiera.

—¡Ah! si así lo dispuso, prefiero partir de contado.

—Entonces, señor, todo está listo.

El caballo que le habían dispuesto no era el mismo del día anterior, pero parecía tan bueno como aquél. Despidióse Enrique de los bandidos y partió precedido por uno de ellos.

La mañana estaba, como siempre, espléndida en el desierto; el sol aun no quemaba, y su escaso ardor era refrescado por el viento que discurre en las arboledas del Chira. Enrique caminaba en silencio, pero, cuando transcurrida una media hora, notó que en vez de seguir por la margen del río, se alejaban de élla más y más, interrogó a su guía.

—¿A dónde me llevas, amigo?

—A su tierra, señor. Por aquí estamos yendo a tomar el camino real.

—Pero si yo no quiero volverme todavía.

El bandido se encogió de hombros y replicó:

—Esta es la orden que recibí de mi jefe.

—Así debe ser, amigo mío; pero yo no puedo irme aún.

Y Enrique se detuvo. Su sueño se le representaba con toda fidelidad y se cumplía con pasmosa exactitud.

—Oye, hombre, añadió en seguida; llévame a tu jefe: no puedo irme sin darle las gracias por haberme salvado la vida.

—El bandido se volvió, y dijo:

—La orden que tengo es de llevarlo a su

casa, señor.

—Pero yo no puedo volver a élla como un ingrato. Pajarito me ha recogido, me ha curado, me ha devuelto a la vida; es imposible que me vaya de sus dominios sin manifestarle mi agradecimiento.

El bandido mostróse aun indeciso y movió la cabeza como queriendo formular una excusa; pero luego murmuró:

—Bien, pues, señor; vamos entonces a buscarlo.

Y tornaron a la orilla del río, en cuya mansa superficie reflejábanse como en bruñido espejo, los oblicuos rayos de sol, que se abrían paso por entre el ramaje de los árboles que allí se alzaban robustos y frondosos. Un hálito como de vida nueva palpitaba en toda la floresta, pero Enrique estaba en incapacidad de sentirlo, preocupado con su sueño, para el cual quería hallar alguna razonable explicación.

A eso del medio día llegaron a la casa en que se hallaba Pajarito, pero éste había salido unos momentos antes.

¿Qué había acontecido?—Esta morada, una de las muchas que poseía el señor del desierto, ofrecía un aspecto bélico imponente: por todas partes veíanse armas de diversas clases; trabucos y rifles, pistolas y sables. Los niños iban y venían con extraordinaria actividad. Nadie estaba ocioso: aquí afilaban los machetes, allá preparaban cartuchos, acullá se limpiaban los rifles; todo en medio de las chanzas y grandes risotadas de los bandidos.

Pajarito llegó por la tarde, bastante fatigado pero sereno.

—¡Hola! amigo Enrique, dijo contestando al

saludo de éste. Extraño verle por aquí; usted debía estar a esta hora avanzando a su tierra.

—No podía partir sin despedirme de usted. Sentíame además muy indispuerto con el paseo de ayer.

—¡Oh! sí, la jornada fué larga. Mucho me alegra, pues, tenerle de nuevo por aquí. Sólo que la noche no va a ser muy agradable; a lo que parece tendremos baile.

—Acostumbrado estoy, señor, a esos bailes.

—Así lo he comprendido.

—¿Con quiénes es el asunto?

—Con unos desgraciados que no saben en qué berengenal van a meterse.

—Ahora me alegro más, señor, de haber vuelto a buscarle; la vida me es odiosa; ojalá pueda emplearla en servicio de quién me volvió a élla.

—Gracias, amigo, pero usted no tiene por qué renunciar a la vida.

—Después de todo lo que me ha sucedido, no sé para qué pueda desearla.

—Eso es nada, D. Enrique. Y si Luzmila viviera ¿querría usted morir?

—Repítame usted hoy, señor, lo mismo que me dijo ayer, y sin embargo no se digna de sacarme hasta ahora de la terrible convicción de mi desgracia.

—Hay males irremediables. Apruebo su resolución: yo también busqué la muerte en otro tiempo y no la hallé. Si ha de acompañarme, elija una arma que le agrade.

—Está bien, señor. ¿Pudiera saber por qué motivo vienen a atacarnos esos a quiénes usted ha llamado desgraciados.

—Sencillamente porque yo no pienso ni quie-

ro como ellos: así son todas las querellas humanas, divergencias de opinión y nada más,

Dicho esto, Pajarito se separó de su huésped, para ir a dictar ciertas órdenes urgentes.

Con su llegada, redoblóse la actividad de los bandidos.

A medida que todo lo expuesto acontecía, Enrique iba adquiriendo el convencimiento de que su sueño no había sido una simple alucinación, sino algo real y positivo. De ningún modo podía explicárselo, pero si la realidad de los hechos estaba comprobándolo punto por punto, ¿cómo dudar de él? Muchas veces había oído cómo mediante ciertos procedimientos podía trabarse conversación, sin despertarla, con una persona puesta bajo el imperio del sueño. ¿Por qué no podía haber sucedido con él algo como eso?

Fielmente recordaba que se lo acercó un hombre y empezó a hablarle, como si lo conociese de mucho tiempo atrás: quien tal hacía interésábase por él indudablemente, y no queriendo, o no pudiendo revelarse de otro modo, se habría valido de ese medio, para ponerle al corriente de sucesos que reservadamente quería comunicarle. La fisonomía de aquel hombre, si bien casi borrada de su memoria, no le era del todo extraña: quizá algún compañero de la infancia, algún conterráneo, algún antiguo conocido, que, en obsequio a la vieja amistad, quería servirle.

"Porque eres bueno te cuento que Luzmila vive", le había dicho; luego, él tenía conocimiento de Enrique. Mas, en resumidas cuentas, ¿qué le importaba a éste, que fuera un ángel o un demonio, un hombre o un espíritu, quien le diera avisos tan saludables como oportunos? Lo conveniente era seguir la línea de conducta por él trazada,

aun cuando el resultado final no fuese sino una burla; pues, qué podía perder quien todo lo tenía perdido?

El combate iba a ser con Otamendi seguramente, por divergencia de opiniones, como decía Pajarito: el primero habría pedido la entrega de Luzmila, el segundo rehusádola; ante esta negativa amenazaría el primero, el segundo aceptaba el reto; tenían, pues, que venir a las manos.

En estas y otras conjeturas, Enrique veía correr la tarde rápidamente.

Pajarito, entre tanto, había despachado expresos llamando a su gente; y hasta la hora del ocaso habían llegado ya más de cien hombres.

Cuando la noche cerró, los preparativos de la defensa estaban hechos. Una triple alambrada circumbalaba la casa; en el bosque, detrás de cada árbol podía situarse un hombre; y para el caso inesperado de una derrota, había un camino subterráneo por el cual podían escapar todos y ponerse en salvo.

A las siete sirvióse una ligera comida, y colocados los centinelas del caso, cada cual se entregó al reposo en su respectivo puesto; apagáronse las luces, y bosque y casa quedaron en profunda obscuridad y absoluto silencio.

No obstante que Enrique poco necesitaba de descanso, aceptó la insinuación de Pajarito y tomó una hamaca para descansar. Si no de reposo, había menester, por lo menos, de recoger sus ideas, y pensar acerca de su suerte y reflexionar por qué y por quién iba a combatir, sin haberlo soñado.

Arriesgar la vida por una causa noble, como tantas veces lo había hecho, es de espíritus elevados; pero aquella noche iba a luchar con O-

tamendi, que pretendía arrebatarse a Luzmila, y a favor de Pajarito que pretendía lo mismo; de manera que, siendo entrambos sus adversarios, iba a pelear contra el uno para beneficio del otro. Sin embargo, puesto en las circunstancias a que su destino le arrastrara, no podía aislarse, aun cuando el triunfo de cualquiera de los contendientes tenía que serle fatal, pues Luzmila sería el premio del vencedor.

Su imaginación perdíase en seguida en un negro laberinto de planes irrealizables, tendientes al recobro de su amada, si era verdad, que el genio, bueno ó malo, que le hablara en sueños, no le había engañado al asegurarle que vivía. Es probable que la veas, le había dicho; pero al preguntarle si llegaría a rescatarla, habíale respondido que no conocía lo futuro. ¿La vería? Sí la vería: era lo probable, pues el sueño iba realizándose con pasmosa exactitud, y si para ello era necesario pelear, él lo haría gustoso, tanto más cuanto que, encontrándola, podían sobrevenir circunstancias inesperadas que le permitiesen recobrarla.

Engolfado en estas reflexiones, vino a herir de súbito sus oídos una detonación, a la que se sucedieron otras y otras. ¿Empezaba acaso el combate?

Saltó al punto de la hamaca y empuñó su rifle.

Cuando llegó al bosque, ya las descargas se cruzaban con rapidez, y aunque los combatientes no podían verse en la obscuridad de la noche, el combate habíase trabado con ardor.

Pajarito que conocía el terreno palmo a palmo discurría fácilmente de un lado a otro, alentando y entusiasmando a los suyos con las felices

ocurrencias que solía prodigar en los momentos de peligro.

En eso encontró a Enrique.

—Usted aquí a mi lado, díjole, apenas le hubo reconocido.

—Donde Ud. guste, respondió éste.

Mas, como a poco se oyera una nutrida descarga hacia la parte del río, que estaba menos defendida, dijo Enrique:

—Voy allá, señor, y juro a Ud. que no entrarán.

Y se lanzó en esa dirección, sin oír las palabras con que Pajarito procuraba retenerle a su lado.

Detrás de la primera alambrada habíase abierto un foso ancho y profundo, de muy difícil paso durante la noche. Mas, como Pajarito quisiera cerciorarse de que los soldados de Otamendi no habían vencido ese obstáculo, llamó al niño más próximo y ordenóle:

—Roedor, avanza hasta el foso, examínalo bien y tráeme noticias.

A su regreso, este enviado informó a Pajarito diciéndole:

—Todo está bien. Cerca del foso, D. Enrique Albán y otros, tendidos en tierra, defienden con bravura aquel sector.

—Buen huésped, murmuró Pajarito, y acompañado del mismo Roedor, fué a inspeccionar la parte de la entrada.

Poco después el piquete de Enrique sintió claramente que una sección de la primera alambrada caía rota por los soldados de Otamendi, auxiliados por la policía peruana.

—Es necesario pedir refuerzo para extender la línea, observó Enrique a sus compañeros. Voy

a pedirlo. Cuidado con aflojar ni un punto.

Y se dirigió a la casa, avanzando sigilosamente y a tientas en medio de las sombras.

De súbito sintió un golpecito en la espalda; volvióse, y pudo reconocer con asombro que quien le tocaba no era otro que el hombre de su sueño.

—Ah! ¿eres tú? exclamó.

—Sí, yo soy, seguidme, no hay tiempo que perder.

Enrique no se hizo repetir la insinuación, y a favor de la obscuridad, y gracias al camino subterráneo se hallaron pronto fuera de la zona peligrosa del combate.

—Y ahora ¿dónde está Luzmila?

—Ante todo, reconocedme.

Y el desconocido se arrancó el espeso bigote que llevaba y se aproximó a Enrique.

—Ah! sí, te reconozco, exclamó éste abrazándole; eres Lorenzo, mi Lorenzo Riera.

—Sí, señor, el huérfano prófugo de vuestra casa.

—Ahora eres un hombre..... oh tú el que se criara como hermano mío en la casa de mis padres.

—Seguidme.

Instantes después llegaron al borde suave del río.

—Tomad uno de estos botes, dijo Lorenzo y pasad rápidamente a la otra orilla. Bogad en seguida aguas abajo un espacio como de diez cuerdas y saltad, asegurando la canoa. Allí encontraréis lo que buscáis. Repasad en seguida a la orilla izquierda y bajad largo, largo, hasta encontrar un espeso bosque de mangos. Allí apegad. Hallaréis caballos ensillados en gran número y aforjas bien provistas. Escoged los caballos blancos, que son míos y partid por el camino de la orilla. Nadie

os encontrará, porque todos estamos en el baile; todos, porque nuestro jefe supo que Otamendi traía auxilio de la policía peruana. No entreis en ninguna casa ni os detengais en Sullana; avanzad a Paíta, donde podreis descansar sin cuidado. Allí me aguardareis en casa de Panchita Otero; entregadle este pañuelo y sereis bien acogido. Si os encuentra alguno de los niños, que vuelve acaso de alguna comisión lejana, decidle: somos amigos de Palomo blanco, y os dejará pasar.

—¿Palomo blanco — preguntó Enrique — no Lorenzo Riera?

—No: todos los niños tenemos dos nombres; uno como pacíficos agricultores del Chira, con el que somos conocidos y recibidos en todas las poblaciones, y otro como guardianes del desierto, a órdenes del justo y bravo Pajarito.—Partid ya, que el combate arrecia y debo yo volver.

Enrique abrazó a Lorenzo.

—Llevad ésto, patrón, dijo Lorenzo, entregando a Enrique una bolsa de viaje; allí están vuestras cosas, y algo más para el camino.

—Gracias, Lorenzo, pero no me llames patrón: soy tu Enrique, aquél a quien de niño me ciste en tus brazos.

—Partid, Enrique, y aguardadme en Paíta hasta que yo vaya. Si muero, otro irá en mi lugar, llevándoos las noticias de que habreis menester.

Lorenzo tomó la vuelta a casa, perdiéndose luego en un chaparral que ocultaba la entrada del camino subterráneo.

Enrique eligió sin tardanza la embarcación que le pareció de mejor escafa, afianzó los remos en los escálamos y en dos paletadas cruzó el manso río, que se deslizaba como dormido en su le-

cho de arena. Acostumbrado a navegar en los anchurosos, agitados ríos de su patria, como el Magdalena, el Orinoco, el Napo, el Guayas, el Esmeraldas, parecióle un juego de niños surcar las aguas del apacible Chira. Los ecos del combate se alejaban más y más, mientras Enrique, ayudado de la corriente, bogaba a gran velocidad, calculando cuidadosamente la distancia que le fijara Lorenzo y aguzando la vista para distinguir en las sombras el desembarcadero en que debía apegar.

A poco divisó un muellecito de balsas, al que atracó, y saltando a tierra dirigióse a una casuca, que, a modo de garita se destacaba a corta distancia de la orilla.

Su corazón, tan sereno en los combates, palpitábale ahora con violencia inusitada. ¿Hallaría o no hallaría lo que venía a buscar? esta era la formidable interrogación que conmovía todo su ser.

Al acercarse distinguió la figura de una mujer, vestida de negro, yacente en una hamaca colgada de los pilares del corredor.

—Es élla—se dijo—y llamó: ¡Luzmila!

—¿Qué oigo?, contestó élla, incorporándose: es la voz de Enrique.....

—Sí, soy tu Enrique, suspirada esposa mía. Y la recibió en sus brazos.

—Dios ha tenido misericordia de nosotros—añadió—devolviéndote a mi cariño. Pero el tiempo es precioso, el peligro terrible, y urge que nos pongamos en salvo. ¿Con quién estás?

—Sola, pues los que me asisten se fueron playa arriba, atraídos por la novedad de las descargas que se oyen.

—Pues entonces partamos al momento: todo está listo.

Y embarcándose, Enrique recostó a su amada a la popa del bote, y empuñando él los remos viró a la izquierda, bogando con vigoroso empuje hacia el espeso bosque de mangos, que le señalara el fiel Lorenzo.

Llegados al sitio, aferró el bichero a la rama de un árbol y atracó a tierra sin dificultad.

Todo lo halló como Lorenzo se lo indicara, de modo que aprovisionándose convenientemente, montaron en los caballos blancos y se alejaron a buen paso por el camino de la orilla, en dirección al océano.

Caminaban a par, y Enrique aproximándose a ella tomó su mano y le habló con apasionada ternura.

—¿Soñamos, amor mío, o es verdad que hemos vuelto a reuñirnos?

—Aun no me doy cuenta de lo que sucede: paréceme, Enrique mío, que todo es sueño todavía.

—No, no es sueño, es dulce realidad: te tengo junto a mí, viéndote estoy, y toco tus manecitas heladas con el frío de la noche: nadie podrá ya arrebatarte de mis brazos.

—Sí, Enrique, pero tengo miedo; apurémonos, no sea que nos persigan.

Y aligerando el paso, seguían camino adentro, alegres y parleros, conversando de su ardiente amor, de sus mutuos recuerdos durante la cruel separación, de las dulces esperanzas que abrigan para lo porvenir. Contáronse todo cuanto recordaban haberles ocurrido, después del fatal desmayo de Luzmila en el desierto. Enrique le refirió su paseo con Pajarito, el encuentro con los viajeros, su sueño, misterioso al parecer, pero muy explicable después por la intervención de Lorenzo. Luzmila narró su terrible susto al despertar en-

tre gentes desconocidas, la fuerte impresión que le causó el saber que estaba en poder de Pajarito, el ardiente, pero discreto amor de éste, y la duda en que procuraba mantenerla acerca del fin de Enrique.

Después, como olvidados de todo peligro, empezaron a forjarse prematuros, deliciosos planes respecto de la vida que llevarían, picoteando en todo cuanto puede sugerir el amor, acrecentado por la satisfacción de haber salido ileso de la prueba. Así, las tiernas cuculíes, serenada la tormenta que las arrojara del árbol querido, vuelven a él, y se complacen en contarse sus penas y prometerse nuevas horas de ventura, en el mágico idioma de sus arrullos.

¡Pobre corazón humano! Tú palpitas lo mismo bajo el sol de los trópicos, que sobre los hielos del polo; en los ardientes arenales del desierto como en la puna helada y solitaria, sobre la ondulante superficie de los mares como en las cumbres desamparadas de los montes. Ruges como león, arrullas como paloma, vuelas como águila, tiemblas como gota de rocío, te recoges como pasionaria; pero siempre eres niño inexperto, y al menor vientecillo de esperanza, te abres y sueñas y te forjas paraísos de ventura..... ¡Pobre corazón humano! Sesenta siglos pesan sobre tí, y vivirás mientras el mundo dure, pero no dejarás de ser el mismo: siempre niño, sobre el planeta infausto donde el mal impera, y la felicidad y la vida son un soplo pasajero.

Llevaban seis horas de caminar.

—Oye, Luzmila, dijo Enrique, interrumpiendo la entusiasta conversación de la joven, si no me equivoco creo que estamos muy cerca de la Guangalá.

—¿Qué es la Guangalá?

—Una hacienda con abundante caserío, en donde fengo buenos amigos, y donde me parece que debiéramos parar, para que tomes algo que te abrigue y entone.

—No, Enrique, continuemos hasta llegar en Sullana, por lo menos. Basta ya de temores e inquietudes, quiero sentirme segura y dormir tranquila, después de tantos días que no he pegado los ojos.

—Tienes razón, niña mía: avanzaremos a Sullana, y aunque Lorenzo me previno que no me detuviera en esa ciudad, allí descansaremos—dígo-lo por tí—siquiera un día. Lorenzo no sabe que en Sullana, y en Piura y en Lima tenemos los macareños una generosa amiga, la noble dama doña Victoria Escudero, a quién solemos llamar la Reina Victoria, correspondiendo a su cariño.

—¡Qué contento voy a tener de conocerla! ¿Es hermosa la señora?

—Hermosa y rica, virtuosa e inteligente, y de la más alta posición social; y en su trato, amable y sencilla, recatada y pura.

—¡Qué gloria! Es la mujer perfecta ¿quién fuera como ella?

—Tú, aunque eres una niña, estás en camino de ser como aquella santa matrona, y así deseo que seas.

Bien había calculado Enrique: la Guangalá estaba a la vista de los viajeros, que entraban ya en las callejuelas de su casar.

Enrique se detuvo, y tomando a Luzmila de la mano, dijo:

—Si lo quisieras, podríamos llamar a la puerta de cualquier amigo, para que descanses y duermas un par de horas al menos.

—No, Enrique, no; avancemos a Sullana:

allí descansaré y dormiré, insistió élla.

Y continuaron el viaje, por la amplia carretera natural, de suave arena, que de la Guangalá lleva a Sullana, por entre un vial de gomeras acacias y fructíferos tamarindos.

Amanecía cuando los viajeros desmontaban en casa de la Reina Victoria, que, por mala suerte de ellos, hallábase ausente en sus haciendas del río de Piura. Pero, atendidos por el casero Pancho Mena, pronto estuvieron espléndidamente alojados en una lujosa habitación, de rasgados ventanales para recibir el fresco, y de alegre vista sobre las arboladas vegas del Chira.

Luzmila, rendida por la fatigosa marcha, cayó en el blando lecho y se durmió al instante, como se duermen los inocentes cansados de jugar.

Enrique la contempló con apasionada ternura, besándola en la frente, y arrodillándose exclamó:

—¡Omnipotente! A ti te invoqué en mi angustia, en el desierto. Te has dignado oírme, y me la has devuelto cuando lo tenía perdida. ¡Bendito sea tu nombre!

CAPITULO XIX

LAS JUSTICIAS DE OTAMENDI

Cuando Lorenzo volvió al campo del combate, los atacantes habían efectivamente roto la primera alambrada, pero se hallaron detenidos ante el foso ancho y profundo excavado a su pié, que era muy difícil salvar en la obscuridad de la noche.

Otamendi tenía circunvalados bosque y casa, y en cuanto amaneciese, Pajarito y los suyos serían copados, sin que pudiesen escapar. Pensando así, limitóse el General a mantener la vigilancia y sostener el fuego a tiro ralo, sin intentar ningún avance a través de la peligrosa obscuridad del bosque.

Por su parte los sitiados no habían cedido un punto, manteniéndose firmes en sus puestos, pero como a las tres de la madrugada se comunicó a todos la orden de retirarse por el camino subterráneo y reunirse en la orilla del río. ¿Qué había sucedido?—Algo inesperado y grave para el corazón de Pajarito. A la una había enviado a Palomo blanco y a Caimán, a que viesan a Luzmila y la condujeran, por la vía fluvial, a casa de Don Ernesto Figueras, el principal hacendado de aquellas tierras, que tan estrecha amistad mantenía con el temido señor del desierto. Vuelven los enviados con la noticia infausta de que Luzmila ha desaparecido, y que no ha sido hallada por más que la busca-

ran; y entonces Pajarito ordena la retirada de sus niños, pues no había ya razón para continuar jugando la vida en el combate. Embárcanse en los botes y bajan hasta el bosque de los mangos, donde un grupo salta a tierra, para arrear los caballos e irlos dejando en las fincas de sus dueños, los colonizadores del Chira. Los demás siguen la corriente, y de uno en uno arriban a sus heredades, donde van quedándose, en busca de reposo, al lado de los suyos. Pajarito avanza hasta la hacienda del señor Figueras, pero antes de atracar, destaca diez de los más fuertes remadores, que persigan a la fugitiva hasta Colán; desembarca y despacha numerosos piquetes, que cruce el desierto buscándola en todas direcciones, y él entra en el rico casal, que destaca en las sombras sus paredes blancas, y donde seguramente le estará esperando su amigo Figueras, el amable argentino del cabello y los bigotes rubios.

Entre tanto, a eso de las cinco de la mañana había recibido Otamendi el grato mensaje de que el Cura Isauro Juvonal estaba cerca de su campamento y quería verlo. Salió a su encuentro, y saludándole y abrazándole con el más vivo afecto, le condujo a su tienda.

—¿Vos por aquí, Carita?, exclamó, abrazándole de nuevo.

—Sí, General, he venido siguiéndoos los pasos, para entregaros una carta que me dió para vos el Cabo Pino, al pasar por Yuceny, indicándome que venía de S. E. el General Juan José Flores.

—Carta del Jefe del Estado, debe ser muy importante. Me permitiréis que la lea inmediatamente.

Y rompiendo la nema, añadió:

—Para vos no tengo secretos: oíd lo que me dice mi Jefe, el Generalísimo Flores, aun para que me aconsejéis en caso necesario.

Y leyó lo siguiente: “Mi querido amigo y tocayo: tu destierro va largo, y te echo de menos cada día que pasa, pues me haces falta inmensa para mantener a raya a los promovedores de desórdenes. Después de Miñarica y Hualilahua, los chihuahuas no han vuelto a alzar cabeza, pero se siente una fermentación sorda, que estallará cuando menos se piense. Lo he arreglado, pues, todo para que vuelvas sin recelo. Vendrás a la costa, a Babahoyo, y podrás traer contigo a los gallardos y decididos macaroños y peruanos, que forman tu guardia y quieran seguirte, para que estén siempre contigo. Urge tu venida: Guayaquil es un volcán; ponte, pues, en marcha, así como recibas ésta, con la rapidez de tu disciplina de soldado y de caudillo.—Te espera tu amigo y tocayo—J. J. Flores”.

—Esta es una orden perentoria para mí, dijo Otamendi, mientras doblaba la carta y la guardaba en su cartera. Hoy mismo terminaremos este negocio pendiente con Pajarito, y mañana regresaremos a Macará. ¡Qué glorioso fuera para mí llevar prisionero al irreducible Pajarito, y presentarlo vivo a S. E. el General Flores! X

En seguida, llamando a sus oficiales, ordenóles forzar la entrada y cubrir el foso, para que antes del medio día fuesen copados Pajarito y los suyos, sin que ninguno de ellos escapara.

Al punto sus soldados y los agentes de la Policía peruana, también a sus órdenes, se pusieron a la obra, pero cual fué la sorpresa de Otamendi y de todos, al no encontrar un alma ni en el bosque, ni en los jardines que circundaban la

casa, ni en las huertas que descendían hasta el río. Todo había sido abandonado sigilosamente.

Otamendi ordenó el registro minucioso de la casa: examinada pieza por pieza hasta el último rincón, no se hallaba alma viviente, cuando de improviso, al abrir la cancela de una habitación que daba al río, encontróse algo que asombró a Otamendi y a sus soldados y auxiliares.

En el centro del cuarto aparecían atados a sendos postes, y de frente a la cancela, tres hombres cubiertos con túnicas negras desgarradas. Sobre los postes se erguía una tabla rectangular de madera, con esta inscripción:

LOS LADRONES DE LAS ARCAS FISCALES DE PICHINCHA

“Pajarito, el Jefe del desierto, los presenta a su amigo el General Juan Otamendi, y, por su órgano, devuelve al tesoro nacional de su Patria, los cuarenta mil pesos sustraídos por estos estafadores”.

Más y más admirado Otamendi, se inclinó, y abriendo una pequeña caja que estaba a la vista, al pie de los postes, halló, sin que faltase un céntimo, los cuarenta mil pesos defraudados.

—Este Pajarito es todo un hombre! exclamó el General, delirante de entusiasmo. Y es el bandido más honrado que, en sus corceles maravillosos, cruza los arenales del desierto. Yo llevaré este dinero a Quito y lo pondré en manos del Jefe del Estado, junto con la cartela que contiene tan genial inscripción.

En seguida volviéndose a los presos, díjoles.

—Vosotros sabéis quienes sois, y no hé menester repetiros vuestros nombres. Estáis ya en mis

manos; voy, pues, a juzgar y sentenciar vuestra causa, con el poder que me ha sido dado para la defensa social. ¿Os sentís capaces de comprender lo que habeis hecho, al tomar estos cuarenta mil pesos de las rentas públicas, encargadas a vuestra honradez y cuidado?—Habéis traicionado la confianza pública y robado. Quiero decir que habeis cometido un crimen, pues sois traidores y ladrones. Más criminales sois que el pobre que toma una panoja del maizal ajeno, ofuscado acaso por el hambre..... y vosotros habéis robado sin necesidad, en plena hartura, por el diabólico afán de enriqueceros más. La justicia humana se extrema y castiga con crueldad al infeliz que dispuso de alguna pequeñez ajena, porque talvez en su aflicción necesitó de élla, sin hallar quién se la dé..... y saluda y honra a los grandes ladrones que roban por codicia, y aun les glorifica, llamándoles benefactores de los pueblos. Para mí son éstos simplemente traidores y ladrones, dignos de la última pena, porque robaron a mansalva, sin riesgo, sin necesitar de gonzúa ni de vigilia. Y en los fondos públicos que se apropiaron, sin más diligencia que extender la zarpa, se condensa el múltiple esfuerzo del trabajo humano: no únicamente el afán del rico y lo sobrante de sus rentas, más también el ahorro y las economías del pobre, las lágrimas de la esposa y de los tiernos hijos, el pan del huérfano, al privarse aún de lo indispensable para la vida, por el pago apremiante de los impuestos. ¿Lo comprendéis?—Ladrones del sagrado sudor de los pueblos, vampiros de su sangre, merocéis la muerte..... Muchachos, llevadles al cruceiro de los caminos de Sullana y Piura y colgadlos de un algarrobo, bajo un cartelón que relato su infamia a los viajeros:

“AHORCADOS POR LADRONES DE DINEROS PÚBLICOS”

Vuelto el General a su tienda, donde le esperaba el Cura Isauro Juvenal, mandó tocar llamada, para que el ejército se preparase a la marcha de regreso.

En ese instante un grupo de agentes de la policía peruana, que desalojaba la casa, clamó diciendo:

—¡Fuego, fuego, a la cueva de Pajarito!

—¡Fuego! contestaron los soldados de Otamendi, que se hallaban más próximos, rodeando al mismo tiempo la casa, para encenderla por todos sus costados.

A estas voces, dejáronse oír otras más fuertes, y desesperadas a la vez, que salían de lo interior de la casa:

—No queméis la casa; aquí está preso un infeliz; no lo queméis vivo....

Grande fué la sorpresa y admiración de todos al oír este clamor lastimero, y entrando otra vez los soldados en la casa, dieron, después de prolija búsqueda, con una puerta secreta, muy hábilmente disimulada, que conducía a un cuarto más secreto aún, en el que encontraron, ¡oh maravilla! preso en un cepo al Cura de Chirinos....

Cuando dieron parte de este hallazgo al General, dijo al Cura Isauro:

—Cuán acertada fué, Curita, vuestra conjetura de que Colombo Negro había caído en manos de Pajarito.

Y mandó traer al preso a su presencia.

—¡Qué cara! exclamó al verle. Como su cara son sus obras....

Y dirigiéndose a él le apostrofó de esta manera:

—Cura de Chirinos, dispuesto ha estado que ésto sea el día de la justicia..... Mas, el tiempo apremia, y es necesario gastar pocas palabras para hacerla. Por respeto al Cura Isauro Juvenal, ante quién me inclino, y en cuyas virtudes reconozco al verdadero discípulo del Cristo, y porque vos mismo no podéis menos de estar íntimamente confeso y convicto de vuestra propia culpabilidad, no hay para qué haceros la historia de vuestros negros hechos, ¿Los recordáis, Cura de Chirinos? ¿No están presentes a vuestros ojos y a los del pueblo que los miró con indignación y espanto? —Si algo tenéis que excuse aquellos hechos, alegadlo, y os será tomado en cuenta..... ¿Calláis?— Es que vos mismo reconocéis vuestra culpa y os confesáis merecedor de la pena correspondiente.

Y dirigiéndose a los agentes de la policía peruana, ordenó:

—Muchachos, llevadle al río y fusiladle..... Despachad pronto, que partiremos en seguida.

Mientras los soldados conducían al río al culpado sacerdote, Otamendi buscó al Cura Isauro Juvenal, y no le halló.

—Por ahí, se dijo, habrúese talvez apartado, por no presenciar esta escena desagradable, y acaso estará orando por el que va a morir.

El General se apercibió para marchar, pero no oyendo la descarga que debía haber acabado con la vida del Cura de Chirinos, mandó a ver lo que sucedía.

En ese instante un soldado avanzaba a la carrera:

—Mi General, dijo al llegar: el Capitán Larenas consulta lo que debo hacer, pues el Cura Isauro Juvenal, abrazado del otro Cura, no lo deja fusilar, y pide que en su lugar lo fusilen a él.....

—¡Cáspita! exclamó Otamendi. Ocurrencias peregrinas tienen los santos. Vamos allá, que ésto no se ve todos los días.

Y seguido de todo el ejército se encaminó a la playa.

El Cura de Chirinos, atado al tronco de un árbol, aparecía defendido por el Cura de Macará, que le cubría con su cuerpo, diciéndole en voz baja y como sollozando:

—Invocad el nombre del Señor: su misericordia es infinita, y nuestros pecados caen en su seno como guijarros que se pierden en el fondo del mar: por muchos que sean jamás podrán llenarlo.

—¿Qué hacéis, Curita Isauro? preguntó Otamendi, con la voz alterada por la emoción, en presencia de ese extraño grupo, en que un ángel de luz parecía estar abrazando al ángel del abismo.

—General, cumplo mi misión de amor, contestó el Cura, volviéndose a Otamendi. Perdonadle, no le quitéis la vida; en lugar de él muera yo, que tantas faltas he cometido en mis largos días sobre la tierra.....

Un cendal de luz parecía envolver al Cura Isauro Juvenal, pasmando de admiración a los soldados.

—Curita, replicó Otamendi, más emocionado aún: bien sabéis que nada puedo negaros, pero os preguntaré: si los más grandes crímenes quedasen impunes ¿qué sería de la sociedad, qué de los buenos abrumados por los malos?

—¿Y qué os podré contestar, yo que no sé discutir, querido General?—Defendamos a la sociedad, defendamos a los buenos: santa obra es, pero al mismo tiempo hagamos del malo un bueno, del criminal un justo.

Y el Cura de Macará volvió a abrazar al Cu-

ra de Chirinos, diciéndole:

—Dios quiere conservaros la vida: arrepentíos y prometedle ser bueno en adelante, aquí, en presencia del General Otamendi que ratifica mis palabras.

—Os lo dejo, como queréis, dijo Otamendi: ojalá podáis, santo Curita, realizar lo que me parece más difícil que ganar una batalla: transformar al ladrón en hombre honrado. hacer del criminal un hombre bueno.

CAPITULO XX

OLAS Y DICHA

Después de un día de descanso en Sullana, Luzmila y Enrique, acompañados de dos peones, tomaron al anochecer el camino para Paita. Los caballos bien comidos caminaban ágilmente, y una brisa fresca, que denunciaba la proximidad del océano, les envolvía en sus caricias vivificantes, infiltrando en sus pechos una suave sensación de bienestar y felicidad.

El viaje, por ese como alfombrado piso de las arenas y bajo ese cielo donde los soles parecen más grandes y las constelaciones más tupidas y centellantes, fué agradable y sin contratiempos, y al amanecer llamaban los viajeros a la puerta de Panchita Otero, que, al nombre de Lorenzo Riera, se levantó al punto y prestó a los recién llegados las más finas atenciones.

—Me caigo de sueño, decía Luzmila de rato en rato a Enrique: suplica a la señora Panchita de que me dé una cama.

—Ten paciencia, niña Mila, contestaba él: todo vendrá por su orden.

A poco, después de servirles leche caliente con café, pan y mantequilla, invitóles la dueña de casa a reposar, con estas afectuosas palabras:

—Aquí no encontraréis la esplendidez de la casa de la señora Victoria Escudero, que es tan rica como buena, pero sí pronta voluntad, aseo y

cariño. Podéis estar aquí, honrándonos con vuestra presencia, todo el tiempo que os plazca: estais en vuestra casa; descansad, pasead, bañaos en el mar, jugad con las olas, recoged caracoles, que los hay muy lindos. Cuánto contento va a tener Lorenzo de encontraros aquí, como lo ha previsto, él que tanto nombra y tanto ama a D. Enrique. Dormid cuanto gustéis; el almuerzo estará a la una de la tarde.

—Mira, Heny, el mar, indicó Luzmila sonriendo, cuando hubieron quedado solos: se lo ve tan bien de esta ventana, que voy a dormirme contemplando su rizada superficie. --

—Me siento feliz al verte tan contenta, contestó él. Que el mar arrulle tu sueño con sus rumores.

Y élla acostándose inmediatamente, fijó su vista como extasiada en la ondulante inmensidad azul, y luego cerró sus lindos ojos y se durmió murmurando: ¡qué inmenso y bello es!

Por la tarde, cuando hubo declinado la intensidad del calor, Enrique invitó a Luzmila a dar un paseo por la ciudad.

—Vamos, le dijo: recorreremos un poco la población y subiremos después al plano superior de la ribera, llamado aquí tablazo, de donde se domina la bahía y puede apreciarse su estuario en toda su amplitud.

Y los esposos, después de recorrer las calles principales, dirigiéronse al norte, hacia la rampa por la cual se sube de la estrecha playa en que está edificada la ciudad, a la mesa ilimitada que se asienta sobre los altos cantiles azotados por el mar.

Una vez arriba vieron destacarse a lo lejos una espesa faja de verdura, que llamó vivamente

la atención de Luzmila.

—¿Qué es eso? preguntó.

—Las vegas del Chira, cerca de la desembocadura del río en el océano, respondió Enrique. Tú conoces muy bien esas vegas y ninguna impresión nueva podrán darte. Vamos hacia el sur, y contemplarás tal vez algo nuevo para tí.

Y a lento paso se fueron en esa dirección, deteniéndose de trecho en trecho a contemplar a sus piés la ciudad llena de transeuntes y de ruidos, la playa húmeda y solitaria tras el refluo de las olas, el puerto con sus muelles atestados de gente y mercancías, y más allá la ancha bahía glauca y tranquila, poblada de mástiles y velas, con las barcas al costado de los buques, en los que flotaban al viento, en el penol de mesana, las banderas de sus propias naciones. Y en el aire, el estrépito del chirrido de las grúas, de los gritos de los marineros y cargadores, del chasquido de los remos en el agua.....

—Mira, Luzmila, estas inmensidades, indicó Enrique. Desde aquí comienza el desierto, que se extiende en todas direcciones, en una interminable sucesión de llanuras desoladas, no interrumpidas sino a largas distancias por la húmeda y verde faja de los ríos, que llevan al mar el tributo de sus aguas. Al pie del desierto, el océano inmenso y rumoroso, siempre agitado con el eterno vaivén de sus olas, que mueren mansamente en las playas, o se estrellan sollozando contra los ásperos barrancos o los enhiestos acantilados de la costa brava. Y sobre el desierto y sobre el mar la inmensidad del cielo, incendiada por el sol de fuego de los climas tropicales. ¡Cuántos recuerdos guarda el desierto para nosotros, Mila mía!.....

—No remuevas esos recuerdos, murmuró ella

interrumpiéndole: amargarían la copa de nuestra dicha. Contemplemos más bien el gracioso vuelo de las gaviotas sobre el espejo azul de la bahía: mira cómo descienden y rozan las aguas con sus alas, y se alzan y se alejan trazando grandes curvas, y vuelven y se cruzan, aproximándose o esquivándose, como pilluelos juguetones.

—Tienes razón, amada esposa mía: que no nos invada la tristeza de los recuerdos de aquellos días..... de vida tan intensa y martirio infinito, que ya los vemos como negra pesadilla, desde esta remanso de firme seguridad a que hemos llegado. Contemplemos este espléndido espectáculo: el desierto, el mar y el cielo. El sol está próximo a ocultarse: ¿quisieras ver cómo se pierde en el abismo del océano?

—Muchas veces lo he visto, mas, es tan atrayente ese espectáculo, que pudiera contemplarlo a diario sin cansarme.

En efecto, el astro-rey descendía ya sobre la inmensa y palpitante curva de las aguas, que reflejaban sus oblicuos rayos, enviando a la tierra el centellear de sus lampos cegadores. Descondió más: la superficie del océano, como iluminada interiormente, semejaba un mar de vidrio reverberante de temblones resplandores, donde los peces se agitaban en fantástica danza, con su manto de escamas teñido de oro y luz. De pronto cambió su color de fuego y oro, por un color de sangre de apacibles tonos, y lentamente, como una hostia purpúrea que cayese de los cielos, hundióse en las aguas, tras la línea incierta y difuminada del horizonte movedizo del lejano oleaje. Las nubes del occidente se tiñeron en los colores del iris, y sobre ellas apareció la estrella de la tarde, como un diamante purísimo y enorme, de innúmeras face-

tas de diáfanas y centellantes aguas. La bahía, parcamente alumbrada por la tenue luz del crepúsculo, parecía lamentar la ausencia del sol, con el apagado sollozo de las olas de la resaca, mientras una brisa rápida, propia de la hora, empezaba a soplar con fuerza, levantando las arenas del ribazo.

Luzmila, que había permanecido como extasiada, lanzó un suspiro, y mirando a Enrique exclamó:

—¡Qué espectáculo tan hermoso, pero cuán corto y breve! ¡Cómo se queda el alma insatisfecha y triste, después de que ha pasado!

—Así es todo en la vida, amada mía, musitó Enrique. Levanta y vamos, que la noche cierra y estamos lejos del poblado y de la casa de Panchita Otero.

Al siguiente día, muy de mañana, se encaminaron a la playa del norte, sembrada de conchas y caracoles de colores sorprendentes. Era la hora de la pleamar, y las olas avanzaban pujantes y ruidosas, a deshacerse en hirvientes espumas sobre el plano inclinado de la ribera.

—Esta tarde nos bañaremos, dijo Luzmila.

—Sí, calmado este aguaje, a la hora del reflujo, contestó él. Mira, vida mía, estas conchas tan bellas, con sus bordes teñidos de un brillante color rosa de porcelana. ¡Qué cantidad tan enorme ha acumulado aquí el tiempo, de estas pequeñísimas viviendas, deshabitadas ya, pues cada valva encerró un testáceo, fué la habitación de un ser vivo, que elaboró su propia casa, mediante un trabajo lento e inverosímil, para una vida tan rudimental y tan frágil.....

—¡Misterio es la vida, en lo grande y en lo chico! exclamó Luzmila. ¡Misterio el amor, misterio todo!

Volvieron por la tarde.

Las aguas del mar se habían retirado, dejando, en una ancha y larga faja, limpias y alisadas las arenas de la playa. Luzmila en ropa de baño, se complacía en esperar, recostada en la arena, que subiese la ola, y cada vez que recibía su burbujeante baño, lanzaba gritos de alegría y desgarraba en notas argentinas su armoniosa risa. Y así como la ola se retiraba, élla corría en su seguimiento, y volvía a tenderse más allá, a esperar la nueva ola que se venía ondulando hacia la tierra. Después se echó a nado, y Enrique también, para hacerle compañía. Luego, impelida de su entusiasmo juvenil, fué alojándose más y más de la orilla, diestra nadadora, en alegre juego con el manso oleaje de la incomparable bahía.

De pronto habló:

—Hony, voy a ver lo que hay en el fondo...

—No lo hagas, gritó él.

Pero élla, sonriendo deliciosamente 'dió un chapuz, para surgir casi en seguida, gritando:

—¡Un pez! Un pez muy grande, Enrique, está debajo: huyamos.....

Y viró a tierra, nadando con vigoroso impulso. Enrique la seguía de cerca, zambullendo a cada instante, para divisar al pez y evitar su acometida.

Cuando, pasado el susto, regresaban a su alojamiento, Enrique tomándola de la mano le advirtió:

—Otra vez, ondina mía, no consentiré que nades ni en mar, ni en río, ni en agua alguna en que hubiere peligro. ¡Qué ideas tan crueles y funestas me invadían, mientras nadábamos huyendo del pez!

—Y a mí.... me oprimía el recuerdo de mi adorada madre, murmuró élla suspirando.....

—Oh! sí, de la bella limeña, la infortunâda Julia, a quién tanto hubiera yo amado.....

CAPITULO XXI

ALMAS BRAVIAS.—ALMAS NOBLES.—

Cuatro días habían transcurrido, de la más pura y completa felicidad, breves como una sonrisa pasajera, para el codicioso corazón de los dos amantes, que por fin podían recobrase de tantos infortunios y quebrantos.

Aquella tarde, la del último día, se habían paseado en bote durante algunas horas, por la incomparable bahía, y tan largamente se había bañado Luzmila, chacoteando con las olas, que apenas hubo cenado se rindió al sueño, como se rinden los pequeñuelos cansados de jugar.

A la madrugada sintió Enrique abrirse la puerta de la calle y entrar un jinete en el patio de la casa.

—Si será Lorenzo, pensó. . . .

Al siguiente día, apenas abrió su puerta, se encontró con Lorenzo, que le esperaba para estrecharlo en sus brazos, como lo hizo, exclamando:

—¡Estáis en salvo, Enrique! ¡Qué contento para mí! ¿Cómo está la señora?

—Bien, gracias. A tí te debemos esta felicidad. Sin tu intervención sólo Dios sabe lo que hubiera sido de nosotros.

—Traigo noticias importantísimas. Venid conmigo: mientras Luzmila duerme conversaremos los dos.

Y entrando en un hermoso aposento con vis-

ta al mar, acercaron dos sillas a la ventana, y Lorenzo, aspirando con delicia el fresco aire marino, habló de esta manera:

—Somos hombres y soldados, y no hay para qué andarnos con preámbulos. ¿Supisteis que en el mismo acto del intento de matrimonio en Su-
yo, Otamendi había apresado a D. Antonio y a D. Francisco?

—No lo supe, ya que no tuve tiempo sino para alzar con Luzmila, sin indagar cosa alguna. Nosotros creíamos que ellos habían regresado a sus haciendas del Macará.

—Pues habían sido apresados, y cuando Otamendi avanzó al desierto, en persecución de Luzmila, los había dejado en Yuscay, pero atados de pies y manos y bajo la guardia del Cabo Pino y dos soldados macareños, Santur y Hojeda. Después, al pasar por ahí el Cura Isauro Juvenal, apiadado de su lamentable situación, les había quitado las ligaduras sin prever que con acto tan noble y caritativo los condenaba a muerte.....

—¿Qué! ¿Han sido acaso fusilados?

—No fusilados, pero han muerto luchando por su libertad. La triste historia es ésta. Después de que los dos nos separamos en la orilla del río, yo volví a ocupar mi puesto en el combate, pero a la madrugada, sabedor Pajarito de la misteriosa desaparición de Luzmila, retiró su gente, y bogando aguas abajo llegamos a la hacienda de D. Ernesto Figueras, donde él se quedó, después de despacharnos a todos en busca de la fugitiva. Tocóme a mí el sector del norte, con orden de llegar hasta Macará. Así tuve ocasión de pasar por Yuscay, donde encontré al Cabo Pino gravemente herido, y por relación de la mujer que le sirve, pudo enterarme del trágico su-

ceso. Había ocurrido que apenas repuestos los presos del envaramiento causado por las ataduras, juzgando que al regreso de Otamendi tendrían que sufrir la vergüenza de ver cautiva a Luzmila y correr el peligro cierto de ser fusilados, pensaron que era mejor jugar la vida procurando su libertad. Riesgo por riesgo, muerte por muerte, preferible era morir en el incitante ardor de la pelea a la lenta agonía del frío fusilamiento. Así se lo había dicho D. Antonio a D. Francisco, que vacilaba en decidirse. Una de esas noches el Cabo Pino despertó oyendo un ruido sordo, como que perforaban la pared: levántase sigilosamente, da la voz de alarma a los soldados, y al punto se traba en la obscuridad un combate horroroso, cuyo resultado fué la muerte de los dos soldados y de los dos españoles, quedando gravemente herido el Cabo Pino. El hacendado de Yuscay ha sepultado los cadáveres en el cementerio de la hacienda.

—Es necesario que Luzmila ignore por ahora esta desgracia, ordenó Enrique.

—La ignorará; contestó Lorenzo, y continuó su narración. De Yuscay avanzó a Suyo, donde conversando con el Cura Toribio, le informé de vuestro matrimonio con Luzmila y de las muertes ocurridas. Entonces él me dijo: "puesto que Luzmila es la única heredera de D. Antonio, ruegole a Ud., que cuando la vea le entregue estas maletas de viaje, que dejaron aquí los infortunados españoles y no pudieron recoger". Y ahora, Enrique, cumplo yo el encargo, poniendo en vuestras manos estas prendas: hélas aquí, como las recibí os las entrego.

Enrique tomó las maletas y las puso a un lado.

—Continúa, dijo a Lorenzo.

—En seguida pasé al Macará, y tocando en las haciendas de los finados ordené a los administradores, en nombre de Luzmila y el vuestro, que tuvieran el más diligente cuidado de todo, hasta nuevas órdenes.

—Todo lo has hecho con insuperable acierto, y te estoy más obligado cada día. Después de tu relación, paréceme bien no acibarar la felicidad de Luzmila, dándole tan funesta noticia; tiempo vendrá en que todo llegue a saberlo, sin que nosotros la atormentemos por ahora. Voy a llevarla de paseo hasta Ayacucho, y partiremos en el próximo velero que zarpe.

—Muy bien está eso. Otra nueva: el General Otamendi se va de Macará; debe ya haber partido, porque con grande urgencia le llama al norte el General Juan José Flores.

—Sensible ausencia: ojalá no sea parte para que se detenga y estanque el creciento progreso de Macará. Su guardia, ese grupo de bravos mozos perfectamente preparados por él para la guerra, va a disolverse, y es lástima.

—No, que se los lleva al norte, pues el General Flores los llama para conocerlos y ocuparlos.

—Créeme que siento esa ausencia. Otamendi ha sido el azote de los ladrones y el oficioso guardián de la propiedad, y tan entusiasta y decidido por el bien público, que hizo de Macará el primero de los pueblos del sur, e imprimió en sus habitantes un aire de campechana alegría y gentil marcialidad y un enérgico espíritu de trabajo, que no se ven en los demás pueblos. Macará va a quedar triste, como familia en orfandad, y aun creo que el primero en lamentar la partida de Otamendi, será el santo Cura Isauro Juvenal, que

con tanta eficiencia secundaba su patriótico anhelo de progreso.

—Ya surgirá otro patriota que continúe la noble labor. Ahora, id a ver a Luzmila, que os está llamando, y yó iré a ver el café, un café caliente y sostenido, que nos abrigue y conforte, pues yo estoy sintiendo el frío de la mala noche y el desmayo de la falta de sueño. En seguida tengo que hacer mis maletas, pues yo también estoy de viaje.

—¿Vuelves al Chira? **BIBLIOTECA NACIONAL**

—No, voy con vos a Lima. **RECCION ECUATORIANA**

—¿Qué me dices, nos acompañas a Lima? ¡Qué viaje tan grato para nosotros, en tu amable compañía! ¡Ahora sí que estamos de fiesta!

Las horas corrieron rápidas en el ajetreo de los preparativos de viaje, y a la noche todo estaba listo para partir al día siguiente. Luzmila, que no cabía de contento, quiso, a modo de religiosa despedida, ir a rezar en la iglesia, y fué allá en compañía de Panchita. Entre tanto, Enrique abrió las maletas de los infortunados españoles y dió con un cuaderno de apuntes de D. Antonio, en el que constaba la entrega a D. Francisco de cuarenta mil pesos, en dos letras de cambio, por la dote de Luzmila, y cinco mil más en oro acuñado, para gastos de viaje. Y allí estaban las letras y el dinero.

—Este dinero es de Luzmila, murmuró Enrique, y podemos disponer de él con amplia libertad.

Y llamando a Lorenzo, le dijo:

—Esto he encontrado en las maletas del noble señor Lemus, y como libertad, vida y felicidad, todo te lo debemos a tí, te ruego que aceptes este oro, en premio de tu fidelidad sin lími-

tes, y como primera prueba de nuestra gratitud, que será eterna.

—¿Qué decís, patrón? exclamó Lorenzo. ¿Por qué ofendéis al que os meció en sus brazos, y que os ama tanto, que ya no quiere separarse más de Vos? ¿Podéis adivinar a qué voy a Lima?—Pues voy a comprar su derecho a los herederos de D. Francisco, para tener a orillas del Macará, que nos vió nacer a los dos, una hacienda contigua a la vuestra, para veros todos los días, para que me cerréis los ojos cuando muera y amparéis a mi viuda y a mis huérfanos.

—Precisamente para esa compra, te ruego, Lorenzo, que aceptes este puñado de oro que te ofrece Luzmila.

—No, Enrique, no: tengo dinero suficiente para esa adquisición. Ved que ya vuelven Luzmila y Panchita.

—¡Oh alma noble y desinteresada! exclamó Enrique, abrazando a Lorenzo. Viajaremos juntos, y cuando vuelva yo a Macará, después de mi peregrinación a los sagrados campos de Junín y de Ayacucho, ya no nos separaremos, y en la tarde postrera tú cerrarás mis ojos, y tu fuerte brazo amparará a Luzmila.

—¿Qué haces, Heny; voceó Luzmila desde la puerta, chispeante de alegría. Dime ¿zarparemos mañana mismo?

—Sí, Mila mía, mañana estaremos navegando. Lorenzo va también con nosotros.

—¡Qué felicidad! ¡Qué viaje tan lindo con nuestro salvador! exclamó élla, tendiendo su blanca mano a Lorenzo, a tiempo que éste soltaba rápidamente la tapa de un arca, en cuyo fondo parecióle entrever a Luzmila unas maletas de viaje, cuyo color y figura le eran muy familiares.

CAPÍTULO XXII

EN REYES Y EN JUNIN

La navegación fué feliz, pero Luzmila sentía no sé qué oculta tristeza, al acordarse de las maletas de viaje, que había visto, aunque confusamente, en la caja de Lorenzo.

Ni en Lima, la tierra nativa de su inolvidable madre, sintió la delirante alegría que se prometiera. En vano la llevó Enrique a los hermosos paseos públicos, a las umbrosas alamedas, a los soberbios edificios, que son el adorno y orgullo de esa gran ciudad. En vano quiso evocar con ella las sombras de los grandes personajes, en los monumentos que guardan su memoria: el palacio de los Virreyes, el palacio de Torre Tagle, el palacio de los Libertadores, en que se dió a Bolívar el memorable banquete con el famoso baile de las quinientas parejas; la quinta de la Magdalena, ennoblecida por el gran recuerdo del Protector San Martín, que se retiró a ella al renunciar el mando. En vano la llevó a Chancay, a recordar la hazaña de los bravos del Numancia, en el sitio mismo de donde se arrojaron a las olas. En vano fueron a los deliciosos balnearios de Miraflores, Barranco y Chorrillos; y más abajo al morro Solar y a la loma de San Juan, a contemplar el tablón de Lurín, tan semejante a los arenosos desiertos del norte. En vano la llevó al cerro de San Cristóbal, a recrearse con la vista panorámica de la opulenta urbe.

A toda hora la martirizaba el recuerdo de lo que tan impensadamente había visto, y ya en vísperas de subir a la sierra, dijo, entre seria y risueña y como bromeando, a Enrique:

—Henry, quiero contarte una cosa, pero cuidado con burlarte de mí....

—Dí, Mila.

—En Paíta, ¿lo recuerdas? al decirme tú que Lorenzo vendría con nosotros, yo le tendí la mano, mientras él cerraba apresuradamente su caja. Pues, en ese instante me parece que ví en el fondo de ésta un par de maletas, iguales a las que usa mi papá en sus viajes. ¿Cómo han podido venir esas maletas a poder de Lorenzo?

Enrique soltó una ruidosa carcajada, y abrazando a Luzmila le dijo:

—¿No ves, niña mía, que quien hizo las maletas que usa tu papá, pudo hacer otras mil semejantes a ellas? ¿No ves que del mismo estilo son las que se usan en todo el norte del Perú?

En ese momento entraba Lorenzo, y Enrique le interrogó:

—Díme, Lorenzo....

Pero Luzmila, tapando la boca a Enrique con su manecita, no le dejó hablar, y riendo le decía:

—¿No te previne que no habías de hacer burla de mí?—No quiero que le preguntes nada a Lorenzo. Nada te he dicho, nada, nada.

Hecha en Lima, para Lorenzo, la compra de la herencia de D. Francisco Arcentales, los turistas continuaron su viaje y treparon los Andes sin contratiempo.

Llegados al pueblo de Reyes, hospedaron en el Convento parroquial, donde el afable Cura, nativo del lugar, los recibió con exquisita cortesía,

que luego se convirtió en cariño y admiración, al saber que Enrique había combatido en los campos de Junín y de Ayacucho, y que venía a visitarlos en patriótica peregrinación.

—¿De dónde venís?, señor Coronel, preguntó a Enrique.

—Venimos del lejano Macará—respondió éste—a visitar estos campos de gloria, para evocar, antes de morir, las sombras de los héroes que allí coronaron la gigantesca obra de la independencia americana.

—Santa peregrinación, exclamó el Cura, porque estos campos fueron regados con la sangre de aquellos héroes, y para mí, santos mártires son los que rinden la vida por la justicia, la libertad y el amor a sus hermanos.

—Muy bien decís, Curita. ¿Gustaríais acompañarnos mañana a la llanura de Junín?

—Con todo gusto, señor Coronel, y tanto más cuanto he deseado con vehemencia hallar un testigo presencial como Vos, que me aclare ciertas dudas referentes al terrible encuentro de Junín.

Por la noche arribaron otros viajeros al Convento parroquial.

A punto de acostarse, tocó el Cura la puerta de Enrique para decirle:

—Mañana iremos muy bien acompañados a la pampa de Junín. En patriótica peregrinación como Vos, vienen los señores que acaban de llegar: pertenecen a distintas nacionalidades, y hasta un inglés hay, que afirma ser pariente del Coronel Rook.

—Ah! ¿del Coronel Rook, Jefe del Albión, abnegado y valiente como el que más?—Os contaré de él, en cuatro palabras, una anécdota, que os muestre a qué extremo llegaba el espíritu de

sacrificio de este noble europeo. Fué en 1819. El inspirado Bolívar había concebido la gigantesca idea de entretener a Morillo en Venezuela, y mientras tanto cruzar él los llanos con los suyos, trepar los Andes granadinos, y cayendo de improviso sobre las huestes realistas de Sámano y Barreiro, derrotarlas y libertar el virreinato de Nueva Granada, para volver con fuerzas mayores a libertar Venezuela. Proyecto atrevidísimo, erizado de dificultades y peligros sin cuento, delirio del genio, de realización casi imposible, porque era necesario atravesar, en lo más crudo del invierno, los llanos del Apure y Casanare, con sus torrentes invadables, sus ríos caudalosos, sus esteros profundos, sus ciénagas sin límites, sus pantanos traidores, sus sabanas convertidas en lagunas: todo bajo un enervante clima de fuego, para escalar en seguida los nevados Andes, por cuestas impracticables. Pues, cuando al pasar el Arauca muchos llaneros, temerosos del frío de las alturas, nada propicio para ellos, se negaron a seguir a Bolívar, el Coronel Rook, a la cabeza de la Legión Británica, proclamó que *seguiría al Libertador más allá del Cabo de Hornos, si fuese necesario*. Y después, hallándose en Pore los expedicionarios, una tarde que se servían en la sabana un charque de carne de novilla, asada al uso de los Llanos, "el Libertador—cuenta un testigo presencial—con aquella viveza y penetración que nada dejaban escapar, observó que el valiente Coronel Rook llevaba una casaca vieja, bien abrochada, y que no tenía camisa, y le preguntó: ¿Coronel, no tiene Ud. camisa?—No, General, le contestó. Entonces Bolívar llamó a su mayordomo José Palacios y le ordenó que diera una de sus camisas al Coronel Rook. ¿Cuál? repuso el mayordomo: Ud. no tiene

más que dos, la puesta, y otra rota que la están lavando".

—¡Oh tiempos aquellos de grandeza, de heroísmo y abnegación sin límites! exclamó el Cura. Creo que esos hombres gigantes fueron especialmente suscitados por Dios, para la sobrehumana empresa de la redención americana.

Al siguiente día, durante el desayuno, el Cura de Reyes puso en contacto a sus huéspedes, todos personas muy cultas, que de sus lejanos países, habían venido en verdad a visitar esos campos gloriosos. Eran el argentino Belgrano, el chileno Vergara, el boliviano Campero y el inglés Rook, hermano del prócer, que traía consigo una encantadora jovencita, hija suya, de nombre Fanny, sonrosada como un caracol y de ojos azules como el cielo y como el mar.

Terminado el desayuno se pusieron en camino hacia Junín, en alegre y animada cabalgata. Enrique iba adelante con Fanny y Luzmila, que atraídas por mutua simpatía caminaban juntas, deleitándose cada una en la hermosura de la otra.

De pronto se detuvo Enrique y dijo:

—Por este camino, que, si mal no recuerdo, conduce a Tarma, desfilaba el ejército de Canterac. Volved la vista al noroeste: ¿véis más allá de la laguna esos cerros que parecen mirarse en el espejo de sus aguas? — Por esas laderas descendíamos nosotros, y desde arriba, como a una legua de distancia, alcanzamos a divisar las fuerzas realistas, y entonces el Libertador que ansiaba la batalla, ordenó enderezar por el camino transversal, que cae directamente en la pampa de Junín, sin dar el rodeo por el pueblo de Reyes. Avancemos a la pampa y os mostraré dónde fué el combate.

—¿De dónde veníais vosotros aquel día? preguntó Vergara.

—De Conocancha, donde habíamos acampado el día anterior, contestó Enrique.

Llegados a la pampa que se extiende al sur de la laguna, detuviéronse, y Enrique, señalando un amplio espacio a la izquierda, dijo:

—Aquí había hecho alto Canterac con su brillante caballería de más de mil jinetes, y antes de que la nuestra acabara de bajar del cerro, ya la realista estaba formada en batalla..... Y fué Junín, el choque al arma blanca, furibundo y horroroso, cuya descripción habréis leído innumerables veces.....

—Decidme, Coronel Albán, preguntó el Cura: ¿es verdad que la caballería realista derrotó al principio a la republicana?

—Fué una sorpresa sin consecuencias decisivas. Antes de que formaran nuestros jinetes, Canterac, que estaba apercebido ya, les acometió con ímpetu, logrando romper y desordenar a los primeros, pero los demás, serenos como si nada hubiese acontecido, formaron sin retroceder un punto y arrollaron al enemigo.

—¡Campo de gloria, yo te saludo! exclamó entonces Belgrano.

—¡Gloria de América, todos te saludamos! corearon Vergara, Campero y Rook.

—Y yo os evoco para bendiciros, sombras de los libertadores! agregó el Cura.

—Aquí estuvo mi conterráneo, el argentino Necoechea, ¿verdad, Coronel Albán?, afirmó Belgrano.

—Es verdad, el bravo Necoechea era el Jefe de la caballería republicana: salió herido en el combate y pudo distinguirse en medio de tantos

héroes, a quiénes era muy difícil igualar. ¿No habéis leído el canto del bardo colombiano, hijo del Guayas, José Joaquín Olmedo, en que ensalza las hazañas del heroico Necoechea?

—Oh sí, muchos años há que leí el bellissimo canto épico "La Victoria de Junín", y os agradecería que nos deleitárais ahora con algunas de sus estrofas, para traer a la memoria, en este mismo campo sagrado, las hazañas de los ínclitos libertadores.

—Avancemòs hacia el cerro, dijo Albán.

Cuando hubieron llegado, se detuvo exclamando:

—¡Aquí estuvo Bolívar!.... Aquí sobre esto suelo bendito desgranen nuestros labios los versos del poeta divino. Luzmila, Fanny, venid a mi lado: que vuestra belleza me inspire y enardezca, para que mi débil voz pueda repetir las heroicas estrofas inmortales.

—Cantadlas, Coronel Albán, clamaron todos y echaron pie a tierra.

Y el viejo soldado de Junín, cual si los recuerdos todos de la batalla y la augusta imagen de Bolívar, y las sombras de los héroes lo cercasen, de pié, frente a la laguna, que parecía sonreír a los viajeros, húmedos los ojos y temblona la robusta voz por la emoción sublime, recitó como cantando:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
a Dios anuncia que en el cielo impera,

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre,

que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre;
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

.....

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?
¿que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer desina?
¿que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar su presa,
que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya descende
pronto y apercibido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
nube tremenda: el brillo de su espada
es el vivo reflejo de la gloria;
su voz un trueno, su mirada un rayo.
¿Quién aquél que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando,
discurre sin cesar por toda parte?.....
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?
Sonó su voz: "Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra Patria. Bravos colombianos,
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:

suya es la fuerza, y el valor es vuestro:
 vuestra será la gloria,
 pues lidiar con valor y por la Patria
 es el mejor presagio de victoria.
 Acometed: que siempre
 de quien se atreve más el triunfo ha sido:
 quien no espera vencer ya está vencido".
 Dice: y al punto, cual fugaces carros
 que dada la señal parten, y en densos
 de arena y polvo torbellinos ruedan:
 arden los ejes, se estremeco el suelo,
 estrépito confuso asorda el cielo;
 y en medio del afán cada cual teme
 que los demás adelantarse puedan:
 así los ordenados escuadrones
 que reflejan del iris los colores,
 o la imagen del sol en sus pendones,
 se avanzan a la lid. ¡Oh quién temiera,
 quién, quo su ímpetu mismo los perdiera!

¿Perderso?—No, jamás, quo en la pelea
 los arrastra y anima e importuna
 de Bolívar el genio y la fortuna.
 Llama improviso al bravo Necoechea,
 y mostrándole el campo,
 partir, acometer, vencer le manda,
 y el guerrero esforzado,
 otra vez vencedor y otra cantado,
 dentro en el corazón por Patria jura
 cumplir la orden fatal; y a la victoria,
 o a noble y cierta muerte se apresura

.....

¡Oh, capitán valiente
 blasón ilustre de tu ilustre patria,
 no morirás: tu nombre oternamento

en nuestros fastos sonará glorioso,
y bellas ninfas de tu Plata undoso
a tu gloria darán sonoro canto
y a tu ingrato destino acerbo llanto!
Ya el intrépido Míller aparece,
y el desigual combate restablece.
Bajo su mando, ufana
marchar se ve la juventud peruana,
ardiente, firme, a perecer resuelta,
si acaso el hado infiel vencer le niega:
en el arduo conflicto opone ciega
a los adversos dardos firmes pechos,
y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados,
entre sedas y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
los dulces lazos de jazmín y rosa,
con que amor y placer los enredaban,
hoy ya con mano fuerte
la cadena quebrantan ponderosa
que ató sus pies, y vuelan denodados
a los campos de muerte y gloria cierta,
apenas la alta fama los despierta
de los guerreros, que, su cara Patria
en tres lustros de sangre libertaron,
y apenas el querido
nombre de libertad su pecho inflama,
y de amor patrio la celeste llama
prende en su corazón adormecido.

.....

Ora mi lira resonar debía
del nombre y las hazañas portentosas
de tantos capitanes, que este día

la palma del valor se disputaron,
digna de todos..... Carvajal..... y Silva.....
y Suárez..... y otros mil..... Mas, de improvise
la espada de Bolívar aparece,
y a todos los guerreros,
como el sol a los astros, oscurece.

.....
Ya no hay más combatir. El enemigo,
el campo todo y la victoria cede.
Huya cual ciervo herido; y a donde huya
allí encuentra la muerte. Los caballos,
que fueron su esperanza en la pelea,
heridos, espantados, por el campo
o entre las filas vagan, salpicando
el suelo en sangre que su crin gotea;
derriban al jinete, lo atropellan,
y las catervas van despavoridas,
o unas con otras con terror se estrellan.
Crece la confusión, crece el espanto,
y al impulso del aire, que vibrando
sube en clamores y alaridos lleno,
tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto,
por cima de cadáveres y heridos,
postra al que huye, perdona a los rendidos.

¡Padre del universo! ¡Sol radioso!
¡dios del Perú, modera omnipotente
el ardor de tu carro impetuoso,
y no escondas tu luz indolente!
¡Una hora más de luz!..... Pero esta hora
no fué la del destino. El dios oía
el voto de su pueblo, y de la frente
el cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora;
en mayor disco menos luz ofrece,
y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,
y las reliquias del perdido bando,
con sus tristes y atónitos caudillos,
corren sin saber dónde, espavoridos
y de su sombra misma se estremecen.
Y al fin, en las tinieblas ocultando
su afrenta y su pavor desaparecen.
¡Victoria por la Patria! ¡oh Dios, victoria!
¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!

.....

—¡Sí, gloria a Bolívar! ¡Gloria a los héroes
libertadores! ¡Gloria al divino Olmedo! ¡Paz al
Perú! ¡Paz a Colombia! clamaban todos los pere-
grinos, reflejando en sus semblantes el fuego pa-
triótico que incendiaba sus almas.

—Y tú, mi Colombia—gritó Albán—tú la li-
bertadora heroica, hoy desgarrada y muerta por la
ambición insana, tú resucitarás un día más grande
y poderosa: no has muerto para siempre.....

CAPITULO XXIII

EN EL CAMPO DE AYACUCHO

Dos días después los entusiastas peregrinos, acompañados del Cura de Reyes, pernoctaban en Tarma, arrullados por el murmurio del Collana, que atraviesa de banda a banda la ciudad. Habíanse alojado en la posada de D. Pedro Otárola, situada junto al río, donde encontraron dos bellas jóvenes arequipeñas, que acompañadas de un hermano de su padre, iban también a visitar Ayacucho.

A la hora de la comida se relacionaron los viajeros, y cuál no fué la sorpresa de Enrique al hallar que una de las dos arequipeñas tenía unos lindos ojos negros, bastante parecidos a los de Luzmila, y que él creía haber visto algún día, muy remoto ya....

—Yo he visto alguna vez estos ojos—se dijo pero no recuerdo dónde ni cuando.....

Concluída la comida, se presentó el dueño de casa, a saludar a los viajeros, y entonces el Cura le dijo:

—Señor Otárola, sois republicano ardiente, y por lo mismo tengo a honra presentaros al señor Coronel Albán, que viene del lejano Macará en patriótica peregrinación a los campos de Junín y de Ayacucho, donde combatió por la libertad de nuestra patria.

—Agradezco al señor Cura presentación tan honrosa, contestó Otárola; y dirigiéndose a Enrique, añadió:

—Permitidme, señor Coronel Albán, que os abrace al ofreceros mi amistad. Sois de los invencibles colombianos, a quienes el Perú debe su independencia, y os presento mis respetos y gratitud, yo que tuve un hermano entre los que derramaron su sangre por la patria.

—Verdad respondió Enrique: yo conocí al Teniente Otárola de la Legión peruana, muerto gloriosamente en Ayacucho. Sois de sangre procer, y correspondo con efusión a vuestro abrazo. Si gustárais acompañarnos al sagrado campo de Ayacucho, yo os mostraría el sitio mismo donde combatió con firmeza y bravura la Legión peruana.....

—Con todo gusto iré con tan distinguidos viajeros, afirmó Otárola. Vosotros venís de tan lejos, sufriendo las incomodidades de los largos viajes, ¿por qué no había de hacer yo, en tan grata compañía, el corto y agradable viaje hasta Ayacucho?

En seguida el Cura presentó a los demás viajeros, y dijo:

—No perdamos tiempo, señores, en esta gira de los grandes recuerdos. Quiero pedir al Coronel Albán que nos reliera la muerte del Coronel Rook, de quién me dijo brevemente, en Reyes, que había muerto con un valor heroico.

—Sí, yo conozco esa muerte gloriosa, contestó Enrique, pero hallándose aquí un hermano del héroe, nadie como él puede hacernos una tierna y exacta narración de tan heroico y ejemplar suceso.

—Oh exclamó entonces Mr. Rook, yo agradezco la honra, pero ni yo ni Fanny hablamos su-

ficiente castellano. Ruego, pues, al Coronel Albán que hable por nosotros. Inglaterra, noble y grande, fué siempre amiga de la independencia de estos pueblos.

Entonces Albán, accediendo al deseo de Mr. Rook, e inclinándose ante la dulce mirada de los ojos azules de Fanny, habló así:

Ya referí al señor Cura de Reyes cómo el Coronel Rook, cuando los llaneros se negaron a seguir a Bolívar, a la expedición libertadora de la Nueva Granada, tuvo la generosidad de proclamar, a la cabeza de la Legión Británica, que él seguiría al Libertador hasta más allá del Cabo de Hornos, si fuese necesario. Aquella expedición, en pleno invierno, a través de los llanos transformados en lagos y por sobre las crestas inclementes de los Andes, parecía en verdad una locura. Los que siguieron a Bolívar llegaron poco menos que desnudos a la meseta andina, dejando las sabanas y cuestras sembradas de cadáveres. Pero los sobrevivientes, esos hombres esqueletados por la desnudez, el hambre y el cansancio de una marcha de cuarenta días, llevaban en su misma sobrehumana resistencia el secreto del triunfo. Y combatieron y triunfaron contra triples, descansadas y bien provistas fuerzas, en Gámeza, en Molinos de Bonza y en Pantano de Vargas. Lucha larga, desesperada y atroz la de este último combate, en el que Rook, el impertérrito Jefe de la Legión Británica, salió con el brazo izquierdo destrozado. Al siguiente día fué necesario operarlo. "Entregó el brazo con serenidad y valor—dico un testigo de vista—se le aplicó el torniquete, se le cortó la carne, se le cabecearon las arterias, y tres segundos después el cirujano le había cortado el hueso. Al desprenderse la parte inferior del brazo, el Coronel

Rook, con la mayor impavidez, lo tomó con la mano derecha por la muñeca, se puso de pie antes que le cauterizaran el hueso, y levantándolo arriba de la cabeza exclamó: "Viva la Patria".— Tres días después había volado al Infinito el noble espíritu del Coronel Rook. Entonces el Libertador hizo imprimir estos justicieros conceptos: "El Coronel Rook, dejando la cuna de la gloria, vino a encontrar su tumba combatiendo por la libertad americana. El día feliz que la República cuente ya por suyo, no se olvidará la memoria del bravo Coronel Rook".

—¡Viva Inglaterra! exclamó Mr. Rook.

—¡Viva la generosa Albión! contestaron todos.

Luzmila y las bellas arequipeñas abrazaban a Fanny: todas con los ojos bañados en lágrimas por la emoción de lo sublime.

Cinco días después arribaban los viajeros al pueblo de Quínu, y al otro día, hecho el desayuno, se encaminaron a la sabana de Ayacucho. Un misterioso recogimiento embargaba sus ánimos, como si al asomarse a la histórica llanura hubieran de encontrarse de improviso con los invictos Generales y Batallones republicanos.

El Coronel Albán iba adelante. De pronto se detuvo y dijo:

—Vamos a entrar en la sabana sagrada que oyó los clamores del combate y se empapó en la sangre generosa de centenares de mártires de la libertad. Ved al norte las alturas del Pacaicasa: allí estuvieron los enemigos el día 8 de Diciembre de 1824. Por la tarde viraron a la izquierda y se perdieron tras de esas cimas, para reaparecer poco después, aquí al frente, por las crestas del Cundurcunca. y descendieron por sus faldas hasta

ocupar aquel seno que se abre entre el nacimiento de este arroyo que murmura a nuestra izquierda, y aquel escarpe que se ve hacia el sur de las mismas faldas..... Subamos a la sabana.

—¡Qué hermosa llanura!, exclamaron todos al entrar en élla.

—Hermosa y grave, agregó Enrique. Hermosa, porque nos sonríe bajo las caricias del mismo sol que iluminó el 9 de Diciembre de 1.824. Grave, porque no podemos contemplarla sino al fulgor de los trágicos recuerdos de la gran batalla. Así como la de hoy, alegre, límpida y brillante fué la mañana de aquel día, que no se borrará jamás de los fastos de la América redimida, ¿No os parece que estáis viendo en esta sabana al invicto Sucre y a sus Generales y a los cinco mil soldados que componían nuestro ejército? ¿No os parece que veis allá en las faldas, dominando nuestro campo, a los nueve mil hombres del ejército realista? ¿No creéis estar oyendo el inmenso murmullo de tanta gente aglomerada en tan estrecho espacio, y los relinchos de sus caballerías y la vibración de sus músicas marciales?—Vamos al centro: aquí estuvo el General en Jefe, Antonio José de Sucre; delante de él y algo inclinada a la derecha, la División del General Córdova. Avancemos a la izquierda: aquí junto al arroyo, formaba la División del General Lamar, compuesta de las tropas del Perú; aquí estuvo la bizarra Legión peruana, y en élla el Teniente Otárola, que cayó gloriosamente luchando por su patria.

Al oír estas palabras sintió D. Pedro que le subía un sollozo, desde lo íntimo de su ser, desgarrándole el pecho, y parecía que veía alzarse de la tierra la sombra de su hermano, reverberando aún en su rostro la patriótica indignación que le

agitara al dejar la vida.....

—Mas allá, pasando el arroyo—prosiguió Enrique—lucía sus armas la División del español Valdez, extendiéndose hasta el borde de la cañada que separa la llanura de los cerros de Pacaicasa. Subamos a la falda: aquí estaban las Divisiones de Monet y de González Villalobos, y las tropas escogidas del Virrey Laserna. Figuraos ahora que oís las arengas de los jefes, el vibrar de los clarines, el clamor de los soldados, como rugir de fieras enfurecidas, y que veis descender por esta rampa, como un alud irresistible, las soberbias tropas españolas; y que de la llanura suben a encontrarlas en tumultuoso oleaje los terribles batallones colombianos, mientras abajo a la derecha se acometen en espantoso choque, avanzando sobre el arroyo que las divide, las tropas de Valdez y de Lamar. Figuraos que todo el campo truena y arde, envuelto en densa nube tempestuosa de humo de pólvora, de rugidos y detonaciones, del largo llamear de los fogonazos, del siniestro brillar de los aceros, y tendréis una pálida imagen de la terrible realidad de aquel combate, rápido y sangriento, que coronó la libertad de América.

—¿Me permitiréis, Coronel Albán, dijo entonces el chileno Vergara, que recuerde algunas de las soberbias estrofas de vuestro conterráneo Olmedo? Estamos hollando el campo sagrado, cuyas glorias canta el bardo del Guayas: embriaguémonos con la música divina de su canto.

—Recitadlo, clamaron todos.

Y Vergara, sintiendo encenderse su alma en la llama del patriotismo, que arde perpetuamente, como fuego sagrado, en el corazón de su heroica patria, recitó:

¡Oh valle de Ayacucho bienhadado,
campo serás de gloria y de venganza!

.....

Allí Bolívar, en su heroica mente
mayores pensamientos revolviendo,
el nuevo triunfo trazará, y haciendo
de su genio y poder un nuevo ensayo,
al joven Sucre prestará su rayo:
al joven animoso,
a quien del Ecuador montes y ríos
dos veces aclamaron victorioso:
ya se verá en la frente del guerrero
toda el alma del héroe reflejada,
que él lo quiso infundir de una mirada.

Como torrentes desde la alta cumbre
al valle en mil raudales despeñados,
vendrán los hijos de la infanda Iberia,
soberbios en su fiera muchedumbre,
cuando a su encuentro volará impaciente
tu juventud, Colombia belicosa,
y la tuya, oh Perú, de fama ansiosa,
y el caudillo impertérito a su frente.

¡Atroz, horrendo choque de azar lleno!
Cual aturdo y espanta en su estallido
de hórrida tempestad el postrer trueno,
arder en fuego el aire
en humo y polvo obscurecerse el cielo,
y con la sangre en que rebosa el suelo
se verá el Apurímac de repente
embravecer su rápida corriente.

Mientras por sierras y hondos precipicios
a la hueste enemiga

el impaciente Córdova fatiga:
Córdova a quién inflama
fuego de edad y amor de Patria y fama;
Córdova en cuyas sienes con bello arte
crecen y se entrelazan
tu mirto, Venus; tus laureles, Marte:
con su Miller los húsares recuerdan
el nombre de Junín; Vargas, su nombre
y Vencedor, el suyo con su Lara,
en cien hazañas cada cual más clara.

Allá, por otra parte,
sereno, pero siempre infatigable,
terrible cual su nombre, batallando
se presenta Lamar; y se apresura
la tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto: por la patria
combatir y morir. Dios, complacido,
combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día:
ya la calumnia impía
bajo tu pie bramando confundida,
te sonríe la Patria agradecida.
Y tu nombre glorioso,
al armónico canto que resuena
en las floridas márgenes del Guayas,
que por oirlo su corriente enfrena,
se mezclará; y el pecho de tu amigo,
tus hazañas cantando y tu ventura
palpitará de gozo y de ternura.

.....

Ah ya diviso miserás reliquias
con todos sus caudillos humillados
venir pidiendo paz. Y generoso,
en nombre de Bolívar y la Patria,

no se la niega el vencedor glorioso.
Y su triunfo sangriento,
con el ramo feliz de paz corona:
que si Patria y honor le arman la mano,
arde en venganza el pecho americano;
y cuando vence todo lo perdona.
Las voces, el clamor de los que vencen,
y de Quinó las ásperas montañas,
y los cóncavos senos de la tierra,
y los ecos sin fin de la ardua sierra,
todo repite sin cesar: ¡Victoria!

Y las bullentes linfas de Apurímac
a las fugaces linfas de Ucayale
se unen, y unidas llevan presurosas,
en sonante murmullo y alba espuma,
con palmas en las manos y coronas,
esta nueva feliz al Amazonas.
Y el espléndido Rey al punto ordena
a sus delfines, ninfas y sirenas
que en clamoroso, plácidos cantares
tan gran victoria anuncien a los mares.

¡Salud oh vencedor! ¡Oh Sucre, vencio
y de nuevo laurel orla tu frente,
alta esperanza de tu insigne patria!
Como la palma al margen de un torrente
crece tu nombre..... Y sola en este día
tu gloria, sin Bolívar, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera;
y del nocturno cielo
suyo el imperio sin la luna fuera.

Por las manos de Sucre, la Victoria
ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,

fatiga eterna al bronce de la Fama,
segunda vez Libertador te aclama.

.....
¡Viva Bolívar! ¡Viva Sucre! ¡Viva la América redimida! clamaron todos los peregrinos.

—¡Oh que hora tan grata y tan solemne! añadió Enrique. Para cerrarla dignamente voy a referiros lo que, después de la gran batalla, ocurrió en Arequipa, la ciudad ilustre de estas dos beldades que aquí nos acompañan.—El Libertador estaba allí, y era visitado en su alojamiento por el inmenso concurso, a cada instante renovado, de las personas más notables, que se complacían en felicitarle por los gloriosos hechos de armas y la consiguiente liberación definitiva del Perú. Calle, pórtico, patios, galerías, las habitaciones todas de la casa rebosaban de gente, y el héroe contestaba en elocuentes frases, llenas de entusiasmo, los discursos que se le dirigían, brillando en su ardiente mirada el fuego de una satisfacción infinita. De pronto, rompiendo por entre la alborozada multitud, vióse avanzar a un venerable sacerdote, seguido de dos niñas de deslumbradora belleza, ricamente vestidas, y ataviadas con prendas de subido valor. En pos de las niñas venían dos criadas, conduciendo sendas palanganas de plata, en que relucían brillantes monedas y ricas joyas guarnecidas de perlas y piedras preciosas. Conducidas a la presencia del Libertador, las dos tier-nas beldades se inclinan ante él, ponen a sus plantas las bandejas, y una en pos de otra le dirigen discursos tan apropiados y patéticos, que todos se comueven, y las lágrimas corren por las mejillas de muchos. Dícenle que son alumnas del colegio de aquella ciudad, que las prendas y dinero que le presentan son fruto de su propia labor y la de

sus compañeras, y que las ofrecen a sus libertadores, en recompensa de sus fatigas, porque los creen dignos de poseer cuanto ellas tienen. Dicho esto se despojan de las alhajas con que estaban engalanadas y las agregan a las otras, para que sea más completa y generosa la ofrenda. Un murmullo de asombro corre por la multitud, que se apiña en torno de las adolescentes, cuyas sonrosadas mejillas, encendidas por el rubor, reverberan como bañadas en la luz de una hermosura sobrehumana. Entonces el Libertador se inclina enternecido ante ellas, y con la voz entrecortada por la efusión de los más nobles afectos de su alma, les contesta que los soldados de la libertad no pueden menos que aceptar, para conservarla con imperecedera gratitud, su inapreciable ofrenda, y concluye así: "En estos quince años de combates por la libertad, vuestra suerte ha estado constantemente alimentando el valor de nuestros soldados. ¿Las hijas de la América sin patria? ¿Qué, no había hombres que se la conquistaran? ¡Esclavos vuestros padres y vuestros hermanos! ¡Por esposos humildes esclavos! ¡Esclavos también vuestros hijos! ¿Habríamos podido sufrir tanto baldón?—No: antes era preciso morir. Millares y millares de vuestros compatriotas han hallado una muerte gloriosa, luchando por la causa justa y santa de vuestros derechos, y esos soldados que hoy reciben de vuestras manos un premio celestial, vienen desde las costas del Atlántico buscando a vuestros opresores, para vencerlos o morir. Hijas del Sol, ya sois tan libres como hermosas, ya tenéis una patria iluminada por las armas del ejército libertador: libres son vuestros padres y vuestros hermanos, libres serán vuestros esposos, y libres daréis al mundo los hijos de vuestro amor".

No bien había acabado el Coronel Albán de referir esta sublime historia, cuando las dos hermosas arequipeñas se le aproximan con los ojos inundados en lágrimas de felicidad, y le dicen:

—Nosotras somos las heroínas de esta tierna historia.....

—¡Oh encantadoras hijas del Misti! vuelvo a veros por fin, exclamó Enrique, recibíendolas en sus brazos. ¡Argentina, la de los ojos negros como la noche y bellos y ardientes como el sol! ¡Bolivia, la de los ojos azules como el cielo y cambiantes como el mar! Vosotras tuvisteis la felicidad de ver y oír a Bolívar, el más combatido y constante, el más noble, generoso y sublime de los guerreros. Luzmila, Fanny, acercaos y abrazad a estas hermosas, en cuyos ojos se retrató la imagen del egregio Libertador de un mundo.

En ese instante, por obra de la gentileza del Cura de Reyes y de las autoridades de Quinua, apareció en la llanura la banda del Batallón peruano "Vencedores de Ayacucho": saludó militarmente a los viajeros y después de lanzar el estentóreo grito de ¡Viva el Perú! ¡Viva Colombia! ¡Vivan los libertadores!, rompió el alegre bambuco, el airo aquél con que el Voltijeros había electrizado a los guerreros colombianos, al lanzarse a la carga de Ayacucho.

Ante la grata sorpresa, todos se agruparon, como para oír mejor, en torno de las cuatro bellezas que permanecían abrazadas, formando un grupo encantador de helénica belleza.

—El bambuco de tus recuerdos de gloria musitó Luzmila al oído de su esposo.

—Sí, el bambuco de mi patria, de mi Colombia, la divina inspiración del Genio. De esa Colombia radiante: la libertadora heroica y gene-

rosa; la soberana grande y rica, como sus mares, sus montañas y sus ríos; la madre de vientre fecundo, mil veces bendito por la ciencia, por el arte y por la gloria; la frágil flor de un día, que nació como Minerva, brilló una hora como el sol en el zenit y estalló en la tarde, al fuego de su propia, indómita pasión. Colombia mía, ¿dónde están tus héroes, tus pensadores, tus estadistas, tus filósofos, tus artistas y poetas? ¡Oh abismo insondable de ingraticudes y miserias, de violencias y venganzas, de dramas espantosos y muertes prematuras! Sombras venerandas y queridas de los que ya duermen, vedme aquí: he venido a este campo sagrado, a jurar por los manes de Bolívar y de Sucre: que su Colombia no ha muerto para siempre, y que algún día resucitará más bella y poderosa, al soplo milagroso de sus pensadores y sus héroes. Nobles viajeros, acompañadme a hacer este solemne juramento:

—¡Lo juramos, clamaron todos—por las sombras de los libertadores de América!

—Oh sí—agregó Mr. Rook—grande es el pueblo que, como Inglaterra, mantiene vivo el culto de sus hijos excelsos, y grande será la nación que quiere sorlo. ¡Viva Inglaterra! ¡Viva la América libre!

Y el grupo de patriotas peregrinos, como envuelto en el cendal de tan tiernas y sublimes emociones, empezó a descender lentamente de la altura, mientras la banda del Vencedores continuaba dando al aire las delirantes notas del bambuco, abajo, en la sabana de los recuerdos inmortales.

—FIN—

